
HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
PÍCAROS DISTINGUIDOS
placeres de la noche

PLACERES DE LA NOCHE

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO DIECISÉIS



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



Mayo de 1816

Londres

—¿Por qué le estás dando preferencia a Sylvia en casa? No es como si se fuera a convertir en la realeza —se quejó Eugenia Hillcrest a su prima más joven mientras entraban en Wharton House, la grandiosa mansión londinense del marqués de Wharton en Cavendish Square, después de una noche codeándose con la crema de la sociedad.

—Casi —señaló Aurora mientras entregaba su chal y su ridículo a un sirviente que esperaba —. Sylvia va a casarse con uno de los solteros más codiciados y uno de los lores más populares de la sociedad. Todas habían estado tratando de llamar su atención hasta que nuestra prima lo sedujo.

—Ella no lo sedujo —siseó Eugenia y luego moderó su tono hasta un susurro—. Se enamoraron de la mejor manera. En secreto.

—Todavía no puedo creer que no dijera ni una palabra para advertirnos del romance floreciente, y debería habernos dado tiempo para prepararnos para todo esto —dijo Aurora, lanzando una mirada hacia el techo abovedado, donde recientemente se había pintado una escena pastoral. Dorados y espejos por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista—. Pensé que teníamos un pacto de compartirlo todo.

Eugenia también lo había pensado. Pero Sylvia las había engañado a ambas, reuniéndose en secreto con un marqués durante semanas antes de que ambas fueran testigos de la propuesta de matrimonio más sorprendente de Lord Wharton. Aunque molesta con Sylvia, Eugenia podía entender por qué había guardado silencio sobre el asunto. Había algunas situaciones en la vida de una mujer que eran imposibles de explicar adecuadamente, especialmente cuando el corazón estaba profundamente involucrado.

El marqués de Wharton era todo un partido, pero también tenía defectos. El primero era que era extremadamente autoritario. Nunca se habrían imaginado que un hombre tan poderoso pudiera sentirse atraído por su querida pero pobre prima. Pero estaba completamente embelesado con Sylvia. Eugenia se alegraba de que Wharton hubiera hecho lo honorable al final y hubiera propuesto una unión de amor y confianza.

Ayudaba que Sylvia también amara a Wharton hasta la locura y lo hubiera declarado su pareja perfecta en todos los aspectos importantes. El respeto de Wharton por las opiniones de Sylvia, incluso cuando eran opuestas a las suyas, había hecho más fácil para Eugenia aceptar la

unión al final. Sin embargo, con el matrimonio de Sylvia en una familia importante, Aurora y Eugenia estaban ahora bajo el escrutinio continuo del implacable *ton* para siempre.

Y los miembros del *ton* se provocaban fácilmente a chismorreos maliciosos. Incluso las mujeres de su edad, veintisiete años, eran censuradas por mal comportamiento, real o imaginario, todo el tiempo. Era afortunado que ella no tuviera expectativas de hacer un matrimonio por sí misma, pero sí se preocupaba por arruinar las posibilidades de su prima más joven al cometer un error.

Un fuerte golpe en la puerta sonó detrás de ellas, y el mayordomo se puso en acción para admitir a una docena de caballeros titulados, esposas y solteros que habían sido invitados a seguirlas a casa. A Lord Wharton le gustaba entretener.

—Oh, mira. Más compañía para el té —canturreó Aurora con evidente deleite.

El té real a esta hora de la noche solía escasear en las fiestas improvisadas de Wharton, pero los licores y el vino siempre eran abundantes y mucho más populares.

Eugenia miró por encima de su hombro mientras se admitía a un par de rezagados. El Sr. Thaddeus Berringer, un caballero de cabello oscuro que había admirado desde lejos durante un tiempo, y Lord Sullivan, un antiguo cliente de la Academia Hillcrest, entraron en la sala y miraron a su alrededor, sonriendo.

Eugenia exhaló un suspiro feliz.

La asistencia del heredero del Duque de Exeter haría la velada más agradable para ella. Los hombres atractivos estaban destinados a ser apreciados desde todos los ángulos y de arriba abajo hasta su firme y musculoso trasero.

Se inclinó hacia su prima. —Lord Sullivan está aquí.

Aurora hizo un sonido de disgusto pero no se volvió para mirar. Nunca había ocultado el hecho de que pensaba poco de Lord Sullivan.

Eugenia suspiró. —¿Por qué no puedes ser más amable con nuestro antiguo cliente?

—Tengo mis razones —dijo con altivez.

Sullivan era un hombre agradable. Adinerado. De voz suave cuando estaba en compañía de damas. No había estado entusiasmado con la idea de casarse la última vez que se habían encontrado, aunque su familia lo estaba presionando. Ella se encogió de hombros, alejando su curiosidad sobre la llegada o situación de Lord Sullivan. Ya no estaban en el negocio de ayudar a los caballeros a prepararse para encontrar una novia. El compromiso de Sylvia había hecho imposible continuar con su trabajo.

Reanudó su discreta admiración por el Sr. Berringer. —¿Crees que el heredero de Exeter ya tiene una amante? Hay un sinfín de damas que conozco tratando de llamar su atención.

—Todas las damas que conozco que lo han intentado han sido rotundamente rechazadas —confió Aurora.

Eso hizo que Eugenia sintiera aún más curiosidad por él. No era ningún sacrificio imaginar que podía elegir entre sus amantes. —¿Casadas u otras?

—Casadas —dijo Aurora con un profundo suspiro—. Parece que nuestro Sr. Berringer tiene una severa aversión a convertirse en adúltero, y también evita a las solteras en busca de matrimonio.

—La sociedad está repleta de ambas —Se rió—. Las viudas estarán encantadas si se dan cuenta de que tienen la mejor oportunidad de convertirse en duquesa algún día. Pero me gusta aún más por su moderación cuando se trata de evitar a las mujeres casadas —murmuró Eugenia —. No me gusta la idea de que alguien se interponga entre una pareja, incluso si están mal

emparejados.

—No subestimes el atractivo del amor ilícito —advirtió Aurora—. Es un hombre. Encontrará a alguien dispuesta, estoy segura —dijo con una risa decididamente maliciosa.

Podría hacerlo.

Thaddeus Berringer era apuesto, de hábitos sobrios hasta ahora, y heredero de un duque. Se informaba ampliamente que el Duque de Exeter había establecido fondos y propiedades para su heredero el año pasado. No habría límite para los vicios y escándalos en los que podría involucrarse algún día, si tuviera el dinero y la compañía de amigos perversos. Sin embargo, todavía tenía poca influencia y no parecía demasiado ambicioso. Todo el mundo chismorreaba sobre los más mínimos detalles de sus días. Había oído que había dejado la ciudad hace dos semanas, y todos especulaban que había habido una pelea en la familia.

Totalmente infundado, muy probablemente. Ella había sido testigo de cómo el Duque de Exeter y Thaddeus Berringer reían juntos con agradable frecuencia.

Pero las debutantes lo seguían constantemente por los salones de baile, esperando ser notadas y distinguidas con atención. Se sabía poco de su reputación con las damas en general, lo que probablemente era la razón por la que lo encontraba fascinante.

Si resultaba ser tan predecible como todos los demás lores de la sociedad, Thaddeus Berringer se aliaría con una mujer de fortuna y familia en un intento de ganar poder e influencia sobre la sociedad, incluso antes de convertirse en duque.

Fluyeron junto con los demás invitados hacia el salón mientras la conversación surgía entre ellos. Aurora y Eugenia fueron en gran medida ignoradas. No tenían ni fortuna ni fama. Aunque Sylvia las miraba con expresión anhelante, sabían que era mejor no creer que se les uniría esta noche. Wharton hablaba mucho de política en este tipo de eventos, o adulaba a Sylvia de manera exagerada. Ni Eugenia ni Aurora disfrutaban de tales conversaciones por mucho tiempo, pero Sylvia pendía de cada palabra de él, como debía ser.

Además, había otros temas que interesaban a Eugenia y Aurora, los cuales podían entretenerlas durante horas. Su tema favorito escandalizaría a los miembros más pudorosos de la alta sociedad.

Eugenia guio a su prima más joven, rodeando a los presentes. Se inclinó hacia Aurora para susurrar:

—¿A quién elegirías?

—Esta noche... —Aurora frunció los labios brevemente, esbozando una pequeña sonrisa mientras paseaban por la sala considerando las opciones ante ellas—. Creo que me gustaría alguien alto, moreno y —sus ojos se iluminaron— misterioso.

Eugenia escaneó la multitud de nuevo. Altos, morenos y guapos abundaban. El señor Berringer estaba presente, y el interés de Eugenia se había fijado tristemente en él últimamente: el hombre inalcanzable. Pero entonces un nuevo hombre llamó su atención, un extraño en las reuniones nocturnas de Wharton que parecía encajar con la descripción de Aurora.

—Me pregunto quién podría ser.

—¿A quién le importa quién es? Lo que realmente importa es lo que puede hacer por una dama.

Eugenia ocultó una sonrisa y observó discretamente al hombre, desde la parte superior de su cabello oscuro perfectamente despeinado hasta el bulto bien formado en sus calzones de satén negro.

—Parece estar muy bien vestido. ¿Meyer?

—No, creo que lleva una creación de Weston —Aurora hizo un sonido de aprobación mientras enroscaba un mechón de cabello alrededor de sus dedos enguantados—. Prendas deliciosamente ajustadas, todas ellas. Juro que puedo estimar sus medidas incluso desde aquí. Me pregunto si nuestra prima tendrá tiempo de presentarnos.

Sylvia les daba la espalda y reía en compañía de Lord Wharton.

—Paciencia, prima. La anticipación es la mitad de la recompensa —Y no convenía parecer demasiado ansiosa en este tipo de reuniones. Algunos caballeros se ofendían con las mujeres que consideraban atrevidas, y todos los hombres chismorreaban tanto como las mujeres. Si daban un paso en falso, podrían encontrarse rápidamente excluidas de este quisquilloso grupo. Eso también podría afectar la posición de Sylvia en la sociedad.

Aurora hizo un puchero.

—Pero ¿acaso no merezco una recompensa tan tentadora como parece ser él?

—Las recompensas tendrán que esperar hasta que Sylvia esté realmente casada y podamos volver a ser nosotras mismas —dijo Eugenia, recordándole a Aurora su decisión mutua de comportarse lo mejor posible. Eugenia apreciaba a un hombre bien proporcionado tanto como Aurora. Pero la forma en que habían perseguido el placer antes del compromiso de Sylvia era marcadamente diferente a cómo podían hacerlo ahora.

Había muchos deleites que Eugenia se había prohibido. Los escarceos con cualquiera relacionado con la familia del Marqués de Wharton eran una empresa arriesgada. Podía hablar de esperanzas de seducción, pero eso era tan lejos como se atrevía a imaginar por ahora. Y dado que se mezclaban casi exclusivamente con el grupo de amigos de Wharton, las oportunidades de encuentros amorosos eran prácticamente inexistentes.

Una mujer se unió al hombre misterioso, capturando su brazo y toda su atención. Se aferraba al hombre con un aire de propiedad, así que parecía claro que pertenecía a alguna mujer afortunada. ¿Una esposa?

Aurora suspiró con tristeza.

—A veces preguntarse es más agradable que descubrir la verdad de que un hombre ya podría estar casado.

—En efecto, lo es —Lanzó una sonrisa conciliadora en dirección a Aurora—. Aún podemos observar e imaginar.

—En efecto, lo haremos, prima —prometió Aurora.

Se oyó un llamado para que todos se trasladaran a otra sala donde se habían dispuesto refrigerios, y ellas siguieron a la multitud de nuevo hacia la larga galería. Después de que el compromiso de Wharton y Sylvia se hiciera de conocimiento público, se les había instado a todas a venir a vivir bajo el techo nada insignificante de Wharton. No por su beneficio, sino por la salud y felicidad de su madre. Lizzy, la Marquesa de Wharton, aún se estaba recuperando de su cirugía de pecho y permanecía en un delicado estado de salud en sus aposentos en el piso de arriba.

Habían venido junto con Sylvia para animar a la marquesa, distraerla del dolor si podían. Ninguna de las dos tareas era fácil, pero a ninguna de ellas le importaba mucho. De las tres, Sylvia era la que más a menudo estaba en compañía de su futura madre. La marquesa tenía un ingenio seco que Eugenia encontraba compatible con el suyo, y no le importaba alimentar a la dama mayor con inofensivas migajas de chismes descubiertos durante sus salidas.

Pero sus nuevas vidas no se limitaban a sentarse junto a la cama de la marquesa todos los días. Se les había invitado a sentirse como en casa. Dieciséis dormitorios, un salón de baile, una

vasta biblioteca, un comedor y una larga galería eran ahora su patio de juegos. Debían disfrutar de cualquiera de las reuniones improvisadas de Wharton como si ya fueran familia también. Podían beber y entretener a sus amigos tanto como quisieran.

Hasta que la fuerza de la marquesa volviera, la ceremonia de boda se había retrasado indefinidamente, así que vivían a la espera de que llegara ese feliz día.

Eugenia sonrió, sabiendo que su noche probablemente sería larga, pero la vista siempre placentera. La opulencia del hogar del marqués había sido sorprendente al principio, pero se había acostumbrado a que todo estuviera dorado, e incluso a ser presentada a miembros de la familia real. El marqués y su madre mantenían un amplio círculo de conocidos de todos los estratos de la sociedad, y los amigos cercanos tendían a pasar por allí a todas horas.

Sin embargo, a pesar del amor de Eugenia por la conversación, a menudo era relegada a los márgenes debido a circunstancias fuera de su control. Primero, era una mujer, considerada por la sociedad como dependiente de la caridad de Wharton debido a la futura elevación de Sylvia a marquesa.

Segundo, era considerada una mujer de tipo intelectual. Había sido la fuerza impulsora detrás de la Academia Hillcrest, gestionando la contabilidad y las negociaciones para su pequeña empresa. Nadie parecía estar muy seguro de qué hacer con sus vínculos con el comercio. Pero le habían dicho que una prima soltera de una futura marquesa no podía ganarse la vida en el mundo sin enfrentarse a las críticas de todos los sectores. La Academia Hillcrest ya no existía.

Y tercero, desafortunadamente, las mejores conversaciones tendían a ser lideradas por las mismas criaturas irritantes que constantemente pasaban por alto que ella estaba más educada que las adineradas debutantes a las que rodeaban. Solo pedían la opinión de las debutantes de fortuna extremadamente ingenuas sobre cualquier número de temas de los que nunca podrían tener conocimiento o experiencia a sus tiernas edades.

Eugenia poseía un cerebro y la voluntad de usarlo. Se negaba a convertirse en una oveja, siguiendo nariz con cola porque se esperaba que fuera como cualquier otra dama. Era más inteligente que la mayoría de las debutantes y no estaba impresionada por lo que se consideraba popular.

Como era de esperar, Wharton arrastró a Sylvia a otro debate político, dejando a Eugenia y Aurora a su suerte como de costumbre.

—Ahí van —refunfuñó Aurora—. Olvidándose de nosotras otra vez.

Eugenia a veces lo prefería así. Una hora escuchando a Wharton pontificar sobre lo que la sociedad necesitaba hacer o defender solía darle dolor de cabeza.

Inmediatamente se formaron pequeños grupos; los caballeros con sus esposas y amigos atrajeron a la mayoría de los solteros por el momento. —¿Te apetece tomar un poco de aire fresco, prima?

—Sí, me encantaría.

Del brazo, se alejaron de todos hacia el extremo tranquilo de la larga galería, donde se había colocado un grupo de sillas junto a una ventana que podían abrir un poco para dejar entrar el aire nocturno. Eugenia se situó directamente en la corriente fresca e hizo una señal a un lacayo. —Té, por favor, señor Bloom.

—Ya lo he mandado traer, señorita Hillcrest —dijo él con una inclinación de su cabeza pelirroja.

—Eres un tesoro —dijo ella entusiasmada, complacida con la consideración del nuevo lacayo —. Le irá bien si sigue así —susurró a Aurora cuando él se había ido.

Aurora sonrió. —Creo que está tratando de impresionarte.

—Es el nuevo hombre de abajo que espera causar una buena impresión en todos nosotros para avanzar en su carrera. Si me complace, probablemente espera que ponga una buena palabra por él con la futura marquesa. —Se encogió de hombros, habiendo ya hecho tal recomendación para él a Sylvia hace unos días—. Además, somos totalmente predecibles. Siempre terminamos la noche tomando té en nuestro rincón.

—Qué terrible ser tan predecibles.

—Probablemente seamos las únicas que lo somos.

Permanecieron al borde de la multitud en la larga galería, sorbiendo su té cuando llegó. Felices con su propia compañía y confidencias. Aunque técnicamente no era correcto que permanecieran apartadas de todos, resistían las reglas de la sociedad tan a menudo como podían, especialmente aquí. Wharton había intentado insistir en que deberían tener una carabina cuando se mudaron bajo su techo. Sin embargo, rápidamente cambió de opinión cuando Sylvia sugirió que ella también necesitaría una carabina ahora.

—Míralos —susurró Aurora.

Eugenia estudió el extremo de la sala, donde su prima estaba rodeada por los brazos de su futuro esposo. Era un abrazo rápido, lleno de risas y ternura. En casa, Wharton apenas podía mantener sus manos alejadas de su futura novia. Una carabina sin duda se habría interpuesto en su camino.

Eugenia miró su taza de té vacía y luego la dejó a un lado. —Siguen muy enamorados.

—Espero que eso nunca cambie —susurró Aurora.

—Estoy segura de que no cambiará. —Eugenia se acercó más a su prima y esponjó las faldas de su vestido favorito de color ciruela. Normalmente prefería los colores oscuros, aunque su familia intentaba atraerla hacia el blanco o tonos más brillantes. Se aferraba a su individualidad tanto como podía—. Cuando dos personas se aman de esa manera, nada excepto la muerte los mantendrá separados.

—¿Estás segura?

Asintió lentamente y sonrió. —Conocí una vez a una mujer que probó mi punto. De joven, quedó completamente deslumbrada por un hombre al que conoció apenas medio día. Se casó con él por amonestaciones un mes después y tuvo solo una noche de felicidad en sus brazos como su esposa, antes de que él la dejara.

—Esto no parece una historia feliz —reprendió Aurora.

—Supongo que no lo es. Cuando le llegó la noticia de su muerte, lloró durante semanas. Desconsolada y enfrentando un futuro sola, podría haberse derrumbado y nunca haberse levantado de nuevo. Pero ese breve amor la consuela hasta el día de hoy. El amor, el verdadero amor, nunca muere realmente para quien queda atrás.

Aurora frunció el ceño. —¿Por qué la dejó?

—Ella le rogó que no lo hiciera —Eugenia tragó el nudo que de repente se había formado en su garganta. Las despedidas nunca eran fáciles—. Él tenía una madre que esperaba su regreso muy lejos. Se suponía que debía darle la noticia de su matrimonio con delicadeza, ya que la salud de su madre era delicada, y luego regresar a Hastings. Pero se ahogó antes de llegar siquiera donde su madre para contárselo.

—Qué triste para ambas. ¿Alguna vez se conocieron? ¿La madre y la nueva viuda?

—No. Desafortunadamente, a la dama le habían dejado fondos insuficientes. Nunca buscó el lugar de descanso final de su esposo para llorar. Quería ir desesperadamente, pero...

—¿Qué le pasó a ella? A la viuda. ¿Has mantenido el contacto con ella?

Eugenia asintió. —Está contenta. Vive con sus primas.

—Justo como nosotras —notó Eugenia.

—Sí, exactamente como nosotras. —Eugenia no quería imaginar cómo habría sido su vida si no fuera por el amor y el apoyo de sus primas. Juntas, habían comenzado una vida nueva y más emocionante de lo que había soñado.

—Me alegro de que tuviera una familia que la apoyara —susurró Aurora.

Aurora y Sylvia nunca podrían entender cuánto las había necesitado Eugenia en su vida. —Yo también.

Aurora suspiró. —No puedo esperar para enamorarme como ellas, tu amiga y Sylvia, quiero decir.

—Tú serás la siguiente, estoy segura —prometió Eugenia. Recorrió con la mirada a los visitantes de la Casa Wharton. Eran los mismos hombres que habían conocido durante casi un año. Ninguno había expresado interés en cortejar a Aurora, y Eugenia estaba decepcionada por ello. Siempre había pensado que Aurora, siendo la más joven, sería la primera de ellas en casarse, si el matrimonio estaba en las cartas para alguna. Aurora era la más bonita y de personalidad más burbujeante también. Sylvia la más agradable, aunque también la más terca.

Lo que la sociedad pensaba de ella misma, Eugenia no tenía idea... pero esperaba que nunca indagaran demasiado en su pasado.

CAPÍTULO 2



Si socializar con la alta sociedad siempre significara pasar una noche en una residencia privada, libre de casamenteras que intentaran tentarlo, Teddy estaría completamente feliz con su nueva vida. Hace dos años, sus circunstancias eran muy sencillas. Pasaba las primeras horas de la mañana limpiando los establos de una casa de postas; ocasionalmente servía cerveza a granjeros cansados los domingos por la noche, quienes hablaban principalmente sobre la posibilidad de lluvia o elogiaban el delicioso estofado de la cocinera. Allí a nadie le importaba su opinión. Nadie tenía motivos para ganarse su favor... porque su conexión con el Duque de Exeter era un secreto bien guardado en ese momento.

Y había sido feliz con esa vida, hasta que los asuntos familiares tomaron prioridad sobre su deseo de anonimato y lo colocaron en el corazón del torbellino social de Londres. Y eso lo había convertido en el blanco de todos aquellos con una hija, sobrina o hermana viuda de cierta edad para casar.

Ahora, cada palabra que decía, cada sonrisa que otorgaba, era considerada, ponderada y reflexionada por aquellos que afirmaban saber lo que él quería. El reconocimiento parecía ser la mayor desventaja de ser el heredero de un duque, después de la pérdida de su libertad, y por supuesto, el recuerdo del sabor del estofado de la cocinera se había desvanecido hacía tiempo.

Teddy recorría la larga galería del Marqués de Wharton al final de otra interminable velada en la ciudad, con la mente dividida entre lo que escuchaba esa noche y la contemplación de un futuro con más de lo mismo. Seguía siendo soltero, y soltero permanecería por algún tiempo. Al menos durante esta temporada, o quizás incluso más.

Apenas tenía veintiséis años. Demasiado joven para necesitar una esposa.

La larga galería de Wharton estaba llena con la crema de la sociedad, como lo estaba en tantas noches. Estas eran las personas con las que su primo Sinclair, el Duque de Exeter, afirmaba que debía mezclarse y conocer. Lores y damas, algunos ya buenos amigos, y unos cuantos desconocidos a quienes sería presentado a medida que avanzara la noche. También había solteronas y viudas, pero se aseguraba de no prestarles atención especial a ninguna.

Como de costumbre, las primas Hillcrest estaban incluidas entre ellos, a pesar de no estar casadas, comprometidas o siquiera en el centro de atención. Había tres Hillcrest. Hasta hace poco, todas se habían dedicado a un negocio, ofreciendo consejos a caballeros en busca de una novia. No los emparejaban, creía él, sino que les ayudaban a convertirse en una versión más atractiva de sí mismos, o eso había oído. Una escuela de acabado para caballeros. Práctica de

baile, escritura de cartas de amor, obsequios de cortejo.

Tenía una larga amistad con una de las señoritas Hillcrest, a través de la amistad de la Duquesa de Exeter con ella, y con las otras dos solo por asociación como consecuencia de asistir a los mismos eventos.

Sylvia Hillcrest, la amiga de la duquesa, recientemente comprometida con el Marqués de Wharton. Le sonrió, pero permaneció cerca de su prometido. Hubo un tiempo en que podría haber considerado que ella podría ser una muy buena amiga suya, y quizás algo más podría haber surgido de su asociación. Pero con su compromiso, cualquier interés particular que hubiera tenido en su bienestar o futuro había terminado. No perseguía a mujeres comprometidas, ni tampoco a las casadas. Ese camino llevaba a conflictos.

Preferiría perseguir a una mujer sin impedimentos, cuando finalmente lo hiciera.

Renunciar a la señorita Sylvia Hillcrest había sido más fácil de lo que primero pensó que sería. Teddy solo podía concluir que los sentimientos que había albergado por ella no habían sido muy profundos. Le deseaba felicidad con Wharton, pero no estaba con el corazón roto como muchos parecían sospechar.

Las otras mujeres Hillcrest se sentaban apartadas de todos. Les envidiaba su aislamiento allí, al otro lado de la sala, con sus tazas de té. Siempre parecían contentas con su propia compañía, mientras que él frecuentemente se aburría mortalmente con la suya.

Pero esta era su vida ahora, esperando que le dieran algo que hacer. Aunque tenía dinero para invertir y una casa que amueblar algún día, gracias a la generosidad de su primo, el Duque de Exeter, no le atraía mucho más en la ciudad. El juego no le interesaba en lo más mínimo, ni tampoco la prostitución, un pasatiempo popular entre los solteros en los círculos en los que se movía ahora. Había llegado muy tarde a la equitación, y la propiedad de caballos y su cría solo le interesaban en la medida en que le importaban a Exeter. Siempre estaba la caza, pero no era la época del año adecuada para la persecución.

Lo cual lo dejaba varado en Londres durante la temporada en busca de cualquier diversión que no resultara en su inminente matrimonio.

—Voy a intentarlo de nuevo —murmuró Lord Scarsdale a su lado.

Teddy miró a Scarsdale, sorprendido, y luego alrededor de la sala, hasta que divisó a una viuda popular.

—¿Cuántas veces sufrirás el rechazo antes de rendirte con ella?

Scarsdale, un joven con el temperamento de un cachorro demasiado entusiasta, se frotó las manos enérgicamente.

—Tantas veces como sea necesario hasta que la señorita Hillcrest ceda a la tentación.

—¿La señorita Hillcrest? Pensé que hablabas de tu infatuación con Lady Parry —susurró Teddy. Lady Parry daba la bienvenida a la persecución, y también se involucraba en ellas. Teddy ya había sido objeto de sus insinuaciones, pero conocía el interés de Scarsdale y las había rechazado cortésmente.

—Mi interés terminó cuando la vi besando a Lord Molesworth anoche —se quejó Scarsdale.

Teddy parpadeó.

—Él está casado.

Scarsdale frunció el ceño.

—Y tiene bolsillos más profundos que los míos.

—Entonces, ¿has decidido cortejar a una solterona en su lugar?

Scarsdale resopló.

—¿Estás loco?

—No que yo sepa —respondió Teddy, pero pensó que Scarsdale podría estarlo. Coquetear con solteronas era arriesgado, casi siempre terminaba en matrimonio. Pero perseguir una conexión cercana de Wharton también podría acortar la vida de uno—. ¿Qué señorita Hillcrest ha captado tu interés?

—La más joven, por supuesto. Es más mi tipo que la mayor —dijo Scarsdale con un exagerado movimiento de cejas.

Teddy no había percibido ningún interés particular en Scarsdale por parte de la dama en cuestión. La señorita Aurora Hillcrest había coqueteado con Teddy, no es que él la alentara o lo deseara.

—¿Cuál es tu tipo? ¿Desinteresada?

—Oh, ella está interesada —sonrió Scarsdale con suficiencia—. ¿Sabes por qué se sientan lejos de nosotros, verdad?

—Pensé que era porque preferían el té al debate político nocturno.

—Se mantienen apartadas, noche tras noche, discutiendo sobre *nosotros*. Los hombres.

Teddy se rio de eso. —No hay ninguna ley que lo prohíba. Probablemente la mayoría de las damas solteras lo hacen con frecuencia. ¿De qué otra manera sabrían a quién alentar y qué sinvergüenzas evitar?

Scarsdale se volvió hacia él lentamente, con una ceja levantada. —¿Debatiendo sobre nuestros atributos sin dejarnos la ropa puesta?

Teddy volvió a reír. —Vamos, seguramente ese no puede ser el caso.

—Te digo que ninguna de ellas es tan recatada como aparenta. Por ejemplo, solo tienes que considerar que Wharton se está casando con una de ellas. Las otras dos deben ser iguales. Les abrí mi corazón en una serie de entrevistas, solo para luego escuchar por casualidad una conversación escandalosamente personal sobre un tipo que acababan de conocer. Apuesto a que también hablaron de mí de esa manera después de que me fui. Discutiendo mi tamaño y proporciones como lo hicieron con él, como si estuvieran en el mercado buscando un hombre para calentar sus camas. Bueno, planeo dejar claro que estoy disponible para una inspección más cercana.

—No deberías haber estado escuchando a escondidas una conversación privada —reprendió Teddy, sabiendo que su queja caería en oídos sordos. Los hombres hablaban de las mujeres de la misma manera todo el tiempo en privado. Aunque tal vez fuera escandaloso, no entendía por qué Scarsdale estaba tan alterado por el hecho de que las mujeres también hablaran así de los hombres. Pero cualquier sugerencia de que las Hillcrest eran ligeras solo podría conducir a chismes que dañarían todas sus reputaciones. Y a Wharton no le gustaría eso—. Permíteme desearte una sincera felicitación por tu próximo matrimonio.

Scarsdale sonrió. —No necesito una esposa, aunque no se lo digas a ellas.

—¿Por qué?

—Fingí una dolencia para poner un pie en la puerta —confesó—. Quería ver de qué se trataba todo ese alboroto.

Teddy se acercó a Scarsdale y bajó la voz para que no se oyera. —Si te entrometes de alguna manera con cualquiera de las damas Hillcrest ahora, tendrás que responder ante Wharton. Ya las trata como si fueran de la familia. Te advierto que las dejes en paz.

Teddy miró a las dos damas ahora y esperó que Scarsdale lo escuchara por una vez.

Aurora Hillcrest, la nueva fascinación de Scarsdale, era una mujer brillante. Abierta y

exuberante y bastante divertida, las pocas veces que había entablado una conversación prolongada con ella. Sin duda era la favorita de la familia. Tanto Sylvia como Eugenia tendían a promover a su prima para que cualquier caballero que conocieran se fijara en ella antes que en ellas mismas. No le gustaría ver a ninguna dama envuelta en un escándalo.

Scarsdale se tiró del chaleco. —Te digo que no son lo que parecen, y te lo demostraré.

Teddy miró a Scarsdale con fastidio. —¿De qué servirá eso?

—Espera y verás. —Scarsdale inclinó la cabeza de cierta manera y se pavoneó en dirección a ellas.

Teddy se pasó una mano por el pelo oscuro, exasperado por los planes de Scarsdale de causar problemas donde no debería haberlos. ¿Qué importaba si las mujeres tenían opiniones sobre los caballeros que conocían o si también se los imaginaban desnudos? Las mujeres podían estudiar a Teddy todo lo que quisieran, siempre que ninguna quisiera casarse con él.

Teddy se volvió para mirar de nuevo a las primas Hillcrest. Aurora ya estaba conversando con Scarsdale, pero la mayor, Eugenia, estaba siendo ignorada.

Había hablado con Eugenia Hillcrest algunas veces cuando había ido a visitar a su prima, Sylvia, antes de que Sylvia se comprometiera. Lo que recordaba de Eugenia era que parecía una mujer educada aunque reservada, alguien que se mostraba directa con los hombres, casi brusca.

Temiendo que el interés de Scarsdale por Aurora pareciera demasiado obvio para los demás, sintió que no tenía más remedio que unirse a ellos para al menos equilibrar los números.

Teddy se acercó e hizo una reverencia. —Buenas noches, señoras.

—Seguramente debe ser casi de mañana, señor —respondió Eugenia con una sonrisa de bienvenida—. Por favor, únase a nosotras.

—Sí, únase a nosotras —dijo Aurora con entusiasmo, claramente demasiado feliz de tener más compañía. Incluso dio unas palmaditas en el espacio a su lado.

Después de considerarlo cuidadosamente, Teddy se sentó al lado de Eugenia en su lugar. No haría nada para alentar a la joven. Dirigiría su atención a la prima mayor, que nunca había coqueteado con él. —¿Cómo lo está llevando? —le preguntó a Eugenia.

—Estaré muy feliz de irme a la cama, pero creo que aún falta un rato. —Giró los pies en círculos frente a ella.

—¿Le duelen los pies?

—No realmente. Tengo hormigueo en los pies, una señal terrible de que podría estar envejeciendo. Pero no se preocupe por mí. —Sonrió rápidamente—. No lo hemos visto en sociedad por un tiempo. ¿Dónde se ha estado escondiendo últimamente?

—Oímos que se había ido —dijo Aurora, haciendo un puchero mientras acercaba su silla, alejándose de Scarsdale, notó él—. Y ni siquiera se despidió.

Teddy ignoró el puchero de Aurora. —Pasé un tiempo junto al mar por asuntos del duque, realizando una inspección de una de las propiedades de su gracia allí. Vallas limítrofes, huertos, jardines. Muy aburrido en comparación con una noche en Londres —prometió.

Teddy había querido escapar de la sociedad, en realidad, aunque no mencionaría ese hecho en voz alta aquí. No todo había sido trabajo. Había terminado sus asuntos en dos días y luego pasó lo que quedaba de una semana en un alegre aislamiento para celebrar su cumpleaños. Las vistas al mar habían sido espectaculares desde su gran cama vacía cada mañana al despertar a un día sin mucho que hacer más que leer y dar largos paseos.

Pero pronto se había cansado de esa escapada tan anhelada de la sociedad y regresó ayer por la tarde a Londres, donde su primo inmediatamente se quejó de que había estado ausente

demasiado tiempo.

Había echado de menos la compañía de Sinclair, y también la de su esposa Kitty.

—Ojalá pudiera visitar el mar —dijo Aurora con entusiasmo—. Tuviste tanta suerte de crecer en una ciudad portuaria, Eugenia. Nunca pasaba nada en mi pueblo. Debemos volver algún día pronto para que nos muestres dónde creciste.

—¿Debemos? —Eugenia hizo una mueca—. Podría prescindir de los largos días de viaje siendo zarandeada en un carruaje para llegar a la costa. Además, no podemos abandonar el lado de la marquesa hasta que esté completamente recuperada, ya lo sabes.

—Todavía es algo a lo que mirar con ilusión —rebatió Aurora—. Tal vez a ella también le gustaría visitar el mar. Me pregunto si Wharton tendrá alguna propiedad junto al mar en algún lugar de la costa. Debo recordar preguntarle a él o a Sylvia más tarde.

—Podríamos ir todos juntos al mar algún día, pero probablemente será otro año —dijo Eugenia con firmeza, descartando el tema con un elegante movimiento de su mano.

Parecía que Aurora no había terminado de planear el futuro, aunque era evidente que Eugenia estaba cansada del tema.

—También podríamos visitar Hastings y a tu antigua amiga allí.

Eugenia se encogió de hombros.

—Ya no vive en Hastings, pero si fuéramos, podría dejar flores en la tumba de mi hermano.

Aurora suspiró profundamente.

—Ojalá hubiéramos vivido más cerca mientras crecíamos. Imagínate las travesuras que habríamos hecho juntas.

Teddy miró a Eugenia, lleno de curiosidad.

—Creía que vivías con Sylvia en Marlow antes de venir a Londres.

—No. Sylvia nació en Marlow. Aurora, en un pueblo que ni siquiera aparece en el mapa.

Supuso que en realidad nunca había sabido mucho sobre las mujeres Hillcrest. Había pensado que habían sido cercanas toda su vida, pero debía ser algo reciente.

—Y si me permites preguntar, ¿cómo va la aventura?

Eugenia lanzó una mirada rápida por la larga galería hasta donde estaba su prima.

—Bastante diferente de lo que soñamos al principio.

Teddy se rio. Estaba seguro de que Sylvia tampoco había planeado convertirse un día en marquesa.

—Eso suena como mi vida. Nunca puedo predecir qué pasará después.

—Pobre señor Berringer. La vida no debe ser predecible —Eugenia lo miró de reojo—. Pero supongo que para usted es una historia completamente diferente. Todo el mundo debe interrogarle para saber si la duquesa de Exeter muestra algún signo de estar encinta, así que no le aburriré haciendo lo mismo.

—Lo hacen, y no lo está.

Eugenia sonrió.

—Ella y Exeter son felices, y eso es lo único que importa, ¿verdad?

—No podría estar más de acuerdo —dijo, relajándose un poco más. Algunos conocidos insinuaban que debía estar impaciente por heredar el título y las tierras de Sinclair. El matrimonio tardío del duque con Kitty había sorprendido a todos, incluido a él mismo. Pero estaba feliz por ello. Pocos entendían la profundidad de su afecto por su primo mayor y su alegría al ver a Sinclair reunido con la mujer que había amado hace mucho tiempo y que creía perdida.

—Un matrimonio con un amor así es el ideal al que toda pareja debería aspirar —declaró Aurora apasionadamente, inclinándose un poco más en su dirección—. ¿No es cierto, señor Berringer?

Mantuvo los ojos fijos en su rostro y se negó a dejarlos caer hacia su pecho, donde sospechaba que su escote estaba inapropiadamente expuesto.

—En efecto.

A su lado, Eugenia ahogó una risa.

Scarsdale, que había permanecido en silencio durante su intercambio, acercó ahora su silla a la de Aurora.

—¿Asistirá usted al baile de los Sanderson mañana por la noche? Soy un compañero de baile muy solicitado —se jactó Scarsdale—. Haría bien en darme su tarjeta de baile para que la firme ahora, antes de que me acaparen sus competidoras.

—Señor, lamento informarle que está equivocado —murmuró Aurora, enderezándose de nuevo pero lanzando una sonrisa traviesa hacia Teddy—. ¡No tengo competencia!

Teddy se rio con ganas ante su afirmación. El humor de Aurora era una de sus mejores cualidades. Podrían llegar a ser amigos algún día, sospechaba. Si es que ella dejaba de coquetear con él, claro.

—Muy cierto.

Scarsdale, sin embargo, continuó intentando ganarse un lugar en la tarjeta de baile de Aurora para el baile y cualquier otro evento futuro. La prima Hillcrest más joven se veía con frecuencia en la pista de baile, mientras que la mayor y más seria Eugenia a menudo no. Era descortés por parte de Scarsdale centrarse en la prima joven y ignorar a la mayor, quien, en opinión de Teddy, merecía igualmente pasarlo bien.

—Estaré encantado de bailar con ambas —prometió Teddy.

Aurora sonrió agradecida, pero Scarsdale continuó su ataque, afirmando ser el compañero de baile superior y advirtiendo que Teddy tenía dos pies izquierdos.

Teddy negó con la cabeza.

—Scarsdale, dices tonterías —Y si así era como Scarsdale planeaba captar el interés de la señorita Aurora Hillcrest, lo estaba haciendo completamente mal.

Lord Sullivan se acercó entonces y se unió a Scarsdale y Aurora Hillcrest, comentando sobre la destreza de sus amigos en la pista de baile.

—¿Puedo hacerle un cumplido, señor? —susurró Eugenia por la comisura de la boca. Ante su asentimiento, ella susurró—: Usted baila muy bien, señor.

Teddy sonrió. No habían bailado juntos, pero la había visto bailar una vez, y claramente, ella lo había estado observando bailar para haberse formado alguna opinión.

—Gracias —susurró él a su vez, girándose ligeramente hacia ella. Colocó su brazo en el respaldo del diván y apoyó la barbilla en su puño—. Usted no baila muy a menudo. ¿Por qué es eso?

Una breve mueca de dolor cruzó su rostro, y su mirada se desvió hacia su prima por un momento.

Eugenia Hillcrest era una mujer atractiva, de naturaleza afable y buena compañía esta noche. Debería haber sido elegida para bailar cualquier noche, en cualquier baile. Nunca había pisado los pies de sus parejas, que él supiera.

—Dígame —insistió.

Ella lo consideró por un momento y luego se encogió de hombros.

—Porque los hombres son tontos que piensan que las mujeres no quieren nada más que casarse.

—No la sigo. ¿No estábamos hablando de bailar, no de matrimonio?

—La sociedad considera que bailar es el primer paso hacia el matrimonio, el comienzo de cualquier cortejo. Así que no suelo bailar porque... Bueno, por muchas razones obvias que no debería tener que explicarle —Eugenia exhaló un profundo suspiro—. Tengo las mismas expectativas que muchos caballeros.

Esa era definitivamente una queja contra su sexo. No se ofendió, pero descubrió que su interés y curiosidad aumentaban inesperadamente por escuchar más de sus pensamientos.

—¿A qué se reducen esos deseos, si no es una expectativa de matrimonio?

Ella lo estudió por un largo momento.

—El coqueteo ocasional o un beso robado siempre es agradable.

Teddy casi se atraganta. *Esto* de una solterona. Estaba en terreno peligroso ahora.

—¿No me diga?

Ella asintió lentamente, con una pequeña sonrisa curvando las comisuras de sus labios.

Eugenia Hillcrest estaba disfrutando de su conmoción. *Pícara descarada*. Y claramente, no era tan reservada como había pensado al principio.

—Por favor, continúe —murmuró, aunque primero comprobó que los demás estuvieran bien enfrascados en su debate.

—Me parece que si una dama muestra abiertamente su disfrute por cualquiera de esas cosas —besar y coquetear— y no por el matrimonio, se la considera extraña y, por supuesto, atrevida. Los caballeros refuerzan las reglas de la sociedad y solo buscan mujeres jóvenes, bien dotadas y de buenas familias para bailar y considerar como esposas, pero buscan a viudas y esposas para sus aventuras.

Teddy se enderezó.

—No tomaré parte en el adulterio.

Eugenia asintió con aprobación.

—Una postura moral encomiable en una sociedad que se nutre del pecado y el vicio.

Teddy asintió. No había imaginado que Eugenia fuera tan consciente de las faltas de tantos en la sociedad. Pero quizás en su antiguo negocio, había estado expuesta a las frecuentes decepciones y arrepentimientos de sus clientes. Y claramente, no solo hablaba de su propia experiencia, sino también de las situaciones de otras damas solteras.

—Entonces, ¿crees que las solteronas mayores, incapaces de casarse sin que sea su culpa, están excluidas de disfrutar plenamente de la temporada porque los hombres solo pueden casarse con ellas o causar su ruina?

—Es ridículo, ¿no? —Se encogió de hombros—. Nuestras amigas a menudo se lamentan de la falta de emoción en sus vidas mientras permanecen en compañía de carabinas en gran medida innecesarias.

—No debería ser así.

—Lamentablemente, es así para muchas flores silvestres, etiquetadas incorrectamente como *flores de pared* porque se sientan al margen debido a la falta de dote. Relegadas a observar toda la diversión simplemente por la falta de juventud o conexiones exaltadas, también. Las noches pasadas en el aburrimiento por falta de emoción es criminal. Mi joven prima es mejor que la mayoría para presentarse y baila a menudo, pero después de un tiempo, para el resto de nosotras, se vuelve más difícil esperar un poco de emoción inofensiva de cualquier otro tipo. Solo hay

tantas veces que uno puede divertirse con algún sinvergüenza echando ron en el ponche.

Teddy se rio mientras observaba a Eugenia Hillcrest. Había pasado por alto a muchas damas solteras por todas las razones de las que ella se acababa de quejar. Sin embargo, esas damas —flores de pared, las había etiquetado— podrían haber estado tan aburridas como él, pero nunca lo había percibido. Y realmente debería haber prestado más atención a Eugenia Hillcrest, una flor silvestre ansiosa por divertirse.

—Ahora entiendo por qué eras tan apreciada por los caballeros que hablan de su visita a la academia. Nos haces abrir los ojos y ver el mundo desde el otro lado.

—Es la misma vista.

—Así es. —Echó un vistazo a Aurora Hillcrest, cuya atención aún monopolizaban Scarsdale y Sullivan, para asegurarse de que sus siguientes palabras no fueran notadas—. También me gustaría mucho continuar nuestras conversaciones sobre las necesidades de una flor silvestre en particular una noche próxima. ¿Puedo reclamar tu primer baile mañana por la noche?

Eugenia Hillcrest lo miró durante un largo momento. Tanto tiempo que temió haber malinterpretado la naturaleza de su interés en él. Estaba bastante dispuesto a coquetear y besar a solteronas, siempre que entendieran que no buscaría arruinarlas *ni* casarse con ellas.

Finalmente, inclinó la cabeza.

—Sería un honor bailar contigo mañana por la noche.

—Podríamos hablar más entonces, también, sobre tu deseo de *otras* diversiones —ofreció. Normalmente evitaba a las solteronas, pero haría una excepción con Eugenia mañana por la noche.

—Me gustaría hablar más sobre cómo satisfacer tus deseos también —murmuró ella—. En privado.

Hizo todo lo posible por mantener una cara seria, pero quería reírse a carcajadas. Los mejores coqueteos eran los que se mantenían en privado, después de todo, y casi siempre totalmente imprevistos.

CAPÍTULO 3



EUGENIA DESPERTÓ Y SE ESTIRÓ, percatándose al instante de que no estaba sola.

—Hay doce habitaciones sin usar en esta mansión. ¿Por qué estáis las dos en la mía?

—Bueno, ya no vienes a la mía —se quejó Sylvia.

—Eso es porque las posibilidades de encontrar a un marqués en tu cama son muy altas —Eugenia levantó la cabeza, sonriendo. Sus primas estaban reunidas a su alrededor, aún en ropa de dormir, y ambas parecían completamente despiertas—. ¿Qué hora es?

—Poco después de la una de la tarde.

—¡Apenas pasado el mediodía! —Se dejó caer de nuevo sobre su almohada—. ¿No podríamos haber dormido hasta que fuera casi la hora de cenar? Las bolsas bajo mis ojos volverán a tener bolsas debajo.

—Nosotras también estamos cansadas —prometió Sylvia.

Eugenia se incorporó de inmediato y se quitó el gorro de dormir, dejando que su cabello cayera sobre sus hombros y espalda mientras estudiaba los rostros de sus primas. Desde que llegaron a vivir bajo el techo de Wharton para ayudar con la marquesa, todas mantenían horarios muy extraños. El tiempo de sueño era precioso y generalmente bien resguardado.

—¿Qué le ha pasado a la marquesa durante la noche?

—Nada ha cambiado para ella, pero Aurora no podía dormir.

El alivio invadió a Eugenia. Se sabía que la salud de la marquesa fluctuaba dependiendo del día, y a veces incluso de la hora. Pero la noticia de que Aurora no podía dormir era desconcertante.

—Tú duermes como una piedra a menos que tengas a un hombre en mente.

—Lo tengo, pero no es lo habitual —dijo Aurora y luego suspiró—. Ojalá fuera tan simple como desear lo inalcanzable.

Eugenia entrecerró los ojos.

—¿Scarsdale? ¿O es Sullivan otra vez?

—Scarsdale —susurró Aurora—. No me gusta que me haya señalado para darme atención, incluso aquí.

—Tal vez esté enamorado de ti —dijo Sylvia con una expresión esperanzada.

—El amor no es lo que tiene en mente —advirtió Aurora—. Durante toda la noche pasada, no dejó de insinuar cosas que una dama decente no debería entender. Incluso Lord Sullivan captó su intención, y ambas sabéis lo denso que puede ser.

Eugenia se había perdido eso anoche. Su atención había estado demasiado fija en el Sr. Berringer y su desconcertante cercanía.

—¿Scarsdale hizo insinuaciones sobre tenerte?

—No, pero está en sus ojos. Temo que se haya encaprichado. Por eso te despertamos. Esperaba haberlo imaginado.

—Lamento decir que estaba distraída con la conversación del Sr. Berringer anoche y no escuché nada que me alarmara.

—Sí, parecías más entretenida de lo que yo estaba —observó Aurora—. Tuve que confiar en la tediosa conversación de Lord Sullivan sobre su familia para tener un respiro de Scarsdale.

—Podría pedirle a Wharton que le advierta —ofreció Sylvia.

—Preferiría no llegar tan lejos todavía. El hombre es su amigo.

—Y visita frecuentemente a mi prometido aquí —le recordó Sylvia—. Si no has alentado a Scarsdale, y no usas a Wharton para mantenerlo a raya, ¿qué más puedes hacer para alejarlo de tu lado? No puedes recurrir a comportamientos poco femeninos aquí. Lord Sullivan no siempre estará cerca para frenar cualquier conversación escandalosa.

—No sé qué puedo hacer, pero debe ser algo, y pronto —Aurora se estremeció—. Anoche, no pude sacudirme la sensación de que estaba esperando para abalanzarse sobre mí. Gracias al cielo que el Sr. Berringer se ofreció a acompañar a Scarsdale a casa cuando la velada llegó a su fin. La mirada en sus ojos mientras besaba el dorso de mi mano en despedida atormentó mis sueños e hizo imposible dormir.

Eugenia salió de su cálida cama, se puso la bata y luego fue hacia su prima. Aurora estaba sentada en el extremo de la cama, abrazando sus rodillas ahora. Claramente más que un poco nerviosa. Ella era la belleza de la familia y no era ajena a hombres lujuriosos devorándola con la mirada. Pero realmente debía estar asustada si soñaba con un hombre que no deseaba. Eugenia la abrazó.

—Nos quedaremos juntas. No dejaré que te acorrale de nuevo. Donde tú vayas, yo iré también ahora.

Aurora le devolvió el abrazo y luego le sonrió.

—Gracias.

—También me tendrás a mí —les recordó Sylvia.

—Pero estás muy ocupada con la marquesa y...

—Scarsdale visita a cualquier hora —murmuró Eugenia, frotando la espalda de su prima cuando esta se estremeció—. Podría fácilmente acorralarla sola en el salón de la mañana.

—Es una lástima que no puedas llevar siempre una sombrilla en la casa por si necesitas golpearlo con ella —sugirió Sylvia con una risa frustrada—. Oh, si tuviéramos nuestros propios sirvientes, ella nunca se vería sorprendida por sinvergüenzas.

Eugenia asintió lentamente.

—¿Cuál es nuestra agenda para hoy?

—Una comida con Lizzy, y pruebas de vestuario.

—¿Pruebas de vestuario? —dijeron Eugenia y Aurora al unísono, sorprendidas.

—La marquesa insiste en que ambas necesitáis un nuevo guardarropa. Vendrá una modista aquí, y ella planea ayudar con la selección —dijo Sylvia con una mueca de disculpa.

La marquesa, Lizzy, tenía muchas opiniones, la mayoría de las cuales solo se habían impuesto a Sylvia hasta ahora. Pero últimamente, había estado comentando sobre la calidad y el estilo de los vestidos de Eugenia, y también los de Aurora.

—Aparentemente, no estamos vestidas de manera aceptable, prima —dijo Eugenia a Aurora, haciendo una mueca con la esperanza de hacerla reír.

—Al menos las pruebas y la discusión sobre moda mantendrán a todos los hombres a distancia por hoy —murmuró Aurora, recostándose contra Eugenia.

Serían los días posteriores, en las frecuentes fiestas nocturnas por venir, donde Scarsdale podría buscar a su prima de nuevo. Si tan solo tuvieran sus propios sirvientes en la casa. Un lacayo no era mucho impedimento para un libertino con suficiente dinero para sobornarlos y alejarlos con algún recado, pero tenían sus usos. Podrían llamar a una de ellas, o incluso al marqués, para poner fin a cualquier importunidad que estuviera ocurriendo.

Realmente necesitaban tener sus propios sirvientes leales de nuevo. Eugenia se arrepintió de haber permitido que Wharton pensionara a sus pocos antiguos empleados cuando se mudaron a su casa.

Le dio un último apretón a Aurora, pensando intensamente en sus opciones. Muchas de las decisiones que habían tomado y dado por sentadas ya no estaban bajo su control. Podría protestar, pero había perdido más batallas de las que quería recordar desde que se mudaron aquí. ¿Hacía solo un mes que se habían instalado todas? Empezaba a parecer mucho más tiempo.

—Tiene buenas intenciones —prometió Sylvia, apelando a Eugenia para que no armara un alboroto por los nuevos vestidos que la marquesa quería que tuviera—. Quiere que ambas sean vistas como iguales a todos los que conozcan.

Aurora jugueteó con su camisón.

—Es muy amable de su parte preocuparse por nosotras, dada su mala salud.

—Somos meramente una distracción de su dolor —observó Eugenia, volviéndose hacia su lavabo y haciendo una expresión agria—. Por favor, agradécele, pero dile que no podría necesitar otro vestido.

Sylvia suspiró.

—¿Por qué siempre tienes que ser difícil e intentar frustrar sus planes?

—Porque un debate animado significa más para ella que una aceptación cortés. Piensa menos en su propia mortalidad cuando se enfrenta a mi oposición.

—Eres malvada —susurró Aurora.

—No sirve de nada mimar a los enfermos —dijo Eugenia—. No puedo sentarme a darle palmaditas en la mano o retorcerme las mías, esperando una rápida recuperación para ella. De todos modos, solo quiere a Sylvia como confidente.

Gastar fondos en ellas era vergonzosamente derrochador, pero la marquesa se saldría con la suya al final, sin duda. Aparentar rechazarlo al principio hacía que Eugenia se sintiera mejor, sin embargo, y le daba a la marquesa algo así como un desafío.

Después de echarse agua en la cara y secarse la piel con unas palmaditas, se acercó al espejo. Su cabello oscuro estaba desordenado ahora, pero su piel era impecable. Y aunque sentía los ojos arenosos y secos, se veía lo suficientemente bien como para ser vista.

Cuando se volvió hacia sus primas, descubrió que Aurora se había arrastrado hasta la cama para apoyar la cabeza en sus almohadas. No era raro que compartieran sus camas antes de venir a vivir aquí, pero no desde entonces. Aurora bostezó ampliamente y cerró los ojos. Eugenia le cubrió los hombros con una sábana y escuchó un agradecimiento murmurado antes de que su prima se quedara quieta.

Ella y Sylvia se alejaron para sentarse junto al fuego.

—Debe estar realmente preocupada.

Sylvia asintió.

—Realmente me gustaría hablar con Wharton sobre las atenciones de Scarsdale hacia nuestra prima, pero ella me hizo prometer que no lo haría. No quiero romper mi palabra.

—Ella te lo negó a *ti*, pero yo no hice tal promesa —dijo Eugenia—. Si surge la necesidad, le diré que controle a su amigo.

—Gracias —Sylvia respiró aliviada—. Todo esto sigue siendo muy extraño, ¿verdad? No es realmente nuestro hogar. No podemos ordenar a los sirvientes que no admitan a un hombre en quien no confiamos completamente.

—Lo es —Sylvia estaba ayudando a la marquesa a dirigir la casa porque ella estaba demasiado débil para hacerlo sola. Aurora y Eugenia tenían muy poco que hacer además de arreglar flores ocasionalmente.

—Echo de menos vivir en Albemarle Street. Nuestra independencia fue una víctima de aceptar la propuesta de Wharton. Extraño el hogar que compartíamos, pero no los crujidos del suelo allí.

Eugenia se rio entre dientes.

—En realidad, extraño eso. Siempre podía saber cuál de ustedes se movía por la casa. Ahora, no oigo nada, y constantemente me sorprenden mientras duermo.

—Parecías estar profundamente dormida. ¿Estabas soñando?

—Anoche no. De hecho, no desde hace un tiempo —miró a Sylvia—. Puedo adivinar qué y con quién probablemente soñaste *tú*.

—Caerme de bruces frente a la Princesa Carolina —Sylvia suspiró—. Las cosas son tan complicadas ahora, ¿no?

Lo eran, ciertamente. Pero Sylvia estaba enamorada y era correspondida, y eso era bueno. En cuanto a la situación de Aurora, Eugenia observaría y actuaría si fuera necesario.

—¿Cambiarías a quien amas?

—No —Sylvia suspiró—. Si no lo amara a él, no sé si habría amado a alguien.

—¿Ni siquiera al señor Berringer? —bromeó Eugenia en un susurro. Durante un tiempo, Eugenia había sospechado una parcialidad por parte de Berringer hacia Sylvia. Pero eso había desaparecido en el momento en que se anunció el compromiso. Ya no las visitaba, pero sí visitaba a Wharton, como parecían hacer regularmente muchos caballeros y lores del *ton*.

—Nunca sentí eso por él, aunque tú bromees diciendo que sí. Sin embargo, le deseo lo mejor. Es un buen hombre y merece lo mejor que la vida pueda ofrecerle.

Eugenia se mordió el labio por un momento.

—Entonces, ¿no te importaría si otra mujer lo atrapa?

—Por supuesto que no. Siempre y cuando sea lo que él también quiere. No podría soportar la idea de que alguno de nuestros conocidos masculinos, o nuestros antiguos clientes, se viera obligado a casarse con alguien a quien no ama.

—Pero así son las cosas en la sociedad.

—No para todos. No para nosotras —Sylvia miró a Eugenia—. Prométeme que solo te casarás por amor.

Eugenia tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Solo el amor podría obligarme.

Sylvia suspiró.

—Creo que pasará mucho tiempo antes de que sea esposa.

—¿Te arrepientes de tu promesa de retrasar la boda hasta que la marquesa se recupere, para

darle algo por lo que vivir?

—A veces. Está muy débil. Esperaba que mejorara más rápido que esto.

Eugenia le tomó la mano. Sylvia había llegado a amar a la marquesa como si fuera su propia madre. Si moría, Sylvia la lloraría profundamente. Pero la marquesa tenía una voluntad fuerte. A pesar de los frecuentes reveses, Eugenia no podía imaginar que perdieran a Lizzy ahora.

—Si ha sobrevivido a todo esto, creo que puedes contar con que planifique tu boda, como ha amenazado con hacer.

—Eso espero —susurró Sylvia—. La idea de no tener su apoyo es aterradora. Me dice que es muy probable que el Príncipe Regente asista a mi primer baile como marquesa.

—Qué espantoso —Eugenia se estremeció. Era sabido que el Príncipe Regente aterrorizaba a la mayoría de las anfitrionas experimentadas. Eugenia le dio un codazo a su prima—. Será mejor que te vayas. Estoy segura de que hay una docena de cosas que se supone que debes hacer hoy para la marquesa.

—Sí, desafortunadamente, las hay —suspiró—. Echo de menos los días despreocupados que teníamos en la academia.

—Las echo de menos aún más —Eugenia guiñó un ojo. La academia, a pesar de su éxito limitado, había sido su proyecto. Su medio para ganarse un ingreso destinado a su vejez. No había sido exactamente despreocupado para Eugenia. Había tenido muchas tareas que hacer cada día, pero había disfrutado del desafío. Habían perdido toda esperanza de mantenerse ocupadas el día en que Sylvia las había convencido a todas de mudarse aquí.

Sylvia desapareció, y Eugenia se volvió hacia la cama. Aurora dormía profundamente ahora. Sería Aurora quien se casaría después, si Eugenia se salía con la suya. Eugenia estaba decidida a que su querida prima menor se casara con un hombre digno de ella, y no sería el hombre empeñado en seducirla por diversión.

Eugenia se vistió con un vestido de mañana, se peinó ella misma y luego salió sigilosamente de su habitación, dejando a Aurora dormida en su cama.

A esta hora, la atmósfera de la casa estaba tranquila, y con suerte no se esperaban visitas por algunas horas más. Las doncellas y los lacayos entraban y salían de las habitaciones, rehaciendo camas, vaciando orinales, reencendiendo fuegos para la noche.

Informó a la doncella principal que no molestara su habitación, ya que su prima estaba durmiendo allí, y entonces su oído captó una crítica dirigida al señor Bloom, el nuevo lacayo.

—Tienes que trabajar más rápido —se quejaba una doncella de piso superior con voz chillona—. No, por el amor de Dios. No de esa manera.

Eugenia se acercó y observó cómo la doncella reprendía al nuevo empleado frente a las otras doncellas que se reían. El señor Bloom era más joven que la mayoría de los sirvientes de la casa y se estaba tomando la crítica muy a pecho, podía verlo. Su rostro se estaba poniendo bastante rosado por la vergüenza, pobre hombre.

Se aclaró la garganta. —Por favor, baje la voz. Mi prima aún está durmiendo.

—Perdone, señorita Hillcrest. Lamento que haya tenido que oír eso —dijo la doncella, pero frunció el ceño al señor Bloom, quien se disculpó profusamente, aunque no había hecho ningún ruido.

Eugenia observó a los sirvientes y notó que las doncellas se alejaban del señor Bloom para reunirse cerca de la doncella más experimentada.

Claramente, el señor Bloom estaba en desgracia con todos ellos. Quizás había encontrado al único hombre en la casa que podría servir a sus necesidades y no chismorrear a los demás, si se

le daba el incentivo adecuado. —Señor Bloom, ¿sería tan amable de hacer que traigan té al salón de abajo para mí?

—Puedo hacer eso por usted —ofreció la doncella del piso superior.

—No. Es al señor Bloom a quien quiero —dijo Eugenia, ahora irritada con la doncella mandona por la sugerencia.

—Enseguida, señorita Hillcrest —dijo él mientras se adelantaba—. ¿Querrá sándwiches también?

—Sí, en media hora, creo. —Pensó un momento—. Si también pudiera proporcionarme el periódico de hoy para leer, se lo agradecería mucho.

Él asintió. —¿Alguno en particular?

—*The Times* servirá para empezar. —Wharton leía *The Times* cada día. Ella había pedido su propia copia, pero el marqués aún no lo había arreglado.

—Haré lo mejor que pueda. —El hombre se apresuró a cumplir sus órdenes, y todas las doncellas suspiraron con aparente alivio.

Eugenia entrecerró los ojos hacia la doncella principal cuando esta resopló. —¿Cuál parece ser el problema?

—Al ama de llaves le gustan las cosas de cierta manera, y, bueno, él es tan lento. He tenido que apresurarlo toda la mañana. Me ha retrasado, y me regañarán por sus errores.

—Hmm. Bueno, es nuevo en la casa, y joven. Estoy segura de que aprenderá sobre la marcha.

—Si dura tanto tiempo —susurró la doncella principal, pero Eugenia la oyó, y a las doncellas cuando se rieron por lo bajo.

Eugenia frunció los labios. —Vuelvan todas a sus tareas.

Nadie se volvía bueno en nada de la noche a la mañana. Quizás *podría* apropiarse de los servicios del señor Bloom. Se puso una sonrisa en el rostro y continuó bajando las escaleras.

El señor Bloom estaba esperando en el frío salón, periódico en mano. —Lord Wharton me pidió que le dijera que le gustaría tenerlo de vuelta cuando termine con él.

—Bueno, entonces —murmuró ella—. Será mejor que se busque una silla.

—Perdone, señorita Hillcrest. ¿Entendí bien que quiere que espere aquí con usted?

—En efecto, creo que debe hacerlo. No voy a pasar todas las mañanas devolviendo el periódico a Lord Wharton cuando termine de leerlo.

Se posó en una silla ubicada en el centro de la mesa y extendió el gran periódico. —¿Arregló que me trajeran el té aquí?

—Sí, señorita.

—Muy bien. —Miró hacia el fuego al otro lado de la habitación—. Tengo la intención de pasar el día aquí con mi prima, en lugar de en el salón más grande. ¿Podría avivar el fuego, por favor?

El señor Bloom cobró vida, apresurándose como si ella estuviera en peligro de congelarse en cualquier momento. —Despacio, señor Bloom. Un buen fuego no se puede apresurar.

—Perdone, señorita, pero dicen que soy demasiado lento en mis deberes.

Eugenia lo miró con ecuanimidad. —No oirá quejas de mí sobre su servicio, y me aseguraré de transmitir eso a cualquiera en la casa que pueda menospreciar su atención al detalle.

El señor Bloom sonrió. Un poco de aliento iba un largo camino para asegurar la lealtad futura de cualquier sirviente. Cuando terminó con su fuego, ella lo envió de vuelta arriba para esperar fuera de su puerta hasta que Aurora despertara de nuevo, para que pudiera escoltarla hasta aquí.

No habría posibilidad de que Scarsdale sorprendiera a Aurora hoy si tenía un sirviente leal a su lado en todo momento.

CAPÍTULO 4



EL LIDERAZGO NO era algo natural para Teddy, pero tomaría las riendas por una buena causa.

—Caballeros, cada uno tiene su lista. No presten atención al orden de los nombres y vayan a buscar a su primera pareja.

Scarsdale gruñó.

—¿Por qué estamos haciendo esto de nuevo?

—Porque nosotros, los caballeros, tenemos el deber de proporcionar a las damas una velada agradable. *Todas* las damas, no solo aquellas que buscan marido o amante.

—Seguramente no estás diciendo que estas mujeres no desean el matrimonio —preguntó el joven duque de Brandestock con tono sorprendido mientras estudiaba los nombres en su lista.

—Por supuesto que no estoy diciendo eso. Brandestock, ¿te has metido lana en los oídos otra vez? Estas damas son ignoradas y están aburridas —les dijo a todos—. Tan aburridas como a menudo lo estamos nosotros en este tipo de eventos. Id a hacer sonreír a alguien. No comprometáis a ninguna de ellas.

Cada lista contenía un conjunto diferente de seis nombres de solteronas. Las destinatarias fueron elegidas al azar. Teddy no jugaría ningún papel en el emparejamiento. Como Eugenia había afirmado, no todo el mundo quería casarse, pero bailar y tener buena compañía eran universalmente aceptables y deseados por todos.

En ese momento, oyó el anuncio de que el primer baile comenzaría en breve. Se alisó el cabello y comenzó a regresar al salón de baile detrás de sus amigos, instándoles a que se dispersaran y buscaran parejas. Admitía que algunos eran escépticos sobre su plan para la velada; otros se habían negado rotundamente a considerar unirse y se habían marchado. Pero había unos cuantos que habían visto fácilmente el valor de la sugerencia de Teddy y estaban dispuestos a seguir el juego.

Su primera pareja de baile de la noche era Eugenia Hillcrest, pero ella no estaba en su lista. Su nombre estaba en las listas de algunos otros hombres y, como él fue el último en regresar al salón de baile, tuvo que abrirse paso entre ellos para reclamar su ya reservado primer baile.

Ella parecía un poco desconcertada por su repentina popularidad, pero se mostró agradecida de tomar su mano.

—Disculpen, caballeros —se disculpó con una sonrisa de pesar.

Ellos se hicieron a un lado, dejando un espacio libre alrededor de Eugenia. Pero después de unos pasos, ella miró su tarjeta de baile con una expresión perpleja.

—¿Qué ocurre?

—Nada ahora, pero yo... perdóname. Pensé que no habías venido esta noche —confesó—. Lord Wallingham estaba tratando de convencerme de tachar tu nombre y reemplazarlo con el suyo.

Teddy se volvió y agitó un dedo hacia Wallingham, quien fingía inocencia a unos metros de distancia.

—Acabo de estar en el jardín hablando con él.

Vio la tarjeta de baile en su mano, complacido de ver que tantos de sus amigos la habían buscado para un baile tan rápidamente.

—¿Queda algún baile libre esta noche?

—No puedo explicarlo. Solo me queda uno.

—Ah, bueno. Tal vez alguien venga más tarde a reclamar ese último, así podrás decir que bailaste toda la noche.

Extendió su mano y la llevó a la pista de baile. Mientras esperaban para comenzar, Eugenia empezó a estirar el cuello en todas direcciones, saludando a sus amigas en situaciones similares en la pista de baile, cada una esperando bailar con uno de los solteros más populares de la temporada.

Dejadas de lado para este baile estaban todas las herederas y las debutantes más populares y bien conectadas, y no parecían nada complacidas al respecto.

De repente, Eugenia se giró y lo miró, con los ojos muy abiertos.

—Tú hiciste esto.

Teddy contuvo una sonrisa, negando con la cabeza para negar cualquier responsabilidad.

—No tengo idea de a qué te refieres.

—Tú lo hiciste —protestó—. Lo sé.

La miró y sonrió ante su expresión atónita. Eugenia llevaba un vestido de un tono rojo extremadamente oscuro, que era bastante diferente de todas las demás flores de pared reunidas a su alrededor, con sus recatadas muselinas blancas y sedas pastel. El color le sentaba bien, pensó. Destacaba en un mar de uniformidad. La flor silvestre entre las flores de pared.

—Supongo que estás complacida, quienquiera que lo haya organizado.

—Sabías que lo estaría —dijo boquiabierta—. Nunca imaginé que escucharías tan bien.

—Sospecho que si juntáramos nuestras cabezas más a menudo, podríamos continuar una asociación mutuamente beneficiosa en otras áreas también —sugirió, coqueteando porque ella prácticamente había prometido que no esperaba una propuesta.

Teddy tenía un largo y aburrido futuro por delante, esperando una herencia que no tenía prisa por recibir. Organizar que sus amigos aburridos bailaran con flores de pared y flores silvestres igualmente aburridas como Eugenia era quizás una de las cosas más satisfactorias que había hecho este mes.

Sin embargo, ella frunció el ceño.

—Mi prima Aurora tiene muchas ideas en esa dirección.

—Preferiría escuchar las tuyas —prometió. Aurora estaba muy bien para reír con ella, pero Eugenia... solo ahora sospechaba que podría ser más de su gusto.

Teddy había estado pensando en Eugenia todo el día. Era extraño que solo acabara de notarla cuando había conocido su existencia durante casi un año.

Y entonces no le quedó tiempo para la contemplación. Fue arrastrado por el entusiasmo y la habilidad de Eugenia en la pista de baile.

Bailaban bien juntos, perdiéndose en la música y los pasos junto con todos los demás, pero siempre conscientes de su compromiso mutuo para el baile. Y cuando otros bailarines perdían el rumbo, simplemente se reían y los esquivaban para continuar. Para Teddy, fue una de las medias horas más agradables de su vida, viendo a Eugenia y a esas otras damas bailar y sonreír y ser apreciadas, y que sus amigos también parecieran estar pasándolo bien.

Hizo girar a Eugenia una y otra vez mientras el baile terminaba y sonrió mirando su rostro alzado. Había una mirada de cálido aprecio en sus ojos ámbar que lo afectó de pies a cabeza. Cuando finalmente dejaron de girar, casi lamentó tener que dejarla ir.

Con pesar, Teddy guió a Eugenia de vuelta con su prima Sylvia y se inclinó sobre su mano.

—Gracias por el baile. Tú también bailas muy bien —susurró solo para sus oídos.

Antes de que pudiera responder con más que una sonrisa, fue arrebatada por Lord Wallingham para ser su siguiente pareja.

Teddy se fue a buscar a su siguiente mujer para bailar, pero miró por encima del hombro una vez justo cuando Eugenia tomaba la pista con Wallingham. Ella no parecía aburrida en absoluto, y eso era todo lo que él quería.

Su siguiente pareja de baile resultó difícil de encontrar al principio. Cuando finalmente encontró a la señorita Charlotte Waters para pedirle bailar, era demasiado tarde para unirse al grupo actual que se estaba formando. Charlotte Waters era alguien a quien ya había conocido antes, por lo que no era necesario conseguir una presentación. Normalmente se sentaba con las acompañantes y tendía a balancearse al ritmo de cualquier melodía que se tocara, lo que normalmente la hacía fácil de detectar desde cualquier ángulo.

Esa noche, ella estaba sentada en el borde de un grupo de solteronas más pequeño de lo habitual. Una docena de cabezas se giraron para mirarlo cuando se acercó. Los ojos de ella se agrandaron cuando él sonrió. —Señorita Waters, ¿me concedería el placer del próximo baile?

Charlotte balbuceó y tartamudeó, pero finalmente encontró su voz. —Por supuesto, señor. Qué amable de su parte pensar en mí.

—Debería haberlo hecho mucho antes, también —confesó, arrepentido. Charlotte era muy agradable. Una flor de pared de larga data, sin embargo. Sus padres eran conocidos de Exeter y una pareja algo extraña. Historiadores con interés en lugares lejanos, y no en ver a su hija encontrar pareja. Charlotte había estado fuera de Londres el año pasado, lo que explicaba su continua soltería. Ella, como todos los demás, merecía una velada agradable.

—Está bien, señor. Está aquí ahora.

En realidad, Teddy no necesitaba permanecer a su lado entre la invitación y el baile. Sin embargo, descubrió que la ubicación de las flores de pared tenía una vista casi sin obstrucciones de la pista de baile. Se movió ligeramente hacia un lado y observó a Eugenia y Wallingham girar.

Se aclaró una garganta. —¿Le importa si me quedo con usted, señor?

Teddy sonrió ante la tímida pregunta de la señorita Waters. —Por supuesto que no.

Ella sonrió radiante y miró alrededor de la sala, balanceando inconscientemente sus faldas alrededor de sus piernas. —Es una noche bonita, ¿verdad?

—Lo es —murmuró él—. Bastante ruidosa a veces, también.

La señorita Waters se rio detrás de su mano. —Oh, sí, de hecho. Creo que la orquesta está decidida a que se la escuche en todos los rincones de la sala, y los invitados están igualmente decididos a hablar por encima de la música.

Él la miró. —¿Está sugiriendo que la sociedad está compuesta por charlatanes?

Charlotte se cubrió la boca con ambas manos mientras reía de corazón. —Quizás lo hice. ¿Va a negarlo?

—No. —Teddy sonrió—. Señorita Waters, es usted muy divertida.

—Mi última acompañante no estaría de acuerdo con usted —confesó ella.

—No creo haber tenido el placer de conocerla —señaló él, buscando una nueva. Nadie parecía mirar a Charlotte y a él con gran entusiasmo.

—Ella no creía en ningún tipo de frivolidad, lo que creo que hacía que los caballeros huyeran al otro lado de la sala.

Él miró a su alrededor. —¿Dónde está su chaperona o sus padres esta noche?

—Ellos, ah... supongo que están en la biblioteca.

—Ah —dijo él, sintiendo simpatía por la chica. Por lo que había oído, la señorita Waters se había criado sola. Sus padres no estaban particularmente interesados en lo que hacía su hija.

Por fin, Eugenia y Wallingham hicieron una pausa y se inclinaron el uno al otro, señalando el final de su baile. —¿Deberíamos prepararnos para tomar nuestros lugares?

La señorita Waters se sonrojó y asintió con entusiasmo. Atrajeron miradas y susurros antes incluso de llegar a la pista de baile. Un par de herederas que estaban con Lady Fuller miraron con puñales a Charlotte mientras él las esquivaba.

—Debe haberlo obligado a bailar con ella —aseguró Lady Fuller a las herederas en voz demasiado alta.

Teddy tomó la mano de Charlotte y la colocó sobre su brazo, solo para molestar a la mujer.

Los ojos de Charlotte estaban redondos cuando tomaron sus lugares. —¿Eligió a una flor de pared en lugar de una heredera?

Él le sonrió a Charlotte. —Sí, así lo hice.

Charlotte sonrió radiante y se dio palmaditas en las mejillas sonrojadas. —Nunca olvidaré la expresión en sus caras mientras viva. Gracias.

—Es un placer.

Su baile era un vals. Charlotte era muy buena, pero la diferencia de altura y longitud de piernas significaba que ella tenía que inclinar la cabeza hacia arriba de manera poco natural para mirarlo, y él tenía que acortar considerablemente su zancada. También descubrió que tenía una vista clara del pequeño corpiño de ella mientras rebotaba en sus brazos. Al final de su baile, sintió que su cara debía estar ardiendo. Parecía indecente ver tanto de la figura de la señorita Waters de lo que tenía derecho, aunque fuera por accidente.

Mientras acompañaba a la señorita Waters fuera de la pista, un conocido se acercó y pidió una presentación para poder invitar a Charlotte a bailar también. Este conocido en particular no había sido parte del plan de Teddy, y su interés en Charlotte parecía bastante genuino. Teddy realizó las presentaciones y se excusó con gusto para que Charlotte y su nuevo admirador pudieran hablar sin que él se cerniera sobre la pareja.

Y como el salón de baile se había vuelto sofocante, y se sentía demasiado acalorado por sus esfuerzos en la pista de baile, salió por el primer par de puertas abiertas que encontró para tomar un poco de aire fresco y refrescarse.

—¿Por qué lo hiciste?

Teddy se dio la vuelta ante la pregunta inesperada.

Eugenia Hillcrest estaba de pie en las sombras, observándolo, con la espalda contra la pared. Parecía estar completamente sola.

Consciente de no caer sin querer en una trampa matrimonial o escándalo, Teddy se mantuvo

a distancia en la luz. —Me hiciste pensar en todas las cosas que ya no hago.

—¿Como qué?

Él se encogió de hombros. —Antes de venir a Londres, habría bailado todas las piezas con cualquier mujer que necesitara pareja. Ahora que soy el heredero de un duque, me he vuelto más reservado de lo que era antes.

—Entonces, ¿hiciste esto por ti mismo?

—¿No es todo lo que hacemos en algún momento egoísta?

—No siempre —murmuró ella.

Teddy se apoyó en la balaustrada, manteniendo un ojo en los invitados del interior por si alguno pensaba unirse a él. Pero nadie parecía notar que estaba afuera y aparentemente solo, todavía. Esperaba que siguiera así. —Nadie saldrá herido, nadie será importunado, lo juro.

—¿Reclutaste a tus amigos para bailar con las flores de pared?

—¿A quién mejor pedírselo que a los amigos?

Ella hizo un sonido de desaprobación. —A quién mejor, en efecto. Gracias.

—Es un placer.

Se acercó un poco más a las sombras en las que ella se escondía para no tener que hablar tan alto. —¿No deberías estar bailando?

—Este era mi único baile libre. Lo viste cuando miraste mi tarjeta.

—¿Lo hice?

—Asumí que por eso me seguiste ahora.

—Tenía calor, y no te seguí —prometió. No podía verla claramente en las sombras, así que dio otro paso en esa dirección—. ¿Por qué estás aquí sola?

—Yo también tenía calor —se rio suavemente.

Nadie en el interior parecía estar mirando en esta dirección, así que Teddy dio otro paso, y luego otro, hasta que estuvo en las sombras con Eugenia. Ahora podía ver mejor su rostro. Eugenia le estaba sonriendo y, sí, estaba completamente sola y hermosa a la luz de la luna.

Él también sonrió. —¿Así que no estoy interrumpiendo un encuentro romántico?

Ella alzó la barbilla. —Eso depende de lo que digas a continuación, señor.

Teddy se acercó a ella lentamente. —¿Me equivoco al suponer que te gustaría la atención de un soltero que no está dispuesto a casarse contigo?

Eugenia se volvió para mirar hacia el salón de baile, donde podían ver a los bailarines desfilar a través de la cortina transparente. —Has hecho muy felices a muchas damas esta noche.

Teddy se colocó detrás de ella. Su atención no estaba en los bailarines sino en su esbelto cuello. ¿Qué había dicho ella? Que se podían robar besos sin pronunciar una propuesta de matrimonio. Esperaba que fuera cierto... porque estaba tentado. —¿Podría hacer algo que pueda complacer a una dama más esta noche?

Ella giró un poco la cabeza hacia él. —Podrías intentarlo.

Él posó sus labios en la piel de su cuello y mordisqueó un poco la suavidad que encontró allí.

Aunque Eugenia jadeó, no se apartó. De hecho, inclinó la cabeza para permitirle un mejor acceso.

Pero no podía demorarse demasiado en las sombras con ella. Podrían echarla de menos. A él también. A regañadientes, levantó la cabeza después de un breve momento saboreando su piel suave y cálida.

—Eso fue encantador —susurró ella.

—Todos los besos robados están destinados a serlo —susurró él, y luego colocó sus manos

suavemente sobre los brazos de ella. Deseaba no llevar guantes para poder sentir con sus manos lo suave que podría ser su piel. A regañadientes, también las retiró.

Ella se volvió para mirarlo. —Siéntete libre de hacer eso de nuevo, señor. En cualquier momento —le dijo en un tono ronco que insinuaba deseo, cuidadosamente contenido.

Podría haber avivado la llama de ese deseo si su ubicación hubiera sido diferente. Más privada. Tal como estaban, se vio restringido por la preocupación por la reputación de ella.

Pero podría haber otras noches en el futuro donde pudieran encontrarse de nuevo. —Podría estar tentado, pero nunca sabrás cuándo quiero ser travieso —bromeó, y luego dio un paso atrás. Se había demorado demasiado aquí afuera, pero había hecho lo que se proponía. Un baile, un beso robado, y eso era suficiente por ahora—. Espero que el resto de tu velada sea igual de agradable, Eugenia.

—Lo dudo, a menos que haya otro apuesto soltero al que pueda atraer a las sombras —sonrió ella—. Señor, antes de que te vayas, ¿puedo hacerte una pregunta impertinente?

—Puedes preguntarme lo que sea.

Ella ladeó la cabeza. —¿Tienes algún interés particular en mi prima?

Teddy negó con la cabeza. —Ninguno. No es mi estilo ansiar a una dama que pertenece a otro.

—Me refería a mi otra prima.

—Tampoco en ella. Además, creo que tiene otro admirador.

Eugenia se acercó a él. —Las atenciones de tu amigo Scarsdale hacia Aurora son completamente indeseadas.

Teddy asintió, sin sorprenderse. —Estoy interesado en *ti*.

Rozó su mejilla con un dedo y luego se deslizó rápidamente de vuelta al salón de baile, sin que nadie sospechara que se había portado mal.

Encontró a Scarsdale merodeando alrededor de Aurora Hillcrest y, consciente del comentario de Eugenia, se dirigió en esa dirección. Le agradaba Aurora puramente como amiga. Scarsdale conocía su vacilación y aun así continuaba con su persecución. No estaba bien.

Teddy se interpuso entre ellos.

—Pensé que estabas bailando —se quejó Scarsdale.

—La música se ha detenido —respondió, sonriendo a Aurora—. ¿Cómo estás disfrutando tu velada?

—Mejor, ahora que estás aquí.

Eso no era un coqueteo. Era alivio. Se inclinó hacia Scarsdale. —¿Podrías ver si puedes localizar a un lacayo con una bandeja de champán, Scarsdale?

Mientras Scarsdale estaba de espaldas, Aurora se escabulló.

Cuando Scarsdale finalmente se volvió, con dos copas de champán en la mano, comenzó a hablar casi de inmediato. —Digo, señorita Hillcrest, ¿qué tal si tomamos otra copa juntos y luego damos una vuelta...? —Miró alrededor, con expresión atónita—. *¡Maldita sea!* ¿Se ha ido? Oh, qué juego tan divertido me está haciendo esta noche.

Teddy tomó la copa destinada a Aurora mientras Scarsdale empezaba a estirar el cuello en busca de la prima Hillcrest desaparecida.

—Se ha ido hace rato —le advirtió Teddy.

—¿Adónde?

—A cualquier lugar donde tú no estés, supongo.

Scarsdale resopló.

—Si sigues acosando a la chica, Wharton lo notará y te pondrá en tu lugar —le advirtió Teddy una vez más.

—No me pondría una mano encima. Soy su mejor amigo.

Teddy negó con la cabeza. —Yo no estaría tan seguro si descubre que estás molestando a una mujer que no está interesada. Yo tampoco lo estaría. —No es que esperara que su desaprobación tuviera mucho peso. Pero Wharton... era un hombre con el que pocos deseaban cruzarse, incluso sus amigos.

Scarsdale frunció el ceño. —Simplemente no logro entenderla.

—Olvídala y ve a buscar otra dama con quien bailar. Hay muchas más damas deseosas de pasar una noche agradable. Consulta la lista que te di y verás si al final se demuestra que tengo razón.

Scarsdale refunfuñó un poco más entre dientes, pero finalmente consultó su lista. —Sí, probablemente a la señorita Waters aún no la han invitado.

—La última vez que la vi estaba en la pista de baile con Wallingham —señaló Teddy.

—¿En serio?

—Sí. En serio.

Scarsdale se burló como si no lo creyera y luego se apresuró a buscarla. Al menos Teddy esperaba que fuera así.

—Gracias —susurró Aurora, reapareciendo de repente a su lado, su mano dando palmaditas en su brazo en señal de agradecimiento.

—De nada —dijo Teddy con una sonrisa irónica—. Si te molesta más, házmelo saber y lo llevaré aparte.

Ella sonrió radiante. —Espero que no sea necesario que lo golpees por mi cuenta, pero gracias por el ofrecimiento.

—Yo no...

Aurora comenzó a reír. —Te estoy tomando el pelo, señor.

Eugenia regresó, con el rostro sonrojado mientras paseaba junto a Lord Hurlston, riendo. Se encontró con su mirada, y luego la de ella se deslizó hacia donde Aurora aún se aferraba a su brazo. Sus labios se fruncieron con resignación.

Teddy le entregó a Aurora el champán que había sido para ella desde el principio y se distanció un poco. —Me temo que, por mucho que preferiría permanecer en vuestra excepcional compañía, señoritas, me voy a buscar una nueva pareja de baile. Con permiso.

—Oh, qué lástima —añadió Hurlston apresuradamente, lanzando una mirada de admiración tanto a Eugenia como a Aurora Hillcrest antes de entablar conversación con esta última.

Teddy rozó con su mano la de Eugenia, que colgaba suelta a su costado, mientras se movía alrededor de ella y Hurlston. Había prometido no tener interés en la prima de Eugenia, y ciertamente no lo tenía. Aurora era agradable, pero se sentía mucho más atraído por Eugenia. Lo cual era inesperado.

Quizás fue simplemente su invitación a robar un beso sin consecuencias lo que le había hecho verla bajo una luz completamente diferente. No había muchas solteronas que ofrecieran a un soltero semejante bendición inesperada, especialmente uno destinado a un título de duque.

Pero era una bendición que no explotaría en detrimento de ella.

Decidió no bailar en la siguiente tanda para poder vigilar atentamente el comportamiento de Scarsdale. Le complació ver que el hombre se había tomado en serio su segunda advertencia y se mantenía completamente alejado de las primas Hillcrest. Inocente o no, toda mujer merecía

sentirse segura en compañía de amigos y familiares.

Eugenia cruzó su mirada con la de él más tarde en la noche. Descubrió que ella lo observaba con una pequeña sonrisa que le hacía temblar los labios. Le guiñó un ojo y descubrió que la experiencia de saber que era admirado desde lejos era bastante divertida.

Eugenia ahogó una risa y de inmediato se volvió para susurrar algo al oído de su prima. Él esperaba que fuera sobre él.

CAPÍTULO 5



—Os lo digo, fue la noche más emocionante y agotadora de mi vida —declaró la señorita Charlotte Waters, mirando a su alrededor para ver si alguien estaba de acuerdo con ella—. Esta mañana apenas podía ponerme las zapatillas. Me dolían tanto los pies.

Aurora, la señorita Harriet Long y la señorita Seraphine Draven admitieron tener el mismo problema esa mañana, y todo gracias a una docena de pícaros distinguidos que las habían sacado a bailar.

Las sonrisas de hoy se debían todas a la inesperada amabilidad de Thaddeus Berringer hacia las flores de pared. —Estoy de acuerdo. No había bailado tanto en años. Solo tuve un baile libre en toda la noche. Uno solo.

Charlotte miró hacia la puerta. —Bailé con Lord Brandestock, y todas sabemos lo engreído que puede ser.

—Y mi hermana mayor solo bailó la mitad de los bailes ofrecidos, y fue ignorada por todos los hombres que bailaron conmigo —susurró Seraphine—. Deberíais haber oído cómo se quejaba de mí a mamá esta mañana. Se sintió insultada porque yo bailé cuando a ella no la invitaron.

—Quizás, ahora que ha probado lo que es ser una flor de pared, dé pronto una respuesta a sus sufridos pretendientes —murmuró Charlotte con sorna, provocando una risita—. Es hermosa, pero no tan lista como tú. Ya era hora de que eso se hiciera evidente para los demás.

La señorita Draven se sonrojó ante el elogio.

La competencia era feroz entre las herederas y las bellezas por los mejores títulos y los hombres que los acompañaban. Incluso entre hermanas, la rivalidad por un marido con un rango superior era intensa.

Eugenia esperaba fervientemente que Aurora no se molestara porque Thaddeus Berringer ahora estuviera coqueteando con ella. Todavía estaba bastante sorprendida de que se interesara por ella en absoluto. Podría haber perseguido a cualquiera en la sociedad. Apartó firmemente el recuerdo de sus labios en su cuello, pero pensaría en él más tarde, como lo había hecho al despertar esa mañana. —Lamento decir que mi prima Sylvia no se unirá a nosotras hoy.

—¿La marquesa?

Aurora asintió. —Esperamos que pueda unirse a nosotras más tarde.

—Ojalá pudiéramos hacer algo por la marquesa —susurró Charlotte.

—Vuestros buenos deseos son suficientes por ahora —prometió Eugenia mientras el señor

Bloom dejaba una gran bandeja con una tetera, tazas y platillos para todas. Una doncella lo acompañaba hoy y depositó pequeños pasteles y diminutos sándwiches en la mesa baja alrededor de la cual estaban sentadas—. Gracias, Mary. Puedes irte. Señor Bloom, ¿podría avivar el fuego y luego cerrar las puertas y quedarse allí para asegurarse de que nuestra privacidad no sea perturbada?

—Sí, señorita Hillcrest.

Seraphine parecía interesada en el joven, pero lo estaba en *todos* los jóvenes con pulso y una figura esbelta.

Cuando el señor Bloom se fue, Eugenia sacó una botella de jerez dulce de un aparador cercano. Sus amigas preferían el jerez a veces en lugar de tomar té exclusivamente con el almuerzo, y con el señor Bloom en la puerta, no había nadie que pudiera entrar y sorprenderlas tomándolo.

Una vez que todas tenían una bebida de su elección para sorber, Eugenia se llenó un plato de sándwiches, sintiéndose famélica. —Bueno, ahora que estamos solas, no dudéis en quitaros las zapatillas de vuestros pies cansados —ofreció Eugenia—. Poned los pies en alto también. Hay muchos taburetes.

Algunas zapatillas aterrizaron con un golpe sordo en la gruesa y cara alfombra.

Harriet Long tomó un rápido sorbo de su jerez, asintiendo con aprobación. —No tenía idea de que Lord Pinner siquiera recordaba que éramos conocidos hasta que me pidió bailar anoche. También preguntó por mi familia, lo cual fue muy amable.

—Bueno, algo en ti llamó su atención anoche —declaró Aurora—. Estas son buenas noticias para ti, y para todas nosotras.

Sin embargo, Eugenia no quería malentendidos y se aclaró la garganta. Después de la alegría de la frenética noche de baile, se le había ocurrido que las expectativas de estas damas podrían haberse elevado porque aún no conocían la verdad. No quería que se hicieran ilusiones, solo para verlas destrozadas cuando las parejas de baile de anoche no las buscaran de nuevo en el futuro. —Señoras, tengo una confesión que hacer.

Todos los ojos se fijaron en ella.

—Anoche, se animó a esos hombres a buscaros para bailar, pero no por consideración a un futuro romance.

—Habla claro, Eugenia —se quejó Aurora.

Tragó saliva. —Hace unas noches, mencioné de pasada a un conocido nuestro que no toda dama soltera espera una propuesta de matrimonio junto con una invitación a bailar. Dije que a menudo nos relegan a los márgenes y nos aburrimos, y él confesó lo mismo. El caballero, por su cuenta, debo enfatizar, decidió animar nuestras veladas. Organizó que sus amigos bailaran con todas nosotras por una noche. No tenía idea hasta que estaba sucediendo.

Harriet se rio. —¿Qué caballero lo organizó?

—Preferiría no decirlo —dijo Eugenia, haciendo una mueca—. Podría incomodarlo.

—Oh, por favor. Ahórranos la preocupación por los sentimientos delicados de un caballero —se quejó Harriet—. Creo que todas sabíamos que anoche fue un regalo raro. Ninguna de nosotras cree realmente que el joven Duque de Brandestock no vaya a casarse con un diamante de primera agua que su madre ya haya elegido para él.

Eugenia consideró mantener el secreto, pero ¿qué daño podría hacer, realmente? —Oh, está bien. Fue obra del señor Thaddeus Berringer.

Harriet soltó una risita. —Oh, *él*.

—¿Qué significa eso?

—Bueno, Thaddeus Berringer es simplemente hermoso, y ahora descubrimos que también es amable con las flores de pared. Una razón más para que merezca nuestra infinita admiración, aunque esté tan fuera de nuestro alcance.

—Él no se refirió a ninguna de vosotras como flores de pared —insistió.

—Podría referirse a mí como quisiera, y yo no me quejaría —reflexionó Harriet—. Esos hombros tan anchos.

—Sus ojos oscuros me dan escalofríos —murmuró Seraphine.

—Su sentido del humor —añadió Eugenia, decidida a no ser tan superficial como para centrarse solo en su buen aspecto.

—Ese trasero tan firme —agregó Charlotte con un intenso rubor, hundiendo la nariz en su taza de té—. O al menos eso parece desde mi baja estatura.

La habitación estalló en risitas. —Oh, señorita Waters, qué terriblemente corrompida se ha vuelto —declaró Aurora.

Charlotte suspiró y miró a su alrededor. —Es la compañía que he estado frecuentando. Desvergonzadas, todas y cada una de vosotras.

—Pocos creen que las flores de pared deberían tener imaginaciones tan vívidas como las nuestras —advirtió Harriet.

—Esa es su pérdida, no la nuestra.

—Bueno, debemos pensar en algo para mantenernos entretenidas en esas reuniones interminablemente aburridas —Aurora colocó las manos sobre su regazo—. ¿Nos ponemos manos a la obra?

Eugenia encontró su cuaderno y lo abrió.

—Sí. Sí. Demos inicio a la reunión.

Aurora echó un vistazo por encima del hombro de Eugenia para leer del cuaderno.

—El primer punto del orden del día es, como siempre, la bandeja de la colecta.

Fue a buscarla y la colocó en el centro de la mesa. Los bolsitos se abrieron entonces por toda la sala. Harriet fue la primera en lanzar un puñado de monedas.

—Gané un poco de dinero en las cartas, así que puedo devolver mi préstamo anterior.

—Necesito lo suficiente para un sombrero nuevo —murmuró Seraphine, tomando algunas monedas de la bandeja y contando solo lo que consideraba necesario—. Mi perro se comió mi último sombrero de paja.

Eugenia chasqueó la lengua.

—Cómo necesita ese sabueso un bozal.

—Lo sé, pero cuando me mira con esos grandes ojos marrones, no puedo evitar perdonarle cualquier indiscreción —declaró Seraphine con tristeza.

—Eugenia, por favor, anota que no se debe permitir que Seraphine considere casarse con un hombre de cálidos ojos marrones —murmuró Charlotte—. Nunca ganaría ninguna discusión.

—Me gustan los ojos marrones en un hombre —masculló Seraphine, pero todas estallaron en carcajadas de nuevo.

—Te gustan todos los hombres —argumentó Aurora—. El color de sus ojos no tiene nada que ver con tus gustos en absoluto.

Eugenia tomó nota de las adiciones y sustracciones, tachando una deuda que llevaba varias semanas pendiente para Harriet.

—Felicidades por tu ganancia, Harriet.

Aunque las damas se habían reunido por casualidad hace poco, Eugenia esperaba que siempre fueran amigas. Eran buenas mujeres. Todas *flores silvestres*, pero sin suerte aún en el mercado matrimonial. Se ofrecían apoyo moral y consejos entre ellas, y ocasionalmente también préstamos, para poder mantener las apariencias cuando sus asignaciones trimestrales no llegaban o cuando un tutor era irrazonable, como ocurría en el caso de la señorita Draven. La señorita Waters era la única casi heredera de grandes expectativas entre ellas, pero aún sin pretendientes, y había prometido generosamente cubrir cualquier pequeña deuda por la bondad de su corazón. Ahora, unos meses después de su amistad, el bote se sostenía en gran medida por sí solo.

—¿Nuevos asuntos?

—Los Newton organizan un pequeño baile esta noche, y aunque tengo una invitación, estoy de nuevo sin carabina.

—¿Tus padres no te proporcionarán una?

—Mi última carabina era la tercera de esta temporada, y aún creen que era la primera. No sé dónde me estoy equivocando, pero todas parecen abandonarme por una mejor situación —Charlotte hizo una mueca—. Así que necesito a alguien que me acompañe esta noche con poca antelación. Mis padres también asistirán, lo prometieron, pero probablemente pasarán la velada examinando la colección de libros de Lord Newton en la biblioteca, como siempre hacen. Agradecería tener a alguien con quien hablar esta noche.

Harriet levantó la mano.

—Aunque no bailemos, estaría orgullosa de sentarme entre las flores de pared contigo.

—Gracias. Mi carruaje te recogerá a las siete, y podremos cenar juntas con mis padres antes de cruzar la plaza hacia la casa de Lord y Lady Newton.

Eugenia sonrió, orgullosa de la forma en que sus amigas se apoyaban mutuamente. Muy diferente del comportamiento de las herederas en la sociedad, que preferirían hacerse tropezar entre ellas antes que ofrecer una mano de ayuda o amistad.

—¿Algún otro asunto nuevo?

Seraphine negó con la cabeza, al igual que las demás.

Ella miró su libro, deseando que hubiera más en esta reunión de lo que había anotado.

—Supongo que si no hay más asuntos, podemos cerrar el libro por hoy.

—Sí, eso sería lo mejor.

—¿Podemos volver a hablar de los caballeros con los que bailamos anoche? —suplicó Harriet, recogiendo los pies bajo ella en el sofá.

Una ronda de suspiros pesados resonó por la sala. Las posturas se relajaron mientras las tazas de té se rellenaban con más jerez.

—Juro que Lord Brandestock me hizo cosquillas cuando bailamos —admitió Charlotte.

—Lord Pinner me dijo que mi vestido era bastante bonito —confesó Harriet—. Pero lo pillé mirándome el escote.

—Qué suerte tienes —refunfuñó Aurora—. Lord Brandestock no dejó de hablar de su aburrido caballo nuevo cuando bailamos. Al parecer, compartimos el mismo nombre, y no paraba de hablar de montarla, una yegua, hasta agotarla. Ni siquiera estoy segura de que *él* se diera cuenta de lo que estaba insinuando.

—Nunca se da cuenta.

Charlotte suspiró.

—¿Cuántas de nosotras bailamos con el señor Berringer?

—Creo que todas lo hicimos —dijo Eugenia, mirando alrededor y recibiendo asentimientos

de confirmación.

—Es tan alto y huele divinamente. ¿No lo creéis así?

Eugenia se estremeció, recordando no solo su aroma sino sus labios en su cuello y sus dedos extendiéndose ligeramente sobre sus brazos. Había quedado demasiado afectada como para olvidarlo fácilmente.

—Sí.

Aurora suspiró.

—¿Visitó a todas esta mañana?

—Lo hizo, aunque muy temprano, y no pude recibirlo. Dejó un ramo de tulipanes con el mayordomo, quien me los trajo a mi habitación —murmuró Charlotte—. Por supuesto, mi madre arruinó el momento al venir a mi habitación por primera vez en un mes y estornudó sobre ellos *y* sobre mí.

—Pobre Charlotte...

Thaddeus también había enviado un ramo de flores silvestres a Eugenia temprano esa mañana, con una nota pidiéndole perdón por no entregarlas personalmente. Aparentemente, el duque lo necesitaba en otra parte. Pero había encontrado el tiempo para cumplir con su deber y enviar flores a sus otras compañeras de baile.

—Bueno, no importa que Madre haya arruinado el momento. He bailado con varios de los solteros más codiciados del *ton* esta semana. Todos ellos en la misma noche —dijo, pavoneándose—. El señor Berringer me eligió por encima de una heredera. El hombre tiene un excelente gusto para elegir compañeras de baile y amigas, si me permiten decirlo.

Eugenia sonrió para sí misma, pensando en él. Ella tenía sus flores silvestres y un beso robado en el cuello, lo cual era diez veces más placentero que una muestra pública de preferencia por la conversación o un baile. Ellas nunca conocerían las delicias de tener el aliento caliente de Thaddeus Berringer acariciando sus gargantas. Pero Eugenia sí. Era todo lo que había querido de él anoche. Y quizás la próxima vez, si la hubiera, podría arreglar un encuentro más largo... y un beso más largo en algún otro lugar, también.

CAPÍTULO 6



TEDDY CONSIDERABA CUALQUIER reunión de sus amigos más cercanos, compuesta por cinco lores —Hurlston, Pinner, Scarsdale, Wallingham y Brandestock— y dos acaudalados caballeros, Luther Newington y él mismo, como la Compañía de Pícaros Distinguidos. Cuando se reunían en la ciudad al mismo tiempo, Teddy a veces tenía que pellizcarse para recordar que pertenecía a ese grupo.

Cada hombre tenía una conexión con un título elevado y años de espera antes de asumir ese manto, al igual que él.

De todos ellos, sin embargo, su eventual ascenso al título de duque sería el más inesperado. El resto había sido preparado para el trabajo desde su nacimiento y tenía la ventaja de conocer a todas las personas importantes. Sin embargo, ninguno se burlaba de su ignorancia. Se levantó de su silla en la mesa del comedor de Exeter House, donde había estado entreteniendo a sus amigos durante la última hora, y pidió orden. —Gracias a todos por vuestra ayuda anoche.

—Ha sido un placer —murmuraron la mayoría.

—No fue del todo malo —bromeó Lord Pinner—. Ninguno de nosotros terminó casado.

—Eso es algo bueno. Bastante halagadora la reacción, debo decir, por lo que he oído —afirmó Lord Hurlston—. No tenía idea de que crearías tanto revuelo o ganarías tantos elogios con tu pequeño plan.

—La idea no era halagarnos a nosotros mismos, sino a *ellas*, Hurlston —aclaró Teddy.

Lord Hurlston no había participado en el plan más amplio, ya que estaba comprometido con un noviazgo de larga data.

—Sí, por supuesto, pero aun así. Uno no puede evitar reflexionar que *ciertas* damas han dado por sentada nuestra atención en los últimos meses. Ese no fue el caso anoche cuando todos bailaban con vuestras damas olvidadas. Encontré vuestros esfuerzos por mirar más allá de las joyas profundamente satisfactorios desde donde yo estaba, también. Las miradas agrias y confusas en los rostros de las herederas no tenían precio —dijo, riendo.

Teddy se sirvió una copa. —¿Cómo se siente todo el mundo acerca de continuar?

—Estoy totalmente a favor —Pinner dirigió su sonrisa alrededor de la mesa—. Estoy seguro de que hablo por todos los presentes esta noche.

—Por mí no —protestó Scarsdale—. Tengo mejor uso para mi tiempo que dejar que las damas olvidadas me pisen los pies.

—Quizás si no bebieras tanto, podrías evitar ofender a las mujeres con cada palabra que sale

de tu boca —sugirió Hurlston en un tono inusualmente firme mientras fulminaba con la mirada a Scarsdale.

—Las mujeres que usan vestidos escotados no deberían quejarse cuando un hombre nota que están a punto de salirse de ellos —Scarsdale cruzó los brazos sobre su pecho, mirando desafiante a Hurlston.

Hurlston se aclaró la garganta. —Cualquier mujer que haya estado en el mercado matrimonial durante tres años merece tu amabilidad. El nivel bajo del escote es sin duda una decisión deliberada para acelerar las cosas.

Teddy tenía la sensación de que estaban discutiendo sobre la señorita Waters y sus amplios encantos.

Scarsdale se encogió de hombros. —Tiene sentido que sea un poco imprudente, pero no puede quejarse si se nota.

—Las mujeres no quieren permanecer olvidadas toda su vida. Saben que cualquier matrimonio es mejor que ninguno.

Teddy no estaba de acuerdo con eso. No le gustaría que la señorita Waters se conformara con un mal matrimonio si hubiera uno mejor por hacer.

—Demasiado cierto —murmuró Luther Newington y luego hizo una mueca—. Por mucho que me gustaría unirme a vosotros de nuevo, tengo una situación que no debo dejar de lado indefinidamente.

El hombre había estado buscando una novia durante un tiempo, mucho antes de que Teddy hubiera ideado su plan para aliviar su aburrimiento. No sería bueno que se distrajera con otra mujer cuando casi tenía a la heredera que desesperadamente necesitaba para restaurar la fortuna de su familia.

—Eso es comprensible —Teddy se dirigió a los demás—. Quizás la forma más simple de proceder sea pasar vuestra lista actual al hombre que está a vuestro lado y que quiera participar. No queremos dar lugar a falsas expectativas entre las damas con las que estáis emparejados al prestarles demasiada atención.

Su sugerencia fue recibida con acuerdo, y todos intercambiaron listas, excepto Scarsdale.

—Es demasiado tarde para asistir al baile de Fellowship con tan poca antelación. Pero espero veros a todos en el de Somerton unos días después.

Scarsdale le entregó su lista. —Toda tuya, amigo mío.

—Gracias —Teddy miró sus dos listas. Probablemente eran más mujeres de las que podía manejar en una noche.

Lord Hurlston se acercó y le quitó la lista de Scarsdale de la mano. —Yo me ocuparé de estas damas por ti, ¿de acuerdo?

Eso alivió a Teddy, pero... —¿Qué hay de tu prometida? Pensé que habías dicho que tus días de baile habían terminado por ella.

—En este punto de nuestro compromiso, dudo mucho que a mi Elizabeth le importe si me ven escoltando a otras mujeres en la pista de baile. No hay peligro de que rompa el compromiso si parezco estar disfrutando de la temporada sin ella.

—No cuando un día se convertirá en duquesa.

—Precisamente. Ella sabe lo que es bueno para su familia y lo que se puede pasar por alto. Si me divierto demasiado sin ella, es enteramente su culpa. Prometió pasar la temporada en Londres y no ha venido —De repente, Hurlston se echó a reír—. Además, he echado de menos bailar con damas hermosas con corpiños escotados. Aunque no soy tan tonto como Scarsdale para decir

algo al respecto y arriesgarme a una reprimenda.

—O los dedos de los pies magullados —Teddy se rio y le dio una palmada en la espalda a su amigo—. Gracias.

Los amigos de Teddy se pusieron a discutir sus listas de damas olvidadas, pero un golpe en la puerta llamó su atención. —Disculpe la intrusión, señor Berringer, pero Su Gracia solicita un momento de su tiempo en su estudio.

Teddy se puso rápidamente de pie. —Hurlston, si fueras tan amable de cuidar de todos en mi ausencia. Volveré tan pronto como pueda.

—Será un honor —prometió Hurlston—. Ahora, ¿a quién le hace falta una copa y quién quiere un cigarro? —llamó, haciéndose cargo de los refrescos—. Berringer siempre es demasiado lento en estos asuntos, ¿no es cierto? Pero es joven, y algún día aprenderá —bromeó Hurlston, probablemente sabiendo que Teddy aún estaba al alcance del oído.

Teddy se abrió paso a través de las salas públicas tenuemente iluminadas y vacías hasta la cámara más pequeña que el duque usaba como estudio. Llamó antes de entrar, pero aun así encontró al duque y a la duquesa en los brazos del otro mientras estaban de pie frente al fuego.

—Perdonad la interrupción, primos —murmuró, inclinándose para darles un momento más de privacidad—. Me dijeron que queríais verme.

El duque y la duquesa se separaron con una risa. —Buenas noches, Teddy. Siento haberte apartado de tus compañeros de cena.

—No es nada.

—Kitty y yo necesitamos hacer un viaje y nos preguntábamos si desearías unirte a nosotros.

—¿Ocurre algo?

—Lord Baxter y su esposa nos han invitado a pasar unos días en el campo.

Teddy lo pensó un momento.

—¿Para pescar?

—Entre otras cosas —dijo Sinclair evasivamente.

Teddy lo miró con atención.

—¿No tiene una hija?

—Un par. Solo una de las gemelas necesita marido —murmuró la duquesa.

—Eso no viene al caso. Baxter es uno de mis amigos más antiguos —explicó Sinclair—. Creo que fue muy amable de su parte invitarte también. No podrás quejarte de que las hijas no sean lo suficientemente bonitas. Se parecen a su madre, y ambas tienen modales encantadores.

—Si eso es todo lo que puedes decir para recomendarlas, entonces mi respuesta es que preferiría no ir —respondió Teddy, exasperado por la determinación de su primo de emparejarlo —. Realmente preferiría no pasar unos días en una casa señorial extraña tratando de no sorprenderme por dos jóvenes con modales encantadores, que pueden estar tan desesperadas por un marido que podrían saltar de un armario o encontrar la manera de entrar en mi habitación de invitados... como la *última* vez que nos quedamos en la finca de uno de tus amigos más antiguos.

—Tiene razón, Sinclair —murmuró la duquesa—. Se veía bastante demacrado antes de que dejáramos esa última fiesta en la casa.

El rostro del duque decayó.

—No son para nada como esas otras chicas.

—Todas son así, Sinclair —dijo la duquesa, riendo—. ¿Cuántas veces me dijiste que encontraste visitas inesperadas en tus aposentos durante los años antes de casarte conmigo?

—Demasiadas para contarlas —dijo, con expresión agria al ser recordado—. Solo quiero

ayudarlo a encontrar a alguien adecuado para amar.

—Admirable —prometió Teddy—, pero creo que preferiría encargarme de eso por mi cuenta.

La duquesa rio suavemente.

—Intenté advertirte que probablemente no vendría.

—Lo sé —dijo Sinclair con un suspiro y luego alcanzó la mano de su duquesa—. Eres mucho más práctica que yo.

—No es difícil serlo más, mi amor —bromeó ella.

El duque también rio y luego se volvió hacia Teddy.

—¿Qué harás mientras estamos fuera?

Teddy pensó en su plan, y también en Eugenia. Estaba aún más reacio a dejar Londres justo cuando las cosas empezaban a ponerse interesantes.

—Ya encontraré algo.

—Muy bien —dijo el duque, acercándose a él—. Nos vamos por la mañana. Intenta divertirte mientras estamos fuera.

—Haré lo mejor que pueda —prometió Teddy, abrazando brevemente a su primo. Extrañaría a Sinclair y a Kitty, pero volverían antes de que se diera cuenta. Se volvió hacia la duquesa y besó el dorso de su mano—. Mantenlo fuera de problemas por mí.

—Siempre lo intento —prometió ella mientras se dirigía a la puerta.

Exeter puso su brazo sobre los hombros de Teddy tan pronto como ella se fue.

—Dime, ¿cómo va realmente la búsqueda de novia?

Teddy gimió.

—No va. Ya lo sabes.

—No puedes culparme por esperar que alguien haya captado tu atención esta temporada —dijo el duque—. El amor es lo mejor que me ha pasado.

El duque, casado hace menos de un año, no paraba de hablar sobre los beneficios de tener una esposa. Podría tener algo que ver con haber estado separado de Kitty durante tantos años antes de que se reencontraran. Sinclair era feliz e insistía en que Teddy fuera lo mismo.

—Y estoy seguro de que lo será para mí también. Eventualmente. Algún día. Pero no hoy. No mañana y probablemente tampoco el mes que viene. —Teddy rio—. Tal vez me enamore y tal vez no. No está en mis manos, ni en las tuyas tampoco, debo añadir.

Teddy no tenía aversión al amor o al matrimonio, siempre y cuando fuera con la mujer adecuada, y que fuera *su* elección, no un deber que le debía a la familia.

—Sería una agradable sorpresa si lo hicieras. Estaría más tranquilo sabiendo que tienes a alguien que te cuide.

Teddy cambió rápidamente de tema antes de que el duque se pusiera melancólico sobre su edad de nuevo. Había empeorado desde que comenzó a usar gafas para leer.

—¿Cuándo regresarán?

—No por dos semanas, me imagino. Pensé que ya que no vienes con nosotros, podría ver si puedo convencer a Kitty de visitar Hastings por unos días.

—Haré que los sirvientes organicen una cena de bienvenida después de que regresen.

El duque sonrió.

—No pases todo tu tiempo pensando en nosotros. Deberías estar ahí fuera deslumbrando a las damas.

Deslumbrando a una, tal vez. Eugenia Hillcrest lo intrigaba. Una mezcla de propiedad y

lascivia, envuelta en un elegante y subestimado paquete. Scarsdale había tenido razón sobre los Hillcrest; había algo diferente en ellos.

Y con el duque fuera de la ciudad por dos semanas, Teddy tendría bastante más tiempo para dedicarse a explorar las otras curvas del cuerpo de Eugenia... y quizás besar también esos labios tentadores y sabios. Pero el primer orden del día era decidir la mejor manera de quedarse a solas con ella para preguntarle si podría tocarla de nuevo, repetidamente, si ella estaba de acuerdo. Estaba bastante seguro de que lo estaría, pero nunca era buena idea asumir nada cuando se trataba de los deseos de una mujer.

—Disfruten su viaje juntos —murmuró a su primo antes de ser liberado para regresar con sus amigos. Wallingham, Newington y Brandestock se habían ido a asistir a un entretenimiento juntos, y los tres restantes habían decidido, como la suerte lo quiso, salir juntos.

Su destino: la casa del Marqués de Wharton en Cavendish Square, donde Eugenia casualmente vivía ahora.

Teddy subió al carruaje de Hurlston y se sentó junto a Scarsdale.

—Me sorprende que pudieras unirte a nosotros —murmuró Scarsdale—. ¿No te necesita el duque?

—Esta noche no —admitió. Mantendría la noticia sobre la partida de Sinclair de Londres para sí mismo por un tiempo. La última vez que anunció la partida del duque, terminó organizando una cena de tres días para sus nuevos amigos. Tenía otros planes para su tiempo que beber.

—Oh, bueno, eso nos viene muy bien —afirmó Hurlston—. Cuatro siempre es mejor compañía que tres.

—Pero *los tres pícaros* suena mejor —argumentó Scarsdale.

Teddy alcanzó el pestillo de la puerta y comenzó a levantarse de su asiento, a pesar de que el carruaje ya había comenzado a moverse.

—Puedo bajarme aquí —ofreció.

Pinner lo empujó de vuelta a su asiento.

—Eres uno de nosotros ahora.

—Sin escapatoria —advirtió Hurlston—. Además, somos ocho pícaros, si contamos a Sullivan, y creo que debemos hacerlo. No es tan formal como parecía al principio.

A Teddy no le importaba su insistencia en incluir a Sullivan. Aún no lo conocía muy bien, pero lo haría eventualmente si pasaba más tiempo con el hombre. Se podían encontrar peores compañías en Londres, o un hombre podría no tener ninguna y ser un marginado.

Le había sorprendido la rapidez con la que estos tres compañeros, en particular, se habían unido a él cuando se supo que era el heredero de Exeter. Estaba bastante seguro de que su primo podría haber tenido algo que ver con su acercamiento inicial, aunque no dudaba de la sinceridad de su continua buena voluntad y sabio consejo desde entonces.

Eran hombres honestos, que luchaban como él con desafíos en la vida que pocos otros tenían que considerar. Se cuidaban las espaldas mutuamente, pero siempre con la mirada puesta en proteger también a sus duques. Como él, la mayoría apreciaba al que actualmente ostentaba el título que eventualmente heredarían. Solo Pinner estaba en malos términos con su duque, y todo por una mujer.

Llegaron a la casa de Wharton más rápido de lo que esperaba, y lo apresuraron a entrar por la puerta principal antes de que tuviera tiempo de considerar siquiera lo que podría decir cuando viera a Eugenia esta noche.

Y ella fue la primera persona que vio, bajando las escaleras en respuesta a su ruidosa llegada.

Un intenso rubor le subió por el rostro. *Deseo*. Se veía bastante atractiva esta noche con un vestido azul oscuro, su cabello recogido en un moño suelto.

—Caballeros, ¿a qué debemos el placer? —exclamó ella, riendo.

—Al aburrimiento, señorita Hillcrest. Venimos en busca de diversión y para divertir —prometió Hurlston.

Su mirada se cruzó con la de Teddy, y pareció guiñarle un ojo. Aunque, desde esa distancia, no podía estar seguro de que hubiera sido solo para él. —Avisaré a los demás —prometió antes de agarrar sus faldas y subir corriendo las escaleras, mostrándole un pequeño trozo de tobillo y pantorrilla cubiertos por una media.

Pero fue suficiente para hacerle desear ansiosamente su rápido regreso.

Teddy luchó por contener su anticipación mientras seguía a sus amigos a la biblioteca de Wharton y encontró una silla para sentarse con buena vista de la puerta. Los demás se sirvieron licores y luego se dispersaron por la habitación, esperando que la familia se uniera a ellos.

Wharton apareció primero, agitado. —¿No tienen nada mejor que hacer que hacer tanto ruido?

—Nuestras disculpas —dijo Pinner—. Nuestras intenciones eran puras de corazón. Vinimos a hacerles compañía esta noche.

Wharton le arrojó el periódico de la tarde a Pinner y luego se sirvió una copa. —Qué generoso de su parte.

Teddy se movió incómodo en su silla. —¿Hemos interrumpido un tête-à-tête con tu prometida?

La sonrisa de Wharton era presumida mientras se giraba para sentarse en su silla habitual. —Llegan demasiado tarde para eso.

Pinner se rio y miró a todos. —Quizás haya algún mérito en sentar cabeza, como está a punto de hacer nuestro amigo.

—No veo por qué alguien debería retrasarlo —comenzó Wharton, luego se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado cuando su prometida y sus dos primas entraron bailando en la habitación, seguidas por un lacayo.

Teddy se puso de pie e hizo una reverencia, al igual que los demás en la habitación.

—Caballeros, qué modales tan encantadores —dijo Sylvia Hillcrest en elogio—. La marquesa les envía su más cálida bienvenida, pero lamenta no poder bajar para mantenerlos a todos bajo control.

Hurlston se llevó la mano al corazón. —Por favor, transmítale nuestra esperanza de que Lady Wharton se encuentre lo suficientemente bien para unirse a nosotros en un futuro cercano. Estamos desolados sin sus familiares y frecuentes dulces reprimendas.

Wharton cedió su silla a Sylvia, y sus primas se sentaron una al lado de la otra en el diván frente a Teddy. Eugenia sonrió a todos, luego sus ojos finalmente se encontraron con los de él nuevamente.

Había una luz tan intensa en ellos esta noche, tanta anticipación como él sentía o esperaba ver en ella. Una emoción secreta que sintió hasta lo más profundo de su alma se agitó solo porque estaban sentados en la misma habitación de nuevo.

Por esa única mirada de ella, decidió que ella querría verlo en privado. Pero en este entorno, no podía esperar plantear una invitación tan escandalosa. Tendría que esperar hasta que fuera seguro hablar de sus deseos.

Aurora Hillcrest fue instada a tocar el pianoforte, previamente oculto detrás de un conjunto de puertas corredizas en el extremo más alejado de la habitación detrás de él. Teddy decidió moverse para sentarse en el diván junto a Eugenia, para tener una mejor vista de la actuación y estar más cerca de ella.

Eugenia, por desgracia, siguió abruptamente a Aurora al instrumento para ayudar a seleccionar la música, justo cuando él se estaba sentando.

Pinner fue a unirse a ellas en el pianoforte y se ofreció a pasar las páginas para Aurora.

Eugenia regresó y, al pasar junto a él, sus faldas se arrastraron pesadamente sobre sus piernas antes de que ella reclamara el asiento vacío a su lado y Aurora comenzara a tocar.

Después de comprobar que nadie estaba realmente prestando atención a nada más que al comienzo de la actuación, colocó su mano en el asiento entre ellos. Su placer en la noche se elevó cuando la pequeña mano de Eugenia revoloteó sobre la suya. La oyó suspirar cuando capturó sus dedos para apretarlos. Pero ella se retiró de él casi inmediatamente.

Nadie en la habitación miraba a nadie más que a Aurora Hillcrest ahora.

—Sus Excelencias dejarán la ciudad mañana —le confió en un susurro—. No espero que vuelvan en un tiempo.

—Estoy segura de que los echarás de menos —murmuró ella.

—Los echaré y no los echaré de menos —confesó—. Tendré mucho más tiempo libre.

—¿Cómo llenarás las horas?

Teddy comprobó que los ocupantes seguían preocupados por la actuación de Aurora. —Contigo, si me lo permites.

—Lo permitiría.

Teddy se permitió una pequeña sonrisa de triunfo. —¿Oíste que el duque me regaló una casa no muy lejos de tu antigua residencia?

Un ceño frunció su frente. —Recuerdo haber oído eso, pero me temo que no recuerdo exactamente dónde está.

—Calle Clifford. Número siete.

—Conozco la calle, pero no muy bien. ¿Tu casa, por casualidad, tiene una puerta principal azul?

—En efecto, la tiene. Está vacía, pero ya es hora de que considere hacer algo con ella.

—¿Vivirás allí?

—Esa es una opción —confesó—. El duque ha preferido que viva con él, y yo prefiero saber qué está tramando también. Pero pronto, debería pensar en establecer mi propio hogar.

—¿Tienes sirvientes?

—Ya no. Pero no temas, la casa está vigilada por los sirvientes de amables vecinos, así que está a salvo de ocupas y similares. No hay nada allí que valga la pena robar aparte de la escalera de madera y los cristales de las ventanas.

—Una fortuna, sin duda, en ciertos círculos —le recordó ella—. Suena como una casa que necesita desesperadamente una visita.

—Sí, y sospecho que ahora es el momento perfecto. Quizás vaya allí mañana.

—¿A qué hora?

—Por la mañana.

Ella negó con la cabeza. —Las mañanas están muy bien, pero es la luz de la tarde la que debe considerarse primero antes de comenzar cualquier redecoración.

En realidad, no estaban discutiendo planes de renovación, sino una hora para una reunión y

quizás un encuentro amoroso. Él se humedeció los labios. —Desde el almuerzo en adelante, entonces. Llegaré alrededor del mediodía con una cesta de picnic para mi almuerzo y examinaré la casa de arriba a abajo mientras cambia la luz. Imagino que estaré allí durante horas.

Los dedos de Eugenia volvieron a entrelazarse con los suyos. —¿Estará cerrada la puerta principal?

—No después de que entre. La dejaré cerrada pero sin el pestillo, anticipando a mi primera visita.

Eugenia retiró su mano cuando la música se apagó y todos comenzaron a hablar y mirar alrededor. Aplaudieron junto con los demás, y luego Eugenia rió suavemente. —Oh, mañana parece estar a una eternidad de distancia.

—Espero que mañana, cuando llegue, pueda cumplir todos los deseos de tu corazón —susurró él.

Por toda respuesta, ella solo sonrió antes de ser arrastrada nuevamente por sus primas.

Teddy se recostó, observando con satisfacción cómo ella se movía de un invitado a otro durante el resto de la velada, sonriendo y disfrutando del vino y la buena compañía. Mezclándose con tanta facilidad como si siempre hubiera sido parte de la sociedad.

Y de vez en cuando, sus miradas se encontraban, y su anticipación por el mañana solo crecía.

Pero lo había logrado. Había concertado un encuentro con una solterona tan reacia al matrimonio como él, y había sido más fácil de lo que jamás había imaginado. Todo lo que quedaba por hacer era prepararse para mañana, conseguir una cesta de picnic y esperar el tiempo que fuera necesario para poder pasar una tarde con una dama dispuesta y quizás desenfrenada, sin temor a interrupciones.

CAPÍTULO 7



CUANDO EUGENIA HABÍA venido a Londres a vivir con sus primos, jamás se imaginó que querría escabullirse de la casa que compartían. Revisó el pasillo en busca de merodeadores y luego salió antes de cerrar la puerta de su alcoba tan silenciosamente como pudo. A esta hora, los sirvientes ya deberían haberse trasladado a otro piso. Las puertas de sus primos aún estaban cerradas, lo que esperaba significara que seguían en cama durmiendo. Tal vez podría salir de la Casa Wharton hoy sin que ellos supieran que se iba.

Lord Wharton ya se había marchado en su carruaje para una reunión importante.

Actualmente estaba sin supervisión, y Thaddeus Berringer la estaba esperando.

Logró dar tres pasos por la alfombra antes de que la puerta de Aurora se abriera de golpe.

—¿Adónde vas? —graznó Aurora, demasiado fuerte para el gusto de Eugenia.

Eugenia se dio la vuelta y rápidamente regresó por el pasillo hasta la puerta de la habitación de su prima.

—Shh, ¿quieres despertar a todos los que aún pueden dormir?

Aurora hizo una mueca y retrocedió hacia la privacidad de su alcoba, haciendo pasar a Eugenia con ella. Aurora todavía estaba en camisón.

—Honestamente, lo olvidé.

Eugenia la siguió pero permaneció cerca de la puerta.

—Bueno, deberías tratar de recordarlo.

Aurora volvió a subir a su cama.

—Lo siento. No volverá a suceder. ¿Adónde vas a esta hora? —Y entonces sus ojos se abrieron de par en par mientras miraba el reloj en la repisa de la chimenea. Aurora se lanzó fuera de la cama y corrió hacia su biombo—. ¡Oh, no! Se supone que debo estar en casa de Lady Bisley en media hora. Tienes que ayudarme a vestirme.

—Llama a una doncella o envía una nota.

—Una doncella tardará demasiado, y Lady Bisley me prometió un vistazo a sus cartas de amor.

—¿Qué cartas de amor?

La cabeza de Aurora apareció por encima del biombo.

—Unas viejas. Parece que la querida dama una vez tuvo una serie de pretendientes rendidos a sus pies después de enviudar. Toda una sorpresa.

—Nunca se volvió a casar —murmuró Eugenia.

—Con toda la atención que insinuó haber recibido, Lady Bisley quizás nunca encontró tiempo para otro marido. Algunos de sus amantes eran hombres bastante importantes —Aurora desapareció detrás del biombo nuevamente.

Eugenia sonrió.

—Bien por ella. Nadie es demasiado viejo o demasiado joven para tener un amante.

—¿Puedes ayudarme, por favor? —suplicó Aurora mientras reaparecía vistiendo ahora una enagua transparente—. Si espero a que venga una doncella, puede que nunca las vea. Además, a esta hora, todas están ayudando a reposicionar a la marquesa en su cama.

Eugenia había esperado escabullirse sin ser notada, pero como eso ya no era posible, accedió a ayudar a su prima por el bien de la paz y sin preguntas.

—Por supuesto.

Eugenia dejó a un lado su bolso y alcanzó el corsé que Aurora había arrojado sobre su cama. Ayudó a Aurora a ponérselo, sujetando sus pechos firmemente como a ella le gustaba.

—Ahora exhala.

Eugenia apretó y ató los cordones de su corsé y luego encontró una enagua para ponerle por la cabeza. El vestido que Aurora eligió era de muselina amarillo soleado, muy bordado con hilos verdes y blancos, un proyecto que la había mantenido ocupada el invierno pasado y que ahora atraía la atención de muchos cuando lo usaba.

Eugenia la abotonó y luego la siguió hasta el tocador cuando se sentó. Aurora era definitivamente la belleza de la familia, con un hermoso cabello espeso, piel impecable, nariz recta y labios perfectos de capullo de rosa. Las veces que los caballeros se habían quedado hipnotizados por su boca cuando Aurora hablaba eran incontables.

Eugenia estaba familiarizada con arreglar el cabello de Aurora, y lo retorció y sujetó en un bonito peinado para la visita diurna que estaba a punto de hacer.

—¿Cómo conseguiste que aceptara mostrarte las cartas? Estuviste con ella todo el invierno pasado, y no dijo nada de ellas entonces, ¿verdad?

—Insinuó su existencia al principio de nuestra relación, pero pensé que me estaba tomando el pelo. Creo que también era su manera de mantenerme volviendo a visitarla para el siguiente jugoso detalle. Visitarla era algo que de todos modos tenía la intención de hacer. Pero dejé que jugara sus pequeños juegos. La divierte.

—Mientras aún quieras ir —murmuró Eugenia.

—Por supuesto que quiero ir. Molly es muy divertida. Sabe todo tipo de chismes escandalosos sobre las damas mayores de la alta sociedad. De vez en cuando le susurro algunos a la marquesa, con el permiso de Molly, y la hace reír.

Eugenia sonrió.

—Demasiada risa no es buena para la marquesa. Ten cuidado con lo que le cuentas, para que no se lastime. Pero ese tipo de conocimiento podría ser útil algún día cuando te cases con tu duque.

Aurora puso los ojos en blanco.

—Lo último que haré será casarme con un lord inglés. Me casaré con el hombre, y no importará cuál sea su estatus en la sociedad.

—Un título puede ser útil —sugirió Eugenia.

—No para mis necesidades —juró Aurora mientras se colocaba una simple cadena y un colgante alrededor del cuello—. Perfecto. Hacemos un gran equipo como siempre.

Eugenia chasqueó la lengua.

—No me necesitarías si simplemente recordaras hacer tus citas más tarde en el día.

—Siempre te necesitaré —prometió Aurora, levantándose para abrazarla—. Ahora, será mejor que me vaya —besó la mejilla de Eugenia—. Disfruta tu día.

—Y tú el tuyo. Recuerda llevar al señor Bloom contigo.

—Lo haré —Aurora salió corriendo por el pasillo. Para cuando Eugenia llegó al vestíbulo de entrada, Aurora acababa de partir en el carruaje que Eugenia había llamado para sí misma.

—Oh, maldita sea —exclamó Eugenia suavemente—. ¡Ese era mi carruaje!

El mayordomo hizo una mueca.

—La señorita Aurora le ruega que la perdone por tomar su carruaje y promete enviarlo de vuelta por usted de inmediato.

Lady Bisley *vivía* demasiado lejos para una visita a pie, así que tomar un carruaje había sido absolutamente necesario. Sin embargo, el recado que Eugenia había alegado estaba igual de lejos.

—¿Podría llamarme un coche de alquiler, por favor? Realmente debo irme.

El mayordomo se apresuró a salir para llamar a un coche de alquiler, y una vez dentro del vehículo contratado, Eugenia le dio al cochero su antigua dirección. Golpeó con el dedo sobre su rodilla, luchando contra la impaciencia por llegar a su destino y luego continuar hacia el siguiente.

Eugenia entró en su antiguo hogar y miró a su alrededor con un suspiro de alivio por la privacidad y los muebles familiares que la rodeaban. Ya no había sirvientes aquí, y el lugar estaba lo suficientemente frío como para hacerla temblar. Pero sus pocos muebles permanecían, piezas que no tenían derecho a ser trasladadas a la gran mansión de Lord Wharton. Colocó su mano sobre su hermoso escritorio, un objeto demasiado grande para mover fácilmente y ahora sin ningún propósito en absoluto. Dejó una huella de mano en el polvo.

Nunca más se sentarían alrededor de este escritorio para conversar con solteros nerviosos o viudos reacios, a punto de embarcarse en las pruebas de buscar una novia en el mercado matrimonial.

Echaba de menos sentirse necesitada, pero al menos hoy tenía mucho que esperar.

Eugenia se apartó del escritorio y se dirigió a los cuartos de los sirvientes en la planta baja, hacia la parte trasera de la propiedad, y salió al pequeño patio. La pequeña parcela de jardín que una vez había cultivado había sido ocupada por los vecinos, ansiosos por utilizar los fértiles lechos de cultivo para alimentar a sus familias. Pasó junto a hileras de remolachas y judías trepadoras, lamentando no poder quedarse al sol y cuidar ella misma de las plantas.

Se deslizó al callejón trasero, mirando a izquierda y derecha.

A pesar del calor del sol, se cubrió el cabello con la capucha y se apresuró hacia el norte, sin cruzarse con nadie por el camino. Esta zona siempre estaba bien cuidada, y ella la había considerado un medio seguro de salida cuando tenía prisa y a pie. Cruzó apresuradamente Old Bond Street entre los carruajes que pasaban y se deslizó por Clifford Street sin ver a nadie conocido. Desde allí, era un paseo muy corto hasta donde la esperaba Thaddeus Berringer.

Se acercó al número siete y a la puerta pintada de azul que él le había descrito. Con el corazón en la garganta, subió con toda la calma que pudo el corto tramo de escaleras, agarró y giró el pomo.

Tal como le había prometido, la puerta estaba abierta para ella.

Eugenia se deslizó dentro y cerró la puerta tras de sí como si lo que estaba haciendo fuera perfectamente normal. Se quitó la capucha de la cabeza y miró a izquierda y derecha.

Las habitaciones más cercanas eran enormes y estaban vacías. Sin alfombras. Sin sillas en absoluto. Le recordaba a la casa que acababa de dejar, en realidad.

Alargó la mano para girar la cerradura.

—¿Señor Berringer?

El silencio la recibió, pero él había insinuado que podría estar en cualquier parte de la vivienda de cuatro plantas cuando ella llegara. Exploró las habitaciones inferiores, llamándolo en voz baja y admirando el aspecto de cada una. Parecía una casa enorme, casi demasiado grande para un soltero.

Al volver a la puerta principal, donde un rayo de luz brillaba desde la ventana en abanico sobre la entrada, Eugenia notó sus huellas en el polvo. Miró con pesar el dobladillo de su vestido verde oscuro e hizo una mueca. Al menos tenía la excusa de una visita a Albemarle Street para explicar el polvo si lo notaban a su regreso.

Había otro juego de huellas, mucho más grandes, que subían por los peldaños de la escalera.

Miró hacia arriba de la escalera.

—¿Thaddeus?

Lo oyó antes de que su cabeza apareciera sobre la barandilla del piso más alto.

—Has venido.

—Dije que lo haría.

Él sonrió.

—Sube. No, espera, te encontraré a medio camino —le instó mientras empezaba a bajar, saltando los escalones de dos en dos para llegar hasta ella.

Eugenia se encontró con él en el primer piso, con el estómago revuelto de emoción mientras él sonreía. Esa sonrisa suya le hacía cosas a su cuerpo que pocos hombres podían igualar. Sin embargo, haría todo lo posible por frenar su entusiasmo hasta estar segura de sus intenciones hoy. Su conversación había sido un poco críptica, después de todo.

—¿Me has invitado para recibir un tour por la casa?

—Si quieres, puedo mostrártela toda, pero no hay mucho que ver. —Se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla—. ¿Qué te parece hasta ahora?

Sonrojándose, echó un vistazo a su alrededor.

—El lugar es más grande de lo que imaginaba.

—La propiedad es en realidad tres casas estrechas unidas. —Thaddeus le ofreció su brazo—. Déjame mostrarte el resto.

Eugenia posó su mano sobre su manga, gustándole que quisiera escoltarla.

—Nunca me habría dado cuenta de que era tan grande desde fuera.

—A mí también me sorprendió. —Miró a su alrededor con una sonrisa llena de orgullo—. Pero es mía.

—Me alegro.

—He estado anotando lo que podría necesitar comprar antes de poder siquiera pensar en mudarme. —Le mostró un cuaderno con una letra pulcra de arriba a abajo en todas las páginas.

Ella echó un vistazo a otra habitación.

—Estuve en Albemarle Street antes de venir aquí hoy, y debo decir que una casa necesita gente viviendo en ella.

—Sí, yo también había llegado a esa conclusión después de una hora aquí.

La guió por las habitaciones de esta planta, haciendo comentarios sobre para qué podría utilizarlas y los muebles que le gustaría comprar. Tomando más notas.

—A Aurora simplemente le encantaría esta habitación. Luz perfecta para sus bordados y para tocar música.

Una extraña sonrisa cruzó sus labios.

Eugenia se rio.

—Al amueblar una casa, uno haría bien en considerar todos los posibles usos. Los del señor y los de la futura señora.

Él asintió.

—En realidad, pensé que esta habitación podría ser mi estudio.

—Excelente luz para leer y escribir también —le aseguró.

—Me gusta mucho el asiento de la ventana. Podría estirar las piernas y echar un vistazo a los carruajes que pasan.

—Una excelente manera de pasar una tarde lluviosa. —Casi podía verlo allí, con un libro en la mano, los niños jugando a sus pies y una esposa revisando las cuentas en su escritorio.

Eugenia frunció el ceño. ¿De dónde había salido ese pensamiento?

Se apartó de las ventanas delanteras y se adentró en la casa. Una serie de habitaciones conectadas se extendían por la parte trasera. Se detuvo en la más grande, considerando su posible uso y las más cercanas.

—Pensé que esta podría ser mi dormitorio, y la siguiente una sala de estar.

—¿Y la tercera?

—La de mi futura esposa, supongo, ya que dices que debo considerar todos los posibles usos.

Eugenia rio nerviosamente y husmeó por esa habitación. Había un pequeño armario conectado que podría servir como vestidor para una dama.

—Un espacio encantador para la señora de la casa.

—Lo será una vez que se instale la fontanería que quiero.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Instalarás también una bañera? He oído que se han puesto muy de moda, especialmente entre los sirvientes.

Él inclinó la cabeza.

—Me he acostumbrado a los pequeños lujos de la casa del duque y querría que mi esposa, mi familia y el personal también los tuvieran.

Eugenia asintió.

—Con una actitud así, estoy segura de que un día serás un marido maravilloso.

—Pero no este año —dijo rápidamente.

Le sorprendió la insistencia en su voz.

—Deduzco que te han molestado antes y demasiado a menudo con el tema del matrimonio.

Él asintió.

—Le he prometido al duque que tomaré esposa en unos años. Por ahora, definitivamente es mi intención seguir soltero esta temporada.

—Podrás elegir a cualquier dama, dado el futuro que te espera —murmuró ella—. Ya eres uno de los caballeros más considerados de la ciudad.

—¿Quién es mi competencia?

—Tus amigos: Pinner, Wallingham, Scarsdale y Brandestock.

—Hurlston se ofenderá porque no lo incluiste en la lista.

Ella se rio.

—Lo más probable es que estaría en la lista, pero está comprometido.

—Y me alegro de que se case antes que yo —le aseguró Thaddeus.

No parecía haber donde sentarse en la casa vacía, excepto junto a la fría chimenea. Se volvió para mirar a Thaddeus expectante. Él la había invitado a escaparse para visitarlo aquí. Había mencionado una cesta de picnic. Seguramente la tenía escondida por algún lado... o quizás era para después de que sucediera lo que fuera a pasar entre ellos.

Eugenia se acercó a él y, con atrevimiento, puso sus manos sobre su pecho.

—Qué suerte la mía que aún no estés comprometido.

Thaddeus se lanzó a robarle un beso, luego otro más largo y apropiado que le hizo enroscar los dedos de los pies dentro de sus zapatillas y le dejó los sentidos dando vueltas.

Eugenia enredó sus brazos alrededor de sus hombros y su cabeza, y se puso de puntillas para estar más cerca de él. El contacto de su cuerpo contra sus pechos avivó el deseo por él que nunca parecía haber disminuido desde su primer coqueteo. Los pensamientos de él haciéndole el amor la torturaban.

Sin vergüenza, rozó su monte de Venus contra el duro miembro oculto dentro de sus pantalones.

Él le acunó la cabeza y se apartó.

—Hay más que ver todavía.

Le tomó la mano y la llevó hacia arriba, hasta el piso más alto. Subieron hasta el ático, hablando y haciendo sugerencias para amueblar la casa. El espacio del ático era grande, pero se habían colocado pequeñas ventanas a intervalos regulares en lo alto, permitiéndoles ver por dónde iban. Su ubicación también les ofrecía una vista del cielo sobre la ciudad, en lugar de las sombrías casas cercanas.

—Pensé que esto sería más privado.

Hizo un gesto para que Eugenia caminara delante de él. Un par de gruesos colchones parecían haber sido colocados en el suelo, con mantas y almohadas esparcidas sobre ellos. La prometida cesta de picnic descansaba junto al colchón. Era un acogedor nido de amor que había preparado para ellos para la tarde.

—Muy cómodo.

—Sin muebles, ni siquiera una cama en la casa, fue lo mejor que pude hacer con tan poco tiempo. También hace más calor aquí arriba que abajo. No hay leña para encender los fuegos, me temo.

—Y el humo de una chimenea habitualmente inactiva podría llamar la atención sobre la casa.

Ella se acercó a los colchones, quitándose la capa mientras avanzaba.

—Sabes, por la noche, podrías acostarte aquí y ver las estrellas.

Thaddeus tomó su capa y la colgó de un clavo clavado en el marco de la puerta.

—Yo también había pensado en eso.

Se paró detrás de ella, sus dedos deslizándose lentamente alrededor de su cintura, haciendo que su respiración se entrecortara.

—¿Tienes hambre?

Ella no vio razón para ocultar a lo que había venido.

—Sí, de tu tacto.

Sus manos subieron hasta sus pechos y los acunó.

Eugenia gimió, recostándose contra su pecho mientras él rozaba sus pezones endurecidos con los pulgares. Y luego sus labios estaban en su cuello, besando y mordisqueando su piel de la manera en que había comenzado a hacerlo en un balcón en penumbras hace media semana. Ella

se estiró para tocar cualquier parte de Thaddeus que pudiera alcanzar, aunque no era fácil. Definitivamente tenía unos muslos firmes y encantadores.

El agarre de Thaddeus se apretó sobre ella, y la levantó para caminar los pocos pasos restantes hasta su suave nido.

Eugenia se quitó las zapatillas por el camino, su entusiasmo las envió volando lejos. Thaddeus se rio y, a su insistencia, ella se arrodilló, moviéndose para hacerle espacio para que se uniera a ella.

—Esto me recuerda a las mañanas con mis primas.

Él se sentó con las piernas cruzadas a su lado.

—Eres cercana a tus primas.

—Inseparables, a veces.

Él hurgo en la cesta, sacando dos copas y una botella de vino tinto, para su deleite. Sirvió dos copas y luego colocó la botella en las tablas del suelo cerca de ellos.

La estudió mientras ella bebía a sorbos.

—¿Cómo es que no te vi tan claramente antes?

—Yo tampoco te vi a ti.

—Oh, sé que me viste. Tú y tu prima siempre están susurrando sobre nosotros los hombres, he oído.

Ella se rio y no negó su sugerencia.

—Una dama debe hacer algo para pasar el tiempo en todos estos eventos aburridos a los que me veo obligada a soportar junto a mis primas. Londres está llena de maravillas. Algunas vienen en forma de un rostro apuesto, hombros anchos y un trasero bien formado.

Él balbuceó y dejó su copa a un lado rápidamente. Pero se acercó para acariciar su mejilla con los dedos.

—¿Soy el único que se da cuenta de que no eres la solterona recatada que pretendes ser?

—Esta temporada, sí.

Él frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que te has encontrado con un amante en el pasado?

Eugenia bebió su vino, consciente de que era casi una crítica de su parte.

—¿Te molestaría saber que lo he hecho?

Thaddeus se tomó un momento para responder, luego su expresión se suavizó.

—¿Lo amabas?

—Cielos, qué pregunta —susurró Eugenia. Sí, había amado y perdido, pero no era asunto suyo—. Amo lo que un hombre puede hacerle a mis sentidos.

Eugenia había sido discreta y satisfecha con sus breves encuentros desde que llegó a Londres. Pero su coqueteo con Thaddeus ya era diferente de los que habían venido antes que él. Thaddeus no era tanto un extraño como probablemente un amante a corto plazo que vería para siempre. Y eso no estaba exento de posibles dificultades en el futuro cuando terminara. Podrían estar cerca uno del otro durante años. Odiaría que hubiera incomodidad entre ellos.

—¿Eso era todo lo que significaba para ti?

Ella terminó su vino y extendió su copa para que la rellenara.

—Era una liberación física, nada más.

—No seré como ellos —prometió Thaddeus, rellenando su copa, luego apresurándose a ponerse al día tomando un trago de la suya—. No te usaré y te desecharé.

Era dulce de su parte sugerir que ella ya era especial para él, pero era muy innecesario.

—Por supuesto que lo harás.

—¿Por qué lo haría?

—Uno, me niego a convertirme en una amante y no soy el tipo de dama que un futuro duque debería buscar para casarse. No tengo dote que me convierta en la novia perfecta de nadie —Tragó saliva—. Dos, había asumido que estabas cortejando a mi prima, pero estás en busca de placer, como yo. Y tres... no me amas.

—Aún no.

Eugenia se rio suavemente, divertida por él.

—Para un hombre decidido a no casarse esta temporada, pareces estar tratando de convencerte a ti mismo de lo contrario.

Thaddeus se dejó caer de espaldas.

—Admito que admiraba a tu prima, pero no estaba enamorado de ella. Cuando me enteré de su compromiso, no me sentí ni un poco decepcionado.

—Me alivia escuchar eso.

—Mi primo me asignó dinero justo antes de casarse, para que pudiera vivir cómodamente con o sin esposa durante años. Podría casarme por amor en lugar de por una dote si quisiera.

—Me alegra saber que puedes elegir con el corazón y no con el bolsillo.

—A mí también —suspiró—. No hay nada peor en la vida que no tener elección.

Eugenia extendió la mano para tomar la suya.

—¿Por qué me trajiste realmente aquí?

Él se volvió para mirarla.

—Solo por esto.

—¿Para hablar?

Asintió.

—Y para encontrar más momentos para robarte un beso —tomó su copa, la dejó a un lado y la atrajo para que descansara sobre su pecho. Su sonrisa era juguetona mientras acercaba los labios de ella hacia los suyos—. Pasamos de ser conocidos a ser casi algo más de la noche a la mañana, ¿no? Necesito el romance, aunque a ti no te importe la idea.

—No dije que no necesitara un poco de romance en mi vida, junto con tus besos, Thaddeus —susurró, atreviéndose a usar su nombre de pila.

Sus labios rozaron los de ella ligeramente.

—Te lo advierto entonces, Eugenia Hillcrest. Planeo conquistar besos tuyos en cada oportunidad que tenga, pero juro que no me casaré contigo.

Cualquier otra dama se habría sentido herida por su confesión, pero ella solo se rio.

—Bueno, eso es un alivio. Ven aquí, señor, y bésame tanto como necesites.

CAPÍTULO 8



TEDDY ENTRÓ A GRANDES zancadas en el salón de Duke Street e hizo una reverencia a la señora Sophie Darling, una viuda cuya recuperación y futuro le preocupaban enormemente.

—¿Cómo se siente hoy, mi querida señora?

—Mejorando cada día, señor Berringer —Sophie Darling permaneció reclinada en una chaise longue frente a donde él estaba de pie, pero no en un intento de parecer seductora. Estaba enferma y había estado así desde el primer día que la conoció. Se llevó un pañuelo a la boca mientras tosía y luego forzó una sonrisa para él—. Por favor, ¿no quiere sentarse?

Teddy se acomodó en el borde de una silla de madera cercana, colocó el paquete que había traído sobre su rodilla y sonrió a pesar de la poco entusiasta bienvenida.

—Su color es mucho mejor que la última vez que la vi —observó.

—¿Lo es? —Se llevó las manos a las mejillas, y sus labios temblaron—. Debe ser por la emoción de verlo de nuevo. Lo esperaba la semana pasada.

—Me temo que aún estaba ocupado con los asuntos del duque. He viajado a la costa y vuelto desde la última vez que la vi.

—Qué vida tan emocionante lleva usted, señor.

—Sí, supongo que debe parecerlo —Sophie no había ido a muchos lugares desde que la conocía. Había estado demasiado enferma, demasiado frágil para hacer más. Se alegraba de ver que ahora estaba mejorando, aunque sentía que ya no necesitaba visitarla cada semana. Al principio de su relación, la visitaba todos los días. Pero ahora tenía una casa llena de personal para cuidarla y ayudarla con sus hijos. Un boticario la visitaba dos veces por semana con polvos para su dolor de cabeza y jarabe para su garganta irritada por la tos.

En realidad, Teddy había conocido primero a sus hijos, mendigando en Bond Street. Su corazón se había conmovido por sus rostros tristes y los tiempos difíciles que habían caído sobre ellos. Desde entonces, se había encargado personalmente de velar por su bienestar.

—Espero que los niños se hayan portado bien y estén asistiendo a sus lecciones.

—Lo han hecho, señor. El joven Allan aún no deja de contarle a su hermano menor sobre su generosidad al llevarlo a ver esos grandes barcos en los muelles de la marina.

—Fue un placer. Iba allí por asuntos del duque y recordé que él tenía interés en el servicio. Gracias por permitirme el privilegio de alejarlo de usted por un día.

Ahora escuchaba con atención. Los niños nunca solían estar tan callados cuando él llegaba. La casa que había alquilado para la señora Darling y su prole solía estar llena de vida y ruido. Sin

embargo, hoy Teddy no había oído ni un murmullo de nadie más que del mayordomo y de Sophie hablando suavemente desde que había llamado a la puerta principal.

—¿Están los niños por aquí? Les he traído un regalo de mis viajes.

—Me temo que no. Una buena amiga se los ha llevado a hacer ejercicio.

—Oh, lamento oír eso, pero me alegra saber que finalmente ha conocido a una de sus vecinas.

—Sí —dijo sonriendo—. Pero estarán encantados de saber que se acordó de ellos —se apresuró a decir, extendiendo los brazos hacia el paquete en su rodilla.

Aunque hubiera preferido entregárselo a los niños él mismo, se lo dio a ella. Admiró el papel marrón y luego lo dejó a un lado.

—No preguntaré qué es para poder sorprenderme cuando lo abran. Es usted tan bueno con ellos.

A Teddy le gustaban los niños. Quería que supieran que siempre estaría cerca.

—Es bueno poder ayudar donde puedo.

—Están creciendo tan rápido que apenas puedo seguirles el ritmo —dijo con una suave risa.

—Para eso están las niñeras que contraté —le recordó—. Confíe en ellas y cuide su salud, mi querida señora.

Sophie le sonrió tímidamente.

—Siempre dice eso. Usted también cuida tan bien de mí. ¿Le apetece un té? Creo que oí que la cocinera iba a hacer tartas de ciruela hoy. Recuerdo que le gustan.

Él suspiró profundamente. No debería quedarse demasiado tiempo porque ella se cansaba con facilidad.

—Hoy no. Tengo muchos otros recados que hacer para su excelencia.

Eso no era estrictamente cierto, ya que el duque estaba fuera de Londres, pero era una excusa que podía usar y que ella aceptaría fácilmente. La había usado honestamente tantas veces antes que ahora ella nunca se molestaba en pedir detalles.

—Oh, ¿tiene que irse tan pronto?

—Me disculpo sinceramente, pero debo hacerlo —sonrió rápidamente—. Pero volveré la semana que viene, a mi hora habitual, por supuesto.

—Contaré los días hasta que nos volvamos a ver, señor.

—Tal vez los niños estén aquí la próxima vez y puedan decirme qué les pareció mi regalo de hoy.

Ella hizo ademán de levantarse, pero él la instó a no hacerlo con una mano extendida. Sin embargo, ella la cogió y apretó sus dedos con los suyos, fríos.

—¿Qué habría sido de nosotros sin su bondad hacia mis hijos?

—No consideremos eso —advirtió—. Que tenga un buen día, señora.

—Señor —sonrió con gracia—. Espero verlo de nuevo pronto.

—Yo también —hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta principal donde el mayordomo estaba esperando. Le pidió al hombre que le informara de cualquier cambio en la salud de ella, como solía hacer, y se dirigió a la calle, donde descubrió que el tiempo había empeorado.

Un viento frío soplaba la lluvia constantemente por Duke Street, y se estremeció cuando las gotas cayeron en la parte posterior de su cuello. Se subió el cuello y llamó rápidamente a su carruaje.

Llegó rápidamente junto a la casa, pero sus hombres, ahora con capas impermeables, no

parecían muy contentos con las condiciones.

—De vuelta a Mayfair —ordenó.

—Muy bien, señor —respondió su cochero antes de que Teddy saltara dentro, donde estaba cálido y seco.

Una vez dentro, sin embargo, volvió a reflexionar sobre el futuro de la viuda a la que mantenía. No había pensado que su enfermedad fuera tan grave como para que permaneciera tantos meses en su cama o en el diván. A menudo parecía pálida, excepto hoy. Su llegada quizás la había pillado desprevenida, lo cual, por supuesto, no debería haber ocurrido. Fuera cual fuese la razón de su mejor color, lo que había visto hoy le complacía enormemente. Esperaba que esto significara que por fin se estaba recuperando.

Teddy tamborileó con los dedos sobre su rodilla, sin saber ahora qué hacer con la tarde. Había tenido la intención de pasar una hora o más con los niños, viéndolos jugar con la colección de conchas marinas que había encontrado en sus vacaciones junto al mar.

No quería volver a Grafton House, donde solo tendría su propia compañía. En su lugar, instruyó a su cochero que lo llevara a la casa de su amigo, Lord Hurlston, con la esperanza de que estuviera en casa y disponible para recibir visitas.

Tuvo la suerte de atraparlo justo cuando salía y fue invitado a acompañarlo. Teddy rápidamente envió su propio carruaje y hombres a casa sin él y subió al vehículo más grande de Hurlston.

—¿Adónde se dirige hoy?

—Voy en busca de diversión, al igual que usted. Si todo lo demás falla, he oído que Lord Sullivan consiguió una caja de coñac francés muy raro.

—Estaría encantado de ayudarle a beberlo.

—Como todos, estoy seguro —afirmó Hurlston—. Es justo lo que el médico recetó para una tarde lluviosa y deprimente.

—¿Está todo bien?

—Por supuesto —Hurlston se encogió de hombros—. Solo me siento un poco solo, supongo.

Teddy frunció los labios, debatiendo la sabiduría de hacer una pregunta que no estaba seguro de si debía hacer. Al final, decidió hacerla de todos modos.

—¿Puedo preguntarle por qué aún no está casado?

Hurlston se encogió de hombros nuevamente.

—No es el momento adecuado.

—Ha estado comprometido durante diez años.

—Cinco de esos antes de alcanzar la mayoría de edad, y para Elizabeth, siete de esos donde ella era menor de edad.

—¿Entonces, tres años comprometidos cuando ya tenían edad suficiente para casarse? —Negó con la cabeza—. Con todo el tiempo que han tenido para conocerse antes de ahora, seguramente ya es hora de dar el paso.

—Suena igual que mi madre —se quejó Hurlston.

—Eso es trágico. Pero solo sentía curiosidad, no estaba criticando sus decisiones —Se encogió de hombros—. El duque no deja de presentarme mujeres que buscan marido. Me estoy cansando de ello.

—No crea que solo porque estoy comprometido, los casamenteros se detienen —advirtió Hurlston—. Créame, ha habido tentaciones en abundancia.

—¿Alguna vez ha considerado romper el compromiso? —Lo dijo en voz baja, con cuidado

—. Sé que romper un compromiso es algo escandaloso para un hombre y no está exento de consecuencias para la dama dejada de lado. Pero si no va a casarse pronto con Elizabeth, ¿no sería mejor para usted ser un soltero de verdad?

—¿Por qué demonios querría romper el compromiso?

—Bueno, es que parece... —Se detuvo, inseguro de si la vida de Hurlston era asunto suyo.

—Suéltelo, hombre.

—Me parece que no le agrada mucho —Consideró lo que más le molestaba—. Cuando habla de ella, podría estar hablando de cualquier persona con la que se hubiera cruzado en la calle.

Hurlston frunció el ceño mirando sus manos.

—No me desagrada Elizabeth.

—No la ama.

—No. Por supuesto que no.

—¿Por qué "por supuesto que no"?

Hurlston respiró hondo y miró por la ventana donde la lluvia caía aún con más fuerza ahora.

—Le admiro muchísimo, Berringer, pero ve el mundo, nuestra sociedad, de una manera completamente diferente a como lo hago yo. Parece asumir que todos tenemos la opción de elegir cuándo y con quién casarnos, pero para mí, veo que no tenemos elección en absoluto. Eventualmente se casará con una mujer de buena familia, alguien que el duque apruebe, y alguien capaz de dirigir su finca de campo en su ausencia, cuando tenga una, claro está. Cumplirá con su deber hacia la familia, como todos debemos hacerlo. Engendrará un heredero y un repuesto, y si el amor es posible, probablemente lo encontrará fuera del matrimonio.

—Esa es una forma en que un caballero podría vivir sus días, supongo —admitió.

—Es la verdad —Hurlston se encogió de hombros—. Elizabeth es una mujer excelente, de buena familia, y está preparada para todo lo que necesito de ella. No necesito amarla para ser un buen marido. La respeto y espero tener un matrimonio largo y respetuoso.

Teddy se recostó, estudiando a su amigo como si fuera un extraño. La unión sin amor que Hurlston acababa de describir era algo que él pretendía evitar si podía. No había conocido a nadie con quien quisiera pasar todos los días de su vida sin amarla.

—Si todo es un deber, ¿por qué parece triste? ¿Qué intereses tienen en común que hicieron de Elizabeth la elección correcta?

—Por favor, recuerde que yo era joven cuando mi padre arregló el compromiso —se apresuró a explicar Hurlston—. Ella era nuestra vecina. Éramos amigos de algún tipo, supongo. Elizabeth disfruta de todas las actividades habituales del campo. Monta bien, dispara con precisión, a mis perros les agrada y le gusta bailar.

—Pero no con usted —observó Teddy—. Si está ansiosa por convertirse en su condesa, ¿por qué no está aquí para bailar con usted esta temporada?

Hurlston hizo una mueca.

—Y casarse conmigo. Había esperado dar el paso a finales de mes, pero ahora parece poco probable.

Los ojos de Teddy se agrandaron.

—No me lo había dicho, ni a nadie más, de hecho.

Hurlston cruzó los brazos sobre el pecho.

—Apenas vale la pena mencionarlo cuando ella no ha llegado para fijar la fecha.

—¿Qué la mantiene alejada? Usted no es horrible.

Hurlston miró por la ventana.

—Oh, muchas gracias. No tengo la menor idea sobre sus retrasos —dijo, apretando la mandíbula—. Debería querer terminar con nuestra boda igual que yo. Mi abuelo podría morir cualquier día. Necesitaré una esposa antes de eso para que la transición sea lo más fluida posible —anunció con un rastro de impaciencia.

Sin embargo, Hurlston nunca era de los que permanecían alterados por mucho tiempo. Se relajó e hizo una mueca.

—Me disculpo por mis quejas. Las excusas de Elizabeth me irritan.

—Bueno, honestamente, puede estar tan enojado como quiera conmigo. Es un alivio finalmente escucharlo hablar honestamente sobre la mujer con la que se va a casar. Empezaba a pensar que estaba feliz con el retraso.

—Bueno, no es todo malo. Todavía puedo unirme a los solteros y no tener que escuchar los regaños de una esposa cuando esté borracho.

—Sería muy aburrido estar en Londres y no tenerlo libre para unirse a nosotros —prometió Teddy—. Muy, muy aburrido, de hecho.

Hurlston se volvió de la ventana y encontró su mirada.

—Prométame que no dirá nada a nadie sobre el asunto de mi compromiso. Particularmente a mi madre o a mi hermano. Ambos están lo suficientemente molestos por el retraso como están. Creen que yo soy el culpable.

—Ni se me ocurriría —Lo miró fijamente—. Pero ¿por qué creen que es usted quien está retrasando la boda?

—Porque dije que era cosa mía para que no se enfadaran con Elizabeth. Mi madre y mi hermano han estado enfadados conmigo durante años, eso es de esperar, pero no permitiré que mi futura esposa encuentre una excusa para echarse atrás debido a su hostilidad. Tiene que casarse conmigo. Lo prometió.

Para entonces habían llegado a la casa de Lord Sullivan, quien pareció feliz de verlos. El coñac, sin embargo, se había ido. Entregado como regalo a un tío para su bodega. Aunque decepcionado al escuchar la noticia, Hurlston invitó a Sullivan a unirse a ellos en el carruaje.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A un lugar donde siempre hay buen coñac —explicó Hurlston y no dijo nada más.

Teddy y Sullivan intercambiaron una larga mirada y luego sonrieron.

—La Casa de Placer de Madame Bradshaw —dijeron al unísono.

Hurlston se rio.

—Podemos beber, y si os apetece a vosotros, solteros, podéis dejarme con el coñac mientras disfrutáis de los otros placeres que se encuentran allí.

Teddy negó con la cabeza, y Sullivan también.

—Beberemos contigo —anunció Sullivan—. E intentemos no cantar esta vez.

Teddy sonrió.

—De acuerdo.

—Berringer no puede entonar de todos modos —bromeó Hurlston.

—Tú tampoco —señaló Sullivan.

—Triste pero cierto —dijo Hurlston con un suspiro de pesar—. Pero sobresalimos en todo lo demás, así que no importa.

Teddy se rio y sabiamente no volvió a mencionar el tema de Elizabeth. Charló con Sullivan, quien se jactó de haber ganado una fortuna en las cartas la noche anterior. Después de decidir ir a buscar también a Scarsdale y Pinner, Hurlston reflexionó que uno de ellos necesitaba comprar un

vehículo más grande antes de hacer nuevos amigos.

A partir de ahí, se dirigieron a lo de Madame Bradshaw para beber y no cantar.

—Es una lástima que Wharton nos presentara este lugar y ahora rara vez pueda acompañarnos —susurró Hurlston a Teddy cuando se apearon frente a Bradshaw's—. ¿Realmente puede estar tan feliz de casarse como parece? Apenas mira a otra mujer ahora.

—Creo que sí —dijo Teddy y luego se calló porque la propietaria se acercaba, y tenía un oído muy agudo. Wharton había encontrado su pareja perfecta en Sylvia. Con suerte, Teddy encontraría la suya algún día.

Madame Bradshaw los saludó calurosamente, preguntando por su salud y sus necesidades para la noche.

—Simplemente estar en el grandioso entorno de su establecimiento y disfrutar de su hospitalidad es todo lo que requerimos —prometió Hurlston—. Y coñac para todos.

Madame Bradshaw chasqueó los dedos. Inmediatamente, cada uno de ellos se vio rodeado por un par de damas de la noche. Una rubia y una morena se ocuparon de Teddy. Permitió que la morena tomara su sombrero y sus guantes mientras sus amigos recibían el mismo trato.

—Estoy tan contenta de verle de vuelta, señor Berringer —susurró su rubia—. Ha sido una noche tan aburrida.

—¿Es así?

Ella jugueteó con un mechón de su cabello, observándolo desde debajo de sus pestañas bajas mientras lo hacía. De repente, enlazó su brazo con el de él.

—Busquemos un rincón tranquilo. Solo nosotros dos.

Teddy notó que la morena ya había encontrado otro caballero al que atender. No le importó que se hubiera ido. Pero la rubia podría haberse ido con ella.

—Estamos aquí por el coñac.

Hurlston avanzó, con sus dos damas colgadas de su brazo y riendo. Dos lacayos lo seguían, uno llevando una licorera de coñac, el otro una bandeja con copas.

Teddy lo siguió, dejando atrás a la rubia.

Hurlston entró primero en el comedor, donde siempre había una variedad de platos tentadores esperando a los clientes hambrientos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Hurlston mientras cogía un plato.

—Sí, supongo que bien podría comer algo.

—Nunca bebas con el estómago vacío —advirtió Hurlston—. Ese es el camino que lleva a cantar canciones que vamos a destrozar.

Teddy cogió un plato y lo llenó.

—Definitivamente nada de cantar esta noche.

Hurlston eligió sentarse al final de la mesa, y todos se reunieron a su alrededor. Cogió una chuleta y la levantó para inspeccionarla.

—No puedo entender por qué Wharton renunció a este lugar. La comida siempre ha sido excelente —dijo antes de empezar a comer como si estuviera famélico.

—Tal vez no quiera que nadie piense que también está frecuentando a las mujeres de aquí —dijo Teddy, comiendo a un ritmo más lento—. No puedo imaginar que a la señorita Hillcrest le agradarían los chismes malintencionados sobre esa posibilidad.

—Hmm, sí. Supongo que eso sería doloroso para ella.

—En efecto. Nadie quiere ser humillado por un amante, real o imaginario.

Por el rabillo del ojo, notó que Hurlston rechazaba a otra posible compañera. No era la

primera vez tampoco. Hurlston era selectivo. De hecho, Teddy nunca lo había visto tener una amante aquí en Bradshaw's o en cualquier otro lugar. Una vez pensó que era debido a su compromiso con Elizabeth y estar enamorado de ella. Claramente, ese no era el caso y tal vez nunca lo fuera.

En todos los demás aspectos, excepto en la atención a las damas, Hurlston era un soltero despreocupado con tiempo libre como Teddy. Ninguno de los dos estaba feliz con sus vidas. Como Hurlston había dicho, se sentía solo, y Teddy pensó que él también podría estarlo a veces.

Teddy se encogió de hombros. Al menos él había encontrado una mujer que estaba interesada en bailar con él... y besarlo. Esperaba con ansias su próximo encuentro con Eugenia.

CAPÍTULO 9



EUGENIA SEGUÍA A SU prima Sylvia y a Lord Wharton mientras frecuentaban las tiendas de Bond Street en otra ridícula jornada de compras. Lord Wharton abría su bolsa con alarmante regularidad para su futura esposa, mimándola posiblemente por culpa, sospechaba ella, del retraso en la fecha de su boda. Sin embargo, los toques furtivos y las miradas insinuantes eran parte integral de cualquier momento que pasaban con la pareja. Esas eran cosas que se esforzaba por no ver. Pero Eugenia frecuentemente intercambiaba miradas cómplices con Aurora y, por mutuo acuerdo, aumentaban la distancia entre ellas y la pareja comprometida.

Wharton había parecido preocupado los últimos días, pero ese período de distracción parecía haber terminado. Ahora toda su atención había vuelto a su futura esposa. Bastante obviamente. Estaban absortos el uno en el otro de una manera que pocas parejas casadas podrían igualar.

Se detuvieron frente al escaparate de una tienda, y Wharton se inclinó para susurrar algo al oído de Sylvia, haciéndola sonrojar.

—Necesitamos casarlos pronto —advirtió Aurora—. Antes de que empiece a besarla en público.

—Ella ya lo ha hecho.

—¿Cuándo? Nunca me lo contaste —se quejó Aurora.

—En el baile de los Fairmont justo después de que se anunciara su compromiso. Lady Fairmont no podía mantener las manos quietas. Sylvia sonrió dulcemente, atrajo a Wharton para besarlo hasta que finalmente la anfitriona se fue enfadada, sin volver a molestarlo desde entonces.

—¿Qué hizo Wharton?

—Se rio y dijo: "Esa es mi mujer. Valiente hasta la médula".

—¿Valiente? ¿Sylvia?

—No la culpo por reclamar su territorio de manera tan audaz. Yo tampoco querría que el hombre que amo y con quien acabo de comprometerme fuera acosado justo delante de mis narices.

Wharton se dio la vuelta y atrajo a Sylvia de nuevo con él para hablarles.

—¿Ya habéis comprado suficiente por esta mañana?

—Oh, ¿podríamos ir a una tienda más? Por favor —suplicó Eugenia.

—Eugenia está bromeando —se apresuró a decir Sylvia—. Aurora y Eugenia siempre prefieren estar en casa leyendo un buen libro.

Sonrió. Ella preferiría estar en su *antiguo* hogar dirigiendo su antiguo negocio y ayudando a los caballeros a prepararse para el matrimonio.

Wharton asintió.

—Tengo una cita por la tarde y debo volver a Wharton House para prepararme.

Sylvia miró entre ellos.

—¿Estamos todos de acuerdo en volver a casa?

—Sí, por supuesto —convino Eugenia.

Se dieron la vuelta para regresar a su carruaje, y cuando Sylvia reclamó el brazo de Aurora y se quedó atrás, Eugenia se puso al paso de Wharton. Ella y el marqués no se conocían realmente bien, y ella no sentía que él necesitara tomar todas las decisiones por ellos, tampoco. Pero lo respetaba y entendía que sus formas autoritarias eran la manera en que habitualmente cuidaba de su familia. Él manejaba una gran cantidad de asuntos y responsabilidades importantes en cualquier día dado, pero eventualmente aprendería a compartir las cargas.

Se aclaró la garganta.

—Hablando de lectura, milord. Me pregunto si recuerda una petición que le hice hace algún tiempo.

Wharton hizo una mueca.

—Me disculpo por olvidar arreglar una suscripción para usted a *The Times*. La está recibiendo ahora, supongo.

—Sí, la estamos recibiendo. Gracias. Aprecio todo lo que hace por nosotras. —Tomó aire y lo soltó lentamente—. Ya que estamos hablando de nuestras necesidades, hay otro asunto del que esperaba poder hablarle.

—¿Oh?

Sonrió, preparándose para ser lo más persuasiva posible.

—Al venir a vivir con su madre en Wharton House, nosotras, mi prima y yo, renunciamos a muchas libertades que dábamos por sentadas antes. Nos gustaría, a Aurora y a mí, tener nuestro propio lacayo de nuevo.

Él saludó con un gesto a un conocido que pasaba mientras paseaban, pero luego frunció el ceño.

—¿Encuentra que los míos son insuficientes?

—Por Dios, no —se apresuró a decir Eugenia—. Pero Wharton House no es realmente nuestro hogar. Sé que usted dice que debe serlo, pero siempre seremos sus invitadas y luego de Sylvia tras su matrimonio. Sus amigos van y vienen a voluntad, y en ocasiones nos hemos sentido poco preparadas para recibir a sus visitantes. Nos gustaría tener un lacayo propio en la casa que siempre conozca nuestro horario y sepa a quién recibiremos o no. También nos mantendría informadas de quién ha llegado a visitarle, para que no entremos por accidente en una habitación y escuchemos una conversación que no estaba destinada a nuestros oídos.

—Es cierto que conduces muchos negocios en casa, mi amor —murmuró Sylvia desde atrás —. No es una imposición tan grande, ¿verdad?

Wharton pareció meditar el asunto durante unos minutos.

—¿A quién esperaban emplear?

—Habría mantenido a cualquiera de nuestro antiguo personal, si aún estuvieran disponibles. Pero en realidad esperaba robarle a Nigel Bloom de su servicio para que fuera nuestro lacayo. —Wharton pareció no reconocer el nombre del joven lacayo—. Hombre nuevo. Joven. Pelo pelirrojo. Le solicitó *The Times* a petición mía el viernes pasado.

Wharton asintió, pero el ceño fruncido permaneció.

—¿Por qué él?

—Es agradable, capaz, y lo he encontrado digno de confianza hasta ahora.

—Nos gusta mucho —añadió Aurora—. Está ansioso por complacer y aún no se ha vuelto inflexible en sus costumbres.

Sylvia sonrió alentadoramente a su futuro esposo.

Wharton asintió lentamente hacia ella, luego miró a su alrededor a todas ellas, entrecerrando los ojos con sospecha.

—¿Cómo podría negarme a un argumento tan elocuente y coordinado?

—No estamos discutiendo. Informaré hoy mismo al ama de llaves para que encuentre un reemplazo para el Sr. Bloom —respondió Sylvia. Capturó la mano de Wharton, acariciando repetidamente el dorso con el pulgar, de la manera en que Eugenia solía hacer con los hombres argumentativos. Usualmente, se distraían tanto con el toque que olvidaban sobre qué estaban discutiendo—. Prometo que el cambio no será molestia para nadie en la casa.

—Eso espero. —Wharton de repente sacudió la cabeza y miró a su futura esposa—. ¿Y tú, mi amor? ¿Hay algo que necesites?

—Estoy satisfecha —le prometió Sylvia con una sonrisa pícara—. Todo lo que necesito eres tú.

Wharton atrajo a Sylvia a su lado, y regresaron al carruaje pero a un ritmo mucho más rápido. Claramente, Wharton estaba ansioso por volver a casa, y Eugenia sospechaba que ahora tenía poco que ver con prepararse para cualquier reunión de negocios.

Sin embargo, se detuvo en seco cuando llegaron al vehículo.

Thaddeus Berringer estaba recostado contra él, estudiando su reloj de bolsillo.

—Aquí están al fin —exclamó Thaddeus mientras lo guardaba.

Wharton se adelantó para estrecharle la mano.

—Berringer. No pensé que nos reuniríamos hoy.

—No lo estábamos, pero vi su carruaje y escuché de los mozos que las damas Hillcrest estaban con usted. Pensé que podría presentar mis respetos y suplicar un favor.

Wharton se rio.

—¿Oh? ¿Qué clase de favor?

—Necesito la opinión de una dama sobre una compra y esperaba poder pedir la de ellas —Thaddeus las miró a todas, sin detenerse en Eugenia más tiempo que en las demás.

Sylvia habló primero.

—Estaré encantada de dar mi opinión, señor. ¿Qué está comprando para la duquesa esta vez?

—Es algo para mí. He decidido amueblar una propiedad que poseo, pero me resulta abrumadora la cantidad de opciones —señaló una sombrerería cercana y se pasó una mano por el cabello—. Solo tomará un momento.

Aurora se adelantó para reclamar el brazo de Thaddeus.

—Yo también estaría encantada de dar mi opinión.

Thaddeus asintió lentamente y miró a Eugenia a los ojos.

—Todas las opiniones serían igualmente valoradas. ¿Le gustaría ayudar también, señorita Hillcrest?

—Con gusto —prometió. No hizo ademán de tomar su otro brazo. Esa no había sido su costumbre antes de que se besaran, y estaba decidida a no revelar su interés por él—. Guíenos, señor.

Él inclinó la cabeza, abriendo una puerta para que Aurora pasara. Wharton y Sylvia entraron del brazo, y Eugenia los siguió al final.

Thaddeus se acercó a su lado y susurró «alfombra», luego pasó junto a ella para guiar a los demás más adentro del establecimiento, deteniéndose para saludar al propietario y su esposa.

Eugenia se detuvo, familiarizándose de nuevo con la distribución de la tienda. La sombrerería Cabot había ampliado su local y sus ofertas durante el último invierno, añadiendo muebles y alfombras a su ya sustancial catálogo. Se alejó de los demás, explorando los cambios por su cuenta.

Cabot tenía buen ojo, y vio mucho que le atraía. Pero en su situación, no debía enamorarse de nada ya que no tenía dónde ponerlo.

Thaddeus se acercó.

—¿Ya has examinado las alfombras?

—Aún no.

—Realmente deberías. Hay mucho más que ver en las nuevas salas de este lado.

Ella inclinó la cabeza y fue donde él le indicó. La estancia era grande, y detrás de una serie de mesas bajas había docenas de muestras de alfombras esparcidas por el suelo. Giró a la derecha ante la sutil sugerencia de Thaddeus y se detuvo frente a un montón de grandes y gruesas muestras de alfombras. La superior era de estilo indio, roja y con un diseño muy elaborado.

La mano de Thaddeus tomó la suya y la apretó.

—Mañana. ¿Por la tarde de nuevo?

Un escalofrío la recorrió al oír el tono ronco de su voz. Otra tarde besando a un guapo pícaro era exactamente lo que necesitaba ahora.

—Lo espero con ansias.

Él soltó su mano cuando los demás se unieron a ellos, pero nadie pareció notarlo.

Una alfombra azul debajo de la roja llamó su atención. Inclinó la cabeza hacia el montón y sonrió a Thaddeus.

—¿Me ayudaría?

Él se apresuró.

—¿Ve algo que le guste?

—Quizás —se movió hacia una esquina, y él hacia la otra, y juntos retiraron la pesada muestra roja superior para revelar una hermosa alfombra azul debajo. Los colores eran más sutiles y elegantes que el rojo. Mucho más de su gusto—. Impresionante. Destinada a ser el centro de atención de cualquier salón —murmuró.

—Definitivamente atractiva, pero ¿qué me dice de esta otra azul? —preguntó señalando otra más alejada.

Eugenia lo siguió al otro lado de la habitación y estudió su elección, otra rectangular y también en azul, pero más audaz. Asintió.

—Impresionante también. Pero creo que esta podría ser más adecuada para la habitación de un caballero.

—Ahora estoy indeciso.

Eugenia se rio.

—¿Era imperativo que decidiera hoy?

—En absoluto. Pero tengo que empezar por algún lado —dijo con una risa—. Tengo un par de candelabros y un atizador para llevarme hoy. Así que al menos podré encender un fuego allí mañana por la tarde cuando venga mi visita.

—A este ritmo, podría llevarle muchas visitas por la tarde ver la casa completamente amueblada, señor.

Él pareció hacer una pausa.

—¿Había alguna otra casa de caballero que prefiriera visitar?

—Difícilmente —susurró ella—. Disfruté enormemente de nuestro último encuentro.

—Me alegro, porque planeo seguir invitándola a visitarme —susurró él—. Si Wharton no estuviera aquí, le pediría su opinión sobre el tamaño de mi cama.

Aurora se acercó corriendo en ese momento.

—¡Qué maravilloso es Cabot's, y qué emocionante debe ser para usted, señor Berringer, decorar una nueva casa con cosas nuevas! Aunque no me quejo. Fue un alivio que Eugenia se encargara de amueblar nuestra antigua casa de la calle Albemarle.

—Una hermosa casa era, por lo que vi —murmuró Thaddeus, mirando hacia Eugenia con una pregunta en sus ojos.

—Oh, sigue siendo una hermosa casa —le aseguró Aurora—. Simplemente no había lugar para poner nada nuestro en casa de Lord Wharton, y ella aún no considera vender ni siquiera un solo tenedor.

—Algún día, podría tener mi propia casa de nuevo —respondió Eugenia encogiéndose de hombros—. Necesitaré algo donde poner tu taza de té cuando tú y tu marido vengan a visitarme con vuestros hijos.

—Echo de menos tu antiguo diván, pero no se lo digas a Wharton —susurró Aurora—. Él piensa que su casa es superior en todo a las comodidades de Albemarle Street.

Thaddeus la estaba estudiando atentamente ahora. Sí, ella podría haberlo invitado a encontrarse en Albemarle Street, en lugar de ir a su casa vacía y solo poder sentarse en el suelo sobre mantas. Había sentido curiosidad por su nueva residencia, y no había querido declinar la oportunidad de que se la mostrara. Era evidente que estaba orgulloso de su futura casa, aunque estuviera vacía, como tenía todo el derecho de estarlo.

Caminó junto a él mientras recorrían el resto del negocio, señalando nuevos hallazgos. Cuando Aurora se alejó de ellos, él rozó el costado de Eugenia.

—No sabía que Albemarle seguía amueblada —murmuró.

—Amueblada pero no ocupada. No puedo soportar separarme de mis propias pertenencias, así que permanecen donde pertenecen. Wharton ha sido amable al continuar con el alquiler de la propiedad. Creo que quiere dejar claro que Sylvia reside bajo su techo solo porque la marquesa la necesita, y no él. En algún momento, Aurora y yo volveremos allí, probablemente cuando la marquesa reanude su vida social y la boda haya tenido lugar.

—Solo vi dos habitaciones cuando visité, un salón y la biblioteca al otro lado del pasillo. Ambas estaban agradablemente dispuestas y parecían cómodas —le sonrió—. Eso es lo que espero también, así que agradecería cualquier ayuda que pudieras ofrecerme con mi propia decoración. ¿Qué dices? ¿Me ayudarás a amueblar mi casa?

—¿Sabes? Miro alrededor de mi habitación en la casa de Lord Wharton y nada realmente se ajusta a mi gusto, aunque todo sea de primera calidad. Creo que es fácil exhibir tus propias posesiones, pero mucho más difícil hacerlo para un extraño.

Thaddeus se acercó un poco más.

—Ya no somos realmente extraños.

—En todos los aspectos que realmente importan, aún lo somos —susurró ella en respuesta.

Thaddeus se pasó una mano por el pelo, despeinándolo aún más.

—Quiero conocerte.

Eugenia sonrió, aunque anhelaba arreglarle el pelo para que luciera lo mejor posible.

—A mí también me gustaría eso.

Wharton apareció, con el ceño fruncido de nuevo.

—Berringer, ¿de qué estás cuchicheando con la prima de mi prometida?

—Estoy intentando atraerla a mi casa —respondió Thaddeus y luego le sonrió traviesamente —. Únicamente para que se encargue de la tarea de decorar por mí, lo juro.

Wharton negó con la cabeza.

—No es probable que tenga éxito ahí, señor. Pero si no tiene otros compromisos urgentes hoy, ¿le gustaría unirse a nosotros para cenar esta noche después de mi reunión? Oí que Exeter está fuera de la ciudad por un tiempo. No podemos dejarle sin nada que hacer, a menos que ya haya hecho planes para ir a Bradshaw's esta noche.

Eugenia frunció el ceño, mirándolo.

—¿Bradshaw's?

Miró entre Wharton y Thaddeus. ¿Thaddeus frecuentaba una casa de placer y aun así encontraba tiempo para seducirla?

Dio un paso atrás, sintiéndose incómoda. Había pasado horas con Thaddeus Berringer y todo lo que él había hecho era besarla y acariciarla por encima de la ropa. Eugenia deseó no haber sabido que frecuentaba una casa de placer donde se podían pagar asuntos más íntimos.

—Será un placer unirme a todos ustedes —le dijo a Wharton—. ¿Quién más viene?

—Oh, el grupo habitual. Le esperaré a las siete, junto con todos los demás —confirmó Wharton antes de volver al lado de Sylvia.

Ella se quedó clavada en el sitio, y Thaddeus se acercó de nuevo.

—La comida es excelente, el brandy también, y mis amigos van a Bradshaw's a menudo.

—Ya veo.

—¿Lo ves?

Ella lo miró y pensó que parecía avergonzado.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

Él sonrió.

—Anoche. Hurlston nos llevó a todos en su carruaje. Cenamos, bebimos y no cantamos ni una sola canción obscena.

Ella no pudo evitar sonreír ante eso. Los caballeros cantaban mucho cuando estaban ebrios.

—No puedo imaginarte cantando canciones obscenas, ni a Lord Hurlston tampoco, la verdad.

—No es una actuación destinada a los delicados oídos de una dama —confesó—. Me temo que cantamos bastante mal cuando estamos en nuestras copas.

Ella asintió e hizo ademán de pasar junto a él.

Teddy la detuvo.

—Eugenia, te juro que no he estado con otra mujer desde ti. No te haría eso.

—Me alegra oírlo. —Pero él podía estar con quien quisiera, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Hoy solo se había sorprendido. Realmente no había nada por lo que sentirse molesta. Él era dueño de sí mismo, y ella era dueña de sí misma. Podían estar con quien quisieran. Por ahora, ella lo quería a él y a nadie más. Eso podría cambiar algún día, pero no hoy —. Encuéntrame en la galería larga de Lord Wharton después de la cena.

Como sus primas habían empezado a salir de la tienda, ella se volvió para seguirlas. Thaddeus la condujo al carruaje, rozando discretamente sus dedos contra su mano varias veces,

aunque haciendo que pareciera accidental. Pero sus dedos apretaron los de ella con firmeza al ayudarla a subir. Cuando por fin la soltó, estaba bastante segura de que no había querido hacerlo.

—Hasta esta noche entonces —prometió.

—Lo espero con ansias —respondió Eugenia, junto con todos los demás.

CAPÍTULO 10



EL MARQUÉS DE Wharton siempre había servido una buena mesa, pero esta noche los apetitos de Teddy apenas se saciaron durante la cena. Y mucho menos en el salón.

Había cierta dama en su mente, justo fuera de su alcance junto al fuego. Aún le preocupaba la evidente decepción en su rostro cuando se enteró de su asistencia a la Casa de Placer de Madame Bradshaw la noche anterior. Muchos caballeros mantenían membresías en tales establecimientos. Casados o no. Parecía ser un requisito para un soltero en la ciudad.

Realmente no le había dado una segunda consideración a ir allí, pero claramente debería haberlo hecho. No tenía que ir la próxima vez que lo invitaran a acompañar a sus amigos. Por lo general, solo iba cuando sus amigos estaban allí de todos modos.

Solo necesitaba a una mujer en su vida y en su cama.

Miró a sus amigos. Se demoraban alrededor de Wharton y Hurlston, con copas en mano, discutiendo sobre agricultura y cómo aumentar las ganancias de sus propiedades. Como Teddy tenía poco conocimiento de agricultura, ni poseía una finca rural propia, no se esperaría que contribuyera mucho a la conversación.

Por el rabillo del ojo, vio a Eugenia levantarse de su silla. Nadie más se levantó, y ella se movió entre los invitados hasta llegar a una puerta sin interrupciones.

De repente, encontró su mirada y luego salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Teddy se enderezó, terminó su bebida y se movió para seguirla lo más discretamente que pudo. Sabía dónde se estaban reuniendo, aunque difícilmente lo llamaría un lugar lo suficientemente privado para una cita. Pero al menos podría hablar con ella y asegurarle su interés si debía hacerlo.

Se dirigió al pasillo, cerrando las puertas del salón detrás de él. Cualquiera que lo viera salir probablemente asumiría que estaba haciendo una visita al baño.

El pasillo estaba mal iluminado esta noche, aunque había estado más brillante cuando llegó por primera vez.

Cruzó el pasillo, se deslizó de vuelta al comedor vacío donde aún persistía el aroma del humo de cigarro, y se dirigió hacia la puerta del fondo. Cruzó otra cámara vacía hasta que llegó a la entrada de la galería larga.

Allí, los retratos de los antepasados de Wharton lo miraban mientras se movía lo más silenciosamente que podía hacia el final de la cámara, donde Eugenia solía sentarse por la noche. Para su sorpresa, descubrió que una sección de la pared era en realidad una puerta panelada que

daba a otra pequeña cámara, y estaba abierta esta noche.

Como no había señal de Eugenia en la galería larga real, asumió que ella estaba dentro y esperando.

Teddy entró en la oscura cámara, escuchando cualquier señal de la dama que buscaba. Esperaba haber entendido bien su invitación.

—¿Eugenia?

—Estoy aquí. Cierra el panel para que nadie nos encuentre.

No querría eso. Teddy se estiró hacia atrás e hizo lo que le pidió. Ella estaba corriendo un gran riesgo al encontrarse con él a solas en la casa de Lord Wharton de esta manera, especialmente con tantas personas no muy lejos. Pero se sentía atraído por Eugenia y estaba dispuesto a correr este riesgo para estar cerca de ella tan a menudo como pudiera.

Su forma, su sombra, de repente se hizo clara para él al otro lado de la cámara, ahora que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad. Estaban en un espacio pequeño, tal vez un salón privado. Había una chimenea y sillas. Una alfombra en el suelo y libros esparcidos por todas partes. Una ventana estaba solo parcialmente cubierta por cortinas, dejando entrar un rayo de luz de luna. Estaba decorado para adaptarse al gusto de una dama más que al de un hombre. Supuso que esta habitación lindaba con la pared del comedor.

Se movió hacia Eugenia justo cuando ella se movía hacia él.

—Lo entendiste.

—Esperaba haberlo hecho. —Se detuvo no muy lejos de ella—. Esto no es prudente.

—Probablemente no, pero quiero algo de ti.

Él frunció el ceño en señal de interrogación.

—Quiero un beso —susurró ella.

—Más de uno, probablemente —dijo Teddy mientras extendía la mano para acariciar su mejilla—. Creo que eso se puede arreglar.

Ella se acercó más, sus dedos aferrándose con fuerza a su chaleco.

—Pero esta vez, quiero un beso real.

Él no entendía.

—¿Qué no fue real sobre el primero, el segundo o los demás?

Ella lo sacudió.

—Tú sabes.

—No, no lo sé.

Ella se acercó, y sus dedos se deslizaron alrededor de él, bajo su chaleco.

—Esta vez, quiero que me beses como si lo dijeras en serio. Como si fuera la única mujer en el mundo para ti. La única con la que sueñas.

—Señorita Hillcrest... Creo que ha malinterpretado mis intenciones.

—Entiendo perfectamente. Tú también deberías entender las mías. No espero matrimonio. No espero ni siquiera un mañana, ni que renuncies a otras mujeres. No quiero besos castos, por más agradables que fueran el otro día. Y aquí, ahora mismo, necesito que me beses y no contengas esa parte de ti que anhela ser libre. Si eso es pedir demasiado, lo entenderé, y puedes volver a la fiesta.

Teddy la miró. No había retenido deliberadamente ninguna parte de sí mismo en sus besos. Simplemente pensó que saquear su boca como un salvaje era innecesario. Sin embargo, esta noche podría ser persuadido para aumentar su intimidad si ella quería más.

—Un caballero no debería revelar cuánto anhela a una dama.

—Pero sé que lo haces de todos modos. Puedo verlo en tus ojos —susurró ella—. Es muy halagador, considerando mi competencia. Yo también te deseo de esa manera. Quiero conocerte de una manera que pocos lo hacen.

Él frunció el ceño.

—No puedes decirlo en serio.

—Lo digo en serio —prometió ella—. No debes sentir ninguna obligación o culpa por lo que acabamos de comenzar, y lo que eventualmente terminará.

Había estado tratando de no darle demasiada importancia a su confesión anterior sobre su falta de inocencia, pero ahora era imposible fingir. Ella tenía experiencia en la pasión y no quería mantenerlo a distancia.

Teddy se tomó un momento más para considerar cómo continuar con ella ahora. Escabullirse para robar besos era una cosa, pero encontrarse con un alma experimentada y hambrienta de ideas afines era algo completamente diferente. Todo un conjunto de oportunidades se presentaban a su cuerpo hambriento de pasión. Sin embargo, todas requerían una cuidadosa planificación para llevarse a cabo.

Pero si ella estaba dispuesta, no había límites que no pudiera cruzar con ella, siempre que cumpliera su palabra de no exigir un matrimonio al final. Y si mantenía la cabeza fría, no la dejaría embarazada. Evitar un embarazo era absolutamente necesario.

En lo más profundo de su corazón, creía en su honestidad. Eugenia era como él en ese aspecto. Una buscadora de los placeres de la noche y sin temor al futuro.

Todas sus razones para dudar se desvanecieron.

Teddy se acercó a ella y puso sus manos sobre sus hombros. —No sentí culpa cuando te besé, solo preocupación por revelar cuánto deseo quitarte la ropa y besarte por todas partes.

Eugenia se rio y se dejó caer contra él. —No creo que haya tiempo para desnudarnos mutuamente esta noche.

—Una lástima —reflexionó Teddy, deslizando su mano por la espalda de ella hasta agarrar su trasero. Lo apretó y amasó, provocando un jadeo de sus labios. Su miembro ya rogaba por liberarse de sus pantalones—. ¿Será suficiente con levantar tus faldas para satisfacerte esta noche?

—Solo si tú bajas tus pantalones. Eso es lo que quiero esta noche. Una buena y fuerte unión. Pasión sin arrepentimientos. —Eugenia subió sus manos por el pecho de él, y sus dedos juguetearon con el cabello en la nuca de Teddy. Un escalofrío recorrió su columna cuando ella acarició los mechones—. Me gusta lo alto y fuerte que pareces.

—Encuentro tu falta de estatura igualmente atractiva. —Teddy dejó que sus dedos se deslizaran por la parte posterior del muslo de ella, apenas llegando tan lejos como le hubiera gustado. Tendría que levantarla para alinearlos y hacer el amor, o sentarla en una silla. Extendió sus dedos sobre su trasero y luego lo apretó de nuevo—. Tengo que estirarme para alcanzar todas tus encantadoras curvas. Eres una mujer compacta que quiero cargar sobre mi hombro y lanzar sobre la cama más cercana.

—Me temo que no hay cama disponible esta noche. No aquí. —Eugenia lo imitó, agarrando su trasero con sus pequeñas manos—. Pero primero, ¿dónde está mi beso, señor?

—Llegará en cualquier momento. —Pero no era así. Teddy iba a hacerla esperar un poco más. Y si ella pensaba que se había contenido antes, se llevaría una gran sorpresa cuando finalmente la besara.

La guió hacia una silla baja al otro lado de la habitación. La altura perfecta, en su opinión,

para hacer el amor durante un breve periodo en esta habitación. La sentaría allí y caería de rodillas para hacerle tantas cosas perversas a su cuerpo antes de que tuvieran que separarse.

Eugenia se sentó en el borde y levantó sus faldas hasta las rodillas antes de reclinarse para mirarlo. Incluso en la oscuridad, él podía ver el deseo en sus ojos y la expectativa de placer solo de él. Dejó que su mirada recorriera su cuerpo, deteniéndose en su pecho agitado y sus piernas inquietas. Había cintas rojas sosteniendo sus medias esta noche. Un color atrevido para una amante igualmente atrevida. Extendió la mano para trazar alrededor de su esbelta pierna y dejó que la punta de su dedo se deslizara más arriba sobre su piel desnuda.

Eugenia contuvo la respiración bruscamente. —¿Dónde está mi beso?

—Llegaré a eso. Lo prometo.

Eugenia se movió, abriendo sus muslos un poco más, aunque sus faldas aún cubrían su sexo de su vista. De repente hizo un puchero. —¿Siempre me harás esperar?

Él sonrió porque ese puchero estaba completamente fuera de carácter con lo que conocía de ella. —Esta pasión nuestra no es algo que deba apresurarse.

—¿Y si alguien viene?

—Esperemos que no —susurró—. Solo quiero placer para ti esta noche, no un escándalo.

Eugenia agarró su abrigo por las solapas y lo jaló hacia ella. —Basta de charla.

Él fingió resistirse, tomándose tiempo para colocar sus manos cerca de sus caderas. Luego Teddy se inclinó para robar un beso. Luego otro, y otro de sus suaves labios pegajosos. Estaba claro que ella quería más y más pronto de lo que él estaba preparado para dar todavía. Al final le daría lo que pedía, toda su pasión, toda su necesidad, empezando desde esta noche.

Los dedos de Eugenia se elevaron para acunar su garganta, su lengua salió para rozar su labio superior.

Teddy gruñó suavemente y selló sus labios juntos. Ella lo alentó con entusiasmo a casi devorar su boca y le devolvió tanto como recibió. Su necesidad de estar cerca los hizo mecerse uno contra el otro en cuestión de momentos.

Teddy ardía en deseos de desnudarla, pero realmente no había tiempo para el tipo de amor lujurioso que preferiría. Eso tendría que esperar hasta que pudiera llevarla a su casa cuando estuviera debidamente amueblada y él se hubiera mudado.

Deslizó sus manos bajo sus faldas y extendió sus dedos sobre sus suaves muslos. Eugenia dejó escapar un jadeo mientras él movía sus manos más y más arriba.

—Dios mío, pero tu piel está tan cálida —susurró mientras rompía el beso y presionaba su cabeza contra la de ella.

—Tus manos son ásperas. Me gusta eso —se apresuró a añadir antes de lamer su mejilla—. Las quiero en todas partes de mi cuerpo.

Él movió sus dedos hacia arriba entre sus muslos hasta que pudo tocar apenas sus rizos. Estaba húmeda. La jaló hacia el borde de la silla y separó sus piernas bruscamente. —Te trataré bien, lo juro.

—Lo sé. Por eso te elegí entre todos los pícaros distinguidos de Londres.

Teddy bajó la mirada hacia su regazo, apartando sus faldas de la vista para revelar sus pálidos muslos. Su respiración se agitó por la anticipación y no poca lujuria. —Por eso estoy aquí entonces. Porque me elegiste.

Teddy reclamó su boca en un beso hambriento, inclinándose sobre ella mientras agarraba sus caderas para acercar sus cuerpos.

El contacto de su sexo contra su ingle lo hizo gemir de necesidad. Estaría dentro de ella esta

noche. Lo sabía, pero tenía que mantener la cabeza.

Tenía un preservativo en el bolsillo, siempre llevaba uno por si acaso se dejaba llevar por la lujuria, y había oído que también podían interferir con la concepción. Se liberó de sus brazos para agarrarlo y arrojó su abrigo a un lado en el proceso. Puso el condón en su regazo para cuando lo necesitara y fue a atraerla de nuevo hacia él.

Eugenia lo había levantado para estudiarlo a la tenue luz de su ventana. Después de un momento, se encogió de hombros. Claramente, no esperaba que él estuviera preparado o que usara uno.

Teddy volvió a poner sus manos en sus muslos y las deslizó hacia arriba hasta tocar sus rizos nuevamente. Sus piernas se separaron con un suspiro, y ella se reclinó contra el respaldo de la silla, dispuesta, parecía, a que él hiciera con ella lo que quisiera.

Mientras ella quedara satisfecha al final, estaba bien para él.

Humillado por su confianza y apertura a las pasiones ardientes, jugueteó a través de sus rizos húmedos hasta descubrir sus pliegues mojados. Separó sus labios inferiores, con la intención de estimularla hasta que gimiera.

Teddy bajó la cabeza y besó los rizos sobre su sexo, antes de descender más.

Arriba, un jadeo de asombro escapó de ella antes de que hundiera sus dedos en el cabello de él, instándolo a seguir explorando su cuerpo. Él estaba feliz de complacerla. Le encantaba el sabor de las mujeres inflamadas por la lujuria, y Eugenia definitivamente estaba excitada esta noche.

Pasó su lengua de un lado a otro por sus pliegues, provocándola, besándola, chupando su clítoris, hasta que las piernas de ella se estiraron imposiblemente para darle acceso ilimitado y sus pies estaban en alto. Colocó una de las piernas de ella sobre su hombro. La otra, ella misma la puso allí.

Esto era lo que él amaba. Dar placer a una mujer porque ella lo deseaba. Lo necesitaba tanto como él. Sin pretensiones, sin falsa modestia. Solo dos personas con una necesidad ardiente de sentir.

No pasó mucho tiempo antes de que pudiera notar que Eugenia estaba cerca del clímax. Ya estaba meciendo su pelvis contra su rostro en busca de ese pináculo de excitación. A pesar de la rapidez de su unión, no esperaba quedarse atrás. Ni siquiera se había bajado los pantalones.

Levantó la cabeza de su sexo, aflojó sus pantalones y alcanzó el condón. Eugenia, solícita, le metió la camisa bajo el chaleco mientras él desenrollaba el intestino sobre su miembro. Eugenia lo tomó entonces, guiando la punta hacia abajo para que pudiera atar las cintas que lo mantendrían firmemente en su lugar.

Claramente, ella estaba familiarizada con su uso.

Eso hacía las cosas más fáciles, menos incómodas, y se dijo firmemente que no pensara en el hombre que le había hecho el amor antes que él, ni en los que vendrían después.

Adecuadamente protegido y anhelando estar dentro de ella, tomó su rostro y besó a Eugenia con fuerza, con todo el hambre reprimida que sus encuentros secretos y caricias furtivas habían excitado en él. Y mientras se deslizaba cuidadosamente dentro de sus cálidas profundidades, por fin, sintió que una pequeña parte de su alma rugía de triunfo.

Acercó el rostro de ella al suyo, observando su reacción ante su posesión. Este era el momento en que los amantes deberían estar perfectamente sintonizados.

Se retiró y embistió con sus caderas, incapaz de contenerse. Estar dentro de una mujer era mágico. Que fuera Eugenia era glorioso. Nunca desearía que este momento no hubiera ocurrido.

Se aferró al respaldo del sofá con una mano y a su cadera con la otra. Ella había perdido algo de su pasión, quizás, pero la recuperaría y más antes de que terminaran. Bajó sus labios al esbelto cuello de ella y mordisqueó la suavidad de su garganta. Eugenia jadeó y se retorció debajo de él, claramente disfrutando de su acto de amor.

De repente, la mano de ella se deslizó entre ellos, aferrándose a su miembro. Después de un momento, se dio cuenta de que había estado en peligro de deslizarse fuera de la protección que había insistido en usar. Se retiró para ver que ella había agarrado las cintas y estaba tratando de apretarlas.

Teddy se quedó quieto, maldiciendo la mala colocación del artilugio en voz baja. Por supuesto, había desplazamientos accidentales con los condones. Pero no podía continuar si estaba tan suelto que podría deslizarse mientras la penetraba. Se aseguró de estar completamente protegido de nuevo antes de volver a deslizarse dentro de ella y quedarse quieto allí.

Teddy deslizó sus dedos hacia el clítoris de Eugenia y la acarició, la provocó, la llevó al borde una vez más mientras se mantenía quieto con solo el apretón de sus profundidades para excitarlo. Pulsó sus caderas con cuidado, manteniéndose profundo y esperando encontrar un lugar de sensibilidad del que había leído en uno de sus libros eróticos.

Los dedos de ella se envolvieron nuevamente alrededor de su miembro apretando, y tanteó para acariciarlo alrededor de la base.

No era suficiente por sí solo, pero entonces ella lo besó y deslizó su lengua profundamente en su boca para enredarse con la suya, y él perdió todo sentido de la precaución.

La emoción de sus acciones lo llevó más cerca del límite, pero se concentró en asegurar primero el placer de ella. Afortunadamente, Eugenia se estremeció y gritó un momento después. Su cuerpo se apretó alrededor de su dolorido miembro como un tornillo mientras él apretaba los dientes y se mantenía quieto, sin confiar en que su condón hiciera el trabajo para el que estaba destinado.

Cuando ya no pudo contenerse más, cuando los estremecimientos de ella se calmaron, se retiró de su calor húmedo, con el condón colgando a medias de su miembro. Eugenia se lo volvió a colocar y luego bombeó su carne rápido y fuerte con su mano, y él se corrió dentro de la funda.

Cuando se hubo vaciado, cayó sobre ella, acomodando su rostro entre sus senos, y exhaló un suspiro satisfecho. Eugenia era perfecta para los placeres de la noche.

—Gracias —susurró ella—. No decepcionas.

Él se rio y alzó el rostro del cálido refugio entre sus senos, luego se inclinó para besar la parte superior de cada uno.

—Espero que no.

Empezó a arreglar sus ropas pero se detuvo cuando la sorprendió observando su rostro.

—¿Qué pasa?

Ella se inclinó y acarició su mejilla antes de rozar sus labios con los suyos.

—Estaba pensando que me gustaría verte de nuevo así.

Él sonrió y frotó su mejilla con sus labios.

—Encontraremos la manera. Pronto.

—Bien —susurró ella antes de ponerse de pie de un salto, alisando su vestido y lanzándole un beso mientras salía por la puerta.

Dioses, quería perseguirla y arrastrarla de vuelta para una segunda ronda de amor por esa salida descarada. Atrevida ni siquiera comenzaba a describir a una mujer como Eugenia Hillcrest.

CAPÍTULO 11



La sociedad era una bestia caprichosa: un momento graciosa y al siguiente fría como la nieve. Eugenia miró alrededor a las solteronas, todas sentadas olvidadas en los márgenes de otro baile más, y odió verlo. Thaddeus había hecho todo lo posible, pero sus amigos estaban una vez más deslumbrados por las herederas y las viudas dispuestas.

Entendía que muchas grandes familias necesitaban una inyección de dinero nuevo con frecuencia para mantenerse solventes, pero eso no significaba que debieran ignorar a las damas sin grandes fortunas que solo esperaban que se les mostrara un poco de amabilidad y una sonrisa ocasional.

Lo peor de todo era cómo las solteronas parecían aceptar que así era como las cosas debían ser siempre. Negó con la cabeza. Había intentado convencerlas de ser más audaces, pero los hábitos de toda una vida eran difíciles de romper. Las reputaciones estaban en juego, y el buen nombre de la familia era todo lo que tenían para negociar.

Eugenia también estaba en los márgenes, pero no estaba preocupada por sí misma. Tenía un amante, un hombre apuesto que la observaba incluso ahora desde la distancia y esperaba, con suerte, la oportunidad de estar a solas con ella de nuevo. Eugenia tampoco podía esperar para tocar a Thaddeus otra vez. Para sentir sus manos en sus muslos, sus dedos provocando su sexo hasta el éxtasis.

Suspiró. Pronto, pero aún no.

Aurora regresó corriendo de la pista de baile, con el rostro sonrojado y las mejillas rosadas por un exuberante baile con el joven Lord Brandestock. —Juro que ya no puedo mantener una cara seria cuando me habla de su caballo favorito —susurró al oído de Eugenia.

—Inténtalo —le advirtió—. No necesitamos que nadie pregunte qué te dijo que fuera tan divertido.

Aurora estuvo de acuerdo y rápidamente se serenó.

Eugenia le dio unas palmaditas en la mano para tranquilizarla. Era difícil para ambas parecer mansas, suaves y aburridas alrededor de ciertos caballeros. Su mirada se posó en Scarsdale, observando a su prima desde el otro lado de la sala. Apretó la mandíbula con fuerza, odiando cómo rondaba. Lo fulminó con la mirada, deseando no haber dado nunca la bienvenida a ese hombre a su círculo de conocidos. Ya no parecía tartamudear, lo que Eugenia ahora sospechaba que era una estratagema de algún tipo para ganarse su confianza.

Scarsdale finalmente apartó la mirada y luego se dirigió hacia la sala de juegos. Eugenia

sonrió y se volvió hacia Aurora. —¿Tienes sed?

—Estoy sedienta. —Aurora entrelazó sus brazos—. Tampoco tengo otro baile hasta más tarde.

—Me alegro de que estés bailando esta noche.

Aurora frunció el ceño. —¿Y tú qué?

—No te preocupes por mi tarjeta de baile. Me alegra saber que la tuya está llena. Parece que estás teniendo una noche gloriosa.

—Así es. Estoy decidida a no dejar que nadie afecte mi paz mental.

—Bien por ti.

Pasearon entre la multitud, y Eugenia se alegró de ver que Scarsdale las evitaba ampliamente cuando sus caminos se cruzaron inesperadamente de nuevo. Se dirigió de vuelta al salón de baile sin reconocerlas.

Había una fila de algunas personas esperando en la mesa de refrescos, por lo que se vieron obligadas a permanecer allí más tiempo de lo esperado debido a la escasez de ponche. Eugenia vio a su querida amiga, la señorita Waters, en la mesa delante de ellas, y le hizo señas para llamar su atención cuando miró por encima del hombro.

Sus miradas se encontraron, y Charlotte sonrió ampliamente. También permitió que la mujer entre ellas tomara su lugar al frente de la fila para que pudieran hablar sin gritar groseramente a su alrededor.

—Qué hermosa te ves esta noche —susurró Eugenia.

—Oh, gracias, Eugenia. Siempre dices cosas tan agradables sobre mis vestidos, pero debo decir que envidio el tuyo. Te ves simplemente radiante. Debo conocer tu secreto.

Ella también se sentía radiante. Había sentido una burbuja de felicidad creciendo dentro de su pecho desde el primer toque y beso de Thaddeus. —Tuve el sueño más maravilloso anoche —le dijo. No era estrictamente cierto. Había soñado y recordado a Thaddeus haciéndole el amor, poniéndose tan febril de lujuria otra vez que había tenido que darse alivio a sí misma.

Los recuerdos de los encuentros amorosos eran buenos, pero la realidad era mucho más satisfactoria y necesaria. Eugenia miró alrededor de la sala, esperando ver a Thaddeus merodeando. Desafortunadamente, parecía que no la había seguido hasta la mesa de refrescos.

Con las copas de ponche finalmente aseguradas, ella, Aurora y Charlotte se dirigieron hacia la puerta de la sala de juegos y eligieron un lugar donde pudieran ver tanto dentro de la cámara como el salón de baile.

Charlotte le dio un suave codazo para llamar su atención. —¿Crees que Brandestock está cortejando a la señorita Philips?

Eugenia se volvió para mirar hacia el salón de baile, donde la pareja acababa de pasar deslizándose. La señorita Phillips era sencilla pero bien dotada. —Tal vez. La vi de pie con su madre hace un rato. Parecían llevarse bien.

—Ella es demasiado rígida para él.

Aurora se rió. —¿No debería ser él el rígido?

Charlotte se sonrojó ante la pregunta. —No lo decía en ese sentido —protestó, sonrojándose aún más—. Pero tienes razón. Un futuro marido debería estar sólidamente erecto alrededor de su futura novia.

En ese momento, Lord Hurlston pasó junto a ellas, frunciendo el ceño, y luego sacudiendo la cabeza mientras entraba al salón de baile. Eugenia pensó que podría haber escuchado su conversación, pero claramente había decidido que debía haber entendido mal.

La señorita Waters suspiró. —¿Por qué tienen que ser los hombres más guapos los que son atrapados antes de que podamos siquiera intentar impresionarlos?

—Porque eran guapos y ricos antes de buscar novia, supongo.

—Pueden elegir, casándose con la cabeza en lugar del corazón —advirtió Aurora, con su habitual desaprobación clara.

—El señor Berringer es diferente —discrepó Eugenia—. Él se va a casar por amor.

De repente, dos pares de ojos se fijaron en ella. —¿Dónde oíste eso?

Eugenia parpadeó, sorprendida de haber dejado escapar una confidencia tan delicada de él. Se encogió de hombros como si fuera obvio. —Me parece que es ese tipo de hombre.

—Su primo esperó años para casarse por amor —añadió la señorita Waters, útilmente—. Supongo que él no estará bajo presión para complacer a su familia debido a su ejemplo.

—Sí, supongo que ese es el caso. —Y entonces su corazón se detuvo, porque él estaba de pie al otro lado de la sala observándola hablar con sus amigas de nuevo. No pudo evitar la sonrisa que estalló en su rostro cuando él le guiñó un ojo. Todo lo que podía pensar era en sentir sus labios contra los suyos, sus manos en su cuerpo, y su miembro...

Bueno, casi podía desmayarse pensando en hacer el amor con él de nuevo.

Dirigió su atención a cualquier lugar donde él no estuviera y respiró hondo, tratando de contener la marea de su excitación.

Afortunadamente, Sylvia y Lord Wharton se acercaban hacia ellos, aparentemente ya habían terminado con la sala de juegos.

—Prima, milord —murmuró a modo de saludo.

—Por fin convencí a tu prima de que dejara los juegos y bailara conmigo —bromeó Wharton —. Pero quería verlos a ustedes primero. Y buenas noches a usted también, señorita Waters.

Charlotte había confesado sentir un poco de miedo de avergonzarse frente al marqués y balbuceó una respuesta apenas audible.

Eugenia notó las mejillas sonrosadas de su prima y tomó las riendas de la conversación.

—¿Cuánto ganaste esta noche?

—Perdí. Parece que últimamente no tengo suerte —respondió Sylvia, sin mirarla realmente a los ojos.

Pero como Sylvia tenía una habilidad extraordinaria para ganar o perder cualquier mano que eligiera, Eugenia no creía que la suerte tuviera algo que ver con el resultado. Arqueó una ceja.

Sylvia sostuvo su mirada por un momento y luego tuvo la gracia de sonrojarse un poco.

Eugenia frunció el ceño ante la prueba de que estaba involucrada en otro nefasto plan ideado por su prometido. Sin duda, otro amigo de Wharton había caído en desgracia y necesitaba que sus finanzas fueran apuntaladas con una inyección de fondos a corto plazo, milagrosamente ganados en las cartas para salvar su orgullo. A Eugenia no le gustaba la forma en que Wharton se entrometía en las vidas de sus amigos, pero tampoco le habían pedido su opinión.

Desvió la mirada y descubrió con deleite que Thaddeus se había acercado, hablando con Hurlston y un trío de pícaros a pocos pasos de distancia. Supuso que pronto encontraría el camino a su lado, pero estaba segura de que se sentiría como una eternidad.

Eugenia se vio obligada a seguir a su prima Sylvia y a Lord Wharton de vuelta al salón de baile, guardando el secreto deleite por su amante cerca de su pecho mientras pasaba junto a Thaddeus con solo un educado asentimiento. Nadie podría saber jamás lo liberador que había sido ser completamente ella misma con un hombre por fin.

No se había sentido así en mucho tiempo. No había habido indulgencia egoísta en su pasión.

La había hecho sentir desesperadamente necesitada allí en la oscuridad con él, deseable e irresistible.

Siguió el camino, saludando a amigos y nuevos conocidos en el trayecto hacia el borde de la pista de baile, pero su mente permaneció fija en cierto caballero de manos ásperas que se encontraba en algún lugar detrás de ella.

Wharton hizo girar a Sylvia para bailar, dejándolas a las tres observando desde la periferia.

—Se ven tan felices juntos —dijo Charlotte con nostalgia.

—Tu turno llegará pronto, estoy segura —prometió, esperando que fuera verdad. Charlotte era la persona más agradable, pero carecía de esa chispa que los hombres encontraban irresistible.

—Eso espero. Estoy prácticamente desesperada por ser arruinada —soltó de repente.

El sonido de un hombre empezando a atragantarse en algún lugar detrás de Eugenia la hizo girarse lentamente, temiendo lo peor. Lord Hurlston y Thaddeus estaban detrás de ellas, y Lord Hurlston miraba a Charlotte con ojos verdaderamente asustados. Thaddeus, sin embargo, trataba de no reírse.

Charlotte echó un vistazo a la pareja y huyó, dejando en el aire un pequeño gemido de disculpa.

Eugenia decidió que la mejor línea de acción era fingir no haber escuchado la última declaración impactante de su amiga y seguir adelante con un saludo.

—Buenas noches, Lord Hurlston. Señor Berringer. Qué placer verlos a ambos aquí esta noche.

—Señoritas —dijo Thaddeus, ofreciendo una breve reverencia, pero su sonrisa permaneció en sus labios totalmente besables.

Le dio un codazo a Hurlston. El pobre conde aún miraba fijamente hacia donde había desaparecido Charlotte con la boca medio abierta.

—Oh, sí —dijo rápidamente, recuperando su compostura—. En efecto. Una velada encantadora para pasar entre amigos.

—¿Llevan mucho tiempo aquí? —le preguntó a Hurlston.

—Acabo de llegar —logró decir, pero ella no tenía toda su atención. Parecía seguir mirando hacia donde se había ido Charlotte. Temía que no fuera a olvidar lo que había escuchado. Solo esperaba que no hiciera sentir peor a la tímida mujer por expresar su necesidad de pasión.

Se quedaron de pie incómodamente juntos, pero entonces Hurlston rompió el silencio.

—¿No debería alguien asegurarse de que la señorita Waters esté bien y no escondida detrás de alguna palmera en maceta?

—Yo lo haré —se ofreció Aurora y se escabulló rápidamente.

Eugenia miró a Thaddeus y luego a Lord Hurlston. Había asumido que el par eran grandes amigos, pero realmente no sabía mucho sobre el conde o lo que pensaba de las solteronas desesperadas por conseguir marido. Al menos Thaddeus parecía despreocupado por el comentario de Charlotte ahora, así que captó la mirada de Hurlston.

—Espero que no haga sentir avergonzada a mi amiga cuando regrese.

—Ni lo soñaría.

Thaddeus asintió.

—Yo tampoco. La señorita Waters es muy divertida, pero tiene un corazón tímido.

Eugenia lo miró con curiosidad, y Hurlston también le lanzó una mirada sospechosa de reojo, pero luego asintió.

—Si me disculpan —dijo—. Hay alguien con quien debo hablar esta noche.

Se alejó a grandes zancadas, dejando a Thaddeus y Eugenia de pie uno junto al otro. Vieron pasar bailando a Wharton y Sylvia antes de volverse el uno hacia el otro al mismo tiempo y sonreír.

—Vaya cosa para decir en voz alta —murmuró ella.

—Pensé que Hurlston se desmayaría —confesó Thaddeus—. ¿Qué te parece, E? ¿Damos una vuelta por el salón juntos?

Ella notó el acortamiento de su nombre, pero lo dejó pasar por ahora.

—Quizás podríamos ver qué está reteniendo a Aurora y a la señorita Waters.

—No es mala idea.

Thaddeus no le ofreció su brazo. Ambos quizás sentían la tensión que bullía en su interior. Caminaron uno al lado del otro, saludando con la cabeza a los conocidos que los notaban juntos y actuando como si nada hubiera cambiado realmente. Ella anhelaba que él la tocara, pero aquí, con tanta gente alrededor, no habría posibilidad de que pasara desapercibido.

No encontraron a Aurora ni a la señorita Waters en el pasillo contiguo ni en la sala de juegos. Así que volvieron hacia el salón de baile, cruzándose con Hurlston, quien parecía seguir buscando a su alguien.

Miró a Thaddeus cuando Hurlston estuvo fuera del alcance del oído.

—¿Por qué me llamaste E?

—No lo sé. ¿No te gusta?

—No particularmente. Me gusta mi nombre. Preferiría oírlo caer de tus labios que cualquier apodo.

Thaddeus asintió con la cabeza. —Entonces no lo haré de nuevo, pero no puedo prometer que no se me escapará llamarte algo más cariñoso.

Ella rio suavemente y se acercó un poco más a él. —Debo confesar que cada vez que oigo al duque de Exeter llamarte Teddy, quiero pedirle que pare. ¿No te parece infantil de su parte?

—El duque es mayor, así que hace lo que le place —Thaddeus sonrió para mostrar que no le preocupaba—. Mi madre siempre me llamaba así, así que no me molesta oírlo de él. Es la única familia que me queda, y todos hacemos concesiones por la familia y los buenos amigos, ¿no es así?

—Sí, pero creo que Teddy suena definitivamente demasiado joven para lo que una mujer de mi edad querría de ti —susurró ella.

Él se rio de eso. —Entonces llámame como te parezca apropiado. Responderé a cualquier cosa, en cualquier lugar.

Por toda respuesta, ella simplemente sonrió y preguntó: —¿Cuándo podríamos volver a vernos?

Él miró alrededor, comprobando quién estaba cerca. —Esta noche —susurró—. Como la primera vez que nos encontramos, solo que esta vez no será por accidente que te descubra sola tomando el aire. Estaré esperando... y esperando que sea pronto.

Ella sonrió, pero entonces Aurora y Charlotte regresaron. Charlotte aún parecía un poco avergonzada cuando finalmente se encontró con la mirada curiosa de Thaddeus. —¿Volvemos juntos al salón de baile? —dijo, algo más tímida de lo normal.

—Yo no. Debo marcharme —se disculpó Thaddeus.

—Oh, qué lástima —se quejó Aurora, haciendo un pequeño puchero mientras lo miraba.

Eugenia se interpuso suavemente entre ellos. Ya no podía permitir que su prima coqueteara

con un hombre con el que Eugenia estaba involucrada. —Estoy segura de que lo veremos de nuevo pronto.

Thaddeus hizo una reverencia y se escapó.

Regresaron paseando al salón de baile. Wharton y Sylvia acababan de abandonar la pista de baile en ese momento. Wharton comenzó a abanicar a Sylvia para refrescar su rostro enrojecido y se rio. —¿Está mejor así?

—Emocionante —exclamó ella, mirando a Wharton con todo el amor de su corazón.

—Ciertamente. —Le devolvió el abanico—. Espera a que mi madre se entere de que me persuadiste a bailar tres tandas en una noche. Se molestará por no haberlo visto para poder criticarme por llamar la atención.

La pareja se rio, y Sylvia se colgó de su brazo. —Ojalá ella pudiera oír la música.

—Si estuviera aquí para eso, finalmente estaríamos casados —advirtió él.

Continuaron con su amorosa charla, envueltos en su pequeño mundo. Aurora y Charlotte estaban susurrando entre ellas. Nadie estaba prestando realmente atención a Eugenia. Ahora sería el momento perfecto para escabullirse.

Dio un paso hacia atrás y luego otro, hasta que estuvo en el umbral del balcón. No había forma de saber si Thaddeus había tenido tiempo suficiente para salir y estaba esperándola, pero ella esperaba que así fuera mientras giraba y salía a la oscuridad.

Alguien le agarró la mano y la arrastró lejos de la puerta abierta. Conocía esas manos y la silueta oscura que la llevaba.

Thaddeus se dio la vuelta y colocó sus manos a ambos lados de su cara. —Hola, preciosa.

Le dio un suave beso en los labios, y luego otro.

Eugenia deslizó sus dedos en su cabello y lo mantuvo cerca para un beso más profundo. —Quería hacer eso desde el momento en que te vi al otro lado del salón de baile lleno de gente.

—¿Ah, sí?

Ella se apartó. —¿Tú no?

—Tanto que consideré saltar a través de la pista de baile para tomarte en mis brazos y llevarte afuera. Me pones incómodamente caliente y duro en una sala llena de gente de la alta sociedad.

Ella sonrió mientras enredaba sus dedos en su cabello y apoyaba su cuerpo contra el de él. Estaba duro. Podía sentir su miembro firme contra su sexo. —Me alegro de que hayas esperado, y me alivia que nadie sepa lo nuestro.

—Mantendremos lo nuestro en secreto todo el tiempo que podamos, pero debo advertirte, eres realmente mi tipo de mujer. Irresistible e igualmente entusiasta.

Eugenia rio suavemente, sonriéndole. —Desearía poder quedarme aquí fuera toda la noche contigo, pero puede que ya hayan notado mi ausencia.

—No quiero meterte en problemas. Y me temo que no podré verte durante unos días. Tengo que salir de la ciudad mañana para una cita de larga data. Casi lo olvidé, pero no puedo retrasarlo aunque quiera. Es el último viaje por un tiempo, gracias al cielo.

—¿Es para el duque?

Él asintió. —Es un asunto que aparentemente solo yo puedo manejar. Tedioso y aburrido, me temo, como tantos otros. Pero volveré el martes, y pasaré por lo de Wharton ese día si no es demasiado tarde.

—Ven a verme a Albemarle Street el miércoles.

Él contuvo la respiración. —¿Estás segura de que quieres que te visite allí?

Ella lo besó rápidamente. —Estoy segura de que te quiero en todas partes. Ten cuidado y vuelve pronto conmigo.

—Lo haré —prometió, y luego le robó un beso profundo y hambriento.

Eugenia se dio palmaditas en las mejillas, que se sentían calientes, y se apresuró a volver al salón de baile. Cuando se deslizó dentro, Wharton notó su regreso pero no dijo nada sobre su desaparición. Solo se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en su futura esposa.

—Oh, mira, ahí está de nuevo —susurró Aurora—. Me pregunto dónde habrá desaparecido el señor Berringer hace un momento.

Un sentimiento de molestia invadió a Eugenia al oír a Aurora hablar de su amante y dónde había estado. No era inusual que hablaran de las idas y venidas de los caballeros del *ton* en los eventos sociales. Frecuentemente se preguntaban a quién favorecían o con quién se encontraban en secreto. Pero era extraño porque Thaddeus se había encontrado con ella y la había besado, con gran pasión, hace solo un momento. Thaddeus era su amante y no debería ser objeto de contemplación de su prima.

Pero, ¿cómo podía advertir a su prima y detener su persecución sin delatarse? No lo sabía.

Eugenia miró al otro lado de la sala y vio a un antiguo cliente suyo, alguien que Aurora encontraba irritante.

—¿Has visto que Lord Sullivan está aquí, Aurora, y con la misma mujer rubia del brazo que vimos en Bond Street hace un mes?

—Su prima, la señorita Smith —dijo ella con amargura.

—¿Crees que la está cortejando?

—Probablemente. Pero si él le propone matrimonio, le espera una vida de absoluto aburrimiento.

Eugenia chasqueó la lengua en señal de desaprobación. —Eso fue demasiado duro, incluso para ti.

Aurora suspiró. —No tiene ni un solo hueso impredecible en su cuerpo. ¿Cómo podría ser así con ese atractivo suyo? Debería ser malvado, pero no lo es.

—La previsibilidad tiene sus ventajas. —Por ejemplo, sabía que Thaddeus pasaría los próximos dos bailes circulando por el salón antes de marcharse para pasar cierto tiempo en la sala de juegos. No era adicto a las cartas como tantos otros, pero probablemente creía que mostrar interés era lo que se esperaba de él. Ella vivía de la misma manera la mayor parte del tiempo: haciendo lo que era esperado y seguro. Sin embargo, a veces incluso eso podía llevar a una experiencia de lo más extraordinaria.

Contaría los días y las horas hasta que pudiera estar a solas de nuevo con Thaddeus, y la próxima vez sería en la privacidad de su casa y su suave cama. Se sentía segura al saber que habría muchos más encuentros entre ellos. Como él había dicho, había una gran recompensa en no precipitar sus besos. Los suyos eran para saborearlos en lugar de desperdiciarlos, y definitivamente esperaba con ansias más en las semanas venideras.

CAPÍTULO 12



TEDDY OBSERVÓ EL EDIFICIO DISTANTE, Wharton House, ansioso por asistir a una cena a la que acababa de enterarse que había sido invitado mientras estaba fuera atendiendo asuntos del duque. Sonrió, deseando ver a Eugenia de nuevo y tenerla en sus brazos mañana.

Había pensado en ella con frecuencia durante su ausencia. Se había permitido fantasear sobre lo que podrían hacer juntos en el futuro.

Su ansiedad por estar a solas con una solterona era un anhelo bastante inesperado de su parte. El tiempo lejos de Londres no había disminuido sus apetitos, y no podía evitar la forma en que su mente trabajaba y su cuerpo reaccionaba cuando pensaba en ella retorciéndose debajo de él en el éxtasis del placer. Ella era todo lo que un hombre podría desear en una amante. Inteligente, descaradamente lasciva y contenta de no escuchar una propuesta de matrimonio.

Golpeó su rodilla con impaciencia por llegar a su destino.

Por verla de nuevo.

Por tocar su mano.

No sabía si ella estaría siquiera en esta cena, pero lo esperaba desesperadamente.

El carruaje finalmente se detuvo para dejarlo en la puerta de Lord Wharton. Saltó sin esperar a que los mozos bajaran el estribo, se estiró el chaleco y se alisó el cabello antes de mirar hacia el edificio.

Tenía que admitir que se había vestido con más cuidado esta noche de lo habitual con la esperanza de ver la sonrisa de aprobación de Eugenia. A ella le gustaba observarlo, y a él también le gustaba observarla. Tenía una figura encantadora.

La puerta de Wharton se abrió lentamente, derramando luz por las escaleras, y él se dirigió hacia ella.

—¡Disculpe, milord! —gritó un hombre detrás de él.

Teddy, a quien no se dirigían como lord, continuó su camino, pero solo llegó hasta el primer escalón cuando el hombre lo llamó de nuevo, esta vez mucho más cerca.

—Señor, por favor, si pudiera esperar un momento.

Teddy se giró ante la súplica. Un tipo, más bajo que él, con un abrigo oscuro y un sombrero bastante pasado de moda, le tiraba de la manga.

Teddy se sacudió inmediatamente ese toque insistente. —¿Puedo ayudarle?

—Sí, espero que pueda —dijo el hombre, jadeando pesadamente—. Estoy buscando a alguien.

—Lo siento, pero no vivo en esta plaza.

—Lo sé. He preguntado por todos lados, y nadie en las grandes casas quiere ayudarme.

Teddy frunció el ceño. Probablemente tampoco podría ayudar al tipo. —¿Y el nombre de la persona que está buscando?

—La señora Robert Bagshaw.

Teddy negó con la cabeza. —No conozco a nadie con ese nombre.

El tipo se mordió el labio. —Debe estar por aquí en alguna parte.

—Lo siento. Conozco a muchas mujeres, y Londres es una ciudad grande, pero no recuerdo a ninguna señora Bagshaw. ¿Puede describirla?

—Cabello oscuro, aunque podría ser gris ahora, tendencias intelectuales. Sospecho que podría estar usando otro nombre. —El tipo sonrió rápidamente—. Se la esperaba en Dover y nunca llegó.

Algo en la pregunta de este tipo no le pareció correcto a Teddy. Si la mujer estaba usando otro nombre, sin duda había una razón para ello. Podría estar tratando de esconderse de este hombre. —¿Por qué la está buscando?

—Se le debe algo de dinero, y debo encontrarla para dárselo. Necesito encontrarla lo más rápido posible.

—Ah, bueno, no tengo la más mínima idea de quién podría ser, pero le deseo éxito en sus esfuerzos. Discúlpeme. Llego tarde a la cena.

El tipo hizo una profunda reverencia. —Gracias por su tiempo, buen señor —llamó el tipo mientras se alejaba—. Que la fortuna guíe sus pasos.

Teddy se apresuró a entrar en la casa de Lord Wharton sin más demora. El mayordomo lo dejó entrar, y desde el vestíbulo, escuchó el murmullo de voces masculinas alzadas en desacuerdo provenientes de la biblioteca. Entregó su sombrero al mayordomo y se dirigió a unirse a sus amigos para ver qué ocurría.

En la entrada, buscó a Eugenia entre la multitud, pero solo vio caballeros reunidos. Lanzó un saludo a quien pudiera oírlo por encima del alboroto.

Lord Hurlston se apresuró a acercarse. —¿También te abordaron en la calle?

Teddy parpadeó. —No diría abordado, pero sí, un tipo se me acercó.

—Wharton, ha habido otra imposición —llamó Hurlston.

—No diría que fue una imposición —se apresuró a asegurar a sus amigos.

Wharton maldijo por lo bajo de todos modos. —Lo haré arrestar si molesta a uno más de mis visitantes esta noche.

Teddy se acercó a Wharton, donde un mayordomo sostenía una bandeja, y tomó una copa de vino tinto. —¿Qué está pasando?

—El mismo tipo que te habló está molestando a todos los que vienen a la plaza, al parecer —explicó Wharton, sin sonar nada contento al respecto—. Corriendo de arriba abajo por la acera, abordando a caballeros y damas también, sin importar su posición.

Teddy miró hacia las ventanas delanteras. —Está buscando a una mujer, pero apenas puede describir su apariencia.

Wharton negó con la cabeza. —Y no es de extrañar que ella se haya escondido con semejante tipo pisándole los talones —se quejó.

—Supuse que estaba empleado por un abogado tratando de entregarle una herencia.

—O tratando de robársela. Hurlston tuvo la impresión de que el tipo podría ser su marido, y fue el primero en ser interrogado. Su historia sigue cambiando. Le dijo a Scarsdale que era amigo

de sus hermanos.

—Tal vez está tratando de obtener cooperación ocultando ciertos hechos de su relación. —Caminaron juntos hacia la ventana para mirar afuera. El hombre ya no se veía por ninguna parte —. La gente tiende a ser más útil cuando hay dinero de por medio.

—Demasiado cierto, me temo —gruñó Wharton—. Parece estar seguro de que ella se encuentra en esta plaza, sin embargo. Alguien debe conocerla.

—Espero por su bien que sea una herencia y no un marido tratando de arrastrarla de vuelta a casa contra su voluntad. —Teddy se rascó la barbilla, pensando en su conversación—. ¿Por casualidad te mencionó el nombre de pila de la dama?

—No creo que lo hiciera conmigo —respondió Hurlston.

—Ni con nadie, creo —añadió Wharton—. ¿A alguien más le parece extraño?

—Definitivamente sospechoso —concordó Teddy—. Me pregunto si no lo sabrá. Me dijo que ella podría estar viviendo bajo un nombre falso.

—Bueno, nunca la encontrará si es así.

Teddy se asomó de nuevo por la ventana delantera. Si el tipo aún estaba ahí fuera, la noche lo había engullido. —Si fuera su marido, sin duda debería saber su nombre de pila. Me pregunto qué es lo que realmente quiere de ella.

—No tengo la menor idea, pero debería dejar de molestar a mis amigas antes de que lo haga arrestar por alteración del orden público —se quejó Wharton, y luego se encogió de hombros antes de dirigirse a la sala—. Caballeros, lamento informarles que las damas de la casa no nos acompañarán esta noche para la cena.

—Oh, qué lástima —dijo Hurlston—. Tendremos que entretenernos de alguna manera. Necesitaremos una bebida sabrosa para suavizar nuestra decepción.

—Que sean una docena —sugirió Lord Sullivan—. Y que sea brandy.

Aunque se rio, Teddy estaba increíblemente decepcionado al escuchar la noticia de que Eugenia no se dejaría ver esta noche. Sus amigos eran todos muy bien, pero él realmente había esperado hablar con ella.

—Mamá tiene fiebre, y las mujeres no se apartarán de su lecho —explicó Wharton y luego suspiró—. Me temo que tendremos que entretenernos esta noche con bebida y conversación.

Scarsdale le pasó un brazo por los hombros al marqués. —Como en los viejos tiempos. ¿Quién necesita mujeres, eh?

Teddy sí. No había pensado en otra cosa que en ver a Eugenia de nuevo durante días. —Estoy seguro de que nos las arreglaremos.

Se anunció la llamada a cenar, y se dirigieron hacia el comedor en parejas.

Scarsdale le sonrió. —Al menos esto evitará que Wharton intente emparejar a alguno de nosotros con las primas Hillcrest restantes esta noche.

Varios rieron y levantaron los dedos cruzados para evitar cualquier intento de ese tipo.

Teddy se acercó a Lord Hurlston y caminó a su lado para susurrarle: —No me había dado cuenta de que Wharton estaba haciendo eso. Intentando casarlas, quiero decir.

Hurlston se encogió de hombros. —Solo sutilmente. Wharton nunca ha sido de los que muestran todas sus cartas de una vez. Están solteras, y por supuesto, alentaría cualquier buen partido que asegurara su futuro.

Miró discretamente a sus amigos, tratando sin éxito de imaginar a alguno de ellos como marido de Aurora o Eugenia. —¿Alguien ha mostrado interés?

—No que yo sepa. Me caen bien —confesó Hurlston—, pero no lo suficiente como para

animar a ninguno de mis amigos a elegirlas en lugar de una heredera que pudieran necesitar desesperadamente.

Brandestock se acercó al otro lado de Teddy y se inclinó. —La más joven es muy divertida, pero la mayor ve a través de un hombre —se quejó Brandestock—. Me recuerda a mi antigua niñera. Mirada aterradora.

La mayor era perfecta, en opinión de Teddy.

Para todo menos para casarse con uno de sus amigos, claro. Se alegró de que nadie supiera que él se había interesado mucho por Eugenia y no tenía intención de dejar de hacerlo pronto.

Sin las damas esperadas para unirse a ellos, la mesa del comedor había sido reconfigurada a una proporción más pequeña. No tendrían que gritarse para ser escuchados esta noche, pero probablemente lo harían de todos modos, como solía suceder cuando la bebida estaba en abundancia.

Teddy tomó asiento cerca de Hurlston cuando Wharton sugirió que se sentaran donde quisieran. Él y Hurlston se llevaban mejor que todos los demás.

—¿Alguien se dio cuenta del regreso del Duque de Montrose a la ciudad? —preguntó Hurlston al grupo.

—¡Dios mío, ha vuelto?

—En efecto. Y está casado —les informó Wharton, dirigiendo a los lacayos para que comenzaran a servir el primer plato.

—Dios santo, ¿quién es la pobre mujer que lo aceptó? —bromeó Brandestock y luego se lanzó sobre su primer plato con entusiasmo.

Muchos rieron, ya sea por la pregunta o por cómo Brandestock siempre parecía estar hambriento para el primer plato de cualquier cena.

Hurlston sonrió. —Por lo que entiendo, Montrose se casó con la viuda de su primo, así que es un asunto familiar de principio a fin.

Hubo silencio ante eso, y Teddy no sabía qué pensar. No había nada ilegal en casarse con la viuda de un primo. Tenía el beneficio de devolver cualquier fortuna, grande o pequeña, a la familia. Pero más de una viuda había sido persuadida contra sus propios intereses por familiares bien intencionados para aceptar casarse con un primo, incluso si preferían casarse con otra persona.

Scarsdale se inclinó hacia adelante. —¿Alguien conoce a ella o al difunto primo de Montrose?

Toda la mesa, incluido Teddy, murmuró una negativa.

—Montrose suele mantener a su familia lejos de Londres —añadió Hurlston—. Recuerdo al primo de la escuela. Bastante diferente a Montrose. Era un tipo de mente abierta y amigable en aquel entonces. Me pregunto si a ella se le dio alguna opción sobre el matrimonio.

Brandestock parecía horrorizado. —Seguramente, no la habría obligado a casarse con él. Quiero decir, eso es bajo, incluso para él.

Wharton levantó la mano. —Según dicen, es encantadora pero se sabe que camina con bastón. Se dice que Montrose es muy protector con ella.

Brandestock vació su copa justo cuando los sirvientes entraron, con las manos llenas de bandejas y platos. —¿Tiene ella algún conocido en Londres que pueda confirmar que fue una parte dispuesta en el matrimonio?

—No que yo sepa —murmuró Wharton y luego miró hacia Teddy—. ¿Sabes si Montrose ha estado en contacto con Exeter? No se me ocurre nadie más a quien llamaría primero con su

nueva duquesa.

—No, pero he estado fuera unos días, así que no sé si lo ha intentado. Haré averiguaciones.

—Por favor, hazlo. Por el bien de la armonía, sería bueno que todos diéramos la bienvenida a la Duquesa de Montrose a la sociedad. No es su culpa que su marido sea un asno sin sentido del humor.

Hubo un murmullo de acuerdo alrededor de la mesa. —Montrose siempre ha sido tan condenadamente irritable. No deberíamos tenerlo en contra de su novia a menos que ella sea de la misma calaña que él.

—La esposa es ciertamente una incógnita —murmuró Hurlston—. Quizás tenga suerte en apaciguar su temperamento.

—Solo si no lo encierra fuera de su alcoba —bromeó Scarsdale.

Hurlston le lanzó una servilleta. —Más te vale esperar que tu esposa no te haga eso cuando finalmente te cases.

A partir de ese momento, los comentarios se volvieron bastante obscenos y también políticos.

Teddy estaba bien versado en los caminos del chismorreo de la sociedad. Antes de ser conocido como el heredero del duque de Exeter, había seguido a su primo, fingiendo ser un lacayo. Había sido testigo de muchas cenas entre lores influyentes y caballeros acaudalados que tenían el poder y la convicción de moldear la sociedad a su voluntad y hacer que otros perdieran el favor. En cuanto a los arquitectos del cambio, las advertencias de Wharton de no apresurarse a juzgar a la nueva duquesa eran, en el mejor de los casos, solo ligeramente interesadas. Un duque de Montrose feliz significaba que era más probable que apoyara las propuestas en la Cámara de los Lores. Si estaba de mal humor, y eso había sido frecuente, siempre hacía las cosas más difíciles.

La cena fue larga, y Teddy la encontró completamente aburrida al final. Los mismos chistes groseros, los mismos chismes, los mismos hombres expresando su desacuerdo con la opinión popular surgían una y otra vez. Se puso de pie tan pronto como terminó la cena, y se trajeron los puros y el oporto, con la intención de irse temprano. Miró hacia el extremo de la larga mesa mientras la mitad de la sala encendía puros y exhalaba humo pútrido en el aire.

—Caballeros, ha sido un placer como siempre.

—Oh, ¿te vas tan pronto? —se quejó Brandestock, ya completamente ebrio.

—Me temo que sí —se disculpó.

Nadie más expresó intención de irse, así que se despidió con un gesto y salió del comedor. Pero antes de que pudiera llamar a un sirviente para que le trajera su sombrero, una figura se movió en el pasillo.

Eugenia.

Sonrió y se dirigió directamente hacia ella.

Ella agarró su mano y lo llevó detrás de la puerta del salón, envolviendo sus brazos alrededor de sus hombros. Lo besó a fondo, una y otra vez, pareciendo hambrienta por el sabor de él.

Consciente de que podían ser descubiertos en cualquier momento, bajó sus labios hasta su oído cuando finalmente se separaron y le habló solo en un susurro.

—Temía no verte esta noche.

—Casi no lo haces. Es muy tarde. Bienvenido de vuelta a la ciudad.

—Gracias. Es bueno volver a una recepción tan cálida. ¿Cómo está la marquesa ahora? Wharton dijo que ninguna de vosotras la dejaría.

—Se puso inquieta, se movió demasiado y comenzó a sangrar de nuevo. Me quedé, no

realmente por ella, sino por Sylvia. Había comenzado a llorar.

Teddy apretó la cabeza de Eugenia un poco más firmemente contra la suya.

—Lo siento. Es una recuperación difícil, ¿verdad?

Eugenia asintió.

—¿Cómo estuvo tu noche?

—Aburrida sin verte allí en la mesa para distraerme.

—Eso es muy dulce —besó su mejilla—. ¿Cuándo puedo verte?

—Me invitaste a Albemarle Street. ¿Eso es lo que aún quieres?

Ella lo miró a los ojos y lo besó suavemente.

—Sí. Mucho. Estaré allí a las dos de la tarde mañana.

Él asintió. Mañana era su día habitual para visitar a Sophie, pero con su color tan mejorado la semana pasada, estaba seguro de que podía saltarse una visita.

—¿Y si no estás allí? ¿Debería esperar? ¿Dónde?

—Dentro —Eugenia presionó algo cálido y duro en su mano. Una llave, por lo que se sentía —. Confío en que no robarás mis muebles para tu casa para ahorrarte el dolor de tomar decisiones por tu cuenta.

—Nunca tomaría algo que no me perteneciera —le aseguró, guardando la llave en su bolsillo. Deslizó su mano hasta su trasero y lo apretó—. ¿Cómo es que tengo tanta suerte de poder tocarte?

—Es mi elección dejarte, no suerte —susurró, recordándole que estaba con él por su propia voluntad sin expectativas de ningún tipo.

Eugenia era tan suave como recordaba. El aroma de su piel, celestial. Realmente no quería dejarla ir esta noche, pero había una sala llena de lores cerca. Uno de ellos, posiblemente Wharton, podría salir y encontrarlos solos juntos. Wharton insistiría en que había comprometido a Eugenia y le debía una propuesta de matrimonio.

Se apartó de ella, tomó sus dedos entre los suyos y besó el dorso de su mano desnuda. No estaba listo para un matrimonio, pero esperaría con ansias más encuentros secretos con Eugenia cualquier día.

—Hasta mañana.

—No puedo esperar —Eugenia se escabulló por el salón, escapando por una puerta distante para que nadie la viera subir la escalera principal.

Él salió al pasillo, despertó al mayordomo distraído para pedirle su sombrero, y luego salió a la noche con el corazón mucho más ligero que cuando había dejado el comedor, temiendo no ver a Eugenia en absoluto.

CAPÍTULO 13



EUGENIA SE ACOMODÓ en la cama de Sylvia después de recibir respuesta a su llamado a la puerta. —Estás despierta temprano.

—Lo estaría si hubiera podido conciliar el sueño —se quejó Sylvia con un profundo suspiro. Estaba en la cama, pero recostada sobre sus numerosas almohadas. Tenía una mirada perdida, como si no supiera hacia dónde girar o qué hacer.

Eugenia puso su mano en la frente de su prima y luego en sus mejillas. Parecía gozar de perfecta salud. Pero debido a todas sus noches en vela junto a la marquesa, hoy lucía como un trapo desgastado. —Pobre Sylvia. ¿Necesitas un tónico para ayudarte a dormir?

—No, prefiero mantener mis sentidos alerta un poco más. La marquesa finalmente ha caído en un sueño más tranquilo. Podría despertar y necesitarme de nuevo.

Ahora que el peligro parecía haber pasado, Sylvia debería descansar. —Necesitas dormir mientras puedas. No puedes quedarte despierta esperando lo peor. Dejamos a su doncella en sus aposentos, y a la tuya también. No hay nada más que puedas hacer por ella.

—Lo sé, pero me siento frustrada y ansiosa. ¿Cuánto más podrá soportar?

—Bastante, estoy segura, pero ella odiaría verte tan abatida. Intenta mantener la fe en que se recuperará pronto.

—Lo intento, pero algunos días... —Sylvia sonrió con tristeza—. Lamento que nos perdiéramos la cena anoche. Sé que te habías esmerado con tu apariencia y esperabas una noche de diversión y buena conversación. Llevabas un vestido muy bonito anoche antes de cambiarte.

Se había arreglado para ver a Thaddeus, pero sabía que habría otras ocasiones para estar con él. Él le había dicho que no se ausentaría de Londres por un tiempo prolongado. Sin duda, iría a la finca campestre del Duque de Exeter en Navidad. Tenían todo el tiempo entre ahora y entonces para disfrutar de placeres prohibidos. Estaba casi segura de que para ese momento, la emoción de acostarse juntos podría haber disminuido. —La marquesa es más importante que cualquier cena.

—Ella es la madre que nunca tuve.

—Lo sé. Y tú eres la hija que desea tener cerca. —Eugenia apartó el cabello del rostro de su prima. La marquesa tenía sus propias hijas, pero Wharton las había enviado de vuelta al campo para darle a su madre algo de paz y tranquilidad. Las dos eran chicas muy excitables y discutían constantemente. Ese comportamiento no era bienvenido en una habitación de enfermos—. Por lo que recuerdo de tu madre, esas dos se habrían llevado muy bien.

—Gracias por decir eso. A veces siento que la traiciono.

—No es como si ella estuviera aquí para darte los consejos que podrías necesitar en este momento de tu vida, ni podría haberlo hecho. No tenía experiencia con la alta sociedad. —Eugenia rio suavemente—. Estoy ansiosa por verte a ti y a la marquesa tomar por asalto la alta sociedad cuando ella esté mejor de salud.

Sylvia se mordisqueó la punta de un mechón de cabello. —Trato de no pensar tan a futuro. Wharton tiene sus intereses y yo los míos, que por el momento se centran en mantener viva a su madre.

—Cuando ella esté mejor y tú estés casada, te das cuenta de que serás una de las mujeres más influyentes de la sociedad, ¿verdad? Wharton se asegurará de que todos lo sepan. Ya ha comenzado a labrarte un lugar en la sociedad a su lado.

—Todo lo que me importa es la felicidad de las personas que amo. —Sylvia miró a Eugenia y se encogió—. ¿Estoy impidiendo que tú y Aurora tengan su propia vida?

De cierta manera lo hacía, pero no era algo que Eugenia quisiera cambiar. También la marquesa la necesitaba hasta cierto punto, pero principalmente era Sylvia quien la necesitaba. No abandonaría a su prima cuando estaba abrumada y asustada. Y al borde del agotamiento, también.

Acunó la mejilla de su prima y se inclinó para besarle la frente. —Como dijiste, lo único que importa es la felicidad de quienes amamos. Estás tan cansada ahora que no piensas con claridad. Puedo ayudarte de una pequeña manera. —Eugenia fue a buscar un pequeño frasco de láudano que Sylvia guardaba en un cajón para emergencias. Midió una dosis diminuta para su prima y se la llevó—. Toma, bebe esto. Sin discusiones. Es solo lo suficiente para ayudarte a conciliar el sueño y descansar al menos unas horas.

Sylvia suspiró. —Supongo que lo necesitaré después de todo. Gracias.

—Buena chica —arrulló Eugenia.

Sylvia se lo bebió de un trago y le devolvió el vaso con un estremecimiento. —¿Y tú?

—Visitaré a Aurora y le administraré el mismo remedio si aún está despierta.

Aurora, sin embargo, había dormido en una silla junto a la cama durante una hora a la vez anoche. Tenía suerte de poder hacer eso. Ni Sylvia ni Eugenia lograban jamás tal hazaña.

—Te veré en unas horas —prometió Eugenia mientras arropaba a su prima en la cama, cerraba las cortinas para oscurecer la habitación y, tras una despedida murmurada de Sylvia, salía sigilosamente de la habitación.

Eugenia cruzó el pasillo hacia la habitación de su otra prima. Golpeó suavemente y luego entró. Aurora estaba recostada en una silla, con la nariz metida en un libro.

—Esperaba que estuvieras dormida —dijo—. La marquesa te recordaría que leer novelas como esa te dará expectativas poco realistas sobre el matrimonio.

—Puedo distinguir entre fantasía y realidad tan bien como tú. —Dejó el libro a un lado—. Pensé que tú también estarías dormida ya.

—Estaba acostando a Sylvia.

—¿Láudano otra vez?

Eugenia asintió solemnemente. —Debe descansar a menos que desee enfermarse ella también.

—Cierto. Se preocupará hasta la muerte por la forma en que cuida a la gente. —Aurora se puso de pie, aparentemente llena de energía—. ¿Tú estás descansando lo suficiente?

—Todo lo que puedo. ¿Por qué?

—Oh, no sé. —Aurora enroscó un dedo en un mechón de su cabello—. Pensé que quizás cierto pícaro podría estar manteniéndote despierta y temblando de anticipación por verlo de nuevo.

Eugenia se volvió para encontrarse con la mirada juguetona de su prima, sorprendida por su sugerencia. —¿Qué caballero sería ese?

Una sonrisa curvó sus labios. —¿Debo nombrar al individuo? ¿Es suficiente descripción decir que es un futuro duque? Estoy impresionada de que hayas captado su atención. Que Dios me ayude, pero yo lo intenté y fracasé.

Eugenia frunció los labios. Había pensado que había sido discreta, pero Aurora tenía ojos de lince. No tenía sentido disimular. —¿Quién más lo sospecha? ¿Sylvia?

Aurora negó con la cabeza. —No que me haya dicho. Está demasiado preocupada con sus propios asuntos en este momento como para prestarnos mucha atención a ti y a mí. Aunque tampoco necesita saberlo. Ciertamente no voy a arruinarle la sorpresa.

Bueno, eso era un alivio. Sylvia definitivamente tenía suficiente en qué pensar. —¿Cómo nos descubriste?

Aurora se acercó y puso su mano en el hombro de Eugenia. —Una mirada prolongada. Una sonrisa compartida. El roce de su mano contra la tuya cuando pasó junto a ti en un baile. Dime, ¿es muy romántico?

Eugenia se sonrojó. Al parecer, no habían sido lo suficientemente discretos. —Todo es muy nuevo entre nosotros, pero sí, me siento valorada.

Aurora se dejó caer de espaldas en su cama y suspiró ruidosamente. —Sabía que sería un hombre que valía la pena tener. ¿Ya lo han hecho?

Aurora era de naturaleza terrenal. Le gustaba hablar de seducciones y amantes y todas las cosas interesantes que podían hacerle a una mujer. Eugenia dudaba en compartir demasiado sobre Thaddeus con ella. No le gustaría describir todos los aspectos de su relación íntima por temor a que Aurora pudiera intentar burlarse de él con ese conocimiento algún día.

—Puedo adivinar por tu silencio que sí. Me alegro.

—¿Y tú qué?

—Nadie digno de mención. No desde hace un tiempo, en realidad.

Eugenia se movió para sentarse cerca de su prima en la cama. Aurora parecía triste. Por una vez, Aurora era la única de ellas sin un pretendiente actual. —Supongo que es porque nuestro círculo de conocidos se ha reducido desde el compromiso.

—Sí, un desfile interminable de lores estirados e hijos menores imprudentes para elegir. ¿Qué no daría yo por que un hombre verdaderamente malvado apareciera en nuestra puerta y me llevara en volandas a un rincón oscuro?

—Ten cuidado con lo que deseas, prima. El destino siempre está escuchando.

—Entonces desearé que el destino te sonría y te entregue una propuesta.

Ella miró a Aurora con brusquedad. —No imagines más de mi aventura de lo que podría haber.

—¿Por qué dices eso? Creo que eres totalmente digna de convertirte en duquesa algún día. Ya puedo verlo. Hacéis una pareja atractiva, y cualquier hijo también sería agraciado.

Aurora siempre se adelantaba a los acontecimientos. Por eso se le había roto el corazón tantas veces en el pasado. —No, ciertamente no estoy destinada al matrimonio ni a los hijos. Es una aventura y nada más.

Aurora hizo un puchero y se tumbó boca abajo, levantando los talones en el aire. —Si Sylvia

puede conseguirse un marqués, no veo razón para que tú no puedas atrapar a un duque.

—Futuro duque —corrigió antes de imitar a su prima, tumbándose en la cama con los talones en el aire—. Aurora, tu imaginación fantasiosa se está desbocando de nuevo. Es una aventura, no un cortejo.

—¿Por qué no podría ser algo más? Eres inteligente y bonita. Claramente, le gustas más que cualquier otra persona que haya conocido en sociedad. Ha tenido para elegir entre todas y te ha elegido sabiamente a ti.

¿Aurora realmente no lo entendía? —Convertirme en su amante no es lo mismo que estar destinada a ser su duquesa algún día. Él necesita casarse con su igual.

—Entonces serías su pareja en todos los sentidos —prometió Aurora—. Él no se da aires de grandeza como los lores. Ahora mismo es un simple señor.

—Y espero que por muchos años más —rio Eugenia—. Crecerá con las expectativas mucho antes de asumir el título. Pero ha cambiado desde que lo conocimos. Volverá a cambiar, estoy segura.

—Cambiad juntos. Creced con las expectativas juntos. Creo que vale la pena perseguirlo como marido. —Sonrió con picardía—. Entonces superarías en rango a Sylvia.

Eugenia se apoyó con fuerza en el hombro de Aurora. —Tus sueños siempre son tan grandiosos para los demás, pero por favor, considera encontrar un marido para ti primero antes de intentar emparejarme a mí.

—Oh, ya lo considero, pero mi imaginación es vasta. Hay espacio suficiente para considerar la felicidad de muchos.

—Dime otra vez qué quieres en un marido —susurró Eugenia.

—Oh, eso es fácil. Debe ser divertido e inteligente y poseer la riqueza suficiente para hacerlo inmune al soborno o al exceso. Pero no debe estar demasiado impresionado consigo mismo. —Aurora estalló en un ataque de risa—. Además, debe poseer la lengua más traviesa a mi alrededor.

—Por tu bien, espero que puedas conocer a un hombre tan notable. ¿O ya lo has hecho?

Su ceño se frunció. —Supongo que no. Parece que conocer a un hombre que cumpla con mis altos estándares podría significar que tendré que esperar mucho tiempo. Cualquiera que se acerque termina careciendo en un área u otra. Usualmente carecen de pasión.

—Tal vez no deberías ser tan impaciente. No todos los hombres revelan su lado travieso tan fácilmente.

Los ojos de Aurora de repente se abrieron de par en par. —Te perdiste la oportunidad de estar con tu amante anoche. Él estuvo aquí, y nosotras estábamos con la marquesa. Oh, lo siento mucho.

Eugenia sonrió con picardía. —Encontré una manera de verlo, y como le gusta decirme, sus besos valen la espera. Estoy segura de que habrá otras oportunidades y cenas pronto.

Aurora se llevó las manos al pecho y luego fingió desmayarse. —Eso sí que fue romántico. Tendré que ayudar —meditó Aurora en voz alta.

Eugenia miró fijamente a su prima. —¿Perdón?

—Puedes contar conmigo. Lo que necesites: una excusa para salir, una distracción para que puedas escabullirte, una coartada para cuando llegues tarde. Estoy aquí para ti, y para él también.

Eugenia se levantó de la cama y alisó su vestido muy arrugado. —Eres incorregible.

—Soy tu mejor amiga en todo el mundo —anunció Aurora, y no era la primera vez en su vida. Aurora *era* su mejor amiga. Pero también lo era Sylvia—. Sí, lo eres, y puede que necesite

tu ayuda algún día. Pero hoy no. —Bostezó y se encogió de hombros. El sueño la llamaba—. Si no vas a dormir, ¿puedes vigilar a la marquesa por Sylvia? Yo me voy a la cama, pero no aquí. Voy a pasar unas horas en Albemarle Street, donde definitivamente es más tranquilo.

—Qué lástima que tenga que ser una cama vacía allí. —Aurora se sentó con una sonrisa—. ¿O estará ocupada?

Sus ojos se iluminaron de emoción cuando Eugenia asintió lentamente.

—Cuando lo veas, dile que lo sé y que intentaré ayudarlos a encontrarse siempre que pueda —ofreció Aurora.

Eugenia la hizo callar y salió de la habitación, negando con la cabeza. Aurora era impulsiva, romántica y naturalmente astuta. Pero había sido muy útil en el pasado cuando se trataba de conducir un romance. Era un alivio saber que su prima menor apoyaba su elección de amante, pero estaba muy equivocada en cuanto a su futuro como esposa.

Sin embargo, hoy se sentía más cercana a Aurora que nunca. No le gustaba guardar secretos a menos que fuera absolutamente necesario. Pero no había sabido cómo anunciar que estaba viéndose en secreto con un hombre con el que su joven prima había estado coqueteando tan obviamente hace solo unos días.

No dudaba de que el ofrecimiento de ayuda de Aurora fuera genuino y de corazón. Siempre había hablado muy bien del atractivo de Thaddeus Berringer. Estaba agradecida de que Aurora no albergara una gran decepción por el hecho de que Eugenia hubiera captado su atención. Tenía suerte de tener a sus primas en este momento de su vida y de haber formado lazos tan fuertes de afecto y apoyo.

Si Eugenia pudiera ayudar a Aurora de la misma manera algún día, ciertamente haría todo lo posible también. Ayudaría a su prima a casarse por amor y no por un título, como siempre había jurado que haría.

Eugenia se retiró a su habitación, se cambió a un vestido fresco y un sombrero de ala ancha, y bajó las escaleras sin encontrarse con el Marqués de Wharton ni con ningún sirviente rezagado.

Ella misma llamó a un coche de alquiler y les indicó que la llevaran a Albemarle Street lo más rápido posible. En poco tiempo estuvo en la puerta de su antigua casa, sin aliento por la anticipación de lo que estaba por venir.

Al entrar en su antiguo hogar, una extraña sensación de hormigueo le recorrió la espalda y miró por encima del hombro.

No había nadie en la calle detrás de ella, ni siquiera Thaddeus merodeando. Solo el habitual ajetreo de peatones y algún que otro carruaje pasando.

Cuando cerró la puerta, se dio la vuelta y encontró a Thaddeus de pie a unos metros de distancia.

Rápidamente echó el cerrojo y luego corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Has venido.

—Aún no, pero con una bienvenida así, seguro que exploto pronto —bromeó.

Eugenia levantó la mirada hacia su rostro sonriente y se rio de su pequeña broma.

—Para eso está usted aquí, señor —prometió—. Para mi ansiosa bienvenida.

Lo tomó de la mano sin decir una palabra más y lo llevó corriendo escaleras arriba hasta su antigua alcoba. Aunque ya nadie vivía en la casa, también cerró con llave la puerta de su dormitorio.

—Listo. Perfectamente solos.

Los largos brazos de Thaddeus la rodearon por detrás, atrayéndola hacia su abrazo.

—Apenas pude dormir anoche pensando en ti, en nosotros, solos aquí de esta manera —sus labios rozaron su mejilla, su barba incipiente perfectamente afeitada—. ¿Es esta tu antigua habitación?

—Sí.

—Esa cama parece particularmente cómoda.

Ella ya podía sentir su miembro presionando insistentemente contra sus nalgas y sonrió. ¿Llegarían siquiera hasta la cama? Él tenía un cuerpo maravilloso que le había dado gran placer la última vez. Esperaba tenerlo más de una vez hoy. Pero tenía que volver a casa a más tardar a las cinco para vestirse para un baile esta noche. No podía dejarse llevar completamente por la pasión y olvidar que también había hecho otras promesas.

—Lo es. Extraño mucho este lugar.

—Entonces vamos a familiarizarte de nuevo con las delicias de tu hogar —se deslizaron juntos por la habitación hasta que se vieron obligados a detenerse al chocar con su cama.

Ella lo agarró por las solapas de su chaqueta.

—Te deseo.

—Y yo te deseo a ti —prometió él—. De rodillas sobre la cama, con mis manos en tus caderas y mi miembro profundamente dentro de ti lo antes posible.

Eugenia se estremeció ante su descripción y alcanzó los botones de sus pantalones, luego se dio la vuelta para poner sus manos sobre la cama.

CAPÍTULO 14



DIOS MÍO, Eugenia era maravillosamente complaciente. Había seguido sus instrucciones al pie de la letra y además se había levantado las faldas al subirse a la cama. Él deslizó sus dedos por la humedad que encontró entre sus piernas, descubriendo que estaba más que lista para un buen revolcón.

Sorprendentemente, ya que en realidad solo la había besado y presionado su miembro contra su trasero a través de las faldas. —¿Has estado pensando en mí?

—Sí. Todos los días. Todas las noches que estuviste fuera. Cada momento desde que desperté esta mañana.

—Yo también pensé en ti —prometió él. Su mano había trabajado extra duro anoche para hacer posible el sueño, pero hoy su miembro se había endurecido al primer vistazo de su pícara sonrisa de bienvenida en la puerta de abajo.

Y aquí en su casa de la ciudad, sin sirvientes ni familiares que pudieran interrumpirlos, tenían libertad para ser como quisieran. Ruidosos y urgentes, sin preocuparse por ser descubiertos, o dulces y silenciosos, tiernos. Tenía la sensación de que habría una gran libertad e incluso más honestidad directa que cuando la había llevado a la cama por primera vez. Antes, habían estado algo limitados por el miedo a ser descubiertos y la incertidumbre de su encuentro. Hoy, ese no era el caso.

Eran solo ellos dos dentro de una casa vacía, sabiendo exactamente qué podían hacer el uno con el otro.

Se tomó un momento para acariciar sus pliegues antes de presionar lentamente sus dedos dentro de su cuerpo. La espalda de Eugenia se arqueó y un gemido escapó de sus dulces labios. El sonido lo excitó aún más, y se dispuso a deslizar suavemente sus dedos dentro y fuera de su vaina celestialmente caliente.

Ella ya estaba en sus manos y rodillas, y él la empujó un poco más hacia adelante, luego se inclinó para besar su trasero bien redondeado. Su piel era más bien color melocotón que blanco pálido. Pero el vello entre sus piernas era oscuro y corto, como si lo recortara. Mientras la acariciaba por dentro con una mano, exploraba todos los pliegues y puntos sensibles que podía alcanzar con la otra.

Ensanchó su postura e inclinó sus caderas aún más, permitiéndole una penetración más profunda y más placer para ella, esperaba. El sexo de Eugenia ahora era completamente visible para él. Besó su sexo, la amó con su boca mientras ella jadeaba y gemía, claramente disfrutando

cada momento de perversión. Deslizaba sus dedos dentro y fuera mientras lamía sus pliegues con la lengua en cada oportunidad. Pero no podía esperar a que fuera su miembro el que la tomara. El sabor de ella en su lengua le hacía desear estar dentro de ella pronto.

—Thaddeus —jadeó ella, claramente al borde de su primer orgasmo.

Él se enderezó, sacó suavemente sus dedos de su cuerpo para detener su clímax y se movió para encajar estrechamente detrás de ella, rodeando su cintura con un brazo. —Está bien. Te tengo.

—Nunca imaginé que la boca y los dedos de un hombre pudieran ser tan placenteros juntos —dijo ella entre jadeos—. Si hubiera permanecido así, podría haber llegado al clímax.

—Tengo acceso a una extensa colección de grabados eróticos para inspirarme. Esa es solo una de las formas en que una pareja atrevida podría hacer el amor.

—Quiero verlos. Los grabados —susurró ella—. Para inspirarme.

Él se rio entre dientes.

—Si quieres, puedo traértelos la próxima vez y dejártelos para que los examines con calma. Hay algunos que se pueden disfrutar a solas también.

—Sí —gimió ella casi.

Teddy colocó su miembro entre las piernas de ella, pero no buscó entrar inmediatamente en su sexo. Juntó más las piernas de ella, atrapándose entre el paraíso de sus muslos calientes. Empujó y se retiró, deslizándose por la humedad que goteaba de su hendidura.

—Debo advertirte que algunas de las posiciones requieren mucha resistencia y flexibilidad para mantenerlas —admitió.

—Estoy dispuesta a probar lo que sea.

Teddy separó sus muslos de nuevo, poniendo fin a la exquisita tortura mientras su miembro lloraba ante la idea de lo que podría hacer con Eugenia la próxima vez que estuvieran a solas.

—¿Lo que yo quiera, dices? Puede que no te guste todo.

—No voy a desmoronarme si me metes un consolador, señor.

Él le besó la espalda, jadeando ante la idea de verla deshacerse de esa manera.

—¿Lo has hecho antes? ¿Has tenido un consolador dentro?

—No, pero he oído que pueden intensificar el orgasmo de una mujer, y también el de un hombre.

Tragó saliva, reprimiendo la imagen que ella había pintado.

—Los consoladores, los látigos y los tapones anales aparecen mucho en los grabados eróticos, y todos me han resultado excitantes. Mañana te compraré un consolador especialmente para ti.

—Nunca he tenido el valor de aventurarme a ese tipo de tienda yo misma, así que gracias. Te dejaré que me mires mientras me doy placer con él —jadeó, presionándose contra su palpitante miembro—. Es lo justo.

Teddy aún no se había desnudado completamente, pero ahora se quitó la chaqueta de un tirón mientras una oleada de calor y excitación recorría su piel. El atrevido diálogo sobre juguetes de placer y masturbación mientras él observaba lo excitaba insoportablemente. Se deshizo del chaleco y luego del pañuelo y la camisa. Estaba ardiendo, desesperado por tenerla, hacerla llegar al clímax y no parar nunca. Torpemente se quitó los pantalones y las medias hasta quedar completamente desnudo.

Eugenia echó un vistazo por encima del hombro para mirarlo, y él flexionó los brazos para que se vieran sus músculos y meneó las caderas para que su rígido miembro también pareciera

saludarla.

Ella gimió en respuesta y se hundió, dejando su trasero en el aire.

—Divino.

Teddy admiró su respingón trasero y luego, más abajo, su sexo goteante, esperándolo. El impulso de deslizarse dentro de ella era grande, pero la idea de ponerse un preservativo que amortiguaría todas las sensaciones de su cuerpo de nuevo lo detuvo de apresurar el momento.

Introdujo sus dedos en las profundidades de ella. Eugenia inmediatamente se presionó contra él y empezó a mecerse, haciendo el amor a sus dedos con una urgencia que él admiraba. No era lo que él quería. No era todo lo que necesitaba de ella, sin embargo.

Ansiaba estar dentro de ella de la peor manera, sin nada entre ellos más que la prueba de su deseo mutuo lubricando su pasaje. Se inclinó sobre ella, presionando contra su espalda.

—Eres asombrosamente liberal, querida. Casi demasiado para un hombre que intenta mantener la cabeza fría.

Se movió, estirando un brazo por debajo de sí misma para agarrar su miembro. Lo bombeó unas cuantas veces hasta que él gimió. Luego, colocó la punta contra sus húmedos pliegues. —También soy muy consciente de mi ciclo reproductivo. En unos días comenzará mi menstruación. Es poco probable que ocurra una concepción hoy.

Teddy no perdió ni un momento más en considerar la veracidad de su afirmación, sino que se hundió en ella hasta que no pudo ir más allá. El calor de sus paredes alrededor de su miembro era increíble; casi tan increíble como el gemido desesperado que brotó de sus labios.

Hundió los dedos en su cabello, manteniéndola en su lugar mientras embestía duro y rápido, buscando fricción y más gemidos de ella.

No fue gentil; no fue indulgente de ninguna manera. Era un hombre desesperado por hacer que su mujer gritara antes de que él pudiera hacer lo mismo.

El ascenso de Eugenia hacia su clímax comenzó lentamente, sus jadeos y gritos aumentando cuanto más duro y largo la follaba. Cuando finalmente gritó, él fue incapaz de retrasar su propio clímax lo suficiente como para retirarse. Cayó con ella, precipitándose hacia el éxtasis en un enredo de miembros sudorosos, gemidos y gruñidos sin sentido. Su semilla llenándola, mezclándose con sus propios jugos.

En cualquier otra situación, con cualquier otra mujer, estaría ligeramente avergonzado por su urgencia.

Se desplomó sobre ella, conmocionado, aturdido... pero eufórico.

Eugenia era diferente a cualquier otra mujer con la que hubiera hecho el amor. Tan perfectamente dispuesta a hacer cualquier cosa con él si era perverso.

Consciente de que probablemente la estaba aplastando, Teddy los desenredó y la echó a un lado sobre el colchón, donde quedó tendida. Suave, satisfecha y deseable. Sus ojos estaban cerrados y su pecho jadeante mientras él se acostaba a su lado en la cama.

—Eugenia —susurró—. Amor.

Sus ojos se abrieron lentamente, su mirada desenfocada, pero luego su sonrisa se ensanchó poco a poco. —¿Puedes hacerme eso otra vez?

Tuvo que reírse de su pregunta. Probablemente podría. Ciertamente quería. Estaba rebosante de energía, e incluso ahora su miembro se agitaba, ansioso por unirse a ella de nuevo pronto. —Haré lo mejor que pueda —prometió, besando el dorso de su mano.

Su mirada se centró en sus labios. Extendió la mano para tocar su boca, y luego sus dedos se deslizaron hacia abajo para descansar sobre su pecho húmedo y jadeante. —Eres el mayor

secreto de la sociedad. Bien conocido, pero constantemente lleno de sorpresas.

Teddy se rio y apartó mechones de su cabello oscuro y húmedo de su rostro. —No se lo digas a nadie.

—Oh, no tengo intención de compartir lo que solo yo acabo de descubrir —se incorporó para apoyar la cabeza en su mano mientras mantenía su mirada—. No tenía idea de que fueras tan travieso, señor.

Él se encogió de hombros. —Difícilmente es algo que un hombre deba anunciar en círculos educados. Tú parecías bastante casta en la superficie, pero igualmente perversa de pensamiento, me ha complacido descubrir.

Ella se dejó caer de nuevo en su cama, retorciéndose hasta que estuvo cómoda. —Mmm, sí. Algunos podrían considerarlo una maldición en una dama.

Él extendió la mano para trazar alrededor de su pecho, rodeando el pezón hasta que se endureció bajo la tela. —Creo que es uno de tus mayores logros desconocidos.

Ella detuvo su mano y lo miró a los ojos. —Me halagas, pero yo solo busco complacerme a mí misma.

Él estaba seguro de que así había sido. —Me complaciste sin siquiera intentarlo. —Bajó la mirada hacia su miembro, que se había endurecido sorprendentemente mientras hablaban—. Más de lo que puedas imaginar.

—Puedo imaginar mucho contigo entre mis piernas —lo provocó ella, acariciándole la mejilla y sentándose para quitarse la ropa. Las prendas cayeron desperdigadas por toda la habitación—. Tienes una lengua traviesa, y ansío que me azotes con ella una y otra vez. —Debió notar que su rostro se sonrojaba, porque se echó a reír—. ¿Acaso no debo expresar que disfruto un placer particular al que me proporciona una liberación tan poderosa?

—Puedes decírmelo, pero habrá consecuencias —le advirtió, mientras la atrapaba bajo su cuerpo. No había nada que le gustara más que tener a una mujer desnuda debajo de él—. Fuimos bastante ruidosos, y aunque desearía que siempre pudieras serlo, tendremos que ser cuidadosos si nos entregamos al placer en lugares que no sean este. El grito que diste al llegar al clímax hoy sería notado en cualquier lugar más allá de estas paredes.

—Es tu culpa que fuera tan ruidosa —lo provocó ella, envolviendo sus caderas con las piernas. Se frotó contra su incipiente erección—. Tu miembro es delicioso sin ese terrible condón distrayéndome.

Él estaba fascinado por su franca honestidad en cuanto a los asuntos del deseo y agachó la cabeza para acariciarle la oreja con la nariz. Eugenia parecía incapaz de mantener quietas las manos. No es que él se quejara. Le gustaba que ella disfrutara tanto de su cuerpo. Sus besos iban descendiendo lenta pero decididamente por su garganta. Él se incorporó un poco mientras ella se retorcía bajo su cuerpo, besándole el pecho, los pezones, el estómago y la cadera. Cuando sintió el roce de sus dedos en la cara interna del muslo, se tumbó de espaldas. Pero tuvo que preguntar: —¿Qué crees que estás haciendo?

Eugenia se recolocó para arrodillarse entre sus piernas abiertas. —Quiero saborearte.

Pero al principio no lo introdujo en su boca. Sus dedos lo rodearon, explorando su tamaño, la textura de sus testículos, antes de acariciar toda su longitud. Tener a una mujer con la que acababa de acostarse tan ansiosa por una segunda ronda era inesperado, pero ¿quién era él para detener a Eugenia?

Ella se inclinó para besar su miembro al mismo tiempo que sus dedos jugueteaban con sus testículos.

Él dejó escapar un gruñido sorprendentemente desesperado.

Eugenia se rio entre dientes. —Parece que alguien no está del todo saciado todavía.

—Difícilmente puedo explicarlo —susurró él—. Es tu culpa.

Se incorporó para observarla descender hacia su miembro. Contuvo la respiración mientras ella lo introducía en su boca y succionaba, mientras sus hábiles dedos trabajaban para excitarlo hasta lograr otra erección completa. Mano y boca se deslizaban sobre su miembro y a lo largo de su eje en un ritmo que hizo que sus caderas se elevaran al compás. Endureciéndolo hasta el punto en que unirse a ella de nuevo era lo único en lo que podía pensar.

La empujó sobre su espalda, cubrió su cuerpo por completo con el suyo y la penetró una vez más.

—¿Cómo he podido vivir sin esto durante tanto tiempo? —susurró.

—¿Cómo he podido yo?

—Nunca más. Me aseguraré de que siempre estés satisfecha —prometió.

—Yo también lo haré, señor.

Él se esforzó al máximo, embistiendo constante y firmemente hacia su segundo clímax mutuo. Los dedos de Eugenia se clavaban en su espalda y trasero, siempre guiándolo profunda y certeramente, y con más fuerza también. Esta vez vio su expresión cuando ella alcanzó el clímax por segunda vez debajo de él. Juró que habría muchas más ocasiones como esta entre ellos. Tan libres, tan perfectamente sintonizados en el deseo.

Se levantó sobre sus codos, incluso cuando Eugenia envolvió sus largas piernas alrededor de sus caderas y levantó su parte inferior para mantenerse cerca de él. Iba a llegar al clímax. No podía contenerse. Una vez más, tentaría al destino confiando en que ella sabía que su inminente menstruación impediría la concepción.

Pero incluso si aún existía un riesgo, no deseaba nada más que tenerla siempre de esta manera.

Deliberadamente se quedó quieto, adorando la forma en que su cuerpo se extendía ante él como un festín. El subir y bajar de su pecho, el temblor de sus hermosos senos y el sudor que humedecía su frente. Jugó un poco con sus pezones y besó uno. Luego el otro, alternando y chupando sus pezones.

Las caderas de Eugenia se mecían contra él, tratando de instarlo a moverse de nuevo. Pero aún no estaba listo. Había otros deseos que quería satisfacer ese día. —Pon tus dedos entre nosotros y únete a mí en el placer otra vez. Quiero sentir cómo me aprietas cuando llegues al clímax.

Ella hizo lo que le pidió, con una sonrisa pícara en sus ojos.

Él la colocó de manera que pudiera permanecer dentro, sintiendo cada contracción de sus paredes internas, y ver el roce de sus dedos contra su sexo. Se concentró y flexionó su miembro dentro de ella, provocándola con su longitud y tamaño.

Los dedos de ella se aceleraron sobre su clítoris mientras sus ojos se cerraban. —Háblame de tus grabados. ¿Cuál es tu favorito?

—Mi favorito es el de una mujer extendida sobre una cama, con las manos en su sexo como tú ahora, con un miembro y un tapón anal profundamente enterrados en ella.

Eugenia gimió, y su cuerpo se apretó alrededor de él.

Teddy respondió presionando un poco más fuerte en su sexo. —En el grabado, no lleva nada más que una sonrisa como la tuya.

Teddy rozó la punta de su pezón erecto con el dedo, pero ante su jadeo, le agarró el pecho

con una mano. Continuó apretando su seno y rozando su pezón con el pulgar. Rodó el tenso botón entre el pulgar y el índice y luego pellizcó.

—Muévete —exigió Eugenia, jadeando—. Te necesito.

No podría haberse negado aunque quisiera. Saber lo que ella quería de él volvió loco a Teddy, y embistió en ella tan rápidamente como pudo. Cuando ella alcanzó el clímax, él no pudo evitar que su semilla se derramara por segunda vez, y aulló como un bárbaro.

Eugenia se retorció y se sacudió sobre su miembro mientras temblaba y alcanzaba el clímax durante mucho más tiempo del que nunca lo había hecho antes con él. Pero todo debe terminar, y ella se desplomó sobre la cama por segunda vez, jadeando y sin aliento. —Oh, Dios mío. Oh, demonios —jadeó, luchando por respirar—. Nunca imaginé...

—Traviesa, de verdad —dijo él, satisfecho más allá de toda creencia.

Teddy permaneció sobre ella, su peso sostenido por sus brazos, sus labios rozando su garganta mientras su pasión se enfriaba y sus respiraciones se calmaban.

Los dedos de Eugenia bailaron por su costado. —Ningún amante que pueda tener en el futuro podrá igualar esto.

—No —concordó él—. Eres incomparable.

Los dedos de ella se posaron en su espalda y dejó escapar un suspiro cansado. —Creo que envidiaré a tu próxima amante y esposa y todo el placer que obtendrán de ti. Los celos son un rasgo de carácter tan desagradable en cualquiera, especialmente en mí misma.

—El matrimonio está muy lejos en mi futuro. —Se separaron para acostarse de espaldas uno al lado del otro. Él rio suavemente y buscó su mano—. No creas que no estaré celoso de tu futuro amante y su buena fortuna tampoco.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Supongo que lo sensato sería casarnos y dejar que todos estén celosos de *nuestra* pasión —sugirió Teddy, y luego su rostro se encendió de asombro por sus propias palabras. Tres deliciosos polvos no eran la base para comenzar ningún matrimonio.

Eugenia empezó a reír. —Las sugerencias hechas en el calor del momento y justo después de buen sexo nunca son sabias, Thaddeus Berringer. Te juro que nunca te haría cumplir una sugerencia tan disparatada. Además, dijiste que no te casarías hasta la próxima temporada como mínimo, y menos aún con alguien como yo. Pienso hacerte cumplir eso.

Gracias a Dios. Intentó ocultar su alivio, pero dada la forma en que Eugenia seguía sonriendo, significaba que ya sabía que se había arrepentido inmediatamente de su irreflexiva sugerencia de que se casaran. Se alejó de ella, distanciándose aún más de sus palabras impulsivas. —Es amable de tu parte liberarme de cualquier obligación. Solo estaba imaginando la satisfacción de los encuentros nocturnos contigo y hablé sin pensar.

—Nunca sería un deber contigo para ninguna mujer —prometió ella, y luego se sentó en la cama para mirar alrededor—. De repente estoy muriendo de hambre.

Su ropa estaba esparcida por toda la habitación.

—Espera aquí un momento —dijo Teddy rápidamente antes de que ella pudiera levantarse y salió corriendo por la puerta desnudo.

Recuperó la cesta de picnic que había traído consigo y se la presentó con una floritura y una profunda reverencia. —No pensé que te importara que trajera algo para picar, aparte de mí mismo, por supuesto.

Se acercó y extendió el contenido entre ellos en la cama. Había suficiente para alimentar a dos amantes hambrientos. Incluso había traído vino, ya que no estaba seguro de lo que quedaba

en la bodega aquí, si es que quedaba algo. Le ofreció un trozo de pollo para que comiera de sus dedos.

—Mmm, justo lo que necesitaba. Gracias.

Él se reacomodó para asentarse a su lado y se cubrió las caderas con una manta, ya que había frío en el aire. No era sorprendente, ya que no se había encendido un fuego aquí en algún tiempo.

Eugenia se acurrucó cerca, con las sábanas bien ajustadas sobre sus pechos ahora, y luego lo miró. —Nunca te preocupes de que te haga cumplir alguna promesa, señor. Esto no cambió nada para mí. Estoy exactamente donde quiero estar y no necesito ningún compromiso para darte la bienvenida de nuevo.

Abrazó a su amante con fuerza. Al menos su irreflexiva sugerencia de casarse y la posterior retirada de la propuesta no habían empañado la opinión que ella tenía de él. Le dio más porciones de pollo con sus dedos y le ofreció pastel también, mientras transcurría la siguiente hora.

Y entonces Eugenia se quedó profundamente dormida en sus brazos. La escuchó y la observó mientras descansaba, encontrando incluso en eso un placer. Pero... aunque su propuesta hubiera sido un error, y ella la hubiera rechazado, no podía dejar de pensar en ello. Seguramente un matrimonio con una dama lujuriosa no sería del todo malo, especialmente con una cuya mano, incluso dormida, se había deslizado sobre su muslo bajo las sábanas para excitarlo.

CAPÍTULO 15



NO HABÍA NADA más satisfactorio para una mujer que tener orgasmos frecuentes. Ella y Thaddeus habían logrado encontrarse de nuevo, y durante la última semana en Albemarle Street, a horas extrañas. Su período había llegado y pasado según lo programado y desde entonces se había deleitado en su perversidad.

Anoche, incluso habían logrado pasar la noche juntos aquí en lugar de que ella regresara a Wharton House y él a Grafton House. Nadie en casa había pestañeado ante el hecho de que ella planeara pasar la noche aquí. Había prometido regresar lo suficientemente temprano para asistir a un picnic con sus primas.

Pero hoy había que enfrentar decepciones. Eugenia regresaría a Wharton House, y lamentaba tener que hacerlo.

Eugenia miró por encima de su hombro mientras su cama se sacudía bajo ella. Thaddeus finalmente se estaba moviendo después de una noche satisfactoria bajo sus sábanas. Ella había logrado dormir un poco y ahora se sentía bastante satisfecha.

O lo estaría, si él no se estuviera preparando para irse. Odiaba esta parte de una aventura, el volver a vestirse, los momentos antes de la separación, aunque fuera completamente necesario. Eugenia era solo su amante. Un honor que saboreaba y disfrutaría mientras duraran estos exquisitos momentos de lujuria.

Aunque preferiría quedarse en sus brazos una o dos horas más, realmente tenía que volver con sus primas. Solo había un tiempo limitado que Aurora podía distraer a todos si la querían en casa.

Se sentó y envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas. Habían tenido suerte de que su aventura siguiera siendo un secreto. Thaddeus había sido inflexible desde el principio en que nadie podía saber sobre ellos y, con la excepción de que Aurora lo descubriera por sí misma, ella también quería eso.

Cuando él se puso de pie, Eugenia salió de la cama, cruzó la habitación y fue a avivar el fuego. Se había apagado durante la noche, y ella lo avivó hasta que ardió una agradable llama, calentando el frío de su habitación. No había habido necesidad de ocultar el hecho de que ella estaba aquí anoche, después de todo.

Cuando se enderezó y se dio la vuelta, Thaddeus la estaba mirando con una expresión que contenía mucho calor para ser tan temprano en el día.

Se había olvidado incluso de ponerse una bata, después de todo, algo que había notado que a

él parecía gustarle que hiciera.

Eugenia cruzó la habitación y se estiró de lado sobre la colcha. Mantuvo su mirada y sonrió con conocimiento de causa. —¿Hay algo mal, amante?

Él parpadeó y sacudió la cabeza. —No desde donde estoy parado.

Eugenia se dio la vuelta sobre su espalda y pasó sus manos por su cuerpo, comenzando con un manoseo prolongado de sus propios senos, luego bajando hasta sus muslos. Suspiró. No tenía sentido excitarlo demasiado, ni a ella misma, si él se iba, pero maldita sea si lo que estaban haciendo no se sentía liberador. Aunque todas las cosas buenas deben terminar.

Se metió de nuevo bajo la colcha, cubriéndose.

Thaddeus se detuvo junto a la cama, con los pantalones a medio poner, su torso desnudo y hermosamente ancho, pero un ceño fruncido estropeaba su apuesto rostro. —¿Pasa algo malo?

—No —le prometió. Él podía irse, y ella incluso podría volver a dormirse un rato antes de regresar a Wharton House. Suspiró y se dio la vuelta sobre su estómago.

Wharton House. Eugenia no estaba deseando volver allí hoy, aunque sus queridas primas la esperaban.

Los dedos de Teddy acariciaron ligeramente su hombro. —Solo pregunto porque no me hablaste en el almuerzo de los Piermont ayer.

Ella había visto a Thaddeus, observado mientras cortejaba a una heredera y a una viuda, y no le habían gustado los sentimientos que la habían asaltado. Esas mujeres podían buscar abiertamente atraerlo a su lado, y aunque ella era su amante, había sentido la punzada de la exclusión y no poca envidia. No tenía derecho a pensar que él le pertenecía de alguna manera. —No tenía nada nuevo que decir ayer, o nada apropiado para ser escuchado por otros.

—Siempre puedes hablar conmigo.

Eugenia se dio la vuelta para mirarlo. Ya hablaban mucho. Pero en público, sabía que tenía que seguir como si aún fueran casi extraños. —Lo sé.

Él frunció el ceño de nuevo. —¿Este secreto nuestro se está convirtiendo en una carga?

—Por Dios, no. ¿Por qué pensarías eso?

—No lo sé —apartó suavemente el cabello de su rostro—. Solo tengo esta sensación persistente de que te he decepcionado de alguna manera.

Eugenia se puso de rodillas y gateó hacia él. —Nunca lo has hecho. Nunca podrías.

Él se acercó, la atrajo contra su pecho y la besó profundamente.

Esperando distraerlo de preguntarse qué pensaba ella de su aventura, Eugenia deslizó su lengua en su boca. Lo disfrutaba un poco más de lo que probablemente debería. Siempre estaba emocionada de verlo, triste cuando sus perversos interludios terminaban. Siempre eran demasiado cortos.

Eugenia deslizó su mano por su cuerpo para acariciar su miembro.

Thaddeus se apartó, riendo ligeramente. —Basta de eso. Tengo que irme.

—Lo sé. —Sonrió con picardía—. Solo quería que me recordaras después de que te fueras.

—¿Cómo podría olvidarte? Estás siempre en mis pensamientos. —Se aclaró la garganta—. Hablando de recordar...

Ella pensó que sabía lo que venía, pero actuó sorprendida cuando él buscó dentro del bolsillo de su abrigo. Había sentido un bulto allí cuando lo había ayudado a desvestirse cuando llegó por primera vez.

Se sentó sobre sus talones, observándolo sacar un pañuelo. No estaba segura de cómo rechazar el regalo, pero por supuesto que debía hacerlo. No tenía la costumbre de aceptar

muestras de aprecio de sus amantes. Ningún dinero o joyas deberían cambiar de manos por placer. —Thaddeus, no deberías haberlo hecho. No puedo...

—No digas que no hasta después de que te muestre lo que encontré. Pensé mucho en esto —advirtió—. Por supuesto, no podrías llevar abiertamente joyas mías. Tus primas te cuestionarían, y sin duda Wharton se enteraría.

Reveló una fina cadena de oro, inusualmente larga, con un pequeño dije unido a un lazo. No era en absoluto lo que ella había esperado de él.

—Anhelo cualquier ocasión para verte usar esto en privado para mí. —Extendió sus dedos frente a ella, mostrándole el dije con más detalle. El pequeño disco de oro estaba diseñado en forma de corazón con las iniciales EH grabadas en un lado. El otro lado estaba en blanco.

Bajó las manos hasta su cintura y la abrazó con fuerza. —Y espero que de vez en cuando la lleves bajo tu vestido en público y me susurres que está ahí.

Cuando se apartó, la cadena rodeaba su cintura, ajustándose cómodamente sobre sus caderas.

Estaba atónita, y también encantada con él. Había hecho una buena elección. Pero la pregunta era, ¿podría quedársela? No eran diamantes ni rubíes, sino algo sencillo y de corazón. Y solo estaba grabada con sus iniciales. —Oh, Thad, no deberías haberlo hecho, pero... gracias. Es hermosa.

—Quería darte una muestra de mi afecto, pero ser discreto al respecto.

Ella asintió. Podría quedarse con este regalo por ahora. Lo llevaría todo el tiempo hasta que su aventura terminara, y luego se lo devolvería. De repente, sus ojos se humedecieron con lágrimas, y bajó la cabeza para ocultarlas.

Thaddeus deslizó un dedo bajo su barbilla y le levantó el rostro. Frunció el ceño al ver sus lágrimas y luego sonrió suavemente. —Nada de eso ahora —la reprendió—. Es solo el comienzo.

Ella retrocedió y colocó sus manos protectoramente sobre la cadena. —Es un regalo perfecto para una amante secreta, y no quiero nada más de ti.

Eugenia se apresuró a bajar de la cama y corrió hacia el espejo. Una mujer desnuda con una simple cadena alrededor de la cintura parecía más decadente que una luciendo costosas joyas. Eugenia tenía que admitir que estaba deseando llevarla en público y contárselo para ver su reacción.

Admirado el regalo, corrió de vuelta a Thaddeus y lo abrazó. —Realmente no deberías haberme mimado tanto, pero aprecio que quisieras hacerlo.

Los brazos de Thaddeus la apretaron solo brevemente antes de que él volviera a apartarse. —Desearía poder quedarme, pero el duque...

Eugenia se apresuró a presionar un dedo sobre sus labios.

El duque dependía mucho de su heredero. Ella lo entendía. Sabía que siempre sería lo primero. El duque tenía prioridad sobre todo y todos. Thaddeus tenía que irse, y ella no haría pucheros ni protestaría. No había necesidad. —Encuéntrate conmigo aquí mañana por la noche si puedes.

—Intentaré con todas mis fuerzas —prometió—. Excepto que, ¿no vamos ambos a la fiesta de Lady Bisley también?

—Oh, lo había olvidado. Probablemente no podré evitarla ahora. —Hizo una mueca—. Quizás podamos encontrarnos la noche siguiente.

Terminó de abotonar el chaleco de su amante, pasó la mano por su amplio pecho y luego le dio un rápido beso en la mejilla sin afeitar.

No podía esperar que viniera cada vez que lo sugiriera. Él tenía su propia llave de Albemarle Street y podía entrar y salir de su cama según lo necesitara.

Se fue, claramente a regañadientes, y le lanzó un beso desde la puerta de su dormitorio. Eugenia escuchó atentamente hasta que ya no pudo oírlo moverse por la casa, luego se apresuró hacia las cortinas ligeramente separadas para mirar a la calle. El carruaje de Thaddeus ya estaba esperando para llevárselo, y él desapareció por la esquina sin un gesto de despedida.

Eugenia dejó caer la cortina y volvió al espejo. Thaddeus era demasiado generoso para su propio bien al mimarla ya. Dejó la cadena alrededor de su cintura mientras se vestía para regresar a Wharton House.

Eugenia se echó una capa sobre el vestido y salió silenciosamente a Albemarle Street. A esta hora, las calles estaban en gran parte desiertas, y caminó la corta distancia hasta Bond Street, donde llamó a un coche de alquiler para que la llevara de vuelta a casa, a Wharton House.

El mayordomo no sonrió al dejarla entrar.

De hecho, estaba haciendo todo lo posible por no mirarla en absoluto.

Ella le tendió su capa para que la tomara. —¿Está todo bien con la marquesa, señor?

—Sí, en efecto —prometió el hombre—. Pasó una buena noche, pero —hizo una pausa y miró alrededor antes de continuar—, el marqués la está buscando, y está muy disgustado.

Ella estiró el cuello para mirar alrededor. La puerta de la biblioteca estaba cerrada, pero las puertas del salón estaban abiertas y la habitación vacía. —Me pregunto de qué se tratará. Iré a verlo después de haber saludado a mis primas y haber desayunado.

Después de los esfuerzos de anoche, estaba hambrienta.

Eugenia subió las escaleras y se dirigió a su habitación. Una vez dentro, se lavó la cara y eligió un nuevo vestido para el día.

Aurora se deslizó en su habitación. —¿Ya te has cambiado?

—Como ves —asintió, mientras se ponía un chal sobre los hombros—. Juro que tendré que desmontar mi cama y traerla aquí.

—¿Es la cama o la compañía?

—Posiblemente ambas.

Aurora se acurrucó en una silla. —Me alegro de que tengas a alguien —susurró Aurora.

Eugenia se sentó también. —Gracias.

Aurora suspiró. —Pero no es justo.

—¿Qué cosa?

—Tú y Sylvia con vuestros galanes, mientras yo no tengo a nadie especial.

—Lo tendrás. —Aurora estaba destinada a ser esposa. La más bonita de ellas, y la más talentosa, merecía que apareciera el hombre adecuado y la conquistara. Se había ensimismado tanto en su aventura que había olvidado que Aurora necesitaba un marido. Se lo compensaría saliendo con ella hoy, y esta noche recorrerían juntas el camino de Lady Bisley con la esperanza de que llamara la atención de alguien alto, moreno y desconocido para ambas.

Eugenia frunció el ceño cuando sonaron unos golpes rápidos en su puerta. —Adelante.

Apareció el Sr. Bloom, y no con el desayuno que ella esperaba. —¿Qué ocurre?

—El marqués solicita que venga inmediatamente —miró hacia Aurora—, y sola.

Aurora se incorporó rápidamente al oír eso. —Oh, querida, eso nunca es bueno.

—Estoy segura de que no es nada importante —prometió Eugenia y luego asintió al Sr. Bloom—. Por favor, dígale que bajaré enseguida.

El Sr. Bloom se marchó, con una expresión de preocupación en su rostro, casi la misma

expresión que el mayordomo había mostrado cuando ella regresó a Wharton House. El marqués debía estar más molesto por su pernoctación en Albemarle Street de lo que había dejado entrever inicialmente. —¿Estaba Wharton de mal humor porque pasé otra noche sin carabina en nuestra antigua casa?

—No que yo notara —prometió Aurora—. Pero los dejé a él y a Sylvia seduciéndose mutuamente en el salón y me fui a la cama temprano anoche.

—Supongo que insistirá en que lleve sirvientes conmigo la próxima vez.

—Eso no sería una buena idea —bromeó Aurora, sonriendo.

—No. Podrían informarle sobre mi visitante de medianoche —rio suavemente y se puso de pie.

Aurora le agarró la mano.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sabes que aún estás en camisón. Puedo manejar a Wharton —se calzó las zapatillas y le hizo un gesto con la mano—. Volveré pronto. No te comas mi desayuno cuando llegue. Pide el tuyo y comeremos juntas cuando regrese.

Aurora la despidió con un gesto.

—¡No pierdas los estribos con él por ser simplemente protector con tu reputación!

La casa de Wharton solía estar tranquila a esta hora y caldeada por los fuegos encendidos horas antes. Aun así, Eugenia se estremeció mientras bajaba la escalera.

El mayordomo apareció y le señaló el pasillo.

—La está esperando en el estudio, señora.

Eugenia se apresuró, ansiosa por terminar cualquier discusión para poder volver a su habitación y a su bandeja de desayuno.

Llamó y entró de golpe.

—¿Deseaba hablar conmigo, milord?

—En efecto.

Wharton parecía bastante desaliñado. Su corbata estaba mal anudada y le faltaba la chaqueta. Parecía que no se había peinado ese día.

—Necesita encontrar un espejo, milord.

Él la miró con ojos furiosos.

—No finjas que te preocupas por mí o por alguien más, señora.

—Le ruego me disculpe —respondió ella, desconcertada por su hostilidad. Obviamente, la había confundido con alguien más. También se había referido a ella como señora—. Es *señorita* o *Eugenia*. Ya le he dado permiso para usar mi nombre de pila.

Él parpadeó y luego apretó la mandíbula mientras su rostro enrojecía.

—¿*Señorita*?

Nunca lo había visto tan furioso. Oh, ella discrepaba con él en ocasiones, y habían tenido algunos debates acalorados antes de mudarse, pero se habían llevado bastante bien hasta ahora.

Él la señaló con el dedo.

—Siempre supe que me ocultabas algo.

Eugenia parpadeó. Dios mío, Wharton se había enterado de su aventura con Thaddeus Berringer.

—No era importante que lo supieras.

Él parpadeó varias veces.

—¿No era importante? Señora, hay muchas cosas en la vida que considero importantes. El

secreto que has estado guardando lo cambia todo.

Eugenia cerró los ojos brevemente. Wharton iba a causarle problemas a ella, y a Thaddeus también. Los obligaría a casarse a menos que ella pudiera hacerle ver lo mala que era esa idea. Cuadró los hombros y lo miró a los ojos.

—Sabía lo que estaba haciendo. Sugiero que nos sentemos, tú y yo, para discutir este asunto racionalmente. No hay necesidad de involucrar a nadie más, ¿verdad?

—¿Estás sugiriendo que lo encubramos?

Ella asintió.

—Es lo mejor que podemos hacer, realmente. De lo contrario, habrá un escándalo.

De repente, Wharton estaba frente a ella.

—Querré más detalles más tarde, pero está más allá de mi comprensión. Escuché que confiaste todo a tus primas, y ellas a ti.

Aurora, por supuesto, lo sabía, pero Sylvia... Tragó saliva.

—Lo habría hecho. Eventualmente.

Eso tampoco pareció complacerlo.

—Bueno, no podrás ocultar la verdad ahora.

—¿Qué quieres decir?

Wharton hizo una mueca de disgusto.

—Tienes una visita, y supongo que no necesitarás una presentación o una carabina para estar a solas con él, ni con ningún caballero nunca más.

Wharton negó con la cabeza, claramente aún disgustado con ella, y ella no entendía qué tenía que ver su aventura con Thaddeus con las carabinas. Pero de repente la agarró por el codo y la llevó a la sala de estar, a pesar de sus protestas de que le estaba haciendo daño.

Aflojó su agarre en la puerta de la sala. La abrió y la condujo adentro a un paso más lento.

Ella miró y vio a un hombre de aspecto apagado y rechoncho al otro lado de la habitación que se puso de pie de un salto e hizo una reverencia.

—Por fin —exclamó el hombre antes de apresurarse hacia ellos.

Eugenia retrocedió.

—¿Disculpe?

El hombre se detuvo, con las manos apretadas en la cintura.

—No me sorprende tu reacción. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

Eugenia habría dado un paso atrás si Wharton no la hubiera mantenido en su lugar. Miró hacia arriba a Wharton.

—No conozco a este caballero.

La mandíbula de Wharton se tensó.

—Solo ahora entiendo por qué siempre has negado la necesidad de una carabina —murmuró Wharton. Negó con la cabeza—. Míralo de nuevo. Míralo de cerca.

—Mis primas son mis carabinas —murmuró ella, pero volvió a mirar al hombre.

Una mirada de profunda adoración iluminó su rostro cuando sus ojos se encontraron. Los suyos eran de un verde turbio, como los de ella. El desconocido era un poco más alto que ella, regordete y necesitaba un chaleco nuevo para contener su volumen. Su cabello castaño era fino y salpicado de gris en las sienes. Tenía una cicatriz en la barbilla como si se hubiera peleado con el hombre equivocado hace algún tiempo...

...o una mujer torpe con una azada de jardín.

Un recuerdo de otro hombre con la misma cicatriz atormentó su mente, y entrecerró los ojos

mirando al desconocido con más intensidad. Solo que en su recuerdo, la cicatriz recién comenzaba a cambiar de rojo a rosa mientras sanaba.

—¿Me recuerdas ahora, capullito?

¿Capullito? Ese apodo en los labios del desconocido hizo que su pulso rugiera en sus oídos.

La cicatriz...

Una herida que ella le había hecho a un hombre que una vez amó... y con quien se casó... y luego perdió para siempre.

—¡No! —Se aferró al brazo de Wharton para sostenerse—. No puede ser.

CAPÍTULO 16



—*Maldita sea*, es cierto —maldijo Wharton, sacudiéndose de su agarre para alejarse de ella.

—No es posible —susurró ella, mirándolo fijamente.

Wharton se dio la vuelta, con los ojos ardiendo de ira.

—Pero usted *sí* conoce a este hombre.

—Tenga cuidado con cómo le habla a mi señora, mi lord —advirtió el desconocido, creyendo claramente que tenía derecho a defenderla—. No permitiré que nadie le grite a mi *esposa*.

—Cállese, señor —gruñó Wharton—. Quiero escuchar la verdad de sus propios labios. Bien, Eugenia, ¿conoce o no a este hombre?

Eugenia estudió al desconocido.

—Quizás, pero...

—Bueno, no me cabe duda de que reconoce su rostro, y claramente no quiere admitirlo —dijo Wharton con voz gélida—. ¿Cómo es posible que no nos dijera que estaba casada, Eugenia?

—¡Porque Robert está muerto! —gritó ella mientras retrocedía tambaleándose, tropezando con sus propios pies en su prisa. Cayó con fuerza y gritó de sorpresa, horrorizada por su propia torpeza frente a un extraño.

Aurora irrumpió en la habitación justo cuando el hombre que guardaba un parecido pasajero con su difunto esposo, Robert Bagshaw, intentó tomarle las manos.

Eugenia lo apartó de un manotazo.

—¡No te atrevas a tocarme!

—Solo quiero cuidarte, flor mía.

Aurora la ayudó a ponerse de pie.

—Y no me llames flor mía tampoco. Nunca.

—Sí, querida —dijo él, bajando la cabeza pero sonriendo suavemente—. Lo que tú digas, mi amor.

La sumisión no había sido la naturaleza del Robert Bagshaw que Eugenia había conocido y con quien se había casado años atrás. Había cambiado.

Ella miró fijamente al hombre que sentía como un extraño, confundida por él. Si se hubieran cruzado en la calle, nunca le habría prestado atención.

Aurora le acarició la espalda.

—¿Qué pasó?

—Tropecé con mis propias faldas —admitió Eugenia a su prima—. No estoy herida.

—Me disculpo si mi arrebato de ira tuvo algo que ver con su caída —dijo Wharton en voz baja—. No pretendía parecer tan intimidante como para que temiera que la golpeara.

—Perdonado, mi lord —prometió ella, porque sentía que realmente lo decía en serio. Él estaba tan conmocionado como ella. Podía gritar sus opiniones a veces, pero nunca le había parecido un hombre violento.

El desconocido observaba, luciendo el rostro de Robert, aunque parecía más de cuatro años mayor que la última vez que lo había visto, y sonreía como si fuera perfectamente normal haber regresado de la tumba.

Pero no lo era. Su esposo no podía estar vivo y haber cambiado tanto.

Aurora la apartó de los hombres para susurrar:

—Lo escuché todo desde el pasillo. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—Es una larga historia —murmuró Eugenia, avergonzada por su caída y por el hecho de que su prima hubiera descubierto su secreto guardado durante tanto tiempo. Su mayor decepción y pérdida.

¿Cómo había tardado tanto en reconocer al desconocido como Robert? ¿Realmente recordaba tan poco al hombre del que se había enamorado y con quien se había casado impulsivamente después de todos estos años?

Pero para ella era *imposible* que pudiera ser Robert, de vuelta de entre los muertos. Le habían informado de su fallecimiento de una fuente confiable que nunca había dudado.

—Necesito sentarme.

Aurora la guió hasta una silla, advirtiendo al desconocido que se acercaba solícitamente para ser de utilidad a la mujer que parecía pensar que era su esposa.

Wharton detuvo al desconocido, murmurando que el hombre fuera paciente.

—Querida, no deberías alterarte por no haberme reconocido —comenzó el sujeto, luego guardó silencio cuando ella lo fulminó con la mirada por atreverse a hablarle—. Demasiada emoción no es buena para tus nervios.

La advertencia también sonó falsa en su cabeza. A Robert le *gustaba* verla emocionada. Se habría reído y la habría animado a esforzarse cuando estaba vivo. Incluso el día que le había cortado la barbilla en su frustración con su jardín descuidado, él se había reído de la herida y le había dicho que lo intentara de nuevo. Aunque se había alejado mucho más que la primera vez que ella había blandido la guadaña.

Quienquiera que fuera este hombre, no era nadie que ella hubiera conocido antes.

—Llame a la guardia, mi lord. Este hombre es un *impostor*.

Sylvia irrumpió entonces en la habitación, luciendo frenética.

—¿Qué está pasando?

Eugenia miró entre sus primas, aún sin palabras para explicar que una vez había tenido un esposo y que él había muerto.

Wharton se acercó a su futura novia y colocó una mano gentil sobre el hombro de Sylvia.

—Parece que tu prima es una mujer casada.

—¡No! —Los ojos de Sylvia estaban abiertos de par en par por la conmoción cuando se fijaron en el rostro de Eugenia, y ella se sintió muy pequeña y terrible por no haber dicho la verdad hace mucho tiempo. ¿Por qué no lo había hecho?

—No con él —prometió Eugenia—. Estuve casada, pero él murió. Se ahogó.

—Difícilmente estoy muerto ahora, ¿verdad, querida? —murmuró el desconocido. Una sonrisa aceitosa que ella no confiaba apareció en el rostro del extraño mientras se acercaba a

Sylvia con la mano extendida—. El señor Robert Bagshaw, de Dover.

Eugenia cerró los ojos. Robbie también había venido de Dover.

—Usted miente —insistió.

—Vamos, vamos. No discutamos en nuestra reunión después de tantos años separados. He vuelto para cumplir con mi deber como prometí en mis cartas. He guardado todas las tuyas a mi lado todos estos años. Su señoría las tiene como prueba de nuestra íntima conexión.

Sylvia jadeó.

—¿Realmente estuviste casada?

Eugenia se estremeció, agachando un poco la cabeza.

—Hace mucho tiempo.

—Requeriré pruebas adicionales —anunció Wharton, con la mandíbula tensa.

—Le he dado todo lo necesario —respondió el sujeto—. Las cartas de amor, la prueba del matrimonio. Ella es mi esposa, y ningún hombre puede interponerse entre nosotros, o eso prometen la iglesia y la ley.

Wharton pareció hacer una pausa.

—En efecto, así es.

Eugenia se aferró al brazo del sillón buscando apoyo y para asegurarse de que no estaba atrapada en el sueño más espantoso. Él tenía sus cartas de amor a Robert y la licencia de matrimonio, pero ella *no podía* estar casada con semejante hombre.

El brazo de Aurora se deslizó alrededor de su espalda y era demasiado familiar para dudar de que estuviera en algo más que una pesadilla despierta. Se llevó la mano a la cabeza para ocultar su rostro encendido.

—Ese no puede ser mi Robbie.

—Sin embargo, él jura que lo es. ¿Lo reconoces, verdad? —susurró Sylvia mientras se acercaba a su lado.

—Un rostro similar —argumentó—. Aunque admito que hay un parecido, mi esposo murió.

Sylvia exhaló lentamente.

—¿Cuándo os casasteis?

Eugenia encontró la mirada de su prima.

—Justo antes de que me escribieras, sugiriendo que juntáramos nuestros recursos y viviéramos juntas.

—Un día feliz fue nuestra boda para ambos, ¿eh, señora Bagshaw? —interrumpió el impostor—. Ambos estábamos tan impacientes por la publicación de las amonestaciones y, por supuesto, por tener nuestra noche de bodas. Recuerdo... Bueno, eso es mejor que lo hablemos en otro momento.

Eugenia se estremeció ante la idea de ser esposa de un hombre a quien apenas reconocía.

Sylvia, de manera inusualmente firme, se dirigió al desconocido:

—Si no le importa, señor, estoy hablando con mi prima. Le ruego que no nos interrumpa de nuevo.

Wharton tomó eso como una señal para alejar al impostor de ellas.

—Gracias —dijo Sylvia a Wharton. Luego tomó la mano de Eugenia con fuerza y susurró—: Te escribí cuando me enteré de que tu hermano había muerto. ¿Conocía él al señor Bagshaw?

—No. Nos conocimos poco después de su muerte. Yo tenía veintitrés años y estaba sola, pero de repente me encontré muy enamorada.

—¿Del señor Robert Bagshaw? —preguntó Aurora, mientras parecía estudiar al hombre que

ahora hablaba con Wharton al otro lado de la habitación y estiraba el cuello para verlas todavía —. ¿Sigues amando a Robert?

—Siempre he sentido mucha tristeza por lo que pudo haber sido —aseguró. Pero mientras Eugenia escudriñaba sus sentimientos, los rincones más profundos de su corazón, no encontró ninguna chispa brillante de reconocimiento o anhelo por el caballero que estaba al otro lado de la sala afirmando ser su esposo—. Puede que lleve el rostro de mi amado, pero no amo a ese hombre.

—Eso es suficiente para mí —prometió Aurora—. Siempre te has guiado por tu intuición, y nunca te ha fallado antes.

—Quizás simplemente has olvidado tus sentimientos —murmuró Sylvia, pero había un tono en su voz que sugería que no creía en sus propias palabras.

—No olvido nada. —Eugenia nunca había olvidado el brillante momento de amor que había experimentado como joven en Hastings cuando un apuesto joven se había abierto camino en su corazón, a pesar de su dolor por la muerte de su hermano. Su primer y único amor verdadero. Su pérdida secreta durante todos estos años. Se había dejado llevar y había aceptado casarse casi de inmediato con Robbie Bagshaw del lejano Dover. En aquel entonces, él le había parecido casi mundano en comparación con ella.

Pero ahora, mirando a un hombre que se parecía a su difunto amor, aunque llevaba una versión mayor del rostro que una vez consideró tan apuesto, sentía intensamente la ausencia de cualquier sentimiento tierno.

Robbie se había ido. Muerto hacía casi cuatro años.

El hombre que afirmaba ser Robert Bagshaw no tenía ningún efecto en sus emociones más allá de la repulsión por la farsa que estaba perpetrando.

De repente, el impostor hizo una reverencia a Eugenia y se despidió abruptamente de ellos, privándola de la oportunidad de interrogarlo más.

Wharton esperó un momento para asegurarse de que se había ido antes de apresurarse a reunirse con ellas. Acercó una silla para que todos se sentaran en círculo.

—Bagshaw volverá mañana. Lo convencí de que su llegada ha sido un gran shock para ti, Eugenia, y que necesitas tiempo para recomponerte antes de hablar con él de nuevo.

—Shock no empieza a explicar mis sentimientos —advirtió ella—. Estoy indignada de que esa criatura se haga pasar por mi difunto esposo. ¡No está bien!

Wharton sacó unos papeles de su bolsillo.

—Me dio estos, afirmando que los había escrito a su madre. E intenté confirmar que la letra era suya, pero se ha roto un hueso en el brazo desde entonces y ahora usa el otro brazo. Apenas entendí una palabra de lo que escribió.

Uno era una carta de su antigua parroquia en Hastings, confirmando que había habido un matrimonio entre ella y Robert James Bagshaw. Había sido una boda pequeña, los pocos que habían asistido eran vecinos ancianos suyos. También había cartas escritas por ella, cartas escritas durante su breve noviazgo con Robert. En aquel entonces, ella había sido una mujer abrumada por el amor. A su edad, mucho más allá del primer rubor de juventud y belleza, casi había renunciado al amor y al matrimonio y a tener una familia. Hijos también.

Otra carta estaba escrita con la letra audaz de Robert. Pasó el dedo por su caligrafía, recordando la emoción de encontrar notas similares que habían sido deslizadas bajo su puerta durante la noche durante su noviazgo.

Pero parpadeó para contener las lágrimas mientras leía las palabras en la página. En esta,

como en tantas otras, Robert hablaba de su amor pero repetía su promesa de volver a ella tan pronto como pudiera.

Eso debía haber sido hace cuatro años... no ahora.

Volvió a mirar la página de Robert.

—Nunca había visto esto antes. No tiene matasellos.

—Sí, yo también me di cuenta de eso —murmuró Wharton—. Extraño, ¿verdad?

Ella respiró hondo.

—No negaré que estuve casada una vez. El vicario que firmó la carta es el mismo hombre que me casó con Robert.

—Entonces sigues casada —insistió Wharton.

—Soy viuda de Robert Bagshaw —repitió ella—. Ese hombre *no* es él.

—Pero tu propia familia nunca te ha conocido como esposa o viuda —la reprendió Wharton —. ¿Nos puedes hablar de eso? ¿Por qué nos lo ocultaste? ¿Pensaste que él sería una vergüenza para tu familia extendida?

—No. —Eugenia exhaló con enojo—. Me casé con Robbie Bagshaw, tal vez fue una decisión apresurada. Tenía poco que ofrecer, ni fortuna ni conexiones en el distrito. Estaba sola, y quedé prendada de él desde el momento en que nos conocimos.

—¿Se aprovechó de ti?

—No, nunca creeré eso. Al día siguiente de nuestra boda, mi esposo partió en barco para volver con su madre, cuya salud era delicada. Yo conocía su plan de darle la noticia en persona desde el día en que se publicaron las amonestaciones, y le arreglé el pasaje con un capitán honesto que conocía y que trabajaba en Hastings. Como iba a navegar a Dover y volver en el mismo barco, debería haber regresado en un mes. Pero dos semanas después de su partida, el capitán vino a verme y me dio la noticia de que Robert había muerto. Lo sentía mucho por mí. Lloré por Robert como lo haría cualquier esposa.

—¿Vio usted su cuerpo?

—El barco estaba más cerca de Dover que de Hastings. Lo enterraron allí. A kilómetros y kilómetros de mí. Desde ese día no pude soportar mirar el mar.

Sylvia y Aurora le apretaron las manos con fuerza.

—¿Y así, simplemente decidió olvidar que estaba casada?

—No fue mi intención. —Hizo una mueca—. Cuando llegó la carta de Sylvia de la nada, proponiendo que viviéramos juntas, yo estaba de luto por dos hombres: mi hermano y un marido del que ella aún no sabía. No tenía nada por lo que quedarme en Hastings. Tenía miedo a cada momento de cómo seguiría adelante sola.

—Respondiste a mi carta como señorita Hillcrest, no como señora Bagshaw —susurró Sylvia.

—Debí haber escrito automáticamente mi apellido de soltera en la respuesta sin darme cuenta. Ni siquiera me di cuenta hasta el momento en que me presentaste a tus amigos como señorita Hillcrest. No era yo misma. Decidí no corregirte. —Suspiró—. Después de todo, solo había vivido con mi marido una noche. Parecía más fácil empezar de nuevo que volver a visitar un pasado tan breve y trágico.

Miró sus dedos desnudos. —Ni siquiera tenía un anillo o una copia del certificado de matrimonio como prueba. Robbie se había llevado este último para mostrárselo a su madre.

—Si te casaste con Robbie a los veintitrés años, y ahora acabas de cumplir veintisiete, ¿dónde ha estado estos últimos cuatro años? —preguntó Sylvia.

Aurora resopló. —Esa es una buena pregunta, y ojalá siguiera aquí para responderla ahora.

—Su ausencia parece extraña —coincidió Sylvia—. ¿Ofreció alguna explicación de por qué no volvió con ella, Alexander?

—Le pregunté sobre eso, y dijo que solo se lo explicaría a su esposa y buscaría su perdón en privado más tarde, cuando estuvieran a solas —suspiró Wharton.

—No me dejen a solas con él. Podría arrancarle los ojos y su lengua mentirosa —advirtió ella.

—Necesitaré oír esas respuestas yo mismo antes de sentirme cómodo asignándole fondos.

Eugenia miró a Wharton con brusquedad. —*No lo haga*. ¿Qué necesidad tengo de una dote si se supone que ya estoy casada?

Eso hizo que Wharton se detuviera, pero se recuperó rápidamente. —Pero no podría, en conciencia, permitir que saliera de esta casa sin saber si su marido puede mantenerla en el estilo que merece. Si no puede, le asignaré fondos.

—Ninguna cantidad de fondos hará que vivir con él sea cómodo. —El estómago de Eugenia se revolvió de pavor ante la idea—. No puede esperar que me vaya a vivir con un hombre al que apenas reconozco.

—Habla con él mañana. Averigua dónde ha estado todos estos años —sugirió Wharton.

—Fingiendo no estar casado, por cierto, también —señaló Aurora duramente y se cruzó de brazos mientras miraba a Wharton con enojo—. Difícilmente es culpa de Eugenia que fingiera no estar casada cuando él ha hecho lo mismo durante años. Yo digo que es un impostor.

Wharton levantó las manos, con las palmas hacia fuera. —No dije que me sienta cómodo con la idea de que él pueda estar engañándonos, Aurora. ¿Discutiste con Robert, Eugenia?

Eugenia negó con la cabeza. —No estuvimos casados el tiempo suficiente para eso.

—Las discusiones pueden ocurrir antes del matrimonio —murmuró Wharton, mirando de reojo a Sylvia con una sonrisa irónica.

—Estoy segura de que eso es cierto para algunos, pero no en nuestro caso —dijo ella—. Me enamoré de él y él de mí. Éramos felices, y él estaba emocionado por venir a vivir a Hastings. Había planeado cerrar su tienda en Dover y abrir una y reanudar su oficio en Hastings. Era ebanista.

—Sí, ese tipo dijo que había nacido con aserrín en las venas —dijo Wharton lentamente—. Espero con interés escuchar sus excusas sobre por qué abandonó a su legítima esposa cuando regrese. Podría haber fundamentos legales para presentar una reclamación por su manutención también.

Los tres lo miraron sorprendidos, pero fue Sylvia quien miró a su futuro marido como si nunca lo hubiera visto antes. —¿Extorsionarías al falso marido de mi prima por su manutención?

—Bueno, si nos está engañando, es poco probable que pague. Una demanda de compensación debida podría hacer que un impostor se largue —razonó Wharton y luego tomó la mano de Sylvia—. No temas, mi amor, nunca llevaría a cabo la amenaza en realidad. Es solo una estratagema para juzgar el apego de este tipo al plan de llevarse a Eugenia con él.

—Más le vale irse solo, y rápido —añadió Aurora con amargura.

Eugenia miró fijamente a Wharton. Normalmente era un buen juez de carácter. Seguramente podía ver a través de las mentiras del tipo. —¿Qué opina de él?

—Si es tu marido, entonces imagino que eventualmente pensaría bien de él por elegir casarse contigo —dijo cuidadosamente.

—¿Y si se demuestra que es un impostor?

—Espero que me concedas el placer de ocuparme de él *por* ti. —Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro de Wharton y desapareció con la misma rapidez. Wharton puso las manos sobre sus rodillas y se levantó—. Escucharemos lo que tiene que decir mañana. Disculpadme, os dejaré hablar entre vosotras.

Besó la mejilla de Sylvia y se marchó apresuradamente, desapareciendo hacia su estudio.

Sylvia se apoyó en Eugenia cuando se fue. —Espero que vaya a organizar una investigación exhaustiva del señor Bagshaw.

Eugenia volvió a poner la cabeza en su mano. —Esto es intolerable.

Sus primas le frotaron la espalda. —Podrías habérnoslo dicho.

—¿Y qué habríais hecho? ¿Mirarme con lástima por quedar viuda tan pronto después de casarme?

—Dios mío, no —prometió Aurora, dándole una pequeña sacudida—. Pero piensa en todo lo que podríamos haber logrado con nuestra prima viuda como carabina estos últimos años.

—Habría sido una severa carabina —advirtió Eugenia, aunque no le veía nada divertido a la discusión.

—Muchas cosas habrían sido muy diferentes, me imagino —murmuró Sylvia—. Podrías haber tenido amantes discretos y llevado con orgullo sus muestras de afecto —sugirió.

Eugenia puso la mano sobre su cintura, encima del regalo de Thaddeus, una cadena, mientras estudiaba a sus primas una por una. Estaban tomando bien la noticia de su matrimonio. Mejor de lo que jamás hubiera soñado. Había temido que se enfadaran en lugar de aceptarlo. Pero, ¿cómo se sentiría Thaddeus? Si estaba casada, ya no podría ser su amante. No sería justo para él. Ni para ella tampoco.

¡No puedo perder a Thaddeus! ¡No ahora que me estoy enamorando de él!

Tragó su desesperación ante esta revelación. Thaddeus estaba totalmente en contra de participar en el adulterio, y ella podría ser culpable de ese mismo pecado inmoral. Quizás él nunca querría volver a saber nada de ella. Pasó los dedos por la cadena, encontrando el dije con sus iniciales grabadas. Ahora tendría que devolverlo. —Nunca había aceptado un regalo de un amante hasta hoy.

—¿Hoy? —Sylvia frunció el ceño y se echó hacia atrás—. ¿Eso es lo que estabas haciendo anoche? ¿Encontrarte con un amante?

Asintió con tristeza. —Probablemente por última vez, a menos que pueda probar que el impostor es un mentiroso.

Sylvia se quedó boquiabierta y luego miró fijamente a Aurora. —¿Tú también tienes uno?

—¿Un amante? —Aurora se encogió de hombros—. No en este momento, pero siempre estoy esperanzada de que haya interesados.

Sylvia se humedeció los labios, frunciendo el ceño. —Realmente somos buenas guardando secretos entre nosotras. No tenía ni idea de que te escabullías para encontrarte con alguien especial.

—Ella es excepcionalmente buena, a menos que admiremos al mismo hombre —señaló Aurora y luego se rio—. Realmente deberíamos decidir si alguna vez confiaremos la una en la otra para *no* guardar secretos después de que todo esto se resuelva.

—Confío en ambas, pero hemos tenido mucho en qué pensar y poco tiempo para hablar francamente últimamente, especialmente aquí. Os juro a las dos ahora, ese hombre no es mi marido —insistió Eugenia de nuevo porque le reconfortaba decirlo en voz alta—. Lo sé en mi corazón, porque no quiero ser íntima con él. La mera idea me repugna. No podía esperar a que

Robbie me tocara cuando estaba vivo, incluso antes de saber que lo que anhelaba era natural y correcto. Así que no puede ser él, ¿verdad? Simplemente no puede.

Sylvia la abrazó. —Te creemos. No es tu marido, pero ¿cómo vamos a probarlo antes de que se corra la voz? Ese es el hombre que ha estado golpeando todas las puertas de Cavendish Square buscando a su mujer desaparecida.

Aurora jadeó. —Pero recordad, su historia siempre era diferente dependiendo de con quién hablara.

—Ni siquiera lo he visto —parpadeó Eugenia—. No puedo vivir como la esposa de ese hombre. Preferiría morir antes que renunciar a mi vida.

Aurora jadeó. —Podría reclamar todos tus fondos como suyos. Mudarse a Albemarle Street y dormir en tu cama.

—Wharton alquila Albemarle Street para nosotras ahora —le recordó Eugenia a Aurora.

—Ese hombre podría obligarte a compartir tu cama en cualquier lugar —susurró Sylvia con un tono horrorizado.

Eugenia consideró devolver el contenido de su estómago allí mismo.

CAPÍTULO 17



TEDDY PASEABA POR BOND STREET, inspeccionando los artículos a la venta en los escaparates de las tiendas con un resorte en su paso. Era un día soleado, y apreciaba enormemente la mejora del clima. Coincidía con el sentimiento de felicidad en su corazón. Estaba solo; había dejado a sus hombres en Grafton House, aunque no estaban muy contentos con ello.

Por primera vez en bastante tiempo, se sentía en la cima del mundo. Eugenia había quedado abrumada por el pequeño regalo de una cadena y un dije que él había colocado alrededor de su cintura para que nadie lo notara. Una mera primera muestra de su afecto, pero habría otras. La mujer merecía diamantes adornando su cuello, sin duda, pero eso se parecía demasiado a marcarla como su amante y ella había afirmado no querer eso.

Sentía algo especial por Eugenia. Aún no estaba seguro de qué era exactamente, pero estaba seguro de que estarían juntos por un tiempo. Apenas estaban empezando a explorar las profundidades de su atracción y lujuria mutua.

Y la explorarían. Tan lejos y tan pícaramente como fuera necesario hasta que estuvieran saciados.

Por eso estaba de compras para ella hoy. Sabía lo que quería comprar para añadir a sus retozos en el dormitorio. Observó a los que paseaban por Bond Street en busca de caras familiares para poder evitarlas. Quería asegurarse de que no hubiera testigos de su visita a un establecimiento que vendía implementos bastante atrevidos para mejorar el placer sexual.

Tan seguro como pudo estar de que no había nadie que lo conociera alrededor, alcanzó el pomo de la puerta de la tienda. El tintineo de la campanilla que anunciaba su presencia hizo que cerrara la puerta rápidamente.

Se detuvo para mirar alrededor. Esta botica en particular era un establecimiento ordenado que atendía una gran variedad de dolencias, pero también estaba repleta de implementos pícaros y prácticos. Había encontrado esta tienda una vez antes en sus propias andanzas cuando llegó por primera vez a Londres y se había asombrado por la amplia variedad de dispositivos disponibles para el placer en su interior.

Antes de venir a vivir con el Duque de Exeter, nunca habría imaginado que tales cosas existieran. Sin embargo, el escaparate apenas insinuaba los artículos que un caballero o dama en busca de placer podía adquirir aquí si tenía los fondos.

Y ahora él tenía mucho para gastar.

Hoy, buscaba algo en particular. Un dildo para complacer a su nueva amante. Eugenia había

prometido dejarle verla usarlo en sí misma.

No podía esperar para verla de nuevo. Ella no había aparecido en la casa de Lady Bisley anoche. De hecho, ninguno de ellos había asistido, aunque se esperaba que todos hicieran acto de presencia. Con la marquesa aún en cama enferma, no era inaudito que no enviaran disculpas a la anfitriona por cambiar sus planes a último momento.

Hoy parecía ser el único cliente en la tienda, así que se sentía menos incómodo de lo que normalmente estaría si lo escucharan haciendo preguntas.

Se acercó a una vitrina de cristal. Había todo tipo de longitudes y grosores de dildos dentro. Algunos hechos de madera, otros de marfil, y detrás del mostrador para la clientela más adinerada, cuarzo pulido e incluso jade. Los estudió todos, golpeando con el dedo sobre cada uno mientras consideraba y rechazaba cada uno.

Cuando dejó de golpear, el propietario salió de la trastienda con el rostro iluminado por una sonrisa de bienvenida.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, vine por un dildo, pero... —comenzó mientras miraba alrededor. Su mirada se posó en una máscara de seda ciruela bordada con hilo dorado, y pensó que le quedaría muy bien a Eugenia. Eventualmente habría un baile de máscaras al que podrían asistir juntos. Le encantaría pasar una noche con Eugenia del brazo en público, pero con sus identidades ocultas para proteger su reputación. Podría susurrarle sus deseos al oído toda la noche hasta que ella suplicara por una liberación que él estaría más que feliz de dar en algún rincón sombrío—. No estoy seguro si eso es todo lo que quiero por ahora.

—Las varas de abedul y los látigos están en ese lado de la tienda —dijo el propietario, señalando sus mercancías—. Restricciones y máscaras a la derecha. Plumas y cosquilladores al frente. A menos que quiera una cataplasma hecha especialmente. Tendrá que pedirla.

—No una cataplasma —murmuró.

Un juego de cuerdas colgadas del techo sobre la cabeza del propietario llamó su atención después, completo con esposas de metal en cada extremo. Había visto un grabado de un dispositivo similar, colgado en el marco de una cama con un amante atado a él. Pero estaba seguro de que las esposas habían sido de cuero, no de metal en el grabado. El que se ofrecía aquí parecía... casi doloroso.

Lo pasó por alto, decidiendo quedarse con lo que había venido a buscar en primer lugar. Examinó la colección de dildos nuevamente y eligió uno de mármol negro liso, de dos pulgadas de ancho en la base, nueve de largo de la punta a la base.

Volvió a las máscaras y eligió la que le había llamado la atención, junto con un cosquillador de pluma corta lo suficientemente pequeño como para caber en el bolsillo de su abrigo.

No podía esperar para usarlos todos con Eugenia, quien parecía estar tan interesada como él en explorar experiencias eróticas en el dormitorio.

Ella nunca lo acusaría de ser aburrido en la cama, como había insinuado que un amante anterior lo había sido. ¿O eran amantes? No estaba seguro de cuántos hombres habían venido antes que él, pero no importaban. Ahora él tenía a Eugenia, y ellos no. No planeaba terminar las cosas con ella en un futuro cercano.

Estarían juntos mañana o pasado mañana, si podía arreglar encontrarse casualmente con ella en la residencia de Lord Wharton esa tarde cuando llamara sin anunciarse y sugerir otro encuentro.

Pagó sus compras con monedas en lugar de ponerlas a crédito y se metió el paquete

discretamente envuelto —papel marrón y cordel— bajo el brazo antes de salir a la calle, esperando no ver a nadie que conociera.

Por supuesto, se topó de frente con un amigo.

—¡Berringer! —exclamó Lord Hurlston mientras miraba por encima del hombro de Teddy hacia la tienda de la que acababa de salir. Una sonrisa curvó sus labios—. Excelente cena la otra noche. Una lástima que tuvieras que marcharte temprano.

—¡Hurlston! —Teddy tragó saliva y se alejó unos pasos de la puerta, con su paquete firmemente sujeto bajo el brazo, mientras Hurlston se movía más hacia ella—. Fue una buena cena, ¿verdad?

Hurlston asintió.

—¿Recibiste una invitación para cenar en casa de Sullivan la próxima semana?

—Aún no —añadió, todavía esperando una rápida escapada—. Me temo que...

—La mía llegó esta mañana —dijo Hurlston, aparentemente decidido a mantenerlo hablando —. Estoy seguro de que encontrarás una esperándote cuando regreses a casa hoy. Sullivan pone una buena mesa, así que ciertamente deberías aceptar.

—Ya voy de camino a casa —prometió, mirando calle abajo. Un trío de damas conocidas se acercaba en su dirección. La señorita Waters, la señorita Draven y la señorita Long. El paquete envuelto en papel que llevaba bajo el brazo crujió, y él se tensó.

Teddy casi gimió cuando los ojos de Hurlston se posaron en él.

—Te veré más tarde —le prometió a su amigo.

—Sí, no dejes que te retenga si tienes algo urgente que hacer —Hurlston parecía morderse el labio, y luego se rio cuando Teddy pasó a su lado para irse—. ¡Disfrútalo, Berringer! —gritó en voz alta.

¡Cabrón!

Con la cara ardiendo de vergüenza, Teddy no se atrevió a detenerse de nuevo hasta que encontró un lugar donde poder llamar a un coche de alquiler para el viaje a casa.

Teddy esperaba que la próxima vez que se encontrara con su amigo, Hurlston no quisiera discutir su satisfacción con sus compras. El conde tenía el sentido del humor más extraño.

Una vez de vuelta a salvo en la casa de Exeter, se sorprendió al encontrar la casa en un bullicio de actividad inesperada. Le entregó su sombrero al mayordomo y preguntó:

—¿Qué sucede?

—El duque y la duquesa han regresado.

Teddy gimió por el mal momento. Sinclair y Kitty no debían volver hasta dentro de unos días.

—Si alguno pregunta, volveré enseguida.

—¿Por qué esperar? —dijo el duque justo detrás de él.

Teddy hizo una mueca y se dio la vuelta.

—Primo, ¿cuándo llegaste a casa?

—Mientras estabas fuera, obviamente —Sinclair se acercó y lo abrazó—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien. Pensé que estarías fuera otra semana o más aún.

El duque gruñó.

—Kitty invitó a una invitada a quedarse con nosotros sin decírmelo hasta que estábamos a punto de salir de la finca de los Baxter. Ha echado por tierra todos mis planes de consentirla con un viaje prolongado fuera de la ciudad.

—Oh, lo siento mucho.

—Nadie más que yo —Sinclair instó a Teddy a entrar en la biblioteca y cerró las puertas—. Esto no es lo que había planeado, y lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Sinclair hizo una mueca.

—Kitty invitó a la señorita Felicity Hunter a quedarse con nosotros.

Pero Teddy sonrió.

—¿Cuándo llega?

—Ya está aquí —gruñó el duque—. Y su padre también vino.

Ahora, Teddy *sí* hizo una mueca. El hermano de la duquesa, el señor Hunter, tendía a hacer un desastre... además de tener el peligroso hábito de hacer estallar cosas.

—Espero que no te importe —preguntó el duque.

—¿Por qué habría de importarme?

—Bueno, Felicity necesitará que la escoltes de vez en cuando. No podemos llevar a su padre a ningún sitio con objetos frágiles. Aunque ha accedido a limitar sus experimentos a esta casa, así que debería ser relativamente seguro —Sinclair sonrió—. Baila un poco con ella y ayúdanos a vigilar a los canallas que merodean por ahí.

—Se las arregló bastante bien por sí misma la pasada Navidad —le recordó Teddy a su primo.

—Eso fue diferente —continuó Sinclair—. Eran los hijos de nuestros amigos los que le susurraban. Aquí en Londres, con su bonita apariencia, se la comerán para desayunar.

—Hablaré con mis amigos. Todos podemos estar atentos a cualquier problema relacionado con ella y los canallas.

—Te lo agradecería —el duque se hundió en una silla con un gemido—. Entonces, ¿qué has hecho mientras estábamos fuera?

—Esto y aquello —dijo, evadiendo una respuesta clara—. ¿Has visto el correo de hoy?

—Aún no. ¿Por qué?

—Me encontré con Hurlston, y mencionó que podría tener una invitación para cenar con Lord Sullivan.

El duque lo estudió.

—Sullivan tiene una prima viuda.

—Soy consciente de ello. La señora Smith —hizo una mueca—. Me guiñó un ojo cuando te seguía por la sociedad hace dos años, cuando aún era una mujer casada.

—Ah, así que no estás nada interesado.

—Ya intentó atraerme al adulterio una vez. Ciertamente no seré víctima de ello como hombre casado con ella —sonrió—. Como no esperaba que volvieras hasta dentro de una semana, me temo que aún no he planeado tu cena de bienvenida.

—Kitty organizará algo para mañana por la noche con la ayuda de Felicity. ¿Hay alguien especial a quien desees que asista?

La duquesa ocasionalmente invitaba a Sylvia Hillcrest a cenar. Sus primas, Eugenia y Aurora, no siempre la acompañaban. Él deseaba ver mucho a Eugenia y tenerla aquí podría ser divertido. Conocía todos los mejores escondites de esta casa. Lugares perfectos para que los amantes intercambiaran un beso o algo más.

—Wallingham y Pinner siguen en la ciudad y siempre disfrutan vaciando tus decantadores.

—Sí, he notado esa tendencia. Le pediré a Kitty que los incluya también, y que busque a algunas otras mujeres para que se unan a nosotros y mantener los números parejos.

—Siempre podría invitar a todos los Hillcrest con una sola invitación.

—No es mala idea —meditó el duque—. Con el futuro de la del medio establecido, Kitty mencionó que le gustaría ver a las otras encontrar maridos adecuados también.

—Pinner podría ser buena compañía para la señorita Hillcrest más joven en la cena —murmuró. La pareja había estado intercambiando miradas especulativas en el último baile al que habían asistido juntos. Si Kitty los sentaba juntos, él podría terminar sentado al lado de Eugenia. Por supuesto, podría pedirlo, pero si lo hacía, estaría alertando a la duquesa —y a su primo— sobre dónde yacían sus intereses.

Teddy se levantó de su silla, pero puso su mano sobre el paquete a su lado.

El crujido del papel atrajo inmediatamente la atención del duque.

—¿Qué es eso?

—Nada —tragó Teddy, luchando por evitar que un delator rubor subiera a su rostro—. Debería guardar esto y cambiarme antes de ver a la señorita Felicity.

Los ojos del duque se estrecharon sobre el paquete en su mano, y luego sus cejas se elevaron en su rostro.

—Sí, probablemente sea una buena idea si eso es lo que creo que es.

Teddy salió de la habitación tan rápido como pudo.

Se cambió y se dirigió a las habitaciones que la duquesa usaba la mayoría de los días. Ante su llamada, ella le instó a entrar.

—Por fin apareces —exclamó.

—Yo también te extrañé, Kitty —prometió, besando el dorso de su mano extendida—. ¿Sinclair te dio algún problema mientras estaban fuera?

—Solo los habituales. Nunca quiere levantarse de la cama por la mañana —se quejó, pero rió. Sinclair se había vuelto un poco más propenso a dormir hasta tarde desde su matrimonio con Kitty. Eso era justo y bueno. Teddy se había sentido de la misma manera la última vez que salió de la cama de Eugenia, en realidad.

—Entonces, ¿oigo que tenemos un par de invitados?

—No te preocupes, mi hermano ha salido. Todos estamos completamente a salvo de sus experimentos por la tarde.

Teddy se sintió un poco más tranquilo, pero probablemente habría peligros que evitar mañana. Tendría que mantener la cabeza fría.

La puerta se abrió de golpe y una joven entró corriendo en la habitación. —Tía, nunca adivinarás lo que se me ocurrió... —Se detuvo en seco e hizo una reverencia—. Señor Berringer.

Teddy se puso de pie e hizo una reverencia. —Señorita Felicity. Qué maravilloso verla de nuevo.

La sobrina de la duquesa era joven y bonita, y sonrió con picardía. —Apuesto a que piensa que es demasiado pronto desde la última vez que nos vimos.

Él hizo una mueca y miró alrededor con exagerada sospecha. —Confío en que una de sus nuevas amigas no esté escondida detrás de otra cortina por ahí.

Felicity frunció el ceño. —Oh, definitivamente dejé a esa tonta atrás... ¡qué descaro tratar de comprometerse contigo! Eres tan viejo —bromeó.

Teddy suspiró dramáticamente. Varias de las nuevas amigas jóvenes de Felicity habían intentado coquetear con él. Había aprendido a ser cortés pero siempre listo para huir. —Es una maldición, en efecto, ser tan anciano.

La duquesa se rió. —No dejes que su gracia te oiga lamentar tu edad. Te dirá que te apresures

y te busques una esposa de nuevo.

—¿Más de lo que lo hace ahora? ¿Es eso siquiera posible?

—Quiere que seas feliz.

—Te aseguro que lo soy.

Volvió su atención a la sobrina de la duquesa. Había crecido en Londres pero nunca se había movido en los mismos círculos que el duque. Esperaba que ella encontrara su lugar más rápido de lo que lo había hecho Teddy. Los pícaros y sinvergüenzas encontrarían su rostro fresco y su sonrisa demasiado intrigantes. —No preguntaré cómo está tu padre. Supongo que ya me habría enterado si se hubiera volado un miembro o otro dedo.

—Mi hermano ha salido a visitar viejos lugares, Teddy.

—Tía, ¿puedo retirarme un momento?

—Por supuesto. Date prisa en volver, querida.

Felicity salió corriendo de la habitación, y la duquesa suspiró. —Si tan solo su entusiasmo por estar en Londres no fuera tan evidente en su velocidad por la casa.

—Es joven.

—Al igual que usted, señor. No escuche a mi sobrina declararlo decrépito.

Él se rió. —Me alegro de que me considere demasiado viejo para ella y sus amigas. Significa que no tengo que preocuparme por trampas cuando ella está cerca.

—¿Ha habido algún incidente mientras estábamos fuera?

—No. Pero siempre estoy tomando precauciones para evitar esposas y solteronas.

Bueno, normalmente evitaba a las solteronas. De Eugenia, no podía verla lo suficiente.

De hecho, estaba empezando a pensar que siempre le gustaría verla...

—Ya he recibido una nota de Lady Starling. Insinuó que habías puesto tus ojos en su hija.

—No es cierto —juró.

—Lady Norris también afirmó que había un vínculo en ciernes entre tú y la señorita Waters.

—Puedo prometerte que no tengo ningún vínculo con ninguna de las dos damas, pero sí disfruté hablando con la señorita Waters en un baile.

La duquesa se mordió el labio por un momento. —Se dice, también, que tú y Lady Fuller se separaron en malos términos.

—¿Separaron?

—¿Debo decirlo claramente?

Teddy parpadeó. —Nunca estuvimos involucrados.

—Y armaste un alboroto con la señorita Waters para ponerla celosa.

—Dios mío, los chismosos lo tienen todo mal. Lady Fuller fue grosera con la señorita Waters, con quien me habían prometido bailar. —Exhaló un suspiro—. La señorita Waters es amiga de mis amigos, Wharton y las damas Hillcrest. Simplemente la estaba ayudando a ser vista lejos de la compañía de las flores de pared, como podrías haber querido que hiciera con cualquiera.

—Entonces, ¿no te importa que un hombre pelirrojo la haya estado visitando?

—Me alegra enormemente oírlo —prometió—. Le presenté a un joven pelirrojo a la señorita Waters en ese mismo baile. Es un conocido.

La duquesa exhaló un suspiro de alivio. —Me agrada mucho la señorita Waters, pero no tanto sus padres distraídos.

—No tienes nada que temer. No haré ningún compromiso sin considerar tus sentimientos, o los de mis primos también.

La duquesa le sirvió una taza de té, y la señorita Felicity regresó. Ahora llevaba un vestido diferente, más bonito y más apropiado para recibir visitas. Miró a la duquesa, luego vio que había más tazas que personas. —¿Esperas amigos?

—Lady Darrow viene.

—Entonces debería escabullirme mientras aún pueda y permitirles la privacidad de una reunión de damas.

—Eres bienvenido a quedarte.

—Una discusión sobre sombreros y lazos me interesa muy poco, su gracia.

—Eso no es todo de lo que hablamos.

—Bueno, sea cual sea el tema, probablemente no sea para mis oídos —murmuró. Lady Willa estaba involucrada en una aventura de años con el Duque de Baxter, un hombre casado. Algo que él desaprobaba, y todos lo sabían, excepto quizás la joven Felicity.

Hizo una reverencia y salió rápidamente antes de que Lady Willa pudiera llegar.

Entró en la biblioteca y cerró la puerta tras él.

Teddy encontró a Sinclair, de pie junto a un atril colocado al lado de la ventana, entrecerrando los ojos ante un libro con sus nuevas gafas puestas.

Teddy se aclaró la garganta. —¿Problemas otra vez?

El duque hizo un sonido inusualmente enojado y cerró el libro de golpe.

Se dirigió furioso hacia su estudio. Teddy esperó un momento y luego lo siguió.

Los ojos del duque habían empezado a darle problemas hace algunos meses, aunque no admitiría ningún impedimento. Simplemente odiaba usar anteojos.

Teddy se sirvió una copa y luego agitó la licorera hacia Sinclair, ya que tenía un vaso en su escritorio. —¿Un relleno?

El duque negó con la cabeza.

Teddy se movió por la habitación, estudiando los lomos de los muchos libros del duque, esperando hasta que su gracia no estuviera tan incómodo. —Veo a qué te refieres con Felicity. Está aún más bonita que en Navidad.

Como respuesta, el duque solo gruñó.

—Vamos, primo, ninguna espina en tu costado es tan mala como para que no puedas hablarme de ella en confianza.

—No me gusta envejecer —refunfuñó finalmente el duque.

—A nadie le gusta. Por favor, no empieces a ponerte cebolla hervida en la cara dos veces al día para evitar alguna que otra arruga.

—¿Quién hizo eso?

—Mi padre.

Eso, al menos, hizo reír a Sinclair.

—También tomaba baños de barro y cúrcuma, y se hacía sangrar regularmente —confió Teddy—. Los últimos años de mi padre estuvieron dedicados a preservarse para un largo reinado como el próximo Duque de Exeter.

—Eso explica por qué siempre estaba de tan mal humor —murmuró el duque.

—Y apestaba a cebolla constantemente. —Teddy sonrió—. Tú pareces tener la mitad de la edad que él tenía cuando murió, y eras mayor por tres años. *Él* caminaba con bastón.

—Para sentirse importante —dijo el duque con pesar—. Ah, Teddy. No quiero envejecer y morir.

—Nadie quiere —prometió Teddy—. Pero no morirás pronto. Vivirás hasta los ciento tres

años, lo suficiente para ver a mis hijos casarse.

—Un duque para siempre, lo dudo —le regañó.

—No tengo prisa por perderte, como ya te he dicho antes.

El duque miró fijamente su escritorio. —Baxter me decía ayer que duda del amor de su hijo por él.

—Eso puede pasar. Tampoco hay amor entre Pinner y su tío.

—¿Por qué es diferente con nosotros?

—Porque tenemos un sentido del humor compatible. —Teddy sonrió—. Podríamos pelear también, si quieres.

El duque negó con la cabeza. —Creo que me es imposible pelear contigo. Te quiero demasiado.

—Entonces deja de preocuparte.

—Sería más feliz si...

Teddy puso los ojos en blanco. —No me casaré solo porque creas que estás a punto de morir.

Sin embargo, cuando imaginó casarse hoy, de repente pensó en Eugenia con anhelo. Probablemente tendría que contarle al duque sobre el romance, porque siempre había tenido la costumbre de confiarle todo lo importante a su primo eventualmente. Y los ojos de Sinclair eran agudos, a pesar de sus recientes problemas con la letra pequeña en los libros. —He empezado a pensar en amueblar la casa que me regalaste.

El duque frunció el ceño. —No te irás por la presencia de Felicity aquí, ¿verdad?

—En absoluto. Empecé a pensar en ello, y me da algo que hacer de vez en cuando.

—Siempre serás bienvenido a vivir aquí —prometió Sinclair.

—Una casa vacía es una casa triste —dijo—. Si la amueblo, podría alquilarla y guardar los fondos extra o invertirlos en algo que valga la pena.

—Bien, sea lo que sea que decidas, lo aceptaré. Solo no pienses nunca que no te quiero aquí.

La casa de Londres del duque era lo suficientemente grande para la familia actual. Pero Teddy realmente no tenía un espacio propio aquí. Ninguna privacidad. Ningún lugar para llevar a su amante. No le importaría tener un estudio propio y un lugar para descansar sin interrupciones, como podría tener en Clifford Street, o incluso en Albemarle Street, donde se había encariñado mucho de visitar.

La puerta se abrió de golpe y apareció Hurlston, con los ojos desorbitados, sin el habitual lacayo que lo acompañaba para ver si el duque estaba libre.

Hurlston se disculpó profusamente con el duque por la interrupción, pero se dirigió a Teddy. —Tuve que venir a compartir la noticia que acabo de escuchar.

—¿Qué noticia?

—¡Parece que Eugenia Hillcrest es una mujer casada! ¡Ella es la señora Bagshaw por la que ese tipo preguntaba fuera de la casa de Wharton la otra semana!

—No... —susurró Teddy.

Hurlston asintió profusamente. —¿Recuerdas cómo nos molestó a todos esa noche? Bueno, ese es su marido. ¡Imagínate! Ha venido a reclamarla y llevarla de vuelta a Dover. Pasé por la casa de Wharton, y se le escapó. No lo está tomando bien.

Teddy estaba seguro de que el suelo bajo sus pies se movió... y no de una buena manera.

CAPÍTULO 18



EUGENIA LLEVABA TRES días revolcándose en la cama desde el regreso de su marido cuando escuchó el sonido inconfundible de alguien abriendo la puerta de su alcoba. Rápidamente se limpió los ojos, avergonzada de que la hubieran pillado sintiendo lástima de sí misma. Aunque consideró levantar la cabeza para ver quién era, aún no quería enfrentarse a sus primas. Supuso que era una de ellas que venía a ver cómo estaba una vez más.

El impostor volvía día tras día, solo para ser despachado después de una hora de incómoda conversación con ella. Eso era todo lo que podía soportar antes de que la miseria empezara a vencer a su sentido común. No sentía nada de su antiguo amor cuando estaba con el hombre. Él no paraba de hablar de que vivieran juntos y a ella se le ponía la piel de gallina.

Pero pronto tendría que enfrentarse a él de nuevo, y eventualmente a todos los que no estaban relacionados con esta casa. Sus primas entendían su reticencia a mostrarse al mundo y no la habían presionado para que recibiera a nadie. Le prometieron que Wharton también lo entendía. Aún no había sido lo suficientemente valiente como para enfrentarse a la marquesa o a Thaddeus... aunque él ni siquiera se había molestado en llamar para ver cómo estaba bajo semejante nube de escándalo.

Estaba segura de que ya debía haberse enterado. Su silencio era casi ensordecedor. Después de lo que habían compartido en las últimas semanas, de lo que debía haber oído de los chismes, estaba segura de que lo había impactado tanto que ya no le agradaba.

Un extraño crujido se acercó, junto con los pasos vacilantes de alguien que intentaba ser silencioso.

El crujido se detuvo y los pasos se apresuraron a salir de la habitación.

Eugenia se incorporó y se encontró cara a cara con la Marquesa de Wharton. La mujer mayor era una figura diminuta en su silla de inválida, pálida como una sábana, con las mejillas hundidas y los ojos tristes. Era la primera vez que se aventuraba fuera de su habitación, que Eugenia supiera.

—Mi señora.

—Bueno —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Buenos días —dijo rápidamente, apartándose el pelo de la cara y poniéndolo en cierto orden, incorporándose del todo para sonreír a la mujer mayor. La marquesa había insistido en que se la mantuviera informada de todos los asuntos relacionados con la familia y la sociedad en general, a pesar de su lenta recuperación. Sylvia habría informado a la marquesa de la nueva

situación de Eugenia: el regreso de su marido de entre los muertos.

—No estás en tu mejor momento para intentar esa sonrisa, así que no lo intentes —los ojos de la marquesa se entrecerraron aún más—. No estás contenta.

—No —Eugenia negó con la cabeza—. No he podido dormir.

—Estoy familiarizada con esa dificultad, junto con muchas otras dolencias. Pero nunca dejaría que un marido me privara de mi descanso.

La marquesa tenía un ingenio seco que normalmente la hacía sonreír. Sin embargo, hoy estaba más allá de cualquier ánimo. —He estado intentando reconciliar mi recuerdo de Robbie Bagshaw con el extraño que apareció en el salón, sin éxito. No pueden ser el mismo hombre, y sin embargo las similitudes están ahí para verlas. Sabe cosas sobre mí que solo mi marido podría saber. Planes que hicimos para encontrarnos en secreto antes de casarnos.

La marquesa hizo una mueca al moverse en su silla, inclinándose un poco más cerca. —Las similitudes son comunes en las familias. ¿Tu marido tenía un hermano? ¿Un primo?

—No mencionó a nadie más que a su madre. Era todo lo que ella tenía en el mundo, según dijo.

—Debe haber un propósito para que tu marido venga a reclamarte ahora.

—No es mi marido —espetó Eugenia, y al instante se arrepintió del arrebato—. Perdóneme, mi señora.

Sin embargo, una sonrisa complacida arrugó el cansado rostro de la marquesa. —Aférrate a tu creencia de que es un impostor, niña. La miseria no te sienta bien. Tu determinación será puesta a prueba en los días venideros, estoy segura. Ponlo a prueba —jadeó de repente y rápidamente hizo sonar una campanilla que había estado oculta por sus manos en su regazo—. Averigua dónde ha estado todos estos años —dijo con un jadeo.

La doncella de la marquesa entró corriendo y, al ver a la marquesa en apuros, giró cuidadosamente la silla de inválida hacia la puerta. Pero la mano de la marquesa se alzó de repente para detener su salida. —Eugenia, sé lo más arpía que puedas cuando lo interrogues. Interpreta el papel de esposa infeliz a la perfección y dale todas las razones para que reconsidere su estratagema. Si nunca estuvo muerto, entonces tu marido te abandonó durante cuatro años. Nunca le dejes olvidar su falta como tu proveedor y protector. Cuestiona su honor en cada oportunidad que tengas.

La marquesa se rió, pero rápidamente se convirtió en un jadeo de dolor. —Para empezar —croó—, sal con tu prima y compra algo extremadamente caro e inútil y entrégale la factura para que la pague.

—Si no puedo permitirme pagar extravagancias de mi propio bolsillo, nunca haría tal cosa —le recordó Eugenia a la mujer mayor, que a veces olvidaba que la familia Hillcrest no estaba tan bien económicamente como los Wharton.

—¿Un impostor sabría eso de ti?

—Robbie lo sabría.

—Eso es lo que pensaba. Wharton pagará cualquier cantidad insignificante que consideres extravagante, querida —prometió Lizzy—. Apenas notará la pérdida en su bolsillo, te lo aseguro.

—Siempre podría devolver el artículo cuando se haya demostrado que él no podía permitirse una esposa —meditó Eugenia.

—Haz lo que creas que es correcto, querida. Siempre lo haces.

La doncella sacó a la marquesa lentamente según sus órdenes, teniendo cuidado de no sacudirla más de lo necesario.

Aurora entró en la habitación casi inmediatamente. —¿Era esa la marquesa fuera de la cama?

—En efecto, lo era. Pensé que por fin se sentiría mejor, pero creo que solo echa de menos darme órdenes.

Aurora la hizo callar. —Sylvia se sentirá tan aliviada de oír que se levantó. ¿Qué quería?

Eugenia sonrió. —La marquesa es una mujer notablemente decidida e inteligente. Ve las cosas desde una perspectiva única en la que yo nunca habría pensado.

—Casi me da miedo oír lo que sugiere que se haga —dijo Aurora mientras se subía a la cama como si esperara un buen cuento, frotándose las manos—. Así que cuéntame.

—Una de las cosas que Lizzy sugirió es que compre de forma extravagante y le entregue la factura a mi supuesto marido para que la pague.

—Oh, cielos —dijo Aurora con una risa maliciosa, claramente emocionada con la idea—. Eso podría ser doloroso para él si me dejas ayudarte.

—En efecto, podría ser —convino Eugenia. No tendría que ser realmente extravagante al principio. Podría ir aumentando gradualmente, provocándolo con los continuos gastos que una esposa podría incurrir durante una temporada en Londres. Eugenia sabía que aquel desconocido no era su marido, pero aún no podía demostrarlo a menos que él se olvidara de sí mismo—. He estado lidiando con este problema durante días, pero no puedo esperar a que el investigador de Wharton informe. La marquesa ha proporcionado el pararrayos para incitarme a deshacerme de él de una vez por todas.

—¡Quiero ayudar! —exclamó Aurora—. Iré a cambiarme para salir contigo.

—Gracias —le gritó a su prima, agradecida por su apoyo incondicional.

Si Robbie hubiera abandonado a Eugenia, ella tendría todo el derecho a estar furiosa con él. Se había casado con él, le había entregado su inocencia, y los pocos fondos que había ahorrado —cincuenta libras— se habían ido con él tras su matrimonio. Para ella, esos fondos habían sido una fortuna. Y aún lo eran. Cuando el impostor se atreviera a quejarse hoy de sus gastos elevados, ella podría exigirle saber qué había sido de su dinero... y de cualquier dinero para alfileres que debería haberle pagado durante los años que había estado ausente.

Eugenia corrió hacia su armario, pero solo la recibieron colores apagados y tonos oscuros. No es que hubiera elegido deliberadamente llevar luto por Robbie durante todos estos años. Había creído que los colores oscuros le sentaban mejor a su tez que los vestidos pálidos. Pero ahora, si este desconocido afirmaba que ella era una esposa, bueno, tenía todo el derecho a desear un guardarropa completamente nuevo de ropa brillante en cualquier color que le apeteciera.

Se cambió y se puso su vestido más bonito para su excursión de compras a primera hora de la mañana y luego fue a su tocador, donde vio el regalo de Teddy en su cajón. Lo cogió y su corazón lo añoró mientras lo admiraba de nuevo.

Un regalo secreto tan perfecto, pero su aventura probablemente había terminado ahora.

Aurora regresó, vestida para salir, sonriente y ansiosa por ponerse en marcha. Pero se quedó mirando a Eugenia, sentada frente a su espejo.

—Por favor, dime que no te estás acicalando para impresionarlo.

—No seas ridícula —por impulso, decidió llevar el regalo de Teddy alrededor del cuello en lugar de la cintura a partir de ahora. La cadena de oro y el dije cayeron por su corpiño, y le gustó bastante cómo se veía llevando la prenda del afecto de su amante.

Esperó, no por primera vez, no haberlo perdido.

Aurora se acercó, frunciendo el ceño ante el collar.

—¿Es de *él*? ¿De Teddy?

—Sí. Había pensado devolvérselo cuando termináramos, pero aún no puedo renunciar a él.

—No te culpo. Yo también querría conservarlo —confesó Aurora.

Eugenia asintió lentamente. Lo único que había aceptado en los últimos días era que no le gustaba Thaddeus solo por la pasión. *Lo amaba*. Lo que más le dolía era saber que lo había perdido antes de estar lista para dejarlo ir.

EUGENIA Y AURORA subieron tambaleándose las escaleras de Wharton House cuatro horas más tarde, completamente exhaustas y riendo, con su lacayo, el señor Bloom, y un mozo del carruaje detrás, ambos con los brazos llenos. Todos los años que Eugenia había escatimado y ahorrado cada chelín para llegar a fin de mes habían reprimido su deseo de cualquier extravagancia personal. Eso había llegado a su fin hoy de la mejor manera imaginable.

Eugenia había descubierto que, una vez que se le daba una buena excusa, tenía gustos bastante caros después de todo.

Aurora se lo había pasado en grande señalándole artículos para su consideración. Eugenia ahora poseía tantos pares de zapatillas de baile que realmente no necesitaba que había sentido una punzada de vergüenza ante el probable total al final del día.

Pero estaba tratando de demostrarle al impostor de su marido que no podía permitírsela, ni continuar con su pequeño juego un día más.

El mayordomo tomó sus sombreros y susurró:

—Ha regresado.

A Eugenia le gustó que el mayordomo no se refiriera al desconocido como Robert Bagshaw, un hombre perdido y llorado.

—Gracias. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En la biblioteca con Lord Wharton.

Cuando otros lacayos intentaron aliviar al señor Bloom de sus paquetes y llevarlos arriba, ella les pidió en cambio que apilaran sus compras en la mesa redonda en el centro del vestíbulo principal.

—Señor Bloom, ¿tiene por casualidad las facturas de todo esto?

—Las tengo —prometió.

Eugenia le había confesado su plan al principio de su excursión de compras en un intento por desenmascarar al impostor. Decir que él la apoyaba era quedarse corto. La creyó de inmediato. Dijo que no le había gustado el aspecto de ese tipo molesto que seguía rondando por las grandes casas de la plaza.

—Sea un buen hombre e interrumpa a Lord Wharton para entregar las facturas al caballero que finge ser mi marido en la biblioteca. Estoy segura de que a Wharton no le importará.

Mientras esperaba el regreso del señor Bloom, Eugenia revoloteaba alrededor del vasto montón, mostrándole de nuevo sus compras a Aurora y, una o dos veces, atrayendo al mayordomo para pedirle su opinión también.

—Encantador —murmuró él, desconcertado por su comportamiento.

Ella no quería que todos pensaran que se había convertido en una tonta sin ingenio ni inteligencia. Le deslizó una propina.

—La marquesa sugirió que una excursión de compras mejoraría mi humor y agriaría el del impostor.

El mayordomo se rio suavemente.

—Ah, eso explica su —buscó la palabra adecuada— transformación.

El impostor salió furioso de la biblioteca, prácticamente echando fuego por la boca, y el mayordomo sabiamente retrocedió.

—¿Qué significa esto, mujer?

—Solo unas cuantas cosillas que necesitaba —dijo Eugenia con el tono más atolondrado que pudo manejar al verlo—. Sabía que te encargarías felizmente de todo.

Él agitó los papeles hacia ella.

—¿Estás tratando de arruinarme? No pagaré ni la mitad de esto. Devuélvelo todo.

—No podría hacer eso. Llevaría todo el día y rompería los corazones de esos pobres tenderos —dijo ella con un encogimiento de hombros despreocupado—. Después de todos los años que he pasado sin nada, seguramente puedes entender por qué estoy ansiosa por llamar la atención ahora. Todos creen que fui una novia abandonada. Esto demostrará que no lo soy y ayudará a mejorar la opinión que la sociedad tiene de mí.

El impostor rechinó los dientes. Ella los oyó rechinar antes de que apareciera su sonrisa aceitosa.

—Por supuesto, querida. Compra lo que te haga feliz. Al fin y al cabo, toda la alta sociedad vive del crédito.

Wharton lo había seguido y observaba con curiosidad.

—Las mujeres son criaturas costosas, Bagshaw —le advirtió—. Satisfaces una necesidad y pronto surge otra. Probablemente debería entregarte ahora mismo sus otras facturas y discutir un acuerdo sobre los gastos pasados y el mantenimiento que he soportado en su nombre. Agradece que no le gusten los caballos ni los carruajes finos, o tendrías que cargar también con los gastos de las caballerizas.

—Realmente no tiene sentido que yo me quede con sus facturas cuando ahora tiene un marido perfectamente capaz de saldar sus cuentas por toda la ciudad. No debería llevarnos mucho tiempo, si tienes un momento para revisar el montón que es mucho más grande que esas —prometió Wharton, señalando vagamente sus compras—. Señor Bloom, ocúpese de todo esto, tal como lo ha hecho con las otras en el pasado.

—Sí, mi lord —asintió el señor Bloom.

El mayordomo se adelantó.

—¿Debo servir una botella de ese champán francés que tanto le gustó cuando el Príncipe Regente llamó la última vez con el almuerzo de hoy?

—Oh, por favor, mi lord —exclamó Eugenia, llevándose las manos al pecho—. Me haría tan feliz, pero seguramente necesitaremos tres botellas.

—Lo que tú quieras, querida —prometió Wharton—. Solo lo mejor para los parientes de mi futura esposa.

—Oh, es usted realmente un hombre encantador —dijo Eugenia efusivamente—. Es justo lo que necesitamos para recuperar nuestras energías antes de salir de compras otra vez esta tarde.

Los ojos del impostor se abrían cada vez más mientras ella se deshacía en elogios y mentía sobre sus planes, pero su boca permaneció firmemente cerrada. Tendría que esforzarse más para irritarlo.

—Estoy deseando salir a las diversiones de esta noche.

Eso le soltó la lengua.

—¿Salir? ¿Adónde?

—La duquesa de Baxter organiza una cena benéfica para recaudar fondos para los pobres huérfanos. Seguro que habrá una guerra de pujas por quién consigue el primer baile con su hijo. La última vez, atrajo una puja ganadora de quinientas libras. Este año lo haré mejor y venceré a todos.

Los ojos de Bagshaw se desorbitaron.

—¿Tienes quinientas libras para desperdiciar en un baile?

—Oh, cielos, no. El dinero nunca cambia de manos realmente en estas cosas. Sería demasiado vulgar. Simplemente prometo pagar, y todo se resuelve al final.

—Yo pagué el año pasado —mintió Wharton, ya que Eugenia no lo conocía entonces, ni vivía bajo su techo en ese momento—. Pero, por supuesto, estoy feliz de hacerme a un lado para que tengas el honor de pagar la cuenta tú solo.

Wharton se alejó, cubriéndose la boca para ocultar una sonrisa, y regresó rápidamente con las manos llenas de papeles.

—No he tenido tiempo de ordenarlo todo aún, pero estoy seguro de que te las arreglarás admirablemente sin mi ayuda. Deberían ser solo unos miles de libras este trimestre. Te haré llegar el resto mañana, o pasado mañana a más tardar.

El impostor miró fijamente los papeles y luego a ella como si fuera una serpiente viva.

—Puedo ver que cuanto antes regresemos a casa en Dover, mejor. Londres ha corrompido a la dulce muchacha de la que me enamoré hace tantos años.

—¿Dulce? —Eugenia frunció el ceño—. Nadie me ha descrito jamás como dulce. Especialmente no Robbie. —¿Y dónde estabas *tú* durante todos esos años, si se puede saber?

—Discutiremos eso más tarde —echó un vistazo a los papeles—. Después de que me ocupe de esto —dirigió una mirada fulminante al mayordomo—. Bueno, no se quede ahí parado. Tráigame mi sombrero, hombre.

Wharton dio un paso adelante.

—¿No vamos a saldar sus deudas ahora?

—No. Me temo que tengo un compromiso importante para el que llego tarde. Volveré mañana —afirmó el impostor—. Y espero que no vuelvas a llegar tarde.

Wharton asintió al mayordomo para que fuera a por el sombrero, pero sus ojos permanecieron fijos en la forma abiertamente hostil de Bagshaw.

Eugenia se pegó una sonrisa de despreocupación en la cara mientras observaba a su supuesto marido luchar por controlar su temperamento. Para irritarlo aún más, hizo girar sus faldas. Parecía vacua y tonta, pero ¿qué le importaba si él pensaba mal de ella? Obviamente la tomaba por una tonta que dócilmente se pondría en fila y haría lo que él exigiera.

Robbie nunca se habría comportado como este hombre. Él había sido un caballero. Respetuoso con los que estaban por encima y por debajo de él. Se habría sentido avergonzada de casi arruinar a su difunto marido si él hubiera estado aquí, en lugar del extraño que ocupaba su lugar.

Bagshaw se volvió hacia ella. Vio el momento exacto en que notó el atractivo de su cuerpo. Sus fosas nasales se dilataron mientras se acercaba, con la mano extendida.

—Muéstrame esa bonita sonrisa otra vez mañana, esposa, y todo irá bien entre nosotros.

Pero su sonrisa había sido para Robbie... no para un sinvergüenza que llevaba su cara.

Se mantuvo firme, decidida a no responder a su súplica de poner su mano en la suya. No

quería sus manos sobre ella en ninguna parte. Sin embargo, él se acercó de todos modos y le arrebató la mano. Su toque era repulsivo, incluso con los dedos enfundados en guantes. Le apretó la mano con fuerza y sus ojos se clavaron en los de ella.

Entonces hizo algo que casi le hizo doblar las rodillas. Acarició con el pulgar el dorso de su mano, de la manera en que Robbie lo había hecho para encantarla cuando se conocieron.

De la manera en que ella todavía lo hacía ocasionalmente para confundir a los caballeros.

Apartó la mano bruscamente. Horrorizada de que él conociera incluso ese truco.

El impostor sonrió.

—Quizás mañana estés de un humor más amoroso, esposa.

—Nunca —siseó ella, dejando caer todo rastro de estupidez vacua.

Los ojos del hombre bajaron a su escote.

—En efecto, he estado alejado demasiado tiempo de las delicias de mi esposa. No temas, no te dejaré sola otra vez, esposa. Primero a mis brazos, y luego a casa a la cama —lo dijo todo suavemente y con un grado de certeza que la hizo querer estremecerse.

Wharton se acercó, claramente tratando de escuchar lo que le susurraba. Sacudió la cabeza, aparentemente perdiendo la amenaza pero no el cambio de atmósfera entre ella y el impostor.

De repente estaba a su lado, parado más cerca de Eugenia de lo que normalmente lo haría.

—¿Tiene usted una casa, señor? ¿Dónde está?

—Es una encantadora propiedad en Albemarle Street. Pregunté por ahí y me dijeron que está alquilada a mi esposa, aunque ahora pertenece a su marido —se burló, sonriendo con su sonrisa aceitosa.

Eugenia casi se abalanzó sobre él para arañarle los ojos, pero Wharton le cogió la mano y la mantuvo firmemente en su lugar.

—Ni se te ocurra —le siseó.

—*Nuestro* hogar ahora. Todo lo que necesito es una llave o un cerrajero —el impostor sonrió, claramente satisfecho consigo mismo—. Volveré a por mi esposa mañana.

Eugenia esperó hasta que se fue antes de volverse hacia Wharton.

—¿Cómo pudiste decirle lo de Albemarle Street?

—Nunca le mencioné nada sobre el lugar. Eso significa que o te ha seguido hasta allí o ha estado haciendo preguntas —Wharton se encogió de hombros—. No te preocupes. Los hombres que siguen a Bagshaw informarán de cualquier incursión en la casa y agilizarán su desalojo. El contrato de alquiler está a *mi* nombre, no al tuyo. Si va allí, estará allanando la propiedad.

—Pero mis pertenencias están allí. Necesito saber que no está yendo ahora para tomar posesión. Podría llevarse todo lo que valoro y alegar que es su derecho.

Wharton asintió.

—Enviaré a algunos sirvientes para que se queden allí e informen, pero debes prometerme que no volverás a ir sola.

—Él no me haría daño.

Wharton la miró con ojos asombrados.

—¿Cómo puedes saberlo si es un extraño? La forma en que te miró hace un momento me preocupa mucho. Una mujer sola no puede esperar defenderse contra un hombre mucho más fuerte decidido a ultrajarla. Y como él afirma ser tu marido, ningún tribunal en la tierra puede impedir que te tome cuando le plazca. Llevarás al señor Bloom y a otro lacayo siempre que salgas de esta casa, y es mi última palabra.

Eugenia se estremeció y, tras meditarlo, aceptó la sensata exigencia de Wharton.

—Sabes, Robbie nunca me habría forzado a su lecho. Nunca tuvo que hacerlo.

—Sospecho que estás lidiando con una criatura muy diferente. Un impostor, o quizás un hombre cambiado por los años separado de ti. Pero no te equivoques, está decidido a aferrarse a tus faldas como una lapa.

—¿Qué más te ha dicho que no me hayas contado?

—No es tanto lo que ha dicho, sino la forma en que cuestiona cómo vivimos y dónde vamos. Sospecho que planea incluirse a sí mismo alegando ser familia de mi futura novia.

Eugenia hizo una mueca.

—Lo siento.

—Nos adaptaremos si es necesario.

Eugenia juró que no habría necesidad de que nadie se adaptara en absoluto.

Restregarle su salida de compras en la cara no había tenido el efecto que pretendía. Su intención era enfadarlo, mostrarle que era demasiado buena para él, no ponerse en bandeja para que la devorara con los ojos. Tendría que recordar que no estaba tratando con un caballero. Se enfrentaba a un hombre sin conciencia y sin escrúpulos a la hora de hacerse pasar por un muerto.

Anhelaba a Thaddeus y sus brazos estrechamente envueltos alrededor de su cuerpo.

—¿Vino alguien de visita hoy?

—Hoy no. Ha estado bendecidamente tranquilo, salvo por Bagshaw exigiendo el desayuno otra vez mientras te esperaba. ¿Esperabas a alguien en particular?

—No.

Habían pasado ya cuatro días desde la última vez que vio a Thaddeus. Desde el último roce. Desde el último beso. No era una sensación cómoda, no saber qué pensaba él de ella.

Tenía que hablar con él, y nada menos que una conversación cara a cara bastaría.

CAPÍTULO 19



LAS NOTAS *PODÍAN* IGNORARSE. Teddy *podría* haber fingido no haber recibido la educada citación de Eugenia para reunirse con ella en la casa de Lord Wharton ese día. Sería poco diplomático, incluso descarado, visitar a una mujer casada cuando había tenido sexo vigoroso con ella en la misma casa.

¡Su marido probablemente estaría en esa casa de nuevo hoy!

Teddy se hundió más en el carruaje. Había visto al hombre, su marido, entrar y salir de Wharton House en su camino, desesperadamente confundido por la situación en la que se había encontrado.

Teddy se había enamorado de una mujer casada, y ella nunca lo sabría ahora.

No podía imaginar que reunirse con ella cambiaría algo, pero quería un último momento a solas con ella para poder terminar su aventura.

Hizo una mueca ante la palabra: *aventura*.

Adulterio.

Había caído en el tipo exacto de relación que había intentado evitar absolutamente. A ciegas. Completamente. Había cometido adulterio y, para su vergüenza, lo había disfrutado.

Y Eugenia no había dicho nada para alejarlo. Ella conocía su aversión por las relaciones escandalosas con mujeres casadas. Le había dicho específicamente que nunca sería un adúltero.

Recordaba que ella había estado complacida con su decisión.

Y sin embargo...

El carruaje de Teddy se detuvo frente a Wharton House, y apretó el puño, decidido a llevar este encuentro hasta el inevitable final. Le entregó su tarjeta al mayordomo que esperaba.

—Lord Wharton no está en casa, señor.

—Me gustaría hablar con la señorita Hillc... Es decir, la señora Bagshaw. Me está esperando.

Apareció otro lacayo, asintiendo vigorosamente con su cabeza pelirroja. —Si me acompaña, señor Berringer. La llevaré con ella ahora mismo.

Teddy asintió y siguió al sirviente escaleras arriba hasta la misma galería larga donde Eugenia lo había tentado con sugerencias audaces, labios suaves y la promesa de no esperar una propuesta de matrimonio.

Por supuesto, ella no podría haberse casado con él aunque se lo hubiera ofrecido o si los hubieran encontrado juntos así.

Así que ahora todo lo que había creído sobre Eugenia resultaba ser falso. Eugenia Hillcrest

era la señora Bagshaw. La señora Bagshaw era una esposa. Y esos amantes de los que había hablado... su marido y otros adúlteros como él, muy probablemente.

Se preparó para la inminente entrevista con ella mientras el lacayo lo anunciaba.

En la puerta, levantó la mirada lentamente, y su mirada cautelosa se encontró con la de él a través de la extensión de la cámara.

Pero en ese momento, también, su corazón —su estúpido y traicionero corazón— aún anhelaba por ella. Sin embargo, no estaba sola. Su prima menor Aurora estaba a su lado.

El lacayo retrocedió de la habitación, y Teddy simplemente se quedó allí, paralizado por la indecisión. ¿Había siquiera algo más que decir entre ellos? Su amante era una mujer casada.

Aurora sonrió cálidamente, pero la señora Bagshaw no lo hizo.

Le susurró a su prima: —¿Podrías darnos privacidad?

—Por supuesto —Aurora se deslizó por la cámara y desapareció detrás de una puerta contigua.

Sus pies se desbloquearon, y de alguna manera estaba de pie frente a Eugenia al momento siguiente, mirando hacia abajo el rostro de su amada. —¿Estás casada?

—No es cierto —prometió ella, pero luego hizo una mueca—. Quiero decir, *estaba* casada, y soy viuda.

Teddy mantuvo sus manos a los lados, queriendo sacudirla porque no le diría la verdad a la cara. Ella todavía tenía un marido. Él estaba aquí, probablemente en algún lugar cerca. Venía a verla todos los días, y pronto, sin duda, ella se iría con él.

En lo profundo de su alma, había mantenido la esperanza de que todo fuera un grave malentendido. Que ella aún pudiera ser la malvada solterona de la que se había enamorado.

Pero no. Eugenia, la esposa, no era alguien de quien Teddy debiera tener conocimiento íntimo. No podía continuar con ella de la misma manera. Su admisión cambiaba todo entre ellos. Para siempre. Tenían que parar.

Ahora.

Tomó una respiración profunda, aceptando que este era el final de ellos. Pero su corazón dolía. Cada fibra de su ser se rebelaba, incluso mientras inhalaba para decir lo que necesitaba ser dicho. Para terminar las cosas e irse. Le hizo una reverencia. —Gracias por su tiempo, señora Bagshaw.

—Él no es mi marido —prometió ella.

—A los ojos de la ley, lo es.

—¡No lo creo! —exclamó—. Puede que se parezca a mi amor perdido bajo cierta luz, pero no es el Robert Bagshaw con quien me casé hace todos esos años.

Él retrocedió tambaleándose. Casada hace *años*, y aún no dispuesta a admitirlo. —Su nombre es señora Bagshaw. No señorita Hillcrest, como me ha dejado creer desde nuestra primera presentación.

Ella tragó saliva. —Puedo explicarlo.

Él la miró fijamente. No le importaba el porqué, pero ella le había mentido desde el principio. Lo había hecho quedar como un tonto, además de convertirlo en un adúltero. Cerró los ojos. —No hay nada más que necesite saber. Usted es la señora Bagshaw.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Nos despedimos y no hacemos planes para vernos. No la molestaré.

—Pero *aún* nos veremos —le prometió ella—. Es imposible no hacerlo.

—Cierto —suspiró pesadamente. Le debía la verdad—. Una esposa con un marido vivo y

respirando es el tipo de mujer que evito. Te diré esto y me iré: he amado cada momento de nuestro tiempo juntos, pero ahora... tengo que mantenerme alejado de ti.

—¡No! —gritó ella, intentando agarrar sus manos y retenerlas. Las de Eugenia estaban frías contra su piel desnuda—. Esto no cambia nada de lo que siento por ti.

Su corazón se apretó al escuchar su confesión porque él sentía lo mismo. La amaba. No había tenido la intención de enamorarse, pero no podía ignorar la verdad. La amaba y aun así tenía que dejarla ir. Y se estaba muriendo por dentro pensando en ella con alguien más.

Se desenganchó suavemente de su agarre. —Saborearé cada momento que esté en la misma habitación que usted, señora, pero no lo demostraré. No la buscaré, aunque tampoco intentaré evitarla deliberadamente.

—Entonces, ¿esperas que simplemente siga adelante con esto y me convierta en la señora Bagshaw? No puedo renunciar a ti —susurró—. Te amo.

Su corazón golpeó contra su pecho ante sus palabras, pero ¿de qué serviría admitir lo mismo? Le dolía la injusticia de su situación. Pero ella era una mujer casada y, como tal, pertenecía a la vida de otro, no a la suya. Su amor sin esperanza no tenía nada que ver con su matrimonio.

Dio un paso adelante y, impulsivamente, le dio un casto beso en la frente. Un último roce de sus labios sobre su piel, luego se apartó aún más.

—Lo que hagas ya no es asunto mío.

Eugenia se dio la vuelta bruscamente, dándole la espalda y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Vete entonces.

—Eugenia, por favor —suplicó él—. No te enfades conmigo porque quiero hacer lo correcto.

Ella se limpió las mejillas con un gesto airado de la mano.

—Solo vete. Si no me crees, tampoco puedes ayudarme a escapar de mi destino.

Él cerró los ojos, deseando con todo su corazón poder hacer algo para aliviar el dolor en su voz. Pero ella estaba casada con un hombre claramente vivo y muy decidido a ser reconocido como su esposo.

Seguir involucrado con Eugenia era moralmente incorrecto. Al menos habían logrado mantener su aventura en secreto para todos excepto Aurora. Estaba seguro de que ella no le contaría nada al marido de Eugenia y no le complicaría la vida.

Abrió los ojos y luego hizo una profunda reverencia, aunque Eugenia aún seguía de espaldas. Salió de la habitación sin decir una palabra más.

Aurora estaba en el pasillo y le sonrió tristemente cuando pasó junto a ella camino a la escalera para marcharse. Pero dejar de lado sus sentimientos no era nada fácil.

Estaba a unos pasos de la entrada del pasillo cuando oyó la voz de un hombre que no reconoció de inmediato proveniente del comedor.

—Dígame, ¿es esto lo que normalmente sirven al marqués y a mi esposa?

—Sí, señor —respondió otro hombre, probablemente un sirviente—. Por supuesto.

—Muy bien. Bastante bueno. Puede servirme otra porción.

Hubo una larga pausa, y luego:

—¿Más vino también, señor Bagshaw?

—En efecto, sí —dijo Bagshaw—. Luego puede ir e informar a mi esposa que su marido se está impacientando con su tardanza.

El marido era un esnob pomposo al hacer demandas en la casa de Lord Wharton.

Se oyeron pasos apresurados acercándose, y uno de los sirvientes de Wharton se deslizó en el

pasillo. El tipo hizo una mueca hacia la puerta que estaba cerrando, luego notó a Teddy parado a unos pasos. El hombre rápidamente esbozó una sonrisa educada en su rostro, y cuando Teddy lo despidió silenciosamente con un gesto, se escabulló llevando una bandeja llena de platos vacíos.

Curioso por conocer al marido de Eugenia, Teddy se acercó a la puerta del comedor que no se había cerrado completamente y echó un vistazo adentro.

El tipo bajo y rechoncho que lo había abordado en la calle estaba sentado solo a la mesa de Wharton, engullendo comida como si estuviera en un comedero de cerdos. Agarró su copa de vino y se la bebió de un solo trago.

Claramente, Eugenia no se había casado con un hombre que poseyera modales en la mesa.

Teddy siguió observándolo. Observando al rival por el afecto de Eugenia, y no podía entender cómo ella habría elegido casarse con este hombre en primer lugar. Era desaliñado, mientras que Eugenia era pulcra y siempre elegante en sus vestidos de tonos oscuros.

Quizás Bagshaw había cambiado en los años que estuvieron separados.

¿O era como ella afirmaba... un impostor?

El tipo se levantó, se inclinó sobre la mesa y agarró un candelabro de plata. Apagó la llama de la vela con los dedos y probó el peso en su mano, dejando caer cera caliente sobre la caoba pulida, luego lo volvió a colocar en la mesa.

Se puso de pie y comenzó a merodear por la habitación, aparentemente admirando todo lo que no estaba clavado.

Wharton se enfurecería si viera esto él mismo.

Cuando Bagshaw pasó cerca de la mesa nuevamente, Teddy vio claramente cómo se guardaba una cuchara de plata sucia en el bolsillo. Continuó paseando por la habitación como si no hubiera hecho nada malo, luego se acercó a una ventana para admirar la vista de la calle.

Teddy retrocedió asqueado. El marido de Eugenia no era un hombre honesto.

Esposo o impostor, parecía imposible que ella pudiera saber sobre sus hábitos... ¿o era por eso que había ocultado su matrimonio?

Sacudió la cabeza. Su vida ahora no era asunto suyo. No delataría a Bagshaw ante Lord Wharton, pero tampoco se quedaría a ver cómo el hombre se aprovechaba de sus conexiones y se beneficiaba de ellas.

Sin embargo, en la puerta principal, sus pies volvieron a quedarse pegados al suelo. No quería dejar a Eugenia casada con ese otro hombre y desprevenida. Se sentiría humillada y podría enemistarse con su familia si Bagshaw continuaba robando al marqués.

No podía irse sin al menos intentar advertirle sobre lo que acababa de ver, para que pudiera protegerse.

Volvió a subir silenciosamente, dirigiéndose a la galería larga, donde había dejado a Eugenia. Todavía se preocupaba por ella. Demasiado como para abandonarla por completo. Aún le importaba proteger su reputación.

En la puerta, oyó a Aurora hablando de nuevo con Eugenia.

—Se ha vuelto irritable con los sirvientes y con tu retraso. ¿Vas a hablar con él hoy?

Echó un vistazo adentro justo a tiempo para ver a Eugenia secarse los ojos.

—No. No tengo nada que decirle al sinvergüenza que finge ser mi marido.

Su corazón anhelaba creerle. Consolarla y secar sus lágrimas, decirle de su amor, incluso si podría causarles a ambos más dolor al decirlo en voz alta. No tenían futuro. Ninguna posibilidad de felicidad, solo vergüenza y desgracia.

No había querido terminar su aventura. Excepto que no se había sentido como una aventura

ni escandalosa mientras estaban juntos. Había empezado a sentirse correcto estar con ella, a cualquier hora del día o de la noche.

—Si tan solo no nos hubiera mostrado pruebas del matrimonio —estaba diciendo Aurora—. Wharton lo habría echado hace tiempo. ¿De verdad no tienes pruebas de su muerte?

—No. El capitán dijo que todos a bordo lo vieron ahogarse y no pudieron hacer nada para salvarlo. Una docena de testigos a bordo vieron cómo recuperaban su cuerpo del mar, sin vida y frío, y lo ponían en un esquife para llevarlo a Dover para el entierro —susurró Eugenia—. Si hubiera alguna prueba, el capitán nunca me la dio. No tengo nada más que mi palabra contra la suya, y eso no significa nada. Menos que nada, aparentemente. Ni siquiera Thaddeus me cree. No puedo olvidar la forma en que me miró como si fuera una extraña para él ahora. Incluso cuando le hablé de mis sentimientos, no dijo nada.

Teddy cerró los ojos. Avergonzado de haberla herido al guardar silencio.

—Estoy segura de que se preocupa por ti más de lo que puede admitir —prometió Aurora—. Vi su rostro cuando se iba. Jamás hubo un hombre más decepcionado.

¡Sí!

Pero hubo silencio dentro, luego un sollozo. Teddy echó un vistazo a la habitación mientras Aurora consolaba a su prima, que lloraba contra su hombro porque él no había logrado transmitir lo que ella había empezado a significar para él.

—Si hubiéramos sabido del matrimonio desde el principio, habríamos estado mejor preparados.

—¿De qué habría servido que todos me compadecieran tanto? —espetó Eugenia, apartándose bruscamente de los brazos de Aurora—. El matrimonio apenas había comenzado cuando terminó. Él estaba *muerto*. No tenía razón para dudarlo. Ninguna en absoluto —casi chilló Eugenia mientras alzaba los brazos.

El dolor en su voz hirió a Teddy en lo más profundo.

—No es *él* con quien me casé, aunque hoy puedan parecer similares.

—¿Estás segura de que no tenía un hermano o un primo?

—No que yo recuerde.

Incluso Teddy sabía que no todo el mundo hablaba de sus familiares, especialmente cuando estaban distanciados. Pero su propia opinión estaba nublada por la sospecha, lo cual no era sorprendente, ya que estaba siendo desplazado por un rival con un reclamo previo sobre el corazón de Eugenia.

Su único consuelo era que ella no parecía complacida de que su marido hubiera vuelto a la vida. Parecía despreciar al hombre, no amarlo.

Ella lo miraba con la misma sospecha que él.

Teddy no podía quedarse de brazos cruzados mientras Eugenia albergara alguna duda sobre la identidad del hombre.

Volvió en silencio a la habitación sin molestarse en llamar.

—Tiene que haber pruebas de que el hombre de abajo es quien dice ser —les dijo a ambas.

Eugenia se encontró con su mirada, y todo su cuerpo pareció desplomarse.

—No tengo nada.

Aurora de repente chasqueó los dedos.

—¿Su madre aún vive?

Los ojos de Eugenia se agrandaron.

—El impostor aún no la ha mencionado... pero Robbie siempre hablaba de su madre antes de

que nos casáramos. Supuse que había muerto y nunca pensé en preguntar cuándo falleció. No era una mujer saludable cuando me casé con Robbie.

Teddy se acercó lentamente a Eugenia. Si aún vivía una madre, quería encontrarla y descubrir de una vez por todas si Bagshaw era quien decía ser. Solo entonces podría alejarse de la mujer que amaba.

—Puedo buscarla en tu nombre, traerla si aún vive para probar su identidad de una manera u otra.

—No. La encontraré yo misma —insistió ella—. Este es mi problema para resolver.

Teddy asintió lentamente, pero su mente trabajaba a toda velocidad.

—*Deberías* ir. Su madre podría no querer hablar con alguien que no esté directamente relacionado con su familia. Cualquier extraño que diga que actúa en nombre de una mujer que afirma ser la esposa de su hijo muerto podría tener dificultades para convencerla. Solo tú puedes hacer las preguntas correctas y responder a las *suyas* sobre su hijo, y ser creída.

—Bagshaw no va a dejar simplemente que mi prima se vaya al otro lado del país para demostrar que es un impostor. Viene todos los días, esperando que mi prima dé la cara para poder amenazarla con llevársela de nuevo —advirtió Aurora.

Aunque Eugenia se estremeció, negó con la cabeza.

—No puede detenerme si no se da cuenta de que me he ido. Podría escabullirme esta noche sin que nadie lo sepa.

Teddy asintió, pensando en un plan de escape para Eugenia que permitiera velocidad y seguridad para su reputación. Él podría proporcionar el carruaje y los hombres garantizados para mantener su silencio. Todo lo que se necesitaba era su acuerdo para dejar que él la ayudara a llegar a Dover, y decidir un lugar de encuentro.

—Cuanta menos gente esté involucrada, mejor.

Aurora asintió rápidamente.

—Y cuanta menos gente que sepa pueda intentar detenerla, también.

—Absolutamente no puedo confiar en Wharton —dijo Eugenia, incluso cuando él pensaba lo mismo—. Ni en Sylvia. Se lo diría a la marquesa, quien se preocuparía. Lizzy podría exigir a Wharton que me trajera de vuelta.

Aurora asentía, aparentemente comprometida a apoyar a su prima en cualquier empresa.

—Pero ¿cómo viajarás tan lejos? ¿Seguramente no en la diligencia?

—Puedo poner a tu disposición un carruaje y hombres para un largo viaje —dijo él rápidamente—. Nadie sospecharía jamás de mi participación.

Nadie sospecharía tampoco que tendría un protector personal en su viaje. Aurora no necesitaría saber que él tenía la intención de acompañar a Eugenia, para ver esto hasta el final.

Eugenia exhaló.

—Gracias. Eso es exactamente lo que necesitaba oír. Un carruaje, un equipo de caballos rápidos, y escapar.

—Será mejor que te vayas antes del amanecer de mañana. Necesito algo de tiempo esta noche para hacer los arreglos para que el carruaje y los hombres te encuentren para entonces. Pero te llevarán a donde quieras ir. Te protegerán y te devolverán a Londres cuando tengas tu prueba en mano.

—La encontraré —declaró ella—. No estaré atada a ese hombre en un matrimonio impío.

Él admiró su determinación mientras consideraba dónde debería encontrarse con el carruaje.

—Al amanecer mañana, en Vere Street, que no está lejos de aquí.

—Allí estaré.

—Yo la llevaré —prometió Aurora.

Teddy hizo una mueca. Preferiría no involucrar a Aurora más de lo necesario.

Eugenia se acercó a su prima y le tomó la mano.

—¿Y cómo volverás a casa sin que te descubran?

—Confiaré en el Sr. Bloom. Ha sido de gran ayuda para mantener a Bagshaw alimentado y distraído hasta ahora. Un pequeño paseo al amanecer para mí no será de gran importancia para nadie más en la casa si él está a mi lado. Estoy segura de que también querrá ayudarte. No le agrada Bagshaw en lo más mínimo.

Teddy asintió. Carruaje, hombres y Eugenia a salvo, al igual que su prima. Todo lo que quedaba era ganar su libertad, si eso era posible.

—Bien. Haz tus preparativos. El carruaje estará bien abastecido con comida y fondos para el viaje, así que solo lleva lo esencial. Habrá bastante alboroto cuando descubran que has desaparecido. Sospecho que todos en la casa serán interrogados.

—Puedo manejar un retraso hasta la tarde —le aseguró Aurora—. Nadie sabrá cuánto tiempo ha estado realmente ausente. Ya ha evitado a Bagshaw antes y ha alegado estar enferma. A Wharton no le ha importado que no haya dado la cara.

Eugenia abrazó a su prima, luego le tendió la mano a él.

—Gracias. Eres un hombre amable.

Él le tomó la mano y resistió el impulso de atraerla a sus brazos. Lo que quedaba entre ellos era más que simple amabilidad o compasión. Temía que podría ser suyo, sin importar lo que descubrieran en Dover.

Lo que más le importaba era su felicidad. Ella no era feliz ahora, pero tal vez podría serlo de nuevo, cuando sus temores se hubieran disipado.

Pero primero, tenían que encontrar a la Sra. Bagshaw mayor, si vivía, y descubrir la verdad sobre su hijo. Y entonces...

¿Y entonces?

No se atrevía a considerar lo que podría venir después.

Soltó la mano de Eugenia, sabiendo que no podía presumir que pudiera haber más para ellos. No todavía. No hasta que Bagshaw fuera desenmascarado como un impostor.

CAPÍTULO 20



EUGENIA SE APRESURÓ a salir por una entrada trasera de servicio de la Casa Wharton, siguiendo al señor Bloom y a Aurora, envuelta en una capa pesada. El señor Bloom llevaba una bolsa vieja y desgastada que nadie echaría de menos, conteniendo solo unos pocos artículos esenciales para acompañarla en su viaje a la costa.

Todavía era de noche; el sol aún no había iluminado adecuadamente Cavendish Square ni las calles circundantes. Las casas aún estaban bañadas en profundas sombras, y no se movía un alma.

Eligió un camino indirecto hacia su destino, decidida a evitar a su supuesto marido que se había dedicado a rondar Cavendish Square al amanecer. No la arrastrarían a Albemarle Street, donde el impostor pretendía que vivieran como marido y mujer.

Jamás eso.

Para cuando descubrieran su ausencia, Eugenia tenía la intención de estar lejos de la ciudad de Londres, y con solo tres personas conscientes de adónde había ido, Bagshaw debería buscar en vano.

Eugenia no advertiría a Aurora de su decisión de que si no podía encontrar a la señora Bagshaw o la tumba de su marido, no regresaría a Londres. Aunque le rompería el corazón por completo, había empacado toda la riqueza que poseía y huiría si debía ser libre. Era solo gracias a la generosidad de Thaddeus que tenía los medios y una ventaja inicial.

Nadie además de él, Aurora o el señor Bloom tendría que negar que conocía su paradero, si es que alguna vez se les ocurría preguntarle.

Eugenia tomó la mano de Aurora mientras se apresuraban por las calles vacías, lado a lado, tratando de no ser demasiado obvias al respecto. Temía llegar tarde y que el carruaje prometido ya no estuviera allí. Ya era bastante difícil creer que Thaddeus lo hubiera ofrecido sin también ofrecerse a acompañarla. Pero suponía que él sentía que no podía. Después de todo, ella estaba casada a sus ojos.

De repente, Aurora le sonrió. —No puedo creer que hayamos salido sin despertar a nadie.

—Yo tampoco, pero me alegro de que lo hayamos logrado. No te detengas ahora. Sylvia podría despertar temprano y buscarnos. Solo discutiría sobre mi partida o intentaría venir conmigo. La marquesa la necesita más —miró por encima de su hombro, pero aún no había nadie detrás—. ¿Estás segura de que no te importa mentir por mí?

—No me interpondré entre tú y el amor verdadero —dijo Aurora, sonriendo mientras se

escabullían por una calle lateral.

Magníficas mansiones se alzaban sobre ellas, inactivas excepto por algunos sirvientes realizando sus tareas matutinas. Eugenia mantuvo la barbilla baja e instó a Aurora a hacer lo mismo. —No amo a Bagshaw. Es absurdo sugerir que pudiera sentir algo por semejante hombre.

—Me refería a Thaddeus Berringer.

Eugenia se detuvo para mirar fijamente a su prima, haciendo que el señor Bloom casi chocara con ellas.

Él siguió adelante ante la insistencia de Aurora.

Aurora sonrió. —¿Por qué otra razón estaría dispuesta a levantarme tan temprano? Él te ama, estoy segura. Mi corazón se rompe al pensar que podrían estar separados.

—Ese siempre fue nuestro destino. Él se convertirá en duque —Eugenia comenzó a caminar de nuevo, pero a paso rápido ahora, tratando de huir de un pensamiento que la había preocupado últimamente. Podría amar a Thaddeus, pero no había posibilidad de que él se casara con una mujer como ella. No ahora, con este escándalo manchando su reputación. No era rica ni particularmente talentosa. No tenía ninguna de las conexiones importantes que un futuro duque necesitaba. Él era amable al ayudarla, pero hasta ahí llegaba su interés por ella. Debía encontrarse con su carruaje e irse sola, sin él.

Miró por encima del hombro hacia el camino vacío, asegurándose de que aún nadie los seguía.

Cruzaron una calle y se apresuraron por un callejón estrecho. Salieron a Vere Street para ver un carruaje de viaje negro, cuatro caballos y seis hombres esperando ociosamente adelante.

Thaddeus no estaba de pie cerca para despedirse, pero al ver llegar a Eugenia, los mozos de cuadra cobraron vida y se prepararon para partir.

Eugenia se volvió para abrazar a su prima una vez más. —Te quiero. Deséame suerte.

—Suerte y amor. Siempre y para siempre, Eugenia. Si la búsqueda se prolonga demasiado, escríbeme a la dirección de Lady Bisley para tranquilizarme de que aún estás bien y en busca de la verdad.

Abrazó a su prima una última vez y susurró: —Prometo que lo haré.

Eugenia tomó su pequeño baúl del señor Bloom. Él parecía preocupado mientras se lo entregaba. —¿Está segura de que estará bien viajando sola, señorita? Podría ir con usted.

—Estaré a salvo con estos buenos muchachos cuidándome —miró a Aurora una vez más. Odiaba las despedidas y se volvió hacia Nigel antes de llorar—. Cuide bien de mi prima mientras estoy fuera, señor. Asegúrese de que regrese a salvo a la casa de Lord Wharton y guarde mi secreto tanto como pueda.

—Por siempre. Siempre haré lo mejor por usted, señorita Hillcrest.

Eugenia casi lloró al escuchar lo que consideraba su verdadero nombre. La señora Bagshaw era alguien que nunca había sido realmente. Su matrimonio un breve sueño, casi completamente olvidado.

Se apresuró a cruzar los adoquines, manteniendo sus pasos ligeros y silenciosos. Un mozo de cuadra que no llevaba librea discernible abrió una puerta y la condujo al interior oscurecido.

Debido a que el sol aún no había salido y el carruaje estaba tan oscuro, no se dio cuenta inmediatamente de que no estaba sola. Pero cuando lo hizo, saltó, y una mano salió de la oscuridad para estabilizarla.

—No podía dejarte viajar todo ese camino sola, Eugenia —susurró Thaddeus.

Eugenia se arrojó a los brazos de Thaddeus y lo abrazó con fuerza. —Quería pedirte tanto

que vinieras conmigo, pero no sabía cómo sería recibida mi petición.

—Siempre iba a venir contigo. Simplemente no quería que tu prima supiera que estaba aquí —Thaddeus acunó su rostro en sus cálidas manos—. Podrías haberlo pedido, pero me alegro del engaño que logramos. Ahora Aurora no tiene que mentir sobre mi presencia contigo.

Ella lo abrazó de nuevo. —¿No se dará cuenta el duque de que te has ido?

—He ido a Hastings a inspeccionar un molino, que él mencionó que necesitaba ver ayer. Afortunadamente, está más o menos en la dirección que deseas ir también. Al sur, fuera de la ciudad. Les daré nuevas instrucciones a los mozos de cuadra en el camino —prometió Thaddeus, sentándola de nuevo en su asiento en el lado opuesto mientras el carruaje se ponía en marcha—. Insinué que podría no regresar de inmediato. Exeter no se preocupará a menos que esté ausente más de una semana.

Eugenia asintió. —Espero que sea tiempo suficiente.

Thaddeus la miró fijamente. —Viajaremos como si fuéramos hermano y hermana casada. Conseguiré habitaciones separadas cada noche en las posadas de posta en nuestro camino hacia el sur.

Ella asintió otra vez. —Si crees que debemos hacerlo.

—Definitivamente creo que sí. Hasta que encontremos a la madre, deberíamos actuar como si en efecto fueras una mujer casada y tomar precauciones para proteger tu reputación. Pero también creo que deberíamos usar apellidos diferentes a los nuestros.

—¿Es realmente necesario? Nadie excepto Aurora y el señor Bloom sabe que me dirijo fuera de Londres.

—Creo que es lo mejor tomar todas las precauciones posibles. Wharton tiene un largo alcance. Incluso si Aurora guarda silencio, es probable que envíe corredores a todas las posadas a lo largo de las principales rutas de viaje a un día de distancia de Londres en tu busca, una vez que descubra que te has ido y que no estás con el impostor o con amigos. No le dejemos un rastro fácil de seguir.

—Oh, Dios. ¿Es realmente tan hábil para encontrar a las personas que no quieren ser encontradas? —Tragó saliva cuando Thaddeus asintió—. Aún no ha encontrado ni un solo detalle sobre el hombre que finge ser mi esposo.

—La falta de información para encontrar es reveladora en sí misma. No hay nada que Wharton no haga o pague para descubrir un secreto, y —Thaddeus hizo una mueca—, te considera como familia.

Eugenia se mordió el labio preocupada. Si el plan de Aurora para distraer a todos de su paradero fallaba antes del anochecer, entonces podrían esperar tener a los hombres de Wharton pisándoles los talones mañana. Y Wharton no estaría contento de que Thaddeus la hubiera sacado de Londres, incluso si era para apoyarla y protegerla. Que llegaran a los golpes o algo peor era algo que le gustaría evitar. Asintió rápidamente, aceptando sus precauciones. —Entonces, un nuevo nombre y un viaje muy discreto a Dover. ¿Quién seré?

—Elige cualquier apellido que te guste, y podemos practicar llamándonos así durante el camino. No te preocupes si los mozos de cuadra se sorprenden. Están familiarizados con mi costumbre de viajar bajo un nombre falso. Mi primo me enseñó a hacerlo siempre para evitar a las casamenteras.

—Smith —sugirió ella—. Hay docenas de esos en cada pueblo.

—Y yo viajaré como el señor Fleming. El borracho del pueblo donde crecí —sonrió—. Un hombre con seis primos de temperamentos temibles.

Ella notó que el sol naciente revelaba que tendrían buen tiempo para el inicio de su viaje.

—¿Dónde fue que creciste, señor Newton?

—Principalmente al oeste, señora Smith. —Suspiró, abriendo su lado del carruaje para mirar afuera también—. Mi padre solo se había establecido en Cornwell durante los últimos años de su vida.

—No pareces tenerle mucho cariño —murmuró, apoyando la cabeza en los cojines para observar la luz fugaz bailar sobre el apuesto rostro de Thaddeus Berringer.

—No había mucho de qué encariñarse. —Miró sus manos y apretó el puño—. Vivió con la expectativa de heredar el título ducal hasta el día en que murió. Alardeaba de ese hecho ante todos.

—Y luego te convertiste en el heredero del duque después de que él se fue.

—Huí de los acreedores de mi padre que golpeaban nuestra puerta día y noche, y del título que había llegado a detestar como mi eventual destino, ya que el duque aún no se había casado en ese momento.

—Ya no te sientes así sobre el título, ¿verdad?

—No. Sinclair ha sido de gran ayuda para que entienda las cargas y las delicias que algún día serán mías y me ha mostrado más amabilidad de la que mi propio padre jamás pudo.

—Me alegro. Es obvio que significa mucho para ti.

Thaddeus se encogió de hombros. —A veces es imposible, pero lo quiero mucho. Nos hicimos amigos muy rápidamente.

—¿Y ahora que está casado?

—Él y su esposa son mi familia, y ambos me son muy queridos. Casi los padres que nunca tuve mientras crecía y llenos de sabios consejos —dijo con una risa—. No bebas ni juegues en exceso, duerme lo suficiente y no te metas en la cama de una mujer casada porque solo llevará al desamor.

—Lo siento —susurró ella, haciendo una mueca.

—Según tú, eres viuda, y estamos en camino de probarlo —declaró.

—Espero que podamos. Fue hace tanto tiempo. Ella podría estar muerta.

Él se inclinó a través del carruaje, tomó su mano en la suya y la apretó. —Esperemos que no, y si ha fallecido, interrogaremos a sus vecinos e intentaremos averiguar dónde podría estar enterrado Robert Bagshaw.

Eugenia suspiró. —Me gustaría saber dónde descansa para poder presentarle mis respetos. Era un hombre bueno y honesto.

—El tipo que dejamos atrás robó cubiertos de plata de la mesa de Wharton ayer. —Thaddeus de repente se movió para sentarse a su lado—. No descansaré hasta que encontremos tus respuestas.

Ella lo miró y vio que estaba infeliz. Había causado eso sin querer. Pasarían al menos días antes de que encontrara alguna resolución a sus preguntas, y él probablemente sabía que podría no salir nada bueno de su viaje. E incluso si encontraban a la señora Bagshaw, todavía existía una pequeña posibilidad de que Eugenia estuviera equivocada sobre Robbie. Si eso sucedía, si su recuerdo de Robbie era erróneo y realmente estaba casada con ese horrible hombre que había dejado atrás en Londres, probablemente nunca volvería a estar a solas con Thaddeus como ahora.

No quería desperdiciar ni un momento de su acogedor aislamiento en el carruaje. Debería hacerle a Thaddeus todas las preguntas que pudiera imaginar en caso de que nunca volviera a tener la oportunidad. Pero primero, tenía un agradecimiento particular que expresarle. Un

escándalo más que discutir, y solo entonces podría fingir ser su hermana. —Quería agradecerte por el tiempo que pasamos juntos. Atesoraré el recuerdo de nuestros encuentros por el resto de mi vida.

Una sonrisa irónica torció sus labios, y asintió. —Yo también.

Ella negó con la cabeza. Debía dejar de pensar en sus pasiones pasadas ahora y concentrarse en lo que solo era posible entre ellos en el futuro. Quería seguir siendo su amiga. Saber todo lo que hubiera que saber sobre él. —Cuéntame sobre tu recuerdo más temprano de un cumpleaños.

Él pareció sorprendido por su pregunta. —¿Mi cumpleaños? ¿Por qué?

—Tengo curiosidad, y es más fácil hablar del pasado antes de que nos conociéramos y no del presente o del futuro.

Él inspiró profundamente y exhaló lentamente. —Nuestra cocinera siempre horneaba una natilla en mi cumpleaños.

—Me gusta la natilla.

Él le dio un golpecito con el hombro. —Ahora es tu turno. Es un largo camino hasta nuestra primera parada para cambiar los caballos. Cuéntame sobre tus cumpleaños.

—Mi hermano mayor me regaló un vestido nuevo cuando cumplí diecisiete. De muselina blanca con pequeños lazos dulces en el corpiño.

—Nunca te he visto con un color pálido —murmuró.

Ella se encogió de hombros. —No le sienta bien a mi tez.

—¿No es porque eres viuda?

—No. He llevado tonos más oscuros toda mi vida adulta. Se desgastan mejor y no muestran las marcas del tiempo tan fácilmente. Una vez, un carruaje pasó volando y salpicó mi bonito vestido blanco con barro que lo manchó. Después de eso, teñí esos vestidos pálidos de un color más oscuro y solo me hice confeccionar vestidos nuevos en tonos más oscuros.

Él asintió y luego sonrió. —Yo nunca tuve un hermano. ¿Qué es lo que más te gustaba del tuyo?

—Era alto. Tan alto que solía rodearme la cintura con el brazo y levantarme por encima de los charcos de barro para que no arruinara mis zapatos. Los hermanos tienen muchos usos inesperados como ese.

—Tendré que recordar eso si está lloviendo cuando nos detengamos a cambiar los caballos, hermanita —bromeó mientras la miraba desde arriba, sonriendo ampliamente.

Aunque la llamó hermanita, esa sonrisa le hizo querer acurrucarse en sus brazos. Pero ya no podía hacer eso. Él había dicho que no aprobaba los devaneos con mujeres casadas. Y por ahora, probado o no, ella era una a sus ojos. No era justo que no pudiera estar con el hombre que amaba. Su aventura había terminado demasiado pronto.

Se deslizó hacia la ventana alejándose de él y miró los campos que pasaban.

—Eugenia, ¿qué pasa?

—Nada —prometió, sintiéndose al borde de las lágrimas. Decidida a no revelar su angustia, mantuvo la mirada en el paisaje.

Él puso su mano en el hombro de ella. —No es fácil volver a ser extraños, ¿verdad?

Una lágrima rodó por su mejilla, y ella la limpió con enojo. Si no encontraba a la madre de Robbie, pertenecería a otro hombre para siempre. El pensamiento era insoportable. Tenía que ganar su libertad. —No, no lo es. Me gustas. Muchísimo, y necesito un abrazo para asegurarme de que todo estará bien.

—Los hermanos abrazan a sus hermanas cuando están alteradas, ¿no?

—El mío lo hacía.

Él gimió, y por fin ella fue arrastrada a los brazos de Thaddeus, e inhaló su colonia y sintió su calidez y fuerza rodearla. —Todo estará bien. No puedo creer lo contrario.

Ella se aferró a su pecho. —No podría vivir con él. Voy a escapar.

Los labios de Thaddeus se presionaron contra su frente. —No te perderé.

Ella rio amargamente. —Me iré lejos, a algún lugar donde él nunca me encontraría.

—Yo te encontraría. No descansaría hasta que estuvieras a salvo en mis brazos de nuevo.

—Querría que tú me encontraras, pero nunca él. —Eugenia estalló en lágrimas, feas. Expresando todo el miedo de perder su libertad que había reprimido desde que el impostor apareció en su puerta. Había aceptado que perdería a Thaddeus ante una esposa, pero no era justo que pudiera perderlo ante un marido propio y un matrimonio que ya no reconocía.

CAPÍTULO 21



POR FIN, el carruaje se detuvo frente a otra de las espléndidas posadas del camino. El trasero de Teddy agradecería el alivio de salir y caminar un poco. Aunque su largo viaje juntos estaba a punto de terminar, se sentiría aliviado cuando acabara. Ya había tenido suficiente de fingir ser su hermano.

Incluso si eso significaba tener que renunciar a ella.

Para siempre.

Teddy no creía poder hacerlo ya.

Ayudó a Eugenia a bajar del carruaje, preocupado por su suave gemido. Ella había mantenido una actitud valiente durante los últimos días del viaje, pero no podía ocultarle su preocupación.

Aunque habían viajado a una velocidad temeraria, llegar a Dover estaba llevando más tiempo del que había anticipado. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más difícil pensaba que sería su separación al final. Sin embargo, deseaba quedarse con ella para saber cómo sería su futuro... y, por tanto, el suyo también. Con suerte, antes de que Wharton los encontrara juntos.

El posadero los recibió como a viejos amigos, dirigiéndolos al interior de un salón privado donde podrían refrescarse.

Eugenia declinó la invitación.

—Me gustaría estirar las piernas primero, señor. ¿Podría indicarme algún lugar con una bonita vista? Siento la necesidad de dar un largo paseo.

—Vaya por ese camino pasando la zapatería y luego gire a la izquierda hasta que vea el río. El molino es un lugar bonito para que una dama pasee y no está nada lejos.

—Gracias —murmuró ella y se alejó.

Teddy pagó rápidamente por su alojamiento, abonando más de lo habitual para asegurar la comodidad de Eugenia, y envió a sus hombres y el carruaje a los establos para pasar la noche.

Aunque no lo había invitado a acompañarla, Teddy se apresuró a seguir a Eugenia. No conocía este pueblo, y una dama sola al anochecer podría no permanecer a salvo de personajes poco recomendables.

La alcanzó justo cuando el río apareció a la vista.

Ella se dirigió hacia allí con un profundo suspiro.

Él intentó vislumbrar su rostro, pero el sombrero la protegía de su mirada.

—¿Estás triste otra vez?

—No puedo evitarlo. Mañana parece estar todavía tan lejos.

—Hemos avanzado excelentemente hoy, pero los hombres necesitan descansar antes de que podamos continuar.

—Lo entiendo —prometió ella—. Y me disculpo por mi impaciencia. No pretendo ser exigente o ingrata.

Podría haber tomado la diligencia, supuso él, y ya estaría allí. Magullada, maltratada y sola. Wharton podría haber esperado eso. Su viaje más lento, con paradas cada noche, aumentaba su ansiedad. Sin embargo, se esforzó por no parecer preocupado. Ser atrapados juntos era la menor de sus preocupaciones. Teddy tomó su mano y entrelazó el brazo de ella con el suyo.

—Intenta no pensar en mañana.

—No hay nada que me distraiga aquí —miró alrededor del pequeño pueblo—. Este lugar me recuerda demasiado a donde crecí.

—A mí también —señaló hacia una colina vacía cercana—. Ese podría ser casi el lugar donde aún se encuentra la casa de mi padre.

—¿Quién vive allí ahora?

—No tengo la más remota idea. Siempre me ha resultado difícil mirar atrás, así que no he regresado.

—Eso es todo lo que parece que hago ahora. Mirar atrás, dudar y desear no haber tenido mi vida puesta del revés —dijo y luego contuvo el aliento—. ¿Ves esa pequeña cabaña al final del camino? La casa de mi hermano estaba en una situación similar. Corría por todas partes cuando era niña, de un extremo del pueblo al otro, y siempre llegaba con el pelo hecho un desastre.

—Me gusta cuando tu pelo está desordenado por mis manos pasando a través de él —susurró. Se rio de sí mismo. Todavía coqueteando, aun sabiendo que no debería. Buscó otro tema del que hablar—. Tenía un poni cuando era niño, al menos hasta que mi padre lo vendió para pagar a uno de sus acreedores.

—¿Estaba en una mala situación? ¿Financieramente?

Se pasó la mano por el pelo.

—Desperdiciaba el dinero tratando de impresionar a la gente, de parecer más importante de lo que era, malgastó su vida esperando algo que nunca sería suyo.

—¿Tú te sientes así también?

—No. Nunca —prometió—. El duque me permite ir y venir y aprender de él. Estoy agradecido por su paciencia y por compartir su vasto conocimiento. No podría imaginar cómo me las arreglaría si se me negaran sus confidencias. Estaría dando tumbos durante años, y probablemente la propiedad y los arrendatarios sufrirían. Y no imaginemos lo que podría haber pasado si me hubiera sentado en la Cámara de los Lores sin estar preparado.

—Las herencias pueden causar todo tipo de problemas en una familia —murmuró ella—. Tienes suerte de tener una existencia tan pacífica.

—Hmm, es cierto. Tengo buena relación con el sobrino y la sobrina de Sinclair y sus cónyuges, pero la principal preocupación de Sinclair es que nos peleemos si vive demasiado tiempo.

—Qué ridículo.

—No para él, aunque siempre intento tranquilizarlo —Teddy negó con la cabeza—. Él ve cómo sucede en otras familias donde los hijos esperan impacientemente su turno, y sus esposas susurran sospechas y traman planes para acelerar la muerte de un padre o congraciarse con rivales en sus oídos. Mi padre no podía esperar para reclamar el título.

Ella chasqueó la lengua.

—Si hay algo que sé con certeza sobre ti, es que nunca te casarías con alguien tan superficial o mal intencionado hacia tu primo.

—Intentaré que no sea así —Teddy estudió a Eugenia. Ella no resentiría a Sinclair si continuaba viviendo como duque por un tiempo muy largo y feliz. Pero muchas damas se casaban con la mirada puesta en el próximo título que sus futuros maridos heredarían. En la actualidad, él no tenía un título. Recordaba muy claramente a Lady Fuller lamentando que él nunca poseería un título hasta que Sinclair falleciera, y luego preguntando por su salud en el siguiente aliento. Pero los títulos eran marcadores importantes de estatus e influían en la precedencia en muchas cosas. La hija de un duque, acostumbrada a liderar a la mayoría de las mujeres en una cena, no vendría fácilmente en último lugar porque hubiera elegido tomar a un simple señor por marido, incluso si tuvieran un futuro brillante.

Se detuvieron junto al río, y ambos inhalaron profundamente. La vista era encantadora y relajante. El viento se levantó y tiró de los mechones sueltos del cabello de Eugenia, haciéndolos revolotear y dándole un aspecto etéreo en la luz menguante del día.

Podría perderla frente a otro hombre, una situación que se le hacía cada vez más intolerable conforme pasaban los días.

Puso su mano en la parte superior de la espalda de ella, y Eugenia se deslizó de lado hacia sus brazos para ser abrazada. Eran buenos juntos, una combinación perfecta en actitud y origen.

Si tan solo fuera posible permanecer juntos cuando todo estuviera dicho y hecho.

De no ser por la inoportuna llegada de Bagshaw, quizás ya le habría propuesto matrimonio a Eugenia.

Bajó la mirada, sobresaltado, hacia la mujer en sus brazos y la atrajo más contra sí. Dejando que la nueva idea que se le había ocurrido se asentara en su mente. Eugenia le había dicho que lo amaba, y él no había querido pensar en eso antes. Él también se había enamorado de ella. ¿Habrían sido felizmente casados?

Imaginó que podrían haberlo sido.

Pero con ella teniendo un marido en Londres, ahora nunca lo sabría.

La soltó lentamente, maldiciendo que el destino pudiera aún arrancar a Eugenia de su vida. Sí, podría casarse con ella si pudiera. Pero esa decisión era otra cosa que debía esperar hasta mañana.

Por mutuo acuerdo, caminaron lentamente de regreso a la posada, lado a lado. A un brazo de distancia. Allí volverían a fingir ser hermanos por otra noche, cenando juntos, y luego se retirarían a sus respectivas habitaciones solos hasta el amanecer.

Resentía absolutamente su desplazamiento, pero ¿qué podía hacer?

Nada.

En la posada, la esposa del posadero hizo una reverencia y se deshizo en elogios sobre el bonito pelisse y el chal de Eugenia mientras se los quitaba, prometiendo llevarlos directamente a la habitación de Eugenia.

—El comedor está listo si tienen algo de apetito.

Eugenia lo miró de reojo. —La verdad es que sí.

Teddy escuchó el anhelo en su voz y se tensó... en todas partes.

Rápidamente se quitó el sombrero de la cabeza y lo colocó estratégicamente frente a su entrepierna. Ciertas frases y miradas de Eugenia parecían siempre destinadas a torturarlo. Estaba bastante seguro de que ella no lo hacía deliberadamente, sin embargo.

La siguió al comedor y pidió una tetera para Eugenia y cerveza para él. Podría haber ido a la

sala de la taberna, y aún podría hacerlo.

La primera noche de su viaje había sido dura, y esperaba extrañarla aún más esta noche cuando se separaran. Habían pasado todo el viaje hablando y conociéndose. Mucho más de lo que podrían haber compartido si alguna vez la hubiera cortejado abiertamente.

Por ejemplo, ella aborrecía a los perros pero amaba a las ovejas. En una granja, como la que poseía el duque, había muchos de ambos. Cuando él lo mencionó, ella afirmó haber perfeccionado el pastoreo sin el uso de perros. Eso era algo que nunca se podría haber dicho en la sociedad educada.

Como aún faltaban unas horas para la separación, decidió pedirle consejo sobre un asunto que ocupaba su mente últimamente. Y sospechaba que a ella también le gustaría la distracción de un tema bastante alejado de su propia situación.

—Me pregunto si podría pedirte una opinión sobre una situación en la que me encuentro, querida hermana —murmuró después de que la criada dejara el té y la cerveza en la mesa del comedor.

—Puedo intentarlo —prometió ella, sirviéndose una taza, endulzándola y añadiendo crema.

Él tomó un sorbo de su cerveza y descubrió que era bastante buena. —Me alegro por los cambios en mi vida. Nunca habría llegado a mucho si el duque no me hubiera encontrado. —Suspiró—. Y gracias a mi situación mejorada, ahora también puedo hacer el bien por otros.

Ella asintió aprobatoriamente. —¿Qué organizaciones benéficas patrocinas más?

—No muchas todavía, pero la primera fue una familia.

Su ceja se alzó con sorpresa, y dejó su taza. —Oh.

—El año pasado, me encontré con un grupo de niños mendigando en la calle.

—Los huérfanos sin hogar están en todas partes en Londres —murmuró ella.

—Prácticamente en cada esquina o plaza —asintió él—. En este caso, su madre estaba gravemente enferma, y su desesperada situación conmovió mi corazón. Comencé a mantenerlos mientras me aseguraba de que ella se recuperara, y sigo haciéndolo hasta el día de hoy.

Eugenia frunció el ceño. —¿Ha estado enferma todo este tiempo?

—Promete estar mejorando en cada visita.

Su ceño se arrugó aún más. —¿Con qué frecuencia los visitas a ella y a los niños?

—Intento ir cada semana, pero eso no siempre es posible con las exigencias de mi tiempo. Tienen sirvientes y una casa, etcétera, que yo pago.

—Es un compromiso bastante grande para un soltero asumir una viuda y sus hijos. —Hizo una pausa y escudriñó su rostro—. Perdona mi franqueza, pero ¿cuán comprometido estás con la mujer?

—De ninguna manera que nos afecte —prometió él—. Es una mujer enferma y no tiene a nadie más que la ayude. Los niños son un poco revoltosos a veces, como pueden ser todos los hermanos, entiendo, pero absolutamente encantadores. Inteligentes y generalmente bien educados conmigo. Estoy decidido a no dejar que la familia caiga en la pobreza. Me ocuparé de la educación de los chicos, de las chicas también, y los vestiré a todos.

—Espero que la dama esté adecuadamente agradecida —dijo finalmente con una amplia sonrisa—. No hay muchos que harían ni la mitad por su propia familia. Eres muy inusual en eso.

—Tal vez sea culpa de no tener hermanos propios. Tenemos una edad similar. Sophie siempre me dice que aprecia mi apoyo y espera con ansias mi próxima visita.

—¿Sophie? ¿No señora...? —Su ceja se arqueó ante su informalidad.

—Normalmente me dirijo a ella como señora Darling. Solo usé Sophie contigo. Te aseguro

que no está pasando nada impropio entre nosotros y nunca pasará.

Eugenia reflexionó sobre eso. —Hmm, si le prestas demasiada atención a la dama, debes ser consciente de que podría generar una expectativa en la pobre mujer de que siempre podrá contar contigo. Para siempre.

—Tonterías.

—Entonces, ¿de qué manera podría ofrecerte una opinión sobre la situación?

Él se movió para sentarse más cerca de Eugenia. —Me preguntaba cómo abordar suavemente el tema de su futuro sin que ella sienta que quiero deshacerme de ella. Hacer un segundo matrimonio le proporcionaría un nivel de protección que actualmente carece, y que yo no puedo ofrecer para siempre.

—No necesitas tomar todas sus decisiones, Thaddeus. Se casará cuando se lo pidan, cuando se sienta más fuerte. ¿Has considerado que tendría que salir para conocer a un pretendiente y que alguien tendría que presentarlos? ¿Tiene muchos buenos amigos, gente de su clase, que puedan hacer eso por ella?

—No estoy seguro. Mencionó que una amiga había sacado a los niños a tomar aire la última vez que la vi —se mordió el labio—. Nunca pensé en preguntar sobre sus otras amistades cuando siempre está tan enferma.

—Quizás por ahí deberías empezar si crees que ha mejorado gracias a tu ayuda. No tienes que mantenerla toda su vida, ni a sus hijos tampoco, para asegurarte de que prosperen. Pero es bueno de tu parte preocuparte tanto por ella. Muchos se habrían alejado de una familia tan desesperada una vez que el temor inicial por su vida hubiera pasado.

Teddy rechazó su elogio. Había hecho lo que consideraba correcto en ese momento. Ayudar a una familia por compasión ante el posible sufrimiento de los niños era una bondad de la que su primo también se había burlado. Pero lo haría de nuevo sin pensarlo y probablemente lo haría muchas veces más en los años venideros. Le dirigió una sonrisa tímida. —Me has llamado por mi nombre de pila.

—Tú usas el mío todo el tiempo sin tener que pedir permiso —bromeó ella—. ¿No te gusta tu nombre completo?

—Me gusta todo lo mío en tus labios —dijo sin pensar, y luego puso los ojos en blanco por volver a iniciar un coqueteo. No dejaba de caer en esa trampa durante el viaje. Ambos lo hacían, y ambos se esforzaban por actuar como si no lo hubieran hecho después. Era condenadamente agotador, pero quizás necesitaría clavarse un alfiler en la lengua para mantenerla bajo control cerca de ella en el futuro. Suspiró exasperado—. Parece natural hablar con franqueza contigo, junto con tantas otras cosas que hemos hecho juntos.

Ella asintió. —Me he convertido en una influencia corruptora para un caballero muy correcto. ¿Quién habría pensado que era posible que el heredero del Duque de Exeter pudiera perder la cabeza por una solterona?

—Una viuda y una flor silvestre —corrigió suavemente—, he amado cada momento de los antojos de tu pequeño corazón travieso. —Se puso de pie, caminó hacia la ventana y se apoyó en el marco, fingiendo interés en la vista. Pero no sirvió de nada. Se volvió para encontrarla mirándolo, como siempre quería que lo hiciera. Dioses, era una tortura pura terminar las cosas con ella—. Deseo que solo *tú* conozcas mis secretos más profundos, y si pudiera elegir, querría que me corrompieras para siempre —susurró.

Ella se rio desestimando su sugerencia, pero él hablaba completamente en serio. Si tuviera la oportunidad, se casaría con Eugenia. Pero quizás no se le concediera ese deseo mañana.

Si ella estaba casada, tendría que dejarla en paz.

Como se esperaba que una criada regresara con la cena, Teddy se excusó para confirmar que todo estuviera en orden con sus habitaciones en el piso de arriba de la posada, y luego revisaría a los hombres, los caballos y el carruaje en los establos también. Cualquier cosa para distraerse de pensar en el futuro que podría perderse con Eugenia.

Su habitación era una estrecha alcoba en lo alto de la escalera, pero había solicitado la habitación más grande para Eugenia, que se suponía estaría junto a la suya.

Subió las escaleras de dos en dos y encontró su puerta con facilidad. Su equipaje ya había llegado. Uno de sus mozos de cuadra actuaba como ayuda de cámara otra vez esta noche y rondaba cerca del fuego. Se suponía que habría una criada de la posada disponible para Eugenia cuando la necesitara.

Vio una puerta de conexión entre las habitaciones y frunció el ceño. Era algo que no había considerado que pudiera existir en esta posada. El posadero de la última posada había puesto sus habitaciones más separadas que solo una puerta. Se acercó a la entrada, probó el pomo de la puerta y la encontró cerrada con llave.

Eso lo alivió.

Su ayuda de cámara se detuvo en el acto de preparar su cama. —Si quiere la llave de esa puerta, señor, le advierto que conecta con la habitación de la señora Smith. Tendrá que pedirle a ella que le deje entrar.

—No. No necesitaré la llave esta noche. —Mejor no ceder a la tentación ahora. Hasta ahora, había actuado honorablemente y la había dejado sola por las noches. Pero aún tenían millas por recorrer mañana antes de descubrir si podía reanudar su aventura, o si realmente tenía que dejar ir a la mujer que amaba cada día más para que volviera con su marido.

CAPÍTULO 22



EUGENIA ACEPTÓ LA ayuda de Thaddeus para bajar del carruaje al final de la tarde siguiente. Se habían detenido al pie de un callejón estrecho y empinado. Miró a su alrededor, notando la miseria del vecindario y el aire de decadencia de todas las casas estrechas. Debajo de todo eso, podía oler el mar. Se negó a mirarlo. —¿Estás seguro de que tus hombres encontraron el lugar correcto?

—Estoy seguro —Thaddeus se acercó a ella, su toque ligero en su espalda—. ¿Creías que Bagshaw era un hombre más adinerado?

Ella miró alrededor, sin ver nada que le recordara algo que Robbie le hubiera descrito alguna vez. —No, pero asumí que su familia era de un vecindario mejor que este.

—Han pasado años —advirtió Thaddeus—. ¿Quizás han caído en desgracia desde entonces?

Ella asintió y trató de no preocuparse aún más por lo que pudiera encontrar aquí.

Thaddeus se quitó el sombrero ante un lugareño que había salido a mirarlos desde una de las casas. Su carruaje de viaje atraería aún más atención cuanto más tiempo permanecieran.

Eugenia se estremeció y se apretó el chal alrededor de los hombros.

—Toma mi brazo —pidió Thaddeus—. Mantente cerca de mí.

Eugenia asintió y deslizó su brazo a través del suyo. Estaba familiarizada con los peligros de atravesar a pie un área donde el dinero escaseaba. Aunque no era rica, podría estar en mejor situación que cualquiera que viviera aquí. Los mozos de Thaddeus se desplegaron delante de ellos, y algunos se quedaron atrás. Los de delante llamaban a las puertas y preguntaban si alguien conocía a una Sra. Bagshaw, junto con la ubicación exacta de su casa.

Las primeras personas con las que hablaron afirmaron no conocerla y les cerraron la puerta en la cara. Pero ella alcanzó a ver niños corriendo colina arriba, saltando vallas mientras avanzaban.

—Debe estar aquí —susurró—. Seguramente pueden ver que somos inofensivos.

—Somos extraños, y mis hombres llevan pistolas para nuestra protección, pero no las usarán a menos que estemos en peligro —susurró Thaddeus—. Dales una oportunidad de encontrar la casa correcta.

Eugenia apretó su brazo un poco más fuerte. Con Thaddeus tan decidido a permanecer a su lado, ayudándola a descubrir la verdad, nunca se detendría.

Un mozo llamó a una puerta azul descolorida a mitad de la fila. La puerta se abrió una rendija, y alguien dentro habló con uno de sus mozos. Y entonces la puerta se abrió más, y una

anciana diminuta apareció en el umbral. Levantó la mano para proteger sus viejos ojos mientras los observaba calle abajo. Y luego su mano fue a su garganta.

Eugenia rezó para que fuera ella y se apresuró a encontrarse con la mujer. —¿Señora Bagshaw, madre de Robert Bagshaw?

La mujer se irguió tanto como sus cinco pies, si acaso, le permitían. —Lo soy. ¿Qué quieren de mí?

Había estado preocupada sobre cómo presentarse. La anciana podría ni siquiera haber sabido de su existencia. Después de tanto tiempo, no podía recordar si Robert había escrito a su madre sobre ella o si solo planeaba contárselo después del matrimonio. Había decidido ser honesta desde el principio y no ocultar nada. —Soy la señora Robert Bagshaw. Eugenia. Anteriormente de Hastings.

Los ojos de la anciana se agrandaron. —No puede ser.

Ella buscó su bolso y la única prueba que tenía para verificar que había conocido al hijo de la mujer. —Tengo una carta que su hijo me dio. Si pudiera dedicarme un momento de su tiempo, le estaría muy agradecida si la mirara.

La anciana miró a su alrededor de repente. Los vecinos estaban todos de pie frente a sus casas, haciendo poco por ocultar que estaban observando. —Será mejor que entren. No sucede mucho por aquí que los demás no quieran saber.

Eugenia intercambió una mirada esperanzada con Thaddeus y siguió a la diminuta mujer a una casa escasamente amueblada. Solo tenía el ancho de una habitación en la planta baja y probablemente lo mismo arriba. Había una alfombra raída en el suelo de la habitación delantera donde la Sra. Bagshaw los condujo y solo se veían algunas piezas de muebles de madera dura. Pero la casa estaba amorosamente cuidada. Ordenada y limpia. La anciana fue a sentarse junto al fuego en la única silla tapizada de la habitación, dejando dos taburetes para que ellos se sentaran.

Eugenia acercó su taburete a la mujer. —¿Cómo está usted, señora?

—Muy bien —dijo, inclinando la cabeza hacia ella. Pero luego sus ojos se desviaron hacia Thaddeus.

—Este es mi...

—Thaddeus Berringer —dijo él, aparentemente decidiendo que ya no era necesario ocultar su nombre—. Represento al Duque de Exeter.

—Un duque —exclamó la anciana y luego miró a Eugenia con sorpresa—. ¿Qué quieren de mí? No tengo dinero.

—Por favor, quiero saber todo lo que pueda decirme sobre mi marido.

La mujer resopló. —No hay mucho que contar.

—Y su familia —añadió Thaddeus—. Los recuerdos de la señora Bagshaw del tiempo que vivió como esposa de Bagshaw son confusos en el mejor de los casos. Espero que su petición no sea demasiado difícil.

La anciana lo miró con furia. —¿Cree que mi memoria de mi hijo podría ser defectuosa?

Eugenia estudió a la mujer. Desde aquí, no podía sentir ninguna malicia, sino desafío. Orgullo, también. Podrían bailar alrededor del tema durante una hora, y Eugenia probablemente se iría sin más conocimiento del que había llegado si no ganaba rápidamente la cooperación de la mujer. Podría ser más fácil para todos ir directo al grano con esta señora. Si era la madre de su marido, eran familia.

—Conocí a Robbie cuando tenía veintitrés años. Fue justo después de que mi hermano muriera. Me deslumbró, y me propuso matrimonio al día siguiente. Nos casamos un mes después

por amonestaciones, pero tuvo que irse para volver con usted. Se fue muy temprano la mañana después de que nos casáramos para viajar en barco a Dover.

—Dijo que me mostraría una carta.

—Sí, esto es lo que encontré que había dejado en la repisa de la chimenea después de que se fuera —Le pasó la carta, y la anciana entrecerró los ojos ante el papel doblado. Se levantó y se movió hacia la ventana delantera, aún entrecerrando los ojos para leer las palabras descoloridas de su hijo, que habría muerto al día siguiente ahogado, si lo que le habían dicho a Eugenia era cierto.

Y entonces un sollozo se escapó de la garganta de la anciana. —Dijo que había conocido a una chica con la que quería casarse y apenas podía creerlo. Pero siempre me pregunté qué te había pasado.

La anciana de repente se apresuró hacia una cámara contigua.

Ella y Thaddeus intercambiaron una larga mirada. Ambos podían oír claramente el revoltijo en la otra habitación. Un momento después, la Sra. Bagshaw regresó con un segundo papel amarillento apretado en su mano. El papel parecía del mismo tamaño y forma que la carta de Eugenia de Robbie. Tan viejo, también, quizás.

—Me escribió antes de que debierais haberos casado.

Eugenia tomó la nota que le habían entregado y la leyó donde estaba sentada, pero también se giró hacia la luz. Thaddeus probablemente no podía ver las palabras, pero seguramente estaba tan ansioso como ella por saber qué contenía esa carta.

Eugenia se aclaró la garganta y la leyó en voz alta.

Mi querida mamá:

Sin duda te sorprenderá saber que tengo la intención de casarme antes de regresar a casa contigo. He conocido a la mujer más encantadora y amable en Hastings, y me encuentro incapaz de vivir sin ella. Mamá, estoy seguro de que llegarás a quererla tanto como yo, y por fin podré cumplir mi promesa de sacarte de Dover para llevarte a una vida más tranquila donde pueda continuar con mi profesión en paz. Mi futura esposa tiene una casa lo suficientemente grande para que vivamos todos juntos. Podríamos estar muy cómodos y nunca más ser molestados. Prepárate para el viaje, querida mamá. Iré a buscarte una semana después de mi boda, y finalmente te liberarás de toda vergüenza.

Tu hijo que te quiere,

R. J. B.

—Robert James Bagshaw —susurró Eugenia mientras se secaba una lágrima que se le había escapado por la mejilla. Hasta ese momento había olvidado que Robbie tenía un segundo nombre, pero ver las iniciales escritas hizo que el recuerdo volviera de golpe.

Podía entender que Robbie quisiera sacar a su madre de esta parte de la ciudad. Pero Robbie no le había dicho que la señora Bagshaw debía haber ido a vivir con ellos.

Si lo hubiera sabido, tal vez no serían las extrañas que eran hoy, y las vidas de ambas podrían haber sido muy diferentes.

Echó un último vistazo a la carta, luego la dobló y se la devolvió a su suegra.

Miró a la mujer mayor, que apretaba su carta y la de Eugenia contra su pecho y no pidió que se la devolviera.

Thaddeus se aclaró la garganta.

—¿Puedo ver ambas cartas?

Eugenia se las pasó cuando la señora Bagshaw finalmente las soltó. Thaddeus las extendió

sobre sus rodillas, comparando la caligrafía en ambas.

—Caligrafía idéntica en todos los aspectos —murmuró.

—Por supuesto que lo son. Reconocería la letra de mi hijo en cualquier parte.

—¿Lo reconocería a él también, incluso ahora?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Thaddeus asintió lentamente.

—Señora, ¿estaría dispuesta a hacer un viaje a Londres?

La anciana miró fijamente a Thaddeus con los ojos muy abiertos.

—¿Qué espera que haga en Londres?

Thaddeus miró hacia Eugenia, y ella supo lo que estaba a punto de decir.

—Recientemente ha llegado a Londres un hombre que dice ser el marido de Eugenia, su hijo Robert Bagshaw, pero a ella le aseguraron que se había ahogado antes de poder llegar a Dover.

—Mi Robert *sí* se ahogó —la señora Bagshaw tragó saliva—. Yo lo enterré.

Eugenia se inclinó hacia adelante, casi derramando lágrimas de alivio al escuchar esas palabras en voz alta. Robbie no la había abandonado, y el hombre en Londres *era* un impostor.

—Sin ánimo de ofender, ¿está segura de que fue a su hijo a quien enterró?

La anciana palideció.

—Una madre reconoce a su propia carne y sangre cuando se la presentan para el entierro en su propio salón.

Thaddeus se volvió hacia Eugenia.

—Entonces, ¿quién será el que anda pavoneándose por Londres? Dices que se parece mucho a Robbie.

—Similar, pero obviamente un impostor. Tal como dije que era desde el principio —tragó saliva—. Un impostor muy convincente en posesión de los documentos de mi difunto esposo.

Thaddeus se volvió de nuevo hacia la señora Bagshaw.

—¿Tenía Robert algún primo que se le pareciera? ¿O algún amigo que pudiera hacerse pasar por él y que pudiera conocer detalles íntimos de su cortejo a Eugenia?

Los ojos de la anciana se habían estrechado, volviéndose tan duros como el mar.

—Su medio hermano bastardo podría pasar por él con poca luz.

—¿Un medio hermano?

—El bastardo de mi marido viene de vez en cuando. Fisgoneando y atormentándome con su cara, tan parecida a la de mi niño perdido.

—¿Fisgoneando?

—Lo encontré aquí hace seis meses. Lo maldije hasta el infierno mientras se escabullía como la rata de alcantarilla que siempre ha sido. No ha vuelto desde entonces, pero me robó. Pensé que era solo otra forma de herirme porque no quiero tener nada que ver con alguien como él. Si solo Robbie hubiera vivido lo suficiente para que nos conociéramos, me habría escapado de él para vivir en Hastings con ustedes y nunca habría tenido que tratar con él de nuevo.

—¿Cómo se llama el hijo de su marido?

—Se hace llamar Regis *Bagshaw* —respondió la señora Bagshaw con una mueca de disgusto —. Aunque no tiene derecho a usar ese apellido.

—¿Qué clase de hombre es Regis en realidad?

—Un inútil, bueno para nada más que rascar mugre del casco de un apestoso ballenero y colarse en lugares donde no pertenece. No se parece en nada a mi hijo. Mi Robert era un buen muchacho. Honesto y amable. Nunca le habló con dureza a nadie, excepto a ese Regis.

—Así que Regis vino aquí y tomó... ¿cuántas cartas le escribió su hijo?

—Muchas. Mi hijo era inteligente y le escribía a su madre cada semana que estaba fuera por negocios.

—Y entonces, armado con las cartas de su hijo, conociendo su historia de vida y el nombre de Eugenia, debe haber decidido reinventarse como Robert Bagshaw —susurró Thaddeus, con evidente disgusto en su tono.

—Pero ¿cómo consiguió la licencia de matrimonio? Robbie la tenía y el capitán nunca me devolvió ninguna de sus pertenencias —miró a su suegra—. ¿Usted tenía nuestra licencia de matrimonio?

—No. Pero Regis venía siguiéndonos desde el muelle cuando me trajeron el cuerpo de mi hijo. Él tenía... —la anciana frunció el ceño—. Estaba cargando el baúl de Robbie, pero nunca lo volví a ver después de ese día.

—Así que robó todo lo que necesitaba —Eugenia se reclinó, horrorizada—. Incluso podría haber ido a Hastings. Es donde Robbie y yo nos casamos, y desde allí pudo haber descubierto adónde me había ido preguntando al vicario o incluso a algún antiguo vecino —reflexionó Eugenia.

—Es una conclusión razonable —murmuró Thaddeus—. ¿Sigues escribiéndote con alguien en Hastings?

—Sí. Una vecina. Le escribí y le conté sobre el compromiso de Sylvia con el marqués de Wharton, pero eso fue solo la semana pasada.

Thaddeus se frotó la mandíbula.

—*Podría* haber conseguido la dirección de Albemarle Street de alguien en Hastings, haber venido a Londres y enterarse de que te habías mudado recientemente, y posiblemente haberte seguido a ti o a tus primas de vuelta a la residencia de Lord Wharton.

Ella se estremeció.

—Debería darle a esa comadreja un pedazo de mi mente por meterse con mi nuera —se quejó de repente la anciana.

—¿Podría venir con nosotros? —Eugenia se giró para mirar a la anciana—. Ahora mismo, Regis está causando problemas en Londres. Necesitamos exponer sus mentiras y dejar claro que nunca estuve casada con él.

La anciana asintió. —Me encantaría.

—Nos ocuparemos de que esté cómoda durante todo el viaje de ida y vuelta —prometió Thaddeus.

La anciana miró a Thaddeus. —¿Este Duque de Exeter debe de tener mucho aprecio por mi nuera?

—Toda su familia lo tiene —aseguró Thaddeus.

Eugenia se llevó las manos al vientre. —Si mi recuerdo de Robbie no se hubiera debilitado con el tiempo —dijo—, habría recordado con qué frecuencia le escribía cartas a usted y habría venido antes. Regis alegó que una lesión en su mano había cambiado su caligrafía cuando Lord Wharton le hizo escribir su nombre para compararlo con la licencia.

—Debería haber ido a verte, tal como mi hijo quería —se disculpó la señora Bagshaw—. Pero no podía dejar Dover con él tan recientemente enterrado aquí.

—Me hubiera gustado conocerla antes. —Eugenia sonrió y miró a Thaddeus, que se había puesto de pie—. ¿Qué más necesitamos para probar que es un impostor?

—Bueno —Thaddeus se sentó de nuevo, mirando a la señora Bagshaw—, además de llevar a

esta querida señora a Londres, estoy seguro de que podemos disipar cualquier duda sobre su buen carácter, dado que podría estar en posesión de bienes robados de Wharton.

La anciana sonrió maliciosamente. —No estará contento de verme. Soy responsable de que se rompiera el brazo cuando lo atrapé allanando la propiedad justo después de enterrar a Robbie. Se cayó por la ventana superior, aferrándose a sus ganancias mal habidas con sus sucias manos. Dejó caer la mitad antes de que los vecinos lo ahuyentaran.

—Un delincuente profesional. Mucho mejor. —Teddy sonrió encantado—. Una confrontación con la señora Bagshaw senior debería desestabilizarlo lo suficiente como para revelar al verdadero hombre detrás del disfraz. ¿Sabe si alguien en estos lugares lo recuerda bien?

—El magistrado local lo hará.

—Me pregunto si se le podría persuadir para viajar a Londres y responder a una citación del Duque de Exeter. Todos los gastos pagados, por supuesto.

Los ojos de la anciana se iluminaron de emoción. —También lo golpearé de nuevo si ayuda.

—Esperemos que no sea necesaria la violencia, pero entre usted y yo, disfrutaría dándole un puñetazo yo mismo después de su farsa —confesó Thaddeus.

La anciana miró a su alrededor de repente. —¿Y mis cosas?

—Puedo dejar a un mozo para que cuide sus pertenencias mientras esté fuera. Le aseguro que todo estará como ahora a su regreso. Me gustaría partir mañana al amanecer si les parece bien a ambas.

La señora Bagshaw asintió y luego se volvió hacia Eugenia, con ojos suplicantes.

Eugenia miró a Thaddeus. —¿Podríamos tener un momento a solas, señor?

—Por supuesto. Esperaré fuera. Tómense todo el tiempo que necesiten.

Tan pronto como Thaddeus se fue, la anciana sonrió. —Te has relacionado con gente importante desde que murió mi Robbie. Me alegro de que tuvieras a alguien que cuidara de ti.

Pero la señora Bagshaw no tenía a nadie. Había quedado a merced de las atenciones descuidadas y codiciosas del hijo bastardo de su marido. —Mi prima Sylvia se va a casar pronto con un marqués. Mi otra prima, Aurora y yo, residimos con ellos en una gran mansión en Mayfair.

—¿Y quién es este formidable duque del que habla el señor Berringer?

—Su primo. Un amigo, y un buen hombre a pesar de su título.

—¿Casado?

—¿El duque? Sí, con su amor de la infancia.

—¿Y qué hay de este señor Berringer que te acompaña? Parece muy interesado en descubrir la verdad contigo.

Eugenia nunca había tenido que responder a esa pregunta antes. Él era su amigo y amante, pero no podía decírselo a su suegra en su primera conversación. —Es un hombre que busca corregir un mal que se me está haciendo. Ofreció su ayuda, su carruaje y sus hombres para encontrarla. No podría haberlo hecho sin él.

—Entonces es un buen hombre, y tiene mi agradecimiento por unirnos al fin. Robbie estaría contento de que tengas tantas personas que se preocupan por ti.

Eugenia acercó su silla a su suegra. —No puedo expresarle lo satisfactorio que es conocerla al fin.

—Debes haber pensado lo peor de mi hijo después de la farsa de Regis. Imaginado que no había muerto después de todo, y que te había usado y abandonado.

—Ni por un momento —prometió Eugenia—. Cuando miré a los ojos de Regis, vi a un hombre que nunca había amado ni podría amar jamás.

—Mi Robert se alegraría de oírlo. A menudo lo confundían con Regis cuando era niño. —Los ojos de la mujer mayor se fijaron en ella.

—Quizás de ahí sacó Regis la idea de hacerse pasar por él —reflexionó Eugenia. Y lo detendría tan pronto como fuera posible. Se puso de pie y alcanzó la mano de su suegra.

La señora Bagshaw le apretó la mano con fuerza. —¿Tuviste un hijo suyo? ¿De mi Robbie?

Eugenia hizo una mueca. —No. Estuvimos juntos una noche y luego se fue. No estaba destinado a ser.

—Lamento mucho oír eso —susurró la señora Bagshaw, con toda la vida drenándose de ella —. No hay nada más triste que una mujer sin sus hijos.

Eugenia tragó saliva ante el repentino nudo que se le había formado en la garganta. —Sí.

Nunca había tenido la oportunidad de formar una familia. El amor no llegaba todos los días, ni los hijos si una dama tomaba precauciones. Lamentaba que tuviera que ser así. Podría ser agradable sentarse junto al fuego y tener niños jugando a sus pies, y un marido que la amara sin importar qué, sentado en la ventana observando. *Teddy*. Asintió. —Bueno. Hasta mañana, señora Bagshaw.

—Hasta el amanecer, señora Bagshaw. —La anciana se puso de pie y acompañó a Eugenia hasta la puerta y más allá.

Thaddeus, el hombre que amaba, estaba esperando en la calle empedrada en compañía de sus hombres, que aguardaban para escoltarlas por la empinada pendiente hasta el carruaje.

Un par de sus hombres se presentaron a la señora Bagshaw y prometieron regresar antes del amanecer para hacerse cargo de su casa en su ausencia.

Eugenia se despidió con la mano de su suegra y comenzó a descender, aferrándose con fuerza al fuerte brazo de Thaddeus.

—No estoy casada —susurró.

—Eres viuda, señora Bagshaw —susurró Thaddeus en respuesta.

Hizo una mueca ante el nombre que nunca había considerado realmente como suyo durante tanto tiempo, pero ahora no había escapatoria. Tendría que acostumbrarse, respondiendo al nombre por primera vez en cuatro años. La señora Bagshaw mayor ciertamente lo usaría cuando viniera a Londres con ellos, y eventualmente todos los demás también. —Al menos ahora puedo salir siempre sin carabina.

—Qué desarrollo tan encantador para mí —murmuró Thaddeus mientras la ayudaba a subir al carruaje. Habló con el cochero y luego se unió a ella en la intimidad oscura del interior.

CAPÍTULO 23



TEDDY NUNCA HABÍA conocido tanta felicidad en su vida. Eugenia era viuda, no una esposa. En cuanto se pusieron en marcha, la levantó de su asiento y la colocó firmemente sobre su regazo, a horcajadas sobre él, riendo mientras ella gritaba sorprendida. La rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza contra la de ella.

—Temí que nunca volvería a abrazarte.

Ella se removió en su regazo para rodearle el cuello con los brazos y se aferró a él.

—Tenía razón —exclamó suavemente—. Tenía razón. Él no era el hombre que amé y con quien me casé. Soy libre. Estoy salvada.

Teddy la apretó contra sí aún más fuerte.

—¡Gracias a Dios!

Ella le besó la mejilla.

—Ahora realmente puedo hacer lo que me plazca.

Las cortinas del carruaje seguían bajadas desde que habían llegado y la atmósfera íntima ahora estaba cargada de alivio, y algo más también.

—¿Eres toda mía esta noche, señora?

—Ciertamente, señor —prometió ella—. Haz lo que quieras y probablemente te suplicaré más.

Los dedos de Teddy acariciaron su mejilla y luego bajaron para acunar su pecho.

—Te besaré por todas partes si me dejas.

Eugenia lo silenció con un beso apasionado, aparentemente más que lista para volver a la forma en que las cosas habían sido entre ellos durante otra noche escandalosa. Y luego habría muchas más después de esa. Nada les impediría estar juntos ahora.

De repente, ella rompió el beso.

—Tendremos que despertarnos temprano mañana y sacar a ese impostor de mi vida para siempre. Me aterra pensar lo que ha logrado, pavoneándose usando el nombre de Robbie mientras hemos estado fuera.

Teddy le frotó la espalda y luego puso sus dedos alrededor de su cintura. El regalo que le había dado estaba sujeto alrededor de su cintura. Eso le hizo sonreír.

—No podemos viajar a un ritmo temerario con la señora Bagshaw en el carruaje mañana. Pero estoy de acuerdo, no deberíamos perder tiempo en volver a Londres.

Teddy esperaba ansiosamente el momento en que Wharton le diera una patada en el trasero a

Bagshaw y lo devolviera a la alcantarilla donde pertenecía. Pero Teddy también deseaba ser él quien tuviera el honor. Si pudiera estar allí para ver al impostor recibir su merecido, sería suficiente.

Eugenia gimió cuando el carruaje meció su sexo contra su endurecido miembro. Él apretó su agarre en sus caderas para incitar aún más sus pasiones.

Sin embargo, Eugenia parecía distraída y apartó brevemente una cortina para mirar las casas que pasaban. Ya habían llegado a un barrio de mejor clase.

—¿A dónde nos dirigimos?

—A una posada cara. Para celebrar —prometió con una sonrisa.

—¿Para hacer el amor? —preguntó ella con una sonrisa tímida.

—Tendremos que ser algo discretos allí —advirtió él.

Ella hizo un puchero.

—Seguramente no tendremos que fingir ser hermanos de nuevo.

—No. Tengo otra idea para esta noche —le juró—. Un señor y una señora Hais interrumpirán su viaje en esta posada.

—¿Hais? —Eugenia se bajó de él y volvió a sentarse en el lado opuesto del carruaje—. Pensé que habíamos terminado con los disfraces.

—No del todo —admitió él.— He aprendido a usar una gran variedad de nombres falsos cuando viajo. Me hice pasar por un mozo de cuadra en mi propio carruaje hace apenas un mes para evitar que una madre casamentera me acorralara. El mozo que llevaba mi ropa se rio mucho cuando ella lo encontró a él en lugar de a mí sentado en el carruaje con los pies sobre el asiento.

—Ingenioso. —Eugenia se rio, pero rápidamente se puso seria—. *Lamento* que Robbie haya muerto, ¿sabes?

—Lo sé, y estoy seguro de que la señora Bagshaw también lo entiende —se apresuró a asegurar, inclinándose hacia adelante para tomar sus manos entre las suyas de nuevo—. Pero murió hace mucho tiempo y no tienes motivos para sentirte culpable por su muerte. Él tuvo tu amor, y eso es algo realmente precioso.

Eugenia miró sus manos unidas un momento antes de levantar la vista.

—Robbie nunca me habló de sus planes de traer a su madre a vivir con nosotros.

—Dado lo que ambos acabamos de ver de donde vive, es comprensible que quisiera hacerlo. Ambos habrían tenido una vida muy diferente en Hastings contigo.

—Habrían estado lejos de Regis —susurró Eugenia—. Creo que ella tiene miedo de lo que Regis pueda hacer si regresa a Dover después de que se descubra todo.

Teddy se recostó.

—Si todo sale bien, él no tendrá oportunidad de molestarla de nuevo.

—Ha sido una molestia toda su vida y podría intentar castigarla por ayudarme a escapar de un matrimonio con él, y las riquezas que debe pensar que podría reclamar a través de mi conexión con Lord Wharton. —Ella miró a Teddy—. Voy a ayudarla a mudarse a un lugar donde Regis nunca pueda molestarla. Después de todo, es familia.

Era una ambición admirable, pero ayudar a otros no siempre era fácil.

—Conócela primero. Sospecho que a la señora Bagshaw mayor no le resultará tan fácil acostumbrarse a vivir en la alta sociedad como tú lo has hecho.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quién dice que me siento cómoda en sociedad?

—Encajas allí tan bien como yo —prometió con un guiño.

Para él, Eugenia parecía una parte natural del tapiz de Londres. No una líder de ninguna manera, pero una parte aceptada. Cuanto más tiempo se moviera en sociedad, más pertenecería. Igual que él.

—Ella podría vivir en Albemarle Street.

—Regis podría descubrirla fácilmente allí sola —advirtió Teddy.

—Iré con ella.

Él tomó aire bruscamente.

—¿Realmente dejarías la protección de Wharton, y a tus primas también?

—Lo he considerado durante un tiempo —admitió ella—. También pensé que sería más discreto que nos encontráramos allí en lugar de escabullirnos juntos y correr el riesgo de que nos sorprendan besándonos en los armarios.

—Yo también me preocupo por eso. —Teddy resopló—. Pero extrañarías a tus primas, ¿verdad?

—Después de esta última semana, sé que te extrañaría más a ti si no pudiera verte —prometió ella—. Podrías visitarme allí, en Albemarle Street, sin tener que fingir que te topaste conmigo por casualidad.

Teddy asintió. —Quiero estar contigo siempre que pueda, pero tampoco quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—Le aseguro que no me arrepiento de nada con respecto a usted, señor, ni podría hacerlo jamás.

Nunca había sido fácil ver a Eugenia. Su apretada agenda de viajes continuaría. Hasta ahora habían tenido suerte de escabullirse juntos en algunos eventos, pero eso no siempre sería posible. No quería perder su conexión íntima, pero tampoco quería prescindir de su compañía en sociedad. Si ella dejaba Wharton House y surgía un escándalo duradero por las afirmaciones de Regis y su pretensión de ser solterona, el nombre de Eugenia podría ser eliminado de las listas de invitados de varias anfitrionas.

Por supuesto, casarse con ella evitaría que eso sucediera.

El carruaje se detuvo frente a una posada de aspecto próspero y Teddy se apeó para asegurar su mejor par de habitaciones. El nombre de Sr. y Sra. Berringer salió de su boca en lugar de la mentira que originalmente había planeado decir sobre sus nombres aquí.

Una vez dicho, sin embargo, no podía cambiarlo. Aquí, serían conocidos como marido y mujer. Aquí, haría el amor a una mujer que decía que no quería ser esposa de él ni de nadie.

Pero, ¿se sentiría ella diferente ahora?

Él estaba seguro de sus propios sentimientos sobre el lugar de Eugenia en su vida. La amaba y ahora quería casarse. Sin embargo, no hacía mucho, Teddy había tenido la intención de pasar esta temporada sin comprometerse con ninguna mujer.

Pero de alguna manera, *sí* estaba comprometido. Su felicidad se había entrelazado completamente con la de Eugenia.

La condujo al interior, luchando contra una sonrisa, y subió las escaleras hasta un par de agradables habitaciones. Eugenia frunció el ceño cuando la esposa del posadero se dirigió a ella como Sra. Berringer, pero pidió que les sirvieran la cena en dos horas, aquí en sus aposentos en lugar de abajo en un comedor privado.

Cuando se cerraron las puertas, él se quedó clavado en el sitio.

La mirada de Eugenia se elevó lentamente hasta encontrarse con la suya.

Parecía una eternidad desde que habían estado a solas en la misma habitación cuando en

realidad solo habían sido días. No sabía muy bien cómo empezar de nuevo.

Pero Eugenia debió saberlo, porque cruzó la habitación corriendo y se arrojó a sus brazos.

—Mi amor —susurró él.

Eugenia le atrajo el rostro hacia el suyo y lo besó apasionadamente. —Mi querido hombre. ¡Cómo he echado de menos tus caricias!

Con los dedos de ella ya en su cabello, su cuerpo rozándose contra el suyo, Teddy decidió que la discusión sobre el futuro podía esperar hasta después de hacer el amor, si es que realmente necesitaba decir algo más. Pertenecían el uno al otro, y no negaría su atracción por ella.

Teddy la rodeó con sus brazos, pasó sus manos por su espalda mientras se besaban con creciente urgencia. Como siempre, parecían estar en perfecta armonía en cuestiones de placer. Eugenia le arrancó el pañuelo del cuello, justo cuando él empezaba con los botones de su vestido.

Le quitó la tela de los hombros bruscamente, y su vestido cayó al suelo bajo sus pies. Él se quitó la chaqueta y el chaleco con su ayuda y se deshizo también de sus prendas inferiores mientras ella se quitaba la ropa interior a toda prisa.

Eugenia retrocedió hasta chocar con la pared. Sus ojos estaban llenos de picardía y deseo mientras esperaba que él la siguiera.

Maldita sea si verla allí de pie sin llevar nada más que su regalo de una cadena alrededor de su cintura no lo decidió sobre cómo harían el amor. Este no era el momento de preocuparse por las sutilezas del amor y los juegos previos.

—Hermosa, como siempre. —La deseaba ahora.

—Ven aquí y tómame en tus brazos otra vez —dijo ella con un tono ronco en su voz.

Él cruzó la distancia entre ellos en dos largas zancadas y la levantó contra él, de modo que sus pies ya no tocaban el suelo. Sus esbeltas piernas se envolvieron inmediatamente alrededor de sus caderas.

—Eres tan suave y cálida contra mi piel —le dijo.

Eugenia le rodeó los hombros con los brazos y le revolvió el pelo. —Tú estás duro donde importa —susurró, bajando la mirada hacia donde su ansioso miembro ya se apretaba contra sus rizos.

Teddy le enmarcó el rostro. —Te quiero así. Aquí contra la pared.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras ella ajustaba su posición. La punta de su miembro vino a descansar contra su calidez. Se había negado el placer de esto en el viaje a Dover, pero ahora no tenía razón para contenerse.

Con una lenta embestida, volvieron a ser uno.

Eugenia dejó escapar un jadeo, *sí*, cuando él llegó a su límite y se retiró, solo para embestir de nuevo.

Teddy cerró los ojos, enterró su rostro en el cuello de ella y se perdió en la maravilla de sus apasionadas respuestas.

EUGENIA JADEÓ MIENTRAS se arrastraba hacia la almohada en la gran cama, su cuerpo húmedo y tembloroso por el esfuerzo. —Señor, va usted demasiado lejos.

—Tú me provocaste para que lo hiciera, y estoy seguro de que disfrutaste cada beso

perverso.

—Sí —admitió tímidamente. Se desplomó, agotada por otro orgasmo explosivo gracias a la perversa lengua de su amante. Excepto que nunca había imaginado que sus lamidas en su trasero la llevarían tan rápidamente hacia su segundo clímax—. Necesito un momento.

Sus labios rozaron la base de su columna. —Estoy de acuerdo.

Thaddeus se levantó de la cama, y Eugenia se incorporó para observar su forma musculosa retirarse hacia la palangana. Se enjabonó las manos, se lavó la cara y luego se enjuagó la piel. Cuando finalmente regresó a la cama, pavoneándose a través de las tablas desnudas, balanceando su miembro sugestivamente, ella no pudo evitar reírse de sus payasadas. —Eres imposible.

Él dejó caer un beso en su hombro. —Soy un hombre enamorado. Completamente sin vergüenza, además.

Mientras Eugenia parpadeaba e intentaba asimilar su declaración de amor, él se subió a la cama, pasando por encima de ella, y se dejó caer en lo que ella ya consideraba su lado. Era un hombre expresivo. No ocultaba nada de sus deseos o sentimientos, al parecer, cuando estaban a solas. Pero era difícil creer que él también se hubiera enamorado de ella.

—Has dicho que me amabas —susurró ella.

—Así es.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Quería decírtelo antes, pero justo en ese momento me enteré de lo de Bagshaw.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Pensaste que no debías amarme?

—Sí —luchó por meterse bajo las sábanas y luego la atrajo con fuerza contra su costado—. Quise gritar de alegría cuando la señora Bagshaw declaró que eras viuda y no una esposa. Pensé que habría sido de mal gusto y cruel alegrarse de saber que la muerte de su hijo era, de hecho, cierta.

—Yo también me alegro.

Pero se sentía mal decirlo en voz alta. Conocer a la señora Bagshaw le había recordado lo que casi había tenido hace tantos años. Una oportunidad de tener un hogar y una familia propia. Hijos. Ser amada, adorada y venerada, y siempre respetable.

No necesitaba todas esas cosas, pero ser libre para amar de nuevo era una alegría embriagadora. Ser amada por alguien, también... no lo había esperado en absoluto todavía. Pero tenía sentimientos tan fuertes por Thaddeus. Simplemente no estaba segura de si debía repetirlos cuando ahora era bastante inadecuada para ser su esposa al ser escandalosa. Difícilmente era una candidata apropiada para convertirse en duquesa, si es que él siquiera quería pedirle matrimonio algún día.

Lo cual no había insinuado, salvo por aquella vez cuando hablaron de lo bien que se complementaban en la pasión.

Se frotó contra él ahora y se ganó una risita y un beso.

—¿Puedes estar lista para partir antes de las seis de la mañana?

—Sí. Supongo que también estás ansioso por cumplir con tu encargo para el duque.

—El duque puede esperar. Nunca fue urgente que fuera allí. Pero quería darte una buena razón para que aceptaras mi ayuda para salir de Londres, para que no rechazaras mi compañía. Era un largo viaje para hacerlo sola, y no podía soportar la idea de una separación más larga. ¿Y si Regis te hubiera seguido hasta la casa de la señora Bagshaw? Si es tan astuto como dice tu

suegra, será mejor que estés preparada y bien defendida cuando lo veas la próxima vez. Podría ser peligroso.

—Él no me tocaría —respondió ella.

—Un marido tiene derecho a hacer lo que quiera con su esposa, excepto asesinarla, lo cual algunos hombres han logrado hacer —miró hacia abajo—. ¿Qué habría sido suyo si no hubiéramos podido refutar su identidad? ¿Qué te habría quitado?

—Albemarle Street está arrendada a nombre de Wharton, pero mis posesiones allí habrían pasado a él, y el poco dinero que había ahorrado —suspiró—. Y Wharton ha mencionado el deseo de establecer una dote para Aurora, y para mí también, aunque me he opuesto a la idea todo el tiempo.

—No había oído que tuvieras una dote.

—Parecía innecesario. Yo no estaba buscando marido. Esperaba ver a Aurora hacer un buen partido primero.

Él asintió.

—¿Heredaste propiedades de Robert?

—No lo sé. Supongo que la casa de la señora Bagshaw podría ser mía a menos que haya otro pariente varón en algún lugar que tenga prioridad. Nada, por supuesto, puede ir a un hermano ilegítimo. Preguntaré sobre cualquier propiedad cuando la conozca mejor. Puede que no le guste que se haga la pregunta demasiado pronto. Es una mujer orgullosa, y Regis ya le ha quitado tanto. No tengo interés en quitarle nada más. Ya ha perdido a su hijo.

—Me alegro de que la hayas encontrado.

—Yo también —dijo Eugenia y luego se estremeció—. Imagina si la hubieran dejado para que ese sinvergüenza de Regis la molestara.

—Nos ocuparemos de él juntos —prometió Thaddeus.

—Wharton podría acusarlo o insistir en algún otro castigo por sus delitos de robo.

—Dado lo que hemos oído de él, eso también es posible —asintió Thaddeus, sacando los pies de las mantas—. Fingir ser otra persona habla mal de su honestidad y carácter.

Eugenia se incorporó, con el rostro ardiendo.

—Me avergüenzo de mí misma. Me equivoqué al olvidar a Robbie. Era un buen hombre, y lo amé con todo mi corazón una vez. Debería haber sido su viuda con orgullo en lugar de fingir que nunca lo conocí.

Thaddeus permaneció en silencio detrás de ella. Ella se volvió para mirarlo. Él sonrió y apartó un mechón de pelo de su mejilla.

—No pretendías hacerlo, y creo en eso.

Ella negó con la cabeza.

—Oculté su existencia a mis primos. Me ha llevado demasiado tiempo, pero debo aceptar quién soy realmente. Eugenia Bagshaw, una viuda perversa. Necesito mirar hacia adelante de nuevo, pero también recordar el pasado.

Thaddeus se recostó de lado y apoyó la cabeza en su mano.

—¿Qué es lo que esperas con ansias?

Ella suspiró.

—Fiestas interminables, maniobras para ganar favores, cenas aburridas con demasiados solteros apuestos que saben que nunca esperaría una propuesta de matrimonio si me seducen.

—Las viudas tienen más libertad, Eugenia. Habrá fiestas, pero quizás el tipo de invitaciones que recibirás ahora nunca habrían llegado a una señorita Hillcrest. Maniobrar para escabullirse

con un amante después de la cena para un beso o una caricia robada será mucho más fácil, y muy deseado por muchos hombres. Tendré mucho trabajo para mantener mi lugar al frente de la fila.

—No tienes nada que temer —bromeó ella. Y luego tomó un respiro antes de anunciar—: Amarte ha sido lo mejor de mi vida.

Sus ojos se iluminaron de sorpresa.

—Tú también has sido lo mejor de la mía.

Un rubor repentino le calentó las mejillas, y apartó la mirada. Admitir sus sentimientos por segunda vez por Thaddeus no había sido tan difícil como temía que pudiera ser. Ahora que estaba hecho, podían volver a su aventura de nuevo.

De repente, Thaddeus se levantó de la cama para servirse un vaso de agua. Se acercó al pie de la cama con él, su rostro serio de nuevo. —Tengo que dejarte temprano mañana por la mañana. No debería viajar de vuelta a Londres contigo en el carruaje, así que iré a caballo y me adelantaré. No se sabe dónde podría haber colocado Wharton a sus hombres en el camino, y tengo que explicar de dónde vengo por el encargo del duque.

—Temía que decidieras hacer eso —le dijo ella—. Pero entiendo por qué quieres evitar cualquier escándalo que pudiera forzar un matrimonio entre nosotros.

—Es mejor decidir casarse que tener que tomar la decisión por nosotros. Estaré en casa de Wharton a las tres en punto el domingo, que es aproximadamente cuando espero que tu carruaje llegue de vuelta a la ciudad. Hablaré con el cochero y me aseguraré de que sepa lo que se espera de él para que la llegada sea perfecta. Sin desvíos. Sin retrasos por ningún motivo. Quiero estar allí contigo cuando te enfrentes a Regis de nuevo.

—Yo también quiero que estés allí. Hemos llegado tan lejos juntos.

—Gracias. Quiero estar allí por otras razones también. Podría ser una confrontación desagradable, dado todo lo que escuchamos ayer de la señora Bagshaw sobre Regis.

Fue a su baúl de viaje, donde rebuscó un poco. Regresó con otro delicado objeto brillando en su mano. —Una cadena para tu tobillo, que hace juego con tu collar.

Ella sonrió sorprendida. —Es preciosa. ¿Dónde la conseguiste?

—Del mismo comerciante donde compré la cadena más larga.

—¿Hay más por venir?

Sus ojos se entrecerraron, pero estaba sonriendo. —Podría ser. No estoy seguro de si debería hablarte de las otras todavía.

Admiró la cadena en su tobillo y la que rodeaba su cintura. Al llevar los regalos de Thaddeus allí, ocultos bajo su ropa, siempre tendría una muestra de su afecto y amor secreto.

Tomó su rostro y lo besó con firmeza. —Cuéntame sobre las otras cuando estés listo.

Él asintió. —Cuando Regis esté completa y verdaderamente fuera de tu vida de una vez por todas.

Thaddeus se lanzó de vuelta a la cama y colocó un beso en su tobillo sobre la cadena que acababa de regalarle. Cuando continuó besando, subiendo cada vez más, ella no le pidió que se detuviera. Sus besos siempre la excitaban y la dejaban deseando muchos más. Había dejado de lado sus deseos por el hombre del que se había enamorado una vez y no volvería a prescindir de él.

Guió su cabeza entre sus piernas, temblando ante la primera caricia de su lengua sobre su sexo. Lo más maravilloso de su amante es que hizo precisamente eso.

La amaba... y ella nunca quería que su aventura terminara.

CAPÍTULO 24



TEDDY REGRESÓ A LONDRES la noche anterior a la llegada de Eugenia en el carruaje más lento, exhausto y salpicado de barro. Sin embargo, su primera visita a la mañana siguiente fue a la señora Sophie Darling y sus hijos en Duke Street, para asegurarse de que todo estuviera bien.

Se había retrasado varios días en visitarla, debido a su viaje con Eugenia, aunque no sentía culpa por ello. No se arrepentía de nada de ese viaje a Dover. Estaba completa y absolutamente enamorado y sabía lo que debía seguir en su vida, una vez que el drama que rodeaba a Eugenia se calmara y Regis Bagshaw fuera puesto en su lugar.

Detuvo su caballo frente a la casa de la ciudad que había alquilado para Sophie y desmontó, tambaleándose un poco mientras sus piernas se ajustaban nuevamente a su peso. El duro viaje de regreso a Londres lo había dejado adolorido y necesitado de descanso. Volver a montar su caballo esta mañana había sido una experiencia dolorosa, pero a medida que cabalgaba, gradualmente se había vuelto más cómodo.

Había un poste para atar caballos fuera de la casa de la señora Darling y, como de costumbre, un pilluelo dispuesto apareció de la nada para vigilar su caballo por el precio de un chelín.

Miró alrededor de la calle, sorprendido al escuchar el sonido de risas femeninas resonando en las casas de la ciudad. Alguien estaba teniendo una mañana notablemente buena.

Se esforzó por subir las escaleras para llamar a la puerta de la señora Darling.

El mayordomo que había contratado apareció, pero el hombre parecía dudoso sobre dejarlo entrar.

—¿Hay algún problema?

—No, señor, pero...

Fue entonces cuando se dio cuenta de que las risas provenían del interior de la casa de la señora Darling. Preocupado de que un visitante pudiera estar aprovechándose del estado debilitado de Sophie, pasó bruscamente junto al mayordomo e irrumpió en la sala, con la intención de pedirle a la mujer que moderara su tono.

Pero no había ningún extraño, solo Sophie, sentada sobre las rodillas de un caballero.

¡Y la señora Darling no solo se reía con el hombre, sino que también lo estaba besando!

Desvió la mirada rápidamente y se aclaró la garganta repetidamente.

—¡Oh! Dios mío, señor —exclamó Sophie, saltando del regazo del hombre—. No esperaba que viniera hoy.

Escuchó el crujido de la tela y una demanda susurrada del extraño caballero sobre el que

había estado sentada para que explicara quién era "él". *Él* siendo Teddy.

—Es solo mi casero.

Dado que Teddy financiaba a Sophie y su familia por completo, y lo había hecho durante tantos meses, se sintió muy ofendido por su respuesta.

—¿Casero? Supongo que podrías decirlo así.

El viejo frunció el ceño.

—Creí que habías dicho que era viejo y caminaba con cojera.

Miró a Sophie, incrédulo ante esa descripción. Ella tuvo el sentido de parecer culpable por un momento, pero solo duró un instante antes de que su sonrisa reapareciera.

—No quería que te llevaras una impresión equivocada, Comodoro —giró esa sonrisa hacia Teddy—. Señor, estoy tan feliz de ver que finalmente ha venido por el alquiler.

—¿Alquiler?

¿De qué diablos estaba hablando? Ella no pagaba alquiler. Él pagaba el arrendamiento de su propio bolsillo por ella.

—Arreglaré la cuenta ahora, Comodoro, y volveré enseguida. Si me acompaña por aquí, señor —Sophie lo tomó del brazo y lo llevó a una cámara cercana, cerrando firmemente la puerta. Se volvió rápidamente, frunciendo el ceño—. Oh, vas a arruinar un día perfecto —se quejó.

Teddy cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con furia.

—¿Qué juego estás jugando con ese pobre hombre, señora?

—Nada que te concierna, señor.

—Claro que me concierne lo que sucede bajo este techo —casi gritó. Rápidamente recuperó el control de su temperamento, pero continuó mirando con furia a la mujer que esperaba encontrar sola o enferma—. No permitiré que ese tipo venga y se aproveche de ti en tu estado debilitado.

Ella se pellizcó el puente de la nariz.

—Oh, ¿acaso todos los hombres son ciegos? Tus modales estirados fueron la razón por la que no pude confiar en ti. Nunca ha vivido un hombre más propio que el heredero de las propiedades de Exeter —se movió para sentarse en el asiento de la ventana, y Teddy la siguió, molesto.

—No tenía idea de que despreciabas mi ayuda.

Ella resopló.

—¿Cómo lo sabrías, si nunca te quedas más de unos minutos cada vez? El comodoro estaba a bordo del barco de mi esposo. Tenía debilidad por mí mientras mi marido vivía, pero nunca lo alenté, que lo sepas. Ahora que soy viuda, y él también, ha estado viniendo a menudo para ver cómo estoy. Si le hubiera dicho al comodoro que estaba bien gracias a tu ayuda, nunca habría seguido viniendo tan a menudo.

Había una extraña lógica en sus palabras, pero a Teddy aún no le gustaba ser mal representado.

—Entonces, tu plan es... ¿qué?

—Casarme con él tan pronto como sea posible —agitó la mano hacia él, donde una delgada banda de oro ahora adornaba su dedo anular—. El comodoro acaba de hacerme una propuesta, y la he aceptado. ¡Soy la mujer más feliz de toda Inglaterra!

—Felicidades, señora —dijo secamente. Pero luego la miró con atención—. ¿Es mi imaginación, o estás en perfecta salud?

Ella agitó la mano en el aire.

—Mi dolencia va y viene.

—Eso no es lo que me dijiste en ningún momento que llamé —gruñó.

—Si me hubiera recuperado demasiado rápido, habrías retirado tu apoyo, y no podía estar segura del comodoro hasta que me propusiera matrimonio hoy.

Él la miró boquiabierto.

—¿Qué clase de mujer eres?

Sophie hizo un puchero.

—Una dama que nunca se habría levantado las faldas sin una propuesta de matrimonio primero, ni siquiera para el heredero de un duque.

—No iba a pedírtelo —se apresuró a declarar—. Nunca.

Ella lo miró con furia, y él le devolvió la mirada, y luego la ira se desvaneció de su rostro.

—No tenías que decirlo de esa manera.

Teddy puso los ojos en blanco.

—*¡Que me lleve el diablo!* ¿Realmente creíste que estaba esperando que tu salud mejorara para poder seducirte?

Ella enroscó un mechón de cabello alrededor de su dedo.

—Bueno, soy muy bonita.

—No lo suficiente para tentarme.

Su mirada se volvió definitivamente fría.

—Al comodoro le gusta mucho mi aspecto —anunció y se encogió de hombros—. Será mejor que regrese con mi comodoro antes de que se ponga celoso de que estemos a solas.

Teddy negó con la cabeza. La viuda lo había tomado por tonto, y ella todavía tenía la intención de usarlo para fortalecer su control sobre el pobre comodoro.

—No tiene razón para pensar que te querría de esa manera a menos que tú se lo hayas sugerido —dijo con más rencor en su voz del que probablemente debería haber tenido.

—No tienes por qué hablarme en ese tono, señor Algún-día-seré-duque-Berringer —Sophie sonrió forzadamente—. Ni se te ocurra arruinar esta única oportunidad para que mis hijos y yo tengamos una vida estable con un buen hombre. Lo amo.

Teddy cuadró los hombros para responder, pero antes de que pudiera decidir qué decir, ella salió de la habitación con aire altivo.

Por derecho, debería advertir al comodoro que le habían mentido sobre el arreglo de Sophie con él aquí, pero... ¿de qué serviría? Teddy había esperado que algún día Sophie encontrara un marido y una buena vida en otro lugar, ¿no? Ella decía estar enamorada, y el comodoro la apreciaba lo suficiente como para proponerle matrimonio. Podría ser una buena unión por lo que él sabía.

Siguió a Sophie de vuelta a la sala donde el comodoro estaba bebiendo oporto, a pesar de lo temprano que era. Varios de los niños estaban allí ahora también, y después de saludarlo, se fueron a jugar a algún lugar de la casa como si ya no les importara.

Sintió una punzada de pérdida, pero duró solo un momento.

Él solo había sido un medio de supervivencia para todos ellos.

Sophie se escabulló de la habitación poco después de un periodo de incomodidad, prometiendo volver en unos momentos con una copa fresca para Teddy.

Cuando ya no se podían oír sus pasos, el comodoro se aclaró la garganta.

—No debe pensar mal de ella.

—¿Por qué?

—Por fingir que su generoso joven protector no existía. Sabía que había caído en la miseria y que alguien tenía que estar pagando sus gastos —murmuró.

—Estaba al borde de la muerte cuando la conocí —le advirtió Teddy.

—Sí, su hijo mayor me contó cómo usted llegó para salvarle la vida, los alimentó a todos y los mudó a un mejor alojamiento aquí. Estoy más que agradecido por su intervención mientras yo estaba ausente, pero si no le importa, me gustaría ser el héroe de Sophie de ahora en adelante.

Teddy estudió al hombre. Aparentemente, no había razón para advertir al comodoro. Ya había visto a través de las mentiras de Sophie y aún quería casarse con ella. Solo Sophie creía que era necesario continuar con sus engaños.

—No tengo ninguna objeción siempre y cuando la trate bien a ella y a los niños también.

El hombre asintió, bebiendo su oporto.

—El mayor quiere unirse a la marina como lo hizo su padre, así que le he conseguido un puesto en mi antiguo barco.

—Está loco por la marina. Estará agradecido, estoy seguro —reflexionó Teddy, recordando su viaje a los muelles hace solo un mes y la emoción del chico. El muchacho lo sabía todo sobre los barcos atracados allí. Teddy había aprendido mucho del chico ese día—. Iba a ver si podía ayudarlo a conseguir un nombramiento... Bueno, supongo que nada de eso importa ahora.

El comodoro frunció los labios.

—Mi Sophie lo trató mal, señor, pero tiene mi eterna gratitud por ser un hombre bueno y decente que solo quería lo mejor para ella y los niños.

Teddy asintió y decidió no perder un momento más aquí. El comodoro cuidaría adecuadamente de Sophie y sus hijos.

—Si me permite preguntar, ¿dónde vivirán todos cuando se casen?

—En Dover. Estoy retirado ahora, me he estado quedando en un hotel no muy lejos para poder estar cerca de Sophie. Renuncié a mi comisión cuando me propuse encontrarla, ¿sabe? —confesó el comodoro—. Tengo una buena pensión de la marina, y nos irá bien viviendo con mi anciana madre. Por cierto, nos iremos de este lugar a finales de semana y nos mudaremos juntos allí. Los sirvientes están dispuestos a ir con ella, así que ya no tiene que preocuparse por sus salarios.

Teddy asintió. Parecía que su ayuda ya no era necesaria para nada más que terminar el contrato de arrendamiento cuando Sophie y los niños se hubieran mudado. La astuta Sophie ciertamente había caído de pie.

Como ella no había regresado, y nunca tardaba tanto en encontrar una copa fresca incluso en una mansión, se dio cuenta de que quería evitar hablar con él de nuevo. Era el momento perfecto para hacer su propia escapada. De todos modos, no tenía nada más que decir o hacer aquí.

Asintió al comodoro.

—Si le da mis disculpas a la señora Darling cuando regrese. Dígale que le deseo lo mejor en su nueva vida.

El comodoro frunció el ceño hacia la puerta lejana por la que Sophie había desaparecido, claramente decepcionado de no verla regresar, pero luego se encogió de hombros.

—Gracias, señor. Lamentará haberse perdido su partida.

No, probablemente no lo lamentará.

Teddy se marchó por su cuenta.

Solo cuando estaba bajando torpemente las escaleras de la entrada para recuperar su caballo, se dio cuenta de que en realidad nunca le habían presentado al comodoro por su nombre, ni el

comodoro a él tampoco. Se encogió de hombros ante el desaire y se dirigió a Mayfair y a casa.

La primera persona que vio allí fue Exeter.

—Oí que habías vuelto —exclamó, poniéndose de pie de un salto en la biblioteca y corriendo hacia él—. ¿Por qué no nos despertaste?

—Estabais durmiendo —le recordó Teddy. Miró su ropa. Quería darse un baño y luego cambiarse de ropa antes de encontrarse con Eugenia en la casa de Lord Wharton.

—¿Cómo fue tu viaje? —preguntó Exeter, ofreciéndole un jerez.

Teddy lo rechazó.

—Bueno y malo. En realidad, nunca llegué a la propiedad que querías que inspeccionara.

—Espero que no te haya pasado nada malo.

—No. Nada en absoluto. —Miró al duque, odiando tener que mentirle al hombre. Pero era imposible contarle la verdad sobre Eugenia todavía—. Yo, eh, me quedé en una posada durante unos días con una encantadora distracción en el camino hacia el sur.

El duque parpadeó, y luego una lenta sonrisa cruzó su rostro mientras se sentaba.

—Nos pasa a todos en algún momento.

—¿No estás enfadado porque no fui a ver la propiedad para ti?

El duque dio unas palmaditas en el cojín vacío a su lado.

—Tu vida no debería ser todo trabajo y nada de diversión, Teddy. La compra de la propiedad no era urgente.

—Me alegro. —Se sentó y estiró las piernas con un gemido—. Debería ir a ponerme al día con el sueño. Dejé el carruaje atrás para cabalgar de vuelta.

El duque se rio entre dientes.

—Cuéntame sobre tu encantadora distracción.

Teddy se rio.

—Hermosa e inteligente.

El duque asintió.

—Esas son excelentes cualidades para buscar en una esposa.

—Estoy de acuerdo contigo.

El duque bebió un sorbo y miró al frente.

—¿Estás enamorado de ella?

—Sí.

El duque contuvo la respiración.

—¿Pasará?

—No.

El duque exhaló.

—Me alegro por ti, pero también...

—No te preocupes. Sé lo que estoy haciendo —prometió, dándole una palmada en la rodilla al duque.

—Todo el mundo lo piensa, hasta que sale terriblemente mal —el duque hizo una mueca—. Si realmente es amor, no la dejes escapar.

—No tengo intención de permitir que eso suceda.

El duque sonrió con complicidad. —¿Cuándo planeas verla de nuevo?

—Hoy.

—Así que ella también ha regresado a Londres —el duque arqueó una ceja—. ¿La conoceré eventualmente?

Teddy puso su mano en el hombro del duque mientras se levantaba. Si se quedaba quieto por mucho tiempo, temía quedarse dormido sentado. —Ya la conoces.

El duque se quedó boquiabierto. —¿En serio? Imagínate. Vaya, vaya, vaya.

—Me has presentado a muchas mujeres, Sinclair, y definitivamente no es la mujer que estás pensando.

Teddy se sirvió una bebida de una jarra de cristal con agua.

—Nunca pensé que mirarías dos veces a ninguna de mis sugerencias. ¿La señorita Waters?

Teddy bebió el contenido de su vaso de agua y lo rellenó. —No, ni siquiera cerca. Siempre he dicho que eres terrible en los juegos de adivinanzas, primo.

El duque hizo una mueca. —Cachorro impertinente.

—Duque viejo y gruñón —respondió sonriendo.

Sinclair, a pesar de ser llamado gruñón y viejo, se rió. No debería burlarse de Sinclair sobre un tema tan importante, pero no podía evitarlo. Estaba de demasiado buen humor, a pesar de su cansancio.

Iba a pedirle a Eugenia que se casara con él tan pronto como se resolviera su escándalo.

—No es nadie que puedas imaginar que yo elegiría, pero será perfecta para mí y, como yo, también esperará que vivas hasta la madura edad de ciento ocho años.

—¡¿Madura?!

Teddy rió suavemente. —Quizás podría haberlo expresado mejor.

—En efecto, deberías haberlo hecho —dijo, algo molesto—. No huelo mal, señor.

Su gracia, el Duque de Exeter, se tomaba muy en serio el control de los olores corporales. Se bañaba con frecuencia y aplicaba colonia con estricta moderación. Teddy deseaba que otros lores adoptaran su buen ejemplo, especialmente cuando estaban todos apiñados.

—No creas que no me di cuenta de que has aumentado la edad que debo vivir en otros cinco años.

—Eso es solo para empezar —prometió Teddy.

El duque de repente se iluminó. —¿Cuándo podemos esperar organizar una cena en su honor?

—Cuando sea el momento adecuado y ni un segundo antes. Aún no le he pedido que se case conmigo.

El duque emitió un sonido de descontento.

—No te preocupes. Ella sabe que la amo.

—Entonces, ¿cuál es el retraso?

Teddy intentó no sonreír. Probablemente tendría esta misma conversación con Sinclair hasta el día en que anunciara su compromiso. Sinclair continuaría molestándolo, y Teddy haría lo posible por evadir dar una respuesta real. Sería interesante ver si Sinclair alguna vez adivinaba correctamente. —¿Dónde está su gracia hoy?

—Visitando a Lady Wharton para ver si hay algo que podamos hacer —los ojos del duque se agrandaron—. Oh, ¿sabes siquiera el alboroto que ha ocurrido mientras estabas fuera?

—¿Qué alboroto?

El duque se inclinó hacia adelante. —La prima de Sylvia Hillcrest ha desaparecido. Puf. Se esfumó en plena noche.

Fingió estar sorprendido. —¡No! ¿Cuál de ellas?

—¿La inteligente? La mayor.

—La señorita Eugenia Hillcrest —murmuró, de repente extrañándola mucho. Habían pasado

dos días enteros desde que había estado en la misma habitación que ella. Dejarla viajar sola había sido difícil, pero había tenido la compañía de su suegra para entretenerla durante el camino.

—No, ahora es la señora Bagshaw. Pensé que estabas aquí para ese acontecimiento.

—Sí, por supuesto que lo estuve, pero se me olvidó mientras estaba fuera.

El duque rellenó su vaso. —Así que la dama ha estado fingiendo ser soltera cuando en realidad era una mujer casada todo este tiempo. Y luego una noche, sin previo aviso, desapareció de repente. Nadie sabe dónde ni cómo. Wharton está furioso. También lo está su marido.

—¿Qué se ha hecho para recuperarla?

—Se enviaron corredores, pero se dice que Wharton sospechaba que el marido la había secuestrado. Hubo un enfrentamiento vil entre ellos, según he oído.

Teddy hizo una mueca. —¿Llegaron a los golpes?

—No. El marido acusó a Wharton de haberla hecho desaparecer. Wharton negó tal cosa. Muchos esperaban que Wharton lo retara a duelo por sugerir interferencia en el matrimonio, pero no lo hizo.

—Es imposible imaginar a Wharton sin hacer nada. ¿Qué hizo entonces?

—Canceló por completo su búsqueda, diciendo que Bagshaw podía buscar a su esposa él mismo y pagar la cuenta. Personalmente, creo que Wharton está esperando.

—¿Esperando qué?

—A que Eugenia regrese con pruebas de que el tipo es un impostor. Según parece, ella ha afirmado todo el tiempo que el hombre no podía ser su marido.

Wharton era un hombre inteligente. Eso explicaba por qué no había notado señales de persecución en el camino de regreso desde Dover. Se preguntaba si Aurora le habría dicho a Wharton la verdad sobre adónde había ido Eugenia y por qué, o si él había adivinado sus intenciones por sí mismo. —¿Un impostor? ¡No puedo creerlo!

—Realmente necesitas mantener la mente abierta en asuntos del corazón, primo. Antes de desaparecer, la señora Bagshaw admitió ser esposa, pero insistió en que el hombre que afirmaba ser su marido era un impostor. La opinión pública oscila entre ponerse de su lado o del de él en este momento. De cualquier manera, después de esto, dudo que ella sea bienvenida en la sociedad muy a menudo.

Teddy se enderezó, alarmado por la noticia. —Seguramente tú no la desairarías también, ¿verdad, primo?

—No, probablemente no, pero solo soy un hombre. Son las anfitrionas quienes la eliminarán de cualquier lista de invitados. Pueden ser bastante despiadadas cuando una dama no cumple con sus altos estándares.

La mayoría de las anfitrionas estaban casadas, y muchas mantenían relaciones ilícitas. Demonios, varias le habían hecho proposiciones solo en el último mes porque era el heredero de un duque. No tenían ningún terreno moral elevado con él. Si desairaban a Eugenia por culpa de Regis Bagshaw, él las desairaría directamente también. —Yo creería a Eugenia cualquier día. Si resulta ser un impostor, difícilmente sería culpa de ella.

—Sí, es cierto. Pero —dijo el duque con una sonrisa—, estos son los problemas espinosos que felizmente dejo en las capaces manos de mi esposa hoy en día.

La duquesa de Exeter, una mujer de origen campesino común en lugar de descender de una familia real, probablemente daría la bienvenida a Eugenia en su hogar. Y cuando se supiera que estaban casados, todo se resolvería rápidamente.

Pero eso podría no ser pronto.

Todo dependía de los deseos de Eugenia para el futuro. Él esperaba que ella pudiera ver el camino hacia adelante como él lo hacía. Siempre juntos.

CAPÍTULO 25



EUGENIA ESTABA CANSADA. Cansada de esperar para recuperar su vida. El viaje de Dover a Londres había parecido interminable. El único punto brillante había sido pasar tantas horas conociendo a la madre de su difunto esposo. Jeanne Bagshaw era una mujer orgullosa. Devota a la memoria de su hijo y furiosa por el engaño de Regis Bagshaw.

Tan enojada que Eugenia había reclutado a uno de los mozos de Thaddeus para que las siguiera dentro de la casa de Lord Wharton, para asegurarse de que no cometiera un asesinato al ver a Regis por primera vez. Pagaría por sus crímenes, pero solo a manos de las autoridades.

La señora Bagshaw apretaba con fuerza su viejo y desgastado ridículo. Todo en ella era así. Había sufrido penurias que Eugenia nunca podría imaginar durante su larga vida. Había vendido la mayor parte de lo que poseía para sobrevivir tanto tiempo. Había acogido a inquilinos, extraños, algunos de los cuales la habían maltratado y robado también.

Aunque Thaddeus había dejado a un hombre para vigilar su casa, Eugenia esperaba convencer a la señora Bagshaw de que no volviera a Dover. Eran familia, y la dama necesitaba comodidad y protección en sus últimos años. Si se la pudiera persuadir de considerar la idea, Eugenia esperaba convencerla de quedarse en Londres con ella en Albemarle Street.

El carruaje giró hacia Cavendish Square, y pronto vio la gran residencia del Marqués de Wharton.

Nadie allí sabía que ella volvía a casa hoy, pero no perdería tiempo en liberarse de su matrimonio no deseado que nunca había sido real.

El carruaje se detuvo, y la señora Bagshaw miró hacia afuera y hacia arriba a la fachada de la mansión. Entrecerró los ojos al edificio y luego asintió. —¿Es esto?

—Sí. Mis primos residen aquí. No puedo esperar a que los conozcas.

—Yo también espero eso con ansias —prometió—. ¿Y estás segura de que ese villano estará aquí?

—Si no está, Wharton mandará a buscarlo cuando se lo pida —Eugenia tomó un respiro para calmarse—. Regis me quiere a mí, y el poco dinero que tengo y las conexiones que he cultivado. No puedo imaginar que se haya ido de Londres con las manos vacías —prometió.

Pero esperaba que se hubiera ido mientras ella estaba fuera. Deseaba no volver a verlo nunca después de hoy, si no se había ido. Deseaba que nunca hubiera venido a desenterrar su triste pasado. Su consuelo era que su familia se reuniría a su alrededor. Sus primos le habían creído, pero sin pruebas, nadie más lo habría hecho.

Y Thaddeus también la amaba.

Un mozo bajó un escalón y la ayudó a salir, luego se volvió para ayudar a la señora Bagshaw. Miró a izquierda y derecha, esperando que Thaddeus ya hubiera llegado antes que ellas. Quería que él viera a Bagshaw recibir su merecido.

Eugenia tomó la mano de la señora Bagshaw para guiarla por los escalones de la entrada. Un mozo ya había llamado para alertar al mayordomo de su regreso. Murmuró su agradecimiento al mozo mientras pasaba, sabiendo que desaparecería con el carruaje tan pronto como pudiera.

El mayordomo de Wharton sonrió radiante al verla. —Señorita Eugenia, ¡la marquesa y su familia estarán encantados de verla regresar sana y salva!

—Gracias, señor. Tenga la seguridad de que nunca estuve en peligro. Por favor, asegúrele a todos en la casa que soy la viva imagen de la salud y la felicidad.

—Hablo en nombre de todo el personal de la casa cuando digo que estamos encantados de oírlo.

Eugenia hizo un gesto hacia su suegra. —Esta es una invitada muy especial mía. Por el momento, no le daré su nombre, pero se quedará con nosotros por un tiempo indeterminado.

—Un placer conocerla, señora. Tendré una habitación cerca de la suya preparada en menos de una hora —Asintió y sonrió a la señora Bagshaw, quien actualmente miraba boquiabierta los altos techos pintados como si nunca hubiera visto algo así antes. Bien podría no haberlo visto, también.

—Vaya, esto sí que es elegante —murmuró finalmente Jeanne para sí misma.

Eugenia se había acostumbrado a sus alrededores mejorados, pero eso nunca significaría que quisiera vivir en un mundo tan refinado como este toda su vida. Anhelaba su tranquilo hogar, y que Thaddeus estuviera allí con ella también.

El mayordomo sonrió. —El marqués indicó que estaba muy ansioso por hablar con usted a su regreso.

Ella asintió. Wharton sin duda estaba furioso con ella por huir sin dejar una nota de su paradero. Pero él no era su hermano, que podía darle órdenes que ella tenía que obedecer. Se lo recordaría cuando hablaran si le causaba algún problema. —Nos gustaría lavarnos la cara antes de hablar con él, sin embargo.

—Por supuesto. El salón de la mañana está actualmente desocupado.

—Bien —Dado el aumento de mujeres en la casa, el propósito de esa habitación había sido restaurado para uso regular desde ser una sala de fumar. El salón de la mañana también estaba conectado al tocador inferior, donde las damas se refrescaban y arreglaban su cabello. Eugenia llevó a su suegra allí, le explicó la fontanería de un retrete y la dejó allí para que se salpicara un poco de agua en la cara en una palangana. Se alisó el cabello hacia atrás en alguna apariencia de pulcritud.

El señor Bloom entró apresuradamente con té y pequeños sándwiches en una bandeja de plata y llevaba una radiante sonrisa de bienvenida.

—Aquí tiene —prometió—, justo como le gusta más, y algo para comer también.

—Eso fue muy amable, señor Bloom. Gracias.

Él retrocedió e hizo una reverencia. —Mi placer. Siempre.

Retrocedió cuando Jeanne salió, aunque estaba claro que había esperado hablar más con ella.

El rostro de Jeanne se iluminó cuando vio un servicio de té y un plato de sándwiches esperando. Pero luego se sobresaltó cuando Aurora y Sylvia irrumpieron en la habitación y corrieron a abrazar a Eugenia.

Fue envuelta en la bienvenida más cálida de su vida por parte de ambas. —Encontré pruebas —susurró—. Soy libre.

Cada una de sus primas luchó por abrazarla con fuerza de nuevo.

Aurora susurró: —No he dormido una noche entera desde que te fuiste; estaba tan preocupada. El señor Berringer y varios otros llegaron hace media hora.

—Ninguna de nosotras ha dormido —prometió Sylvia.

Se enfrentó a Sylvia, preocupada de que estuviera enojada por haber sido excluida. —¿Cómo está él?

—¿Wharton? Preocupado por ti, por supuesto.

—Me refería al impostor. Regis Bagshaw, el hermano ilegítimo de mi difunto esposo.

Las dos se quedaron boquiabiertas.

—Eso explica el parecido de su rostro —murmuró Aurora—. Regis Bagshaw está comiendo bien mientras finge preocuparse por tu desaparición. Viene cada día y exige que Wharton te presente, pero solo después de disfrutar un almuerzo de siete platos —añadió Aurora.

—Una vez intentó quedarse a pasar la noche, quería registrar la casa en tu busca, pero Wharton casi le parte la cara por insinuar que podría ser cómplice de tu desaparición —murmuró Sylvia—. Está aquí de nuevo ahora, consultando mapas de Londres en la biblioteca con Wharton. No te vio regresar, pero seguramente Wharton sabrá que has vuelto.

La señora Bagshaw hizo sonar una taza y un platillo en algún lugar detrás de Eugenia.

Eugenia se giró rápidamente.

—Discúlpenos, señora. ¿Puedo presentarle a mis primas?

La señora Bagshaw inclinó la cabeza con la misma elegancia que solía hacerlo la marquesa.

—Esta es mi prima Sylvia Hillcrest, que se casará con el marqués de Wharton en un futuro próximo. Y la segunda, aunque nunca realmente segunda para nadie, es mi otra prima, Aurora Hillcrest. Señoritas, tengo el honor de presentarles a mi suegra, la señora Jeanne Bagshaw de Dover.

Ambas hicieron una profunda reverencia.

—Es un honor conocerla al fin.

—Lo mismo digo. Veo que la belleza corre por la familia, señora Bagshaw.

—Así es —aseguró Eugenia, con el corazón tan lleno de felicidad por estar de nuevo con sus primas que casi estaba al borde de las lágrimas. Miró hacia la puerta—. ¿Queréis ver cómo echan al impostor a patadas? —preguntó a sus primas.

—Ni una manada de caballos salvajes podría apartarnos de semejante espectáculo —prometió Aurora.

Sylvia se acercó a la puerta y levantó un dedo.

—Dejadme ir a comprobar que todo está listo. Esperad aquí un momento más.

Aurora la acompañó, así que Eugenia se sentó junto a su suegra, bebió un poco de té, tomó unos bocados de los sándwiches y se sintió mejor.

Jeanne sonrió con tristeza.

—Tienes suerte de tener una familia que te quiere.

—Siempre hay espacio para una más. ¿Te quedarás conmigo después de que nos ocupemos de Regis?

Jeanne miró alrededor de la habitación, pareciendo encogerse.

—No sé si podría. Casi me da miedo respirar este aire tan refinado.

—Mis primas y yo solíamos vivir en Albemarle Street, a cierta distancia de aquí. Nuestra

casa era mucho menos grandiosa, pero era acogedora y cálida. Había pensado en volver allí cuando mi prima se casara y la salud de la marquesa hubiera mejorado.

—¿Tú sola?

—Aurora podría haber venido, pero no la habría presionado. Estoy segura de que tú y yo podríamos estar igual de cómodas allí que en cualquier otro lugar.

Jeanne miró alrededor de nuevo. Claramente lo estaba considerando, pero aún no se había decidido.

Sonó un golpe en la puerta y apareció el señor Bloom.

—Lord Wharton desea informarles de que él y el señor Bagshaw están listos para hablar con ustedes en la biblioteca.

—Gracias —Se volvió hacia su suegra—. ¿Lista?

Jeanne agarró su vieja y descolorida sombrilla y la blandió como un arma.

—¡Muerte al impostor!

—Bueno, quizás no lleguemos a tanto. No me gustaría que su sangre estropeara las alfombras de esta mansión.

Jeanne miró hacia abajo e hizo una mueca.

—Probablemente sea una buena idea. Son demasiado hermosas para mancharse con su sangre.

—Sígueme para que podamos sorprenderlo —Eugenia salió primero por la puerta, con los pasos de la señora Bagshaw siguiéndola de cerca. Las puertas de la biblioteca estaban flanqueadas por dos lacayos, que sonrieron al verla y las abrieron con elegancia.

Lo primero que vio fue a Wharton. Su rostro era una obra maestra de inexpresividad. No tenía idea de si estaba enojado o aliviado de verla, así que entró en la habitación y esperó su explosión. Bagshaw había estado de espaldas a la puerta, hablando con Sylvia mientras estudiaban el mapa.

Regis Bagshaw se giró de repente, la vio allí de pie y luego se abalanzó hacia ella con las manos extendidas mientras gritaba:

—¡Querida, ¿dónde has estado?!

Pero nunca llegó hasta ella. En realidad, ni siquiera se acercó a dos metros, porque Jeanne Bagshaw se interpuso directamente en su camino, con la sombrilla apuntando a su estómago.

—¡Sucio granuja bueno para nada! ¿Cómo te atreves a acercarte a mi hija?

El tiempo se ralentizó para Eugenia mientras Bagshaw trataba de evitar ser ensartado por la furiosa anciana. Su cuerpo se arqueó lejos de la punta y tropezó hacia atrás.

—¡Mamá!

—No me llames mamá, impostor codicioso. Nunca fuiste lo suficientemente bueno ni para lamer el barro de las botas de mi Robert.

Él miró alrededor, con ojos suplicantes.

—Pero soy tu hijo, mamá. ¿Ya no reconoces a tu pequeño Robbie?

La señora Bagshaw se volvió.

—¿No dije que sugeriría que estoy perdiendo la cabeza?

—Es muy predecible, ¿verdad?

—Nunca tuvo mucha imaginación. Siempre copiaba a mi Robert.

El marqués dio un paso adelante y puso una mano sobre la sombrilla para contenerla.

—¿Quién es él?

—El *otro* hijo de mi marido. Regis Bagshaw. Un bastardo que tuvo con una prostituta del

puerto. Todos allí conocen su cara. Cierto magistrado de Dover está ansioso por reencontrarse con él a su llegada a Londres.

—¿Entonces es cierto que este tal Regis se parece a su hijo Robert?

—No para mí. Tienen el mismo color de ojos, pero los de mi Robert se inclinaban más hacia arriba en las comisuras. Era un chico feliz, mi Robert. Siempre bueno con su madre —dijo, y luego frunció el ceño—. Pero este preferiría escupirme antes que tener la cortesía de marcharse.

—¿Y cómo sabe de Eugenia?

—Robó las cartas que guardaba de Robert describiendo su encuentro con Eugenia de mi casa hace seis meses.

—¡Esas eran mis cartas! Te escribía diligentemente siempre que estaba fuera. Le mostré algunas como prueba, milord.

Eugenia se acercó para ponerse al lado de su suegra.

—No le mostró todas, milord. ¿Qué hay de la última carta?

La señora Bagshaw levantó la barbilla.

—Aquella en la que mi hijo me hizo promesas que habría cumplido.

—Yo... —Era evidente que Regis estaba perdiendo el control ahora. Chasqueó los dedos—. Déjame ver la carta para refrescar mi memoria —dijo—. Y entonces, por supuesto, cumpliré gustosamente cada promesa que os haya hecho a ambas si está en mi poder.

Wharton extendió la mano.

—Señora, si fuera tan amable de mostrarme *a mí* esa carta primero.

Eugenia animó a su suegra a compartirla.

—Puedes confiar en el marqués.

La señora Bagshaw sacó la muy doblada última carta de su corpiño y de mala gana se la pasó.

Wharton leyó, y sus ojos se abrieron de par en par. —Eso sí que es generoso.

Regis se apresuró hacia Wharton, intentando leer por encima de su hombro. —¿Qué dice?

Wharton se alejó de él, entrecerrando los ojos ante la caligrafía. —Parece auténtica y muy en el estilo de la correspondencia pasada de Robert Bagshaw. ¿Cómo es que aún la tiene, señora?

—La llevo siempre conmigo —señaló su pecho—. Aquí, donde nunca podría perderse.

Wharton dobló la hoja y se la devolvió de inmediato, y la carta desapareció rápidamente en el corpiño de la señora Bagshaw.

Regis Bagshaw hizo una mueca, decidiendo no perseguir el objeto.

Wharton retrocedió y entrecerró los ojos hacia una puerta distante. Asintió, y desde una habitación contigua, media docena de lores que Eugenia conocía bien se derramaron en la sala, incluido Thaddeus.

Estaba tan aliviada de verlo que casi corrió a sus brazos.

—Ahora bien, caballeros, nos enfrentamos a un enigma. Este individuo no recuerda lo que hay en la carta que supuestamente escribió a su madre. Creo que es poco probable que la hubiera escrito y olvidado. Y sin embargo, fue hace mucho tiempo.

—Lamento sinceramente que el asunto se me haya escapado de la mente.

—Mi Robbie nunca habría olvidado ninguna promesa que le hiciera a su madre.

Lord Hurlston se interpuso suavemente entre Jeanne y el impostor. —¿Eran joyas, un chal nuevo, o quizás una casa más grande? Solo el verdadero Robert Bagshaw lo sabría.

—Un chal nuevo para que ella lo usara en la iglesia los domingos y un broche para su mejor vestido —exclamó Bagshaw—. Eso debe ser. Siempre le traía bonitos adornos de lugares

lejanos.

Eugenia sonrió. —Ni siquiera te acercas, Regis.

Él la fulminó con la mirada, apretando la mandíbula. —¡Cállate, esposa!

De repente, Teddy estaba a su lado. —Cuide cómo le habla, señor. Ya no está en un burdel de mala muerte del muelle de Dover.

Wharton levantó la mano pidiendo silencio. —Por un lado, tenemos pruebas escritas de que el señor Robert Bagshaw estaba profundamente enamorado de su nueva esposa, Eugenia, y por el otro, usted afirma que habían discutido, lo que llevó al abandono del matrimonio.

La mandíbula de Regis se tensó en una línea dura y terca. —No importa lo que pasara entonces. Ella está tratando de escapar de sus votos ahora, cuando la ley dice que debe cumplir con su deber hacia su marido.

Wharton sonrió. —En realidad, esa carta prometía que Robert y su madre finalmente iban a escapar de *usted* mudándose a Hastings.

—¡Y un cuerno! Robbie nunca abandonaría a su propia sangre.

Eugenia sonrió. Regis acababa de describir a Robert como una persona separada de sí mismo.

La señora Bagshaw se deslizó alrededor de Lord Hurlston, con el dedo levantado y apuntando a Regis. —Mi Robbie estaba cansado de tus formas codiciosas, arruinando sus amistades y siempre mendigando. Y cuando murió, seguiste con tus súplicas *conmigo*, rogándome que te acogiera. Pobre Regis perdió a su hermano mayor y rico. Pero yo ya te había pillado robando cosas que pertenecían a tu difunto padre, reclamando que tenías derecho a llevártelas cuando ni siquiera tienes derecho a llevar su nombre. No te tendría en la casa.

—Él también era mi padre —gruñó Regis—. Mi hermano. Me querían.

Y ahí estaba otra prueba de su engaño, directamente de sus propios labios.

—Robbie se avergonzaba de ti. Siempre codiciando algo que no merecías —la señora Bagshaw hizo un gesto hacia Eugenia—. Como ella. Es demasiado fina para ser tu esposa.

—La trataría bien.

—Robert Bagshaw era el doble de hombre de lo que tú jamás fingirás ser —dijo Eugenia en voz baja—. Nunca podrías ocupar su lugar en mi corazón.

Él se adelantó, con la mano levantada para abofetearla, pero Thaddeus fue más rápido y bloqueó el intento. Le retorció el brazo, obligándolo a agacharse. —Yo no haría eso si fuera tú.

Cuando Thaddeus soltó a Regis, este retrocedió, pero fue capturado por un par de fornidos lacayos. No le dieron opción de quedarse mientras lo arrastraban fuera de la habitación.

—Agradezco su intervención, Berringer —Wharton asintió, alisándose el chaleco—. Y a usted también, Hurlston. No esperaba violencia. Gracias.

—Cuando quiera.

—Pero ahora debo pedirles que se vayan. La prima de mi prometida ha tenido un día agitado y necesita descansar.

—No estoy cansada —protestó Eugenia.

—Bien, entonces hablaremos sobre tu desaparición —Wharton asintió hacia Thaddeus y los demás—. Caballeros, esto es un asunto familiar ahora, y cuanto menos oídos escuchen lo que diré a continuación, mejor. Por favor, salgan por su cuenta.

Eugenia podría protestar que Thaddeus había sido parte integral de su desaparición, pero eso levantaría sospechas. Por ahora, él tenía que irse, pero ella esperaba que volviera pronto. No habían terminado el uno con el otro ni por asomo de su considerable imaginación.

Se despidió de él, viendo fácilmente su renuencia a irse.

Pero él asintió y la dejó con su familia.

—Ven conmigo —comenzó Wharton, girando sobre sus talones y marchándose a grandes zancadas, claramente esperando que ella obedeciera y lo siguiera. Consideró rebelarse, pero él la alojaba, y muy generosamente además.

—Ve con él —susurró Sylvia—. Solo tomará un minuto. La señora Bagshaw y yo podemos conocernos mejor mientras esperamos.

Supuso que le debía a Wharton una versión de la verdad. —De acuerdo.

Encontró a Wharton paseando por su estudio. —Cierra la puerta —exigió.

Eugenia frunció el ceño, preocupada por eso. Nada de lo que pudiera decirle era tan privado para sus primas como para que hubiera que cerrar la puerta.

—Por favor —pidió de nuevo.

—Está bien —cerró la puerta y se movió al centro de la habitación.

Wharton cruzó rápidamente la estancia y la abrazó. —¡No vuelvas a huir de nosotros nunca más! —La soltó igual de rápido y retrocedió unos pasos.

Eugenia, que nunca había tenido mucho que ver con Wharton, lo miró con asombro. El hombre se pasó una mano por el pelo, haciendo que se erizara. —¿Se encuentra bien, milord?

—Eugenia, ¡me preocupaste hasta la muerte!

—Solo me fui unos días.

—Demasiados días —se quejó.

Ella exhaló. —Tenía que probar que tenía razón.

—Lo sé. No me gustó, pero en el fondo siempre supe que volverías cuando encontraras algo o alguien que lo contradijera.

—Según lo que me cuenta la señora Bagshaw, él ha estado aprovechándose de la identidad de mi difunto esposo toda su vida. Tenía que detenerlo.

—El magistrado y yo nos ocuparemos de él a partir de ahora, señora Bagshaw.

Eugenia hizo una mueca de dolor. —Supongo que ahora debo ser esa mujer. Pero por el lado positivo, nunca tendrás que preocuparte por tener una carabina para Sylvia o Aurora si estoy con ellas.

Él frunció el ceño. —Eso es cierto, pero me temo que te encontrarás en el centro de un torbellino ahora que has vuelto. Ya se está corriendo la voz de que otra Hillcrest me ha enfadado.

—¿Cómo puede mi estado de viudez ser motivo de enfado?

—Bueno, te he estado presentando, junto con tus primas, como mujeres solteras. Posibles esposas. Los caballeros necesitan saber que pueden confiar en que digo la verdad.

Eugenia negó con la cabeza. —Nunca te pedí que hicieras eso. Puedo encontrar mi propio esposo si alguna vez lo deseo.

—Tu prima lo hizo —le advirtió—. Sylvia cree que ambas primas deberían tener sus propios hogares.

—Ya lo tengo. Albemarle Street.

Wharton inspiró bruscamente. —No puedes volver allí sola. Te lo prohíbo.

Eugenia esperó a que el marqués considerara el impacto de sus palabras antes de responderle. —Voy a elegir creer que dijiste eso, en ese tono, por el deseo de que mis primas y yo permanezcamos juntas.

—Así es como lo he querido decir.

—Y quiero seguir cerca de ellas. Sin embargo, ahora tengo otra preocupación. La señora Bagshaw también es mi familia, y no está preparada para vivir aquí. Al menos no todavía.

Quiero que se quede conmigo, pero creo que no encajaría aquí en esta gran casa. Así que nos mudaremos, la señora Bagshaw y yo, de vuelta a Albemarle Street para vivir en un futuro previsible. Aurora tomará su propia decisión sobre dónde quedarse, pero estoy segura de que aceptará permanecer con Sylvia para proteger su reputación hasta que te cases.

Wharton parecía horrorizado ante su plan. —Hay espacio aquí para otra mujer.

—No está en la naturaleza de mi suegra disfrutar de los excesos de la sociedad. No temas, Wharton, estoy segura de que me verás bastante en las semanas y años venideros.

—Pero Sylvia...

—Haré que entienda mi decisión —prometió. A Sylvia no le gustaría, pero su corazón estaba aquí con el marqués y la marquesa ahora. Lo había estado durante muchos meses. Se puso de pie —. Intenta no preocuparte, milord. No hay más esqueletos en mi armario que puedan disgustarte.

—La próxima vez, acude a mí primero en busca de ayuda.

Ella sonrió serenamente. —Wharton, siempre estás tratando de arreglar las cosas.

—Quiero que seas feliz.

—Lo soy —prometió, dirigiéndose hacia la puerta—. Más de lo que nunca sabrás.

Era viuda, nuera y, suponía, ahora también una amante secreta. Podía llevar abiertamente los regalos que Thaddeus le había dado alrededor de su cuello, y a pocos les importaría o cuestionarían de dónde provenían. Tenía la mejor situación posible. Felicidad sin restricciones. Amor sin fin, y un amante con una mente tan perversa como la suya.

¿Qué más podría desear en su vida?

CAPÍTULO 26



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Teddy deslizaba entre sus dedos la citación que había recibido de Wharton, intrigado por el llamado de su amigo. Lo había invitado a llegar a las diez, cuando esperaba descubrir cómo les había ido a Eugenia y a su suegra anoche en Wharton House. Detestaba que lo hubieran enviado lejos ayer, pero ¿cómo podía quejarse de que tenía derecho a quedarse?

No es que realmente tuviera algún derecho sobre Eugenia todavía. Pero había sido fundamental para salvarla de un matrimonio con un impostor.

No estaba del todo seguro de que su participación hubiera pasado completamente desapercibida. Después de todo, fueron su carruaje y sus hombres quienes llevaron a Eugenia de vuelta a Wharton House.

Echó un vistazo a Cavendish Square desde su carruaje, un poco preocupado, a decir verdad, por el tipo de recepción que podría recibir. Pero notó una fila de carruajes alineados para dejar a sus pasajeros.

Sintiéndose algo aliviado de no tener que enfrentar a Wharton solo, le dio instrucciones a su cochero para que lo dejara en la puerta de Wharton lo antes posible.

Recibió una cálida bienvenida de Wharton, quien caminaba de un lado a otro por el vestíbulo principal a su llegada.

—Me alegro de verte —dijo Wharton mientras se apresuraba a estrecharle la mano—. ¿Sin resentimientos por haberte echado ayer?

—En absoluto.

—Bien. Bueno, parece que todos han respondido a mi llamado para discutir el último acontecimiento. Estamos en la biblioteca.

—¿Qué acontecimiento?

—No lo repetiré —advirtió Wharton, y lo dejó para que lo siguiera.

Teddy fingió indiferencia mientras entraba en la biblioteca de Wharton, pero se estremeció al ver que se había reunido bastante gente. Estaban todos sus amigos y también varias damas.

La señorita White estaba presente, sentada en un canapé junto a Aurora y Sylvia Hillcrest en la parte delantera de la sala, pero Eugenia no se veía por ninguna parte.

Eso le pareció preocupante.

Tomó asiento en la parte trasera de la estancia y se cruzó de brazos, preocupado por dónde se estaría escondiendo ella. Si Wharton había echado a Eugenia por ocultar su apellido de casada o

por el impostor que había intentado llevársela, habría problemas.

Probablemente era hora de que empezara a hacerse valer en la sociedad. Aunque la idea no le agradara.

—Gracias a todos por venir —comenzó Wharton, llamando a todos al orden—. Los considero a todos buenos amigos que merecen escuchar la verdad directamente de mí, en lugar de enterarse más tarde por chismes desagradables.

—Eso sería apreciado, Lord Wharton —declaró la anciana Lady Bisley, mirando a su alrededor—. Casi no me levanto de la cama por nadie a esta hora.

Wharton se aclaró la garganta.

—No hace mucho, un hombre llegó a mi puerta afirmando estar casado con Eugenia Hillcrest.

Un siseo de conmoción recorrió la multitud, aunque la mayoría ya habría oído algo a estas alturas. El molino de rumores funcionaba a toda potencia durante la temporada.

—Ahora bien, aunque es cierto que Eugenia estuvo casada una vez, ella creía que el hombre había muerto y sido enterrado hace cuatro años.

—Debe haber sido muy joven, en efecto —observó Lady Bisley.

—Se casó a los veintitrés años, y estoy seguro de que podrían hacer los cálculos para determinar su edad actual.

Teddy lo hizo, descubriendo que Eugenia era ligeramente mayor que él. ¿Cómo no habían llegado a hablar de sus edades?

Wharton continuó:

—Su relación con su difunto esposo se limitó a un breve cortejo y una noche como esposa antes de una separación. Fue informada por todas las fuentes confiables de la muerte de su esposo por ahogamiento dos semanas después del matrimonio. Nunca tuvo motivos para cuestionar la información que le dieron.

—Continuó con su vida tratando de dejar atrás esa breve felicidad y pérdida, se mudó para estar más cerca de sus primas, pero debido a que su juicio estaba nublado por el dolor, siguió describiéndose como soltera, posiblemente por vergüenza de que su romance demasiado breve no hubiera durado.

—Qué cosa más tonta. Mis mejores días siempre fueron como viuda, no como esposa —dijo Lady Bisley en voz alta, provocando que la sala estallara en risas.

—Nunca fue con intención maliciosa que ocultó la verdad a sus familiares o a la sociedad —prometió Wharton—. Es un error del que se arrepiente mucho.

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala.

Wharton levantó la mano pidiendo silencio.

—Ahora, sé lo que están pensando, y quiero disculparme con cualquier hombre que se sienta incómodo si pensó que la señorita Eugenia Hillcrest era una inocente. Sé que probablemente habrían preferido saber que era viuda desde el principio, pero probablemente sea mejor para nuestra amistad que nunca tuviera que retar a duelo a ninguno de ustedes, bribones.

Se escucharon más risas, pero del tipo nervioso. Wharton manejaba bien a su audiencia.

—La señora Bagshaw siempre estuvo en compañía de sus primas o de mi madre aquí presente, y hasta donde yo sé, nunca desarrolló un afecto especial por ninguno de ustedes, ni ustedes por ella, sospecho.

—Siempre la encontré bastante encantadora y un modelo de decoro virginal —Lady Bisley escudriñó la sala mirando a todos los pícaros—. Espero que ninguno de ustedes tenga motivos

para lamentar no haber seducido a una viuda más.

Una explosión de risas recorrió la sala.

Wharton resopló.

—Eugenia es y siempre será querida para mi madre y para mí.

Hurlston levantó la mano.

—¿Qué pasó con el tipo que afirmaba ser su esposo? ¿Está bajo custodia o escapará de las consecuencias?

—Dado que el señor Robert Bagshaw está bastante muerto, y *Regis Bagshaw* ha estado fingiendo ser él durante algún tiempo, permanece bajo custodia hasta que se pueda escuchar a un magistrado en particular que viajó desde Dover. La anciana madre de Robert Bagshaw ha confirmado que enterró a su hijo, y que era el hijo bastardo de su esposo quien andaba por ahí usando su nombre. Fue una mascarada ofensiva, y tengo la intención de verlo procesado por todos los delitos posibles.

Lord Sullivan levantó lentamente la mano.

—¿Dónde está la señorita Eugenia Hillcrest ahora?

—Al desmentir la artimaña de Regis Bagshaw, Eugenia ha conocido por fin a su suegra. La señora Bagshaw mayor necesita ahora un hogar y una familia amorosa que la cuide. Se han trasladado a Albemarle Street hasta que la señora Bagshaw mayor se haya acostumbrado a la vida en la ciudad y a la alta sociedad.

—¿Fue idea suya o tuya? —preguntó Teddy, fingiendo enterarse de todo esto apenas ahora como todos los demás.

—Completamente suya —prometió Wharton con la mano en el corazón—. Lo consideró un acto de bondad para la señora Bagshaw, que se sentía incómoda aquí en nuestra casa después de solo unas horas. Intenté convencerla de que no se fuera —aseguró.

La sala estalló en carcajadas. —Es más fácil separar el mar que hacer cambiar de opinión a una mujer —gritó alguien.

—No es tarea fácil —reflexionó Lord Sullivan en voz alta—. La antigua señorita Hillcrest siempre ha sido una mujer de opiniones decididamente firmes.

—Como he descubierto. ¿La terquedad es posiblemente un defecto de carácter de los Hillcrest también? ¿Qué dices, mi amor? —preguntó Wharton mientras sonreía a su futura novia sentada en la primera fila.

Sylvia protestó: —No somos más difíciles que cierto marqués.

Él se rio de eso y se volvió para dirigirse a la reunión. —Ahora entiendo que habrá algunos rumores sobre un distanciamiento entre las dos familias, como ocurrió una vez antes, pero les aseguro que ya considero a Eugenia parte de mi familia. Aún bajo mi protección, si no bajo mi propio techo. Me ofenderé si escucho afirmaciones ridículas sobre conflictos o falta de respeto, y que ninguno de ustedes piense en seducirla. Pueden hacer circular esa amenaza a todos los que quieran conservar su salud.

Hubo más risas y otras preguntas, pero Teddy dejó de prestarles atención. Debería haber imaginado que Eugenia volvería a su casa inmediatamente. Había dado suficientes pistas sobre lo mucho que echaba de menos ser la señora de su propia casa.

Cuando la reunión terminó y la gente empezó a dispersarse, Aurora se le acercó. —Señor. ¿Puedo hablar con usted un momento?

Él inclinó la cabeza. —Señorita Hillcrest. Por supuesto.

—¿Sabía usted que ella nos dejaría?

—Lo intuía. ¿No quería usted ir con ella?

—Una de nosotras debe quedarse con Sylvia para evitar que las lenguas se muevan aún más de lo que ya deben estar haciéndolo por nuestros arreglos de vivienda.

—Todo el mundo es consciente de la devoción de Sylvia por la marquesa, y de la extrema necesidad que la marquesa tiene de Sylvia —le aseguró—. Estoy seguro de que tomó la decisión correcta, pero no debe haber sido fácil.

—Solo han pasado unas horas desde que se fue, pero ya echo de menos tener a Eugenia aquí. —De repente, miró detrás de ella.

Scarsdale estaba observando. Ella le hizo un gesto con los dedos y él se marchó enfadado.

Aurora suspiró. —Es una verdadera molestia. Tendré que hablar con Wharton sobre su acecho hoy.

Teddy asintió, contento de oírlo. —Estoy seguro de que se ocupará del problema por usted, pero recuerde que aún tiene a Sylvia aquí.

—A menudo está preocupada, y lo estará aún más cuando por fin se case. Cuando se case, supongo que casi estaré sola.

—Sería usted bienvenida sin importar dónde viviera Eugenia —prometió Teddy y luego hizo una mueca cuando los ojos de Aurora se iluminaron de emoción—. Y estoy seguro de que Sylvia siempre la querrá a su lado también. No sé qué aconsejarle aparte de paciencia y confiar en que todo saldrá bien.

—Hmm, supongo que tiene razón. Siempre ha sido tan fácil hablar con usted, señor Berringer, pero me preocupa el tipo de hombres que puedan visitar a mi prima cuando yo no esté allí. Ahora es viuda, ¿sabe? ¿Va a visitarla hoy? Estoy segura de que lo echa de menos.

Miró a la prima de Eugenia y vio un atisbo de burla en su expresión. La mujer era consciente de su aventura y claramente aprobaba que continuara. —No estoy seguro de si es el momento adecuado.

—Debería ir hoy antes de que alguien intente ocupar su lugar —le advirtió—. Como solterona sin fondos, ya era bastante popular para conversar, pero imagine cómo se formará la fila de sinvergüenzas cuando se corra la voz de que en realidad es viuda. Incluso con las amenazas de Wharton.

Teddy inspiró bruscamente al darse cuenta de que Aurora probablemente tenía razón. Apretó los labios. Su corazón ya estaba entrelazado con el de Eugenia. Realmente no había habido tiempo suficiente para hablar de su futuro todavía, pero lo habría. No iba a dejar que la mujer perfecta se le escapara de las manos. —Es una suerte que ya tenga un pie en la puerta, por así decirlo.

—Le sugeriría que apresure sus pies hacia su puerta con urgencia hoy, señor. Claramente oí a alguien aquí mencionar que la visitaría ahora mismo. No le gustaría que lo sacaran de la carrera alguien con un pie más grande o una bolsa más pesada.

—¿Cómo es que comprende tan poco a su prima? —susurró él—. Un sentido del humor, una figura esbelta y una imaginación perversa son lo que el corazón de Eugenia desea. Al parecer, poseo las tres, así que nadie tiene oportunidad.

—Espero que sea cierto. —Aurora enlazó su brazo con el de él y dieron una vuelta por la sala juntos—. Cuénteme más sobre esa imaginación perversa suya.

Teddy se rio. —No en esta sala y no sin la presencia de Eugenia.

Aurora hizo un puchero. —Qué injusto.

—Deje de coquetear conmigo. Solo hay espacio en mi corazón para una Hillcrest, y me temo

que no es usted. —Y como sabía una o dos cosas sobre lo cercanas que eran las primas, añadió —: Puede preguntarle a Eugenia sobre mí, y ella responderá si decide que quiere compartir los detalles o no.

Wharton se acercó. —Vamos a salir.

Aurora aplaudió. —¿Adónde vamos?

—No te preocupes —la reprendió Wharton—. Esta es una salida solo para caballeros.

—Oh, ustedes los hombres se divierten tanto —dijo Aurora antes de marcharse airada y desaparecer por la puerta.

Aurora Hillcrest era incorregible. —¿Adónde vas?

—Al club, a lo de Madame Bradshaw y a otros lugares donde se reúnen los chismosos. Quiero adelantarme al molino de rumores esta vez.

Teddy consideró ir a ayudar con eso, pero quería ver más a Eugenia. Las horas de su separación pesaban en su mente, junto con su necesidad de conocer los planes de ella para el futuro inmediato de sus propios labios. —Tengo una cita.

Wharton asintió. —Muy bien. Entonces te veré otro día. Por favor, asegúrate de que cualquiera con quien hables tenga la historia correcta, especialmente su excelencia.

—Me aseguraré de contarle todo lo que necesita saber.

Teddy se dirigió a la puerta y aceptó su sombrero del mayordomo al salir. Había despedido su carruaje y podría haber tenido un largo camino por delante hasta Albemarle Street. Pero llamó a un coche de alquiler y se acomodó para pensar. El viaje le dio tiempo para considerar todo lo que había escuchado hoy.

A pesar de las opiniones de Wharton sobre el tema, era poco probable que Eugenia volviera a vivir bajo su techo pronto, lo que facilitaría visitarla en Albemarle Street, pero también sería más notorio si lo hacía con demasiada frecuencia.

Y si sus actividades fueran comentadas, la noticia se extendería a Wharton y a Exeter también. Aún no le había dicho a su primo de quién se había enamorado. También había sido muy claro con Eugenia en que no estaba listo para el matrimonio cuando comenzaron.

Si no se proponía inmediatamente, o si ella no estaba entusiasmada con la idea al principio, tendrían que ser extremadamente cuidadosos al continuar su aventura. Pero su relación había cambiado. Nunca más podrían ser amantes ocasionales, ni siquiera amante y protector como Aurora suponía que él podría querer ser.

No, estaban al comienzo de algo que duraría mucho más que unas cuantas noches de placer mutuo.

Todo lo que necesitaba hacer era dejar claro que Eugenia era la mujer para él.

Nada menos que el matrimonio serviría. Necesitaba que ella no tuviera una gran fortuna ni experiencia en la sociedad. Como él, ella podría aprender lo que necesitaba saber durante los próximos años de su matrimonio. Teddy observó el desfile de casas grandiosas mientras el carruaje continuaba hacia el sur con un sentimiento de emoción creciendo dentro de él. Si se casaban pronto, cada vez que se diera la vuelta, ella estaría cerca, y cuando ella deseara verlo también, podría hacerlo.

No era tan tonto como para asumir que ella aceptaría casarse apresuradamente, por supuesto. Ahora tenía una suegra en quien pensar, y convertirse en duquesa algún día probablemente era tan aterrador para ella como convertirse en duque lo había sido para él al principio.

Si hablaban de sus miedos entre ellos, como ya lo habían estado haciendo hasta ahora, él podría evitar por completo el mercado matrimonial, pero probablemente no un cortejo. Eugenia

merecía ser distinguida con atención como cualquier otra mujer.

Pero con plena conciencia de que sus intenciones para su vida habían cambiado dramáticamente debido a ella.

Se encontró en su puerta y sin aliento demasiado pronto. ¿Por qué no proponérselo hoy y hacerle saber que estaba aquí para quedarse? Ya había encontrado a su pareja en la cama. Le gustaba la terquedad de Eugenia, y tenían muchos amigos y experiencias similares. Amaba su pasión e ingenio. Era inteligente. Un día, sospechaba que se convertiría en una duquesa formidable. Lo cual nunca había sido su primera consideración cuando se trataba de elegir esposa, pero probablemente era una buena idea.

Incluso podía verlos envejeciendo juntos, rodeados de sus hijos, y teniendo a su primo Sinclair y a Kitty observándolos en su vejez.

Teddy golpeó en la puerta de Eugenia, sonriendo ampliamente. Cuando se abrió, se sorprendió al descubrir que ahora tenía un mayordomo que reconocía.

Rápidamente sacó su tarjeta y la presentó con un floreo al lacayo pelirrojo que había acompañado a Eugenia a su carruaje varios días atrás. —Me gustaría hablar con la señora Bagshaw. La más joven —añadió rápidamente, para aclarar.

—Me temo que tiene un caballero de visita en este momento y no debe ser molestada, señor Berringer.

Eso lo desconcertó. No había tardado mucho para que los sinvergüenzas vinieran a llamar. Puso su pie en la entrada y entró. —Esperaré.

—Muy bien, señor. ¿Puedo mostrarle la sala de estar?

Escuchó una explosión de risa de Eugenia y una respuesta masculina de voz profunda y se erizó con no pocos celos. Claramente, quienquiera que estuviera con Eugenia poseía sentido del humor. Teddy esperaba por Dios que el tipo fuera regordete y aburrido en todos los demás sentidos, en lugar de algún libertino tratando de tomar su lugar. —Sí, por favor, hágalo.

CAPÍTULO 27



EUGENIA RIO ENCANTADA. —Me alegra tanto oírle decir eso, milord.

Lord Sullivan esbozó una sonrisa irónica desde su silla en la biblioteca de Albemarle Street. —Tenías razón desde el principio. Solo necesitaba más tiempo.

Ella le rellenó la taza de té, complacida con todo lo que había escuchado en el último cuarto de hora desde su inesperada llegada. —Ahora bien, si está decidido a hacer un buen matrimonio esta temporada, le sugiero que no pierda tiempo examinando a las candidatas del mercado matrimonial. No hay tiempo que perder en la temporada, ya que los anuncios de matrimonio van en aumento. Creo que solo quedan tres herederas por conquistar.

—No necesitaré aventurarme al mercado matrimonial para hacer mi elección, ni necesito una heredera, aunque mi familia pueda no estar de acuerdo —le dijo sonrojándose.

Eugenia se alegró del cambio en Lord Sullivan. Se había ido el hombre atormentado por la culpa mientras contemplaba volver a casarse después de perder a una esposa que había amado profundamente y al hijo que tanto había anhelado. En su lugar había un hombre listo para un desafío y emocionado por la promesa de un nuevo futuro con alguien más. —No me diga que ya ha elegido.

Él dio un sorbo a su té. —Lo he hecho, pero aún tengo algunos preparativos que hacer antes de presentarme.

—Siempre he dicho que el matrimonio nunca debe precipitarse, y me alegra que piense lo mismo. ¿Aún teme que quien elija no sea lo suficientemente buena para complacer a su familia? Ha mencionado antes que han sido imposibles.

—He decidido complacerme a mí mismo, no a ellos.

Eugenia bebió un sorbo de té, sonriendo en aprobación ante su actitud decidida. Demasiados hombres tratan de complacer a sus familias cuando toman esposa. Consideran primero la grandeza del partido en lugar de recordar que son ellos quienes tienen que vivir con la mujer. —Entonces, ¿qué teme? ¿Acaso la dama no corresponde a su afecto?

Sullivan la miró antes de encogerse de hombros. —Puede que, de hecho, no le agrade lo suficiente ahora mismo, pero espero convencerla de mi idoneidad para su mano cuando nos conozcamos mejor.

Eugenia no preguntó quién era, pero no sonaba muy prometedor. No era su papel hacer de casamentera con los clientes de la academia. Estaba aquí para despedir a Lord Sullivan en su viaje, no para llevarlo de la mano durante todo el trayecto. —Su apellido es bien considerado en

la sociedad, y usted mismo es muy admirado. Puede estar seguro de que eso juega a su favor. Ella no podría encontrar ningún defecto en usted, y si lo hace, debe necesitar gafas. Sea firme en que desea ganar su mano en matrimonio, pero también deje claro lo que usted quiere de la unión. El respeto, la honestidad y el afecto son primordiales, en mi opinión. Las mujeres siempre sabemos lo que queremos y cuándo. Pero a veces, dudamos en pedirlo.

—Dejaré muy claro mi interés y espero oír de ella qué más puedo hacer para ganar su favor —dijo Lord Sullivan, justo cuando oyeron que la puerta principal se abría y cerraba, y los pesados pasos de otro visitante siendo dirigido al salón para esperar—. Veo que no soy el único caballero ansioso por saber si su puerta está abierta de nuevo a los clientes. Será mejor que no monopolice su tiempo hoy, así que podré volver en otra ocasión. Espero que tengamos la oportunidad de vernos muy pronto, señora Bagshaw.

Eugenia había decidido reanudar su negocio inmediatamente. Su papel en el asunto de Regis Bagshaw se había resuelto más o menos ayer, pero dos clientes en un día eran más de lo que soñaba posible al comenzar por su cuenta. Sería la única tutora para caballeros que necesitaban practicar el cortejo. Sylvia estaba demasiado ocupada ahora con la marquesa y Lord Wharton. Y Aurora había decidido que era mejor que permaneciera cerca de su prima por el bien de la propiedad.

—Bien, entonces. Mi puerta siempre está abierta para usted, milord. Pase de vez en cuando y cuénteme cómo va su persecución.

—Será una de las primeras en conocer mi buena fortuna, estoy seguro —prometió con una amplia sonrisa.

Como era costumbre aquí, dejó una pequeña bolsa de monedas como pago en la esquina de su escritorio al salir por la puerta. Ella no se molestó en contar las monedas antes de guardarlas en el cajón de su escritorio porque Lord Sullivan siempre había pagado justamente antes. La academia nunca pedía una suma particular a ningún hombre como pago, solo pedía que se pagara la tarifa que el cliente pensara que merecían. Pero eso era cuando Sylvia y Aurora trabajaban junto a ella en esta habitación. Ahora solo estaba ella, y debería tener muchos menos gastos cada mes.

Despidió a Lord Sullivan y luego se volvió hacia el señor Bloom, su nuevo mayordomo en formación, que esperaba pacientemente su atención. —¿He oído llegar a otro cliente?

Él le entregó una tarjeta. —Lo he puesto en el salón, como usted pidió, señora Bagshaw.

Eugenia miró la tarjeta y una oleada de emoción la invadió. Thaddeus había venido. Había estado desesperada por verlo desde el feliz momento de ayer cuando Regis Bagshaw había sido desenmascarado como un impostor y se lo habían llevado para ser acusado.

Con todo lo que había sucedido ayer, incluidas las celebraciones privadas con las damas de la casa en la habitación de la marquesa, se le había olvidado enviarle una nota de agradecimiento anoche.

Tampoco había podido enviar un mensaje a Thaddeus sobre su cambio de residencia hoy. Su suegra estaba ansiosa por hablar y salvar el abismo de años y experiencia del mundo entre ellas.

Eugenia se deslizó en su salón, ansiosa por estar en los brazos de Thaddeus una vez más.

Él estaba de pie frente a la puerta, con las manos en las caderas y con aspecto enojado. —¿Quién era ese?

—No te preocupes por eso, señor. —Corrió hacia él y presionó su cuerpo contra el suyo, levantando su rostro para un beso que nunca llegó.

En su lugar, Thaddeus la estudió con los ojos entrecerrados. —¿Ya has recibido ofertas de

protección de otros hombres?

—¡Dios mío, no! —Señaló la puerta detrás de ella—. Ese era un cliente. ¿De dónde sacaste una idea tan absurda de que yo siquiera consideraría tener un protector?

Sus mejillas empezaron a enrojecerse.

Ella negó con la cabeza, terriblemente decepcionada. —¿Has estado hablando con mis primas?

—Aurora —admitió tímidamente, frotándose la cabeza—. Claramente, nunca más lo haré. Me disculpo por haber llegado a la conclusión equivocada, pero cuando te oí decir que esperabas ver al otro hombre, temí haber llegado demasiado tarde para reclamar lo mío.

Chasqueó la lengua, pero en secreto también le complacía su reacción. Era bueno que Thaddeus no diera por sentado su afecto. Una parte de ella quería que fuera un poco posesivo, pero solo de vez en cuando. Le dio unas palmaditas en el pecho para tranquilizarlo. No tenía nada que temer de otros hombres. Ninguno podría reemplazarlo en su afecto en un futuro próximo. —Tengo una suegra que mantener, señor —le recordó—. No pienso aceptar ni un céntimo más de Wharton si puedo evitarlo, así que debo ganarme la vida.

Él miró alrededor de la recién desempolvada habitación. —Entonces, ¿*sí* reabriste la academia?

—Justo hoy. ¿Lo desapruebas?

—Aún no tengo opinión al respecto. —Sonrió rápidamente y le robó un beso de los labios—. Dime, ¿dónde está la señora Bagshaw ahora? ¿Qué piensa de todo esto?

—Mi suegra está descansando en la antigua habitación de Sylvia en el piso de arriba, que ahora es suya, ya que Sylvia no volverá. Y mi mamá cree que es un plan sensato que nosotras, las damas, nos mantengamos como podamos.

Tan pronto como terminó de hablar, Thaddeus se inclinó para robarle otro beso, largo y ardiente, que alivió su soledad y despertó anhelos de placeres que solo él podía satisfacer. Finalmente se apartó y la llevó a sentarse en una chaise longue a su lado. Jugueteó con sus dedos y se los llevó a los labios para besarle los nudillos. —¿Estás segura de esto? ¿De mudarte aquí?

—Por supuesto que sí. Este es mi lugar —le aseguró—. Una vida sencilla es todo lo que necesito para ser feliz.

Él le apretó los dedos y se los besó de nuevo. —¿Y si estuvieras destinada a vivir en otro lugar? Más adelante en tu vida, quiero decir.

Ella frunció el ceño. —No tengo una bola de cristal para ver el futuro.

—¿Y si ya conocieras un camino que podrías tomar, pero te asusta tanto contemplarlo que pierdes el juicio? ¿Y si no fuera una vida sencilla la que pudieras tener, sino tan complicada como pueda ser? —Sonrió tímidamente—. ¿Y si te pidiera que te casaras conmigo?

Ella resopló. —Aún no estás listo para el matrimonio, señor. Ni yo tampoco.

Él le apartó el cabello de la cara y sonrió suavemente. —No puedo pensar en otra mujer con la que consideraría emprenderlo, si no eres tú.

—Con el tiempo, tendrías otras opciones disponibles —dijo Eugenia con un profundo suspiro —. Como le estaba diciendo a mi cliente, quedan tres herederas en el mercado matrimonial. Seguro que aparecerán más el año que viene y los siguientes.

—¿Y si llegáramos a un acuerdo? Digamos, ¿disfrutar primero de un largo y secreto compromiso? ¿Eso cambiaría tu respuesta? Un compromiso mientras decidimos si el matrimonio entre nosotros es lo que quieres.

Ella lo miró fijamente. —¿Sugieres que nos comprometamos y no se lo digamos a nuestras

familias?

—Hasta que tengamos que hacerlo o queramos hacerlo, sí. Sé que puede parecer una propuesta repentina y bastante tonta mantenerlo en secreto, pero me estoy comprometiendo contigo aquí y ahora. No habrá malentendidos, ni otras mujeres, ni motivos de preocupación de que mis afectos hayan disminuido. Siempre estaré ocupado con los asuntos del duque. Él podría seguir presentándome a más mujeres jóvenes, aunque le he dicho que estoy enamorado, pero no de quién.

—Y tú tienes un negocio que dirigir aquí, y tu familia también. —Entrelazó sus dedos—. Te amo, Eugenia. Más de lo que pensé que podría amar a alguien, y sin embargo, el matrimonio quizás no sea un deseo inmediato para ninguno de los dos todavía. Acabas de reclamar tu independencia. Tu apellido de casada también, y con una nueva suegra por conocer, puedo entender por qué casarte conmigo es lo último en lo que piensas.

—Y tú tienes una casa que amueblar —sugirió ella, asintiendo a todo lo que había dicho hasta ahora—. El matrimonio es un gran paso.

—En efecto, lo es. El amueblado de mi casa no es importante. No me molestaré más con la redecoración. Creo que mi esposa querrá opinar al respecto. Tampoco me preocupa seguir quedándome con mi primo y su esposa. Los quiero mucho y sospecho que, cuando me embarque en un matrimonio, estarán de acuerdo en que debo tener mi propia casa. Necesitaremos un lugar que sea solo nuestro. Me gustaría que fuera aquí en lugar de Clifford Street.

—He echado de menos mi trabajo y esta casa —susurró—. Y también te he echado de menos estos últimos días. El negocio me mantendrá ocupada y bien financiada la mayor parte del tiempo, pero no todo el año ni para siempre. —Lo miró de reojo—. Fue Lord Sullivan quien me visitó tan pronto como se enteró de que había vuelto a vivir aquí. Era cliente antes y quería saber si estaba bien, dado lo que Wharton les había contado a todos antes.

—Me imagino que otros caballeros harán lo mismo —sugirió y luego sonrió—. Visitarte para ver si necesitas un protector, también.

—Sullivan nunca ofreció eso. Vino a hablar de un asunto que hemos discutido muchas veces antes: su necesidad de contraer un segundo matrimonio —admitió—. Hablar con él ha reafirmado mi deseo de mantener mi carrera, ofreciendo instrucción a caballeros inexpertos. Dejé de hacerlo solo porque Wharton lo desaprobaba.

—No tengo ningún problema con tu necesidad de trabajar o con lo que haces aquí. Una vida de ociosidad también me ha sentado mal.

—¿Qué harás si no nos casamos?

—Vigilar a mi primo y los asuntos futuros, y ampliar mi conocimiento de la mujer que adoro hasta que se dé cuenta de que tampoco puede vivir sin mí.

Ella le sonrió y se apoyó un poco más en él. —Una declaración así me calienta el corazón. Te irá bien cuando llegue el momento de hacer una propuesta en toda regla.

—Una sonrisa como la tuya siempre me calienta ciertas partes. —Sin embargo, frunció el ceño—. ¿Qué constituye exactamente una propuesta en toda regla? Nunca he estado seguro de eso.

—Una admisión de sentimientos, una promesa de estar siempre ahí para la otra persona sin importar lo que haga o decida en los años venideros...

De repente, se quedó boquiabierta, dándose cuenta de que él ya había hecho todo eso por ella, y más.

Thaddeus presionó sus labios contra su frente. —Ya soy tuyo, en cuerpo y alma. Mis alas

cortadas. Mis deseos reflejan los tuyos en cuanto a la vida y los placeres de la noche. ¿No he demostrado ya mi devoción a tu causa? ¿Me aceptarás, Eugenia?

—¿Puede ser realmente tan fácil? —Eugenia encontró su mirada, levantando las manos para acunar su rostro. Eugenia nunca había imaginado que se casaría de nuevo, o que tendría que decidir tan repentinamente. Se había contentado con estar sola excepto por una serie de amantes fácilmente descartables.

Las aventuras siempre terminan. A veces dolorosamente. Pero cuando miraba a los ojos de Thaddeus, solo veía un futuro desafiante con él, no algo que temer.

Lo amaba, y él la amaba. Podrían estar juntos para siempre hasta que la muerte los separara.

Incluso había conocido a Thaddeus durante más tiempo y más profundamente que a Robbie Bagshaw, y no había dudado en casarse con él. —Sí, podría ser.

Él se liberó de sus manos para acariciar su cuello. —¿Eso fue un sí a mi propuesta, mi amor?

Su corazón se ablandó, permitiéndole admitir que había temido perder a Thaddeus con otra. —Es un sí a todo lo que puedas sugerir, señor —deslizó sus dedos entre los botones de su chaleco, descansándolos contra un corazón cálido que latía rápido con esperanza y expectativa de su amor—. Quiero estar contigo.

—Y yo contigo. Ahora —sacó el anillo para que hiciera juego con sus cadenas y lo deslizó en el primer dedo que le quedó en su mano izquierda. Habría otras joyas en el futuro, supuso, pero nada probaba su devoción más que el regalo perfecto de él mismo. Llevó sus dedos a sus labios para besarlos y luego se apresuró a cerrar la puerta con llave, para que pudieran comenzar a celebrar su amor.

Eugenia se rio cuando él la recostó en el sofá, y gimió tan suavemente como pudo ante todo lo demás que él le hizo... para siempre.

EPÍLOGO



TEDDY SE INCLINÓ hacia Eugenia mientras ella giraba un sencillo anillo de oro alrededor del tercer dedo de su mano derecha y susurró:

—¿Qué crees que son nuestras posibilidades de escapar de esto?

—Muy improbable ahora.

—Una lástima. De repente pensé en nosotros en aquella posada en Dover, teniéndote contra la pared.

Ella acomodó el anillo que hacía juego con sus cadenas en su dedo y lo miró a la luz de la luna. Había hecho eso todos los días desde que Thaddeus se lo había ofrecido hace dos meses. Había sido un día feliz cuando ella aceptó tomar su apellido como propio algún día. Solo que él no esperaba recibir otro de él tan pronto.

Ahora llevaba un segundo anillo, tachonado de gemas, alrededor de su dedo también. Tratar de acostumbrarse al costoso anillo en su dedo iba a ser más difícil que llevar el primero.

—Quizás podríamos hacer eso mañana por la noche, de camino a Grafton Park.

—Ya lo había planeado —sonrió Thaddeus—. Su excelencia vendrá tras nosotros si nos demoramos mucho más. ¿Recuerdas lo complacido que parecía cuando le contamos nuestras noticias antes? Bueno, cuando estuvimos a solas después, prácticamente bailó una giga por toda la biblioteca. No puede esperar para compartir la buena noticia de nuestro próximo matrimonio con todos. —Teddy cuadró los hombros—. ¿Será mejor que terminemos con esto entonces?

Eugenia se rio nerviosamente, echando un vistazo dentro del salón de baile de Lady Bisley antes de retroceder.

—Por favor, recuerda que tú te buscaste esto cuando me pediste que me casara contigo.

Él se rio.

—¿Cómo iba a saber que no podrías mantener nuestro compromiso secreto como un verdadero secreto por más de dos meses?

—Fue esa horrible Lady Fuller. Tenía sus sucias garras sobre mi futuro marido, y estaba tan enojada por su presunción que simplemente se me escapó —dijo con una mueca.

—No me importa. Me alegro de terminar con el engaño. —Tomó sus manos y las llevó a sus labios, besando cada uno de sus nudillos. Sus manos estaban un poco frías esta noche, tal vez por el nerviosismo ante su próxima presentación como pareja comprometida—. Lo superaremos juntos, ¿verdad?

Ella suspiró.

—Ninguno de los dos quería el alboroto de una gran boda, pero supongo que el duque está haciendo planes, ¿no?

—Ciertamente lo está intentando, aunque siempre podríamos fugarnos. Sinclair y Kitty no pueden quejarse realmente si seguimos sus estimados pasos.

—Serán unos zapatos grandes de llenar, sin duda —susurró Eugenia y luego se rio—. Oh, míranos, Thaddeus. Paralizados por el miedo de anunciar a la alta sociedad lo que sentimos el uno por el otro. No es como si de repente nos hubiéramos convertido en nobles. Solo nos estamos casando.

Él miró sus manos retorcidas con una ceja levantada.

—Imagina su conmoción cuando se enteren de que ya estás encinta.

—Podría ser —advirtió ella. Colocó sus manos protectoramente sobre su vientre donde una vez su regalo de una larga cadena se había ocultado bajo su vestido, pero que ahora parecía ser de repente demasiado pequeño para ajustarse a su cintura. El período de Eugenia se había retrasado, lo cual era inusual para ella también. Sin embargo, sus dos meses de estar comprometidos en secreto no habían disminuido su lujuria mutua, por lo que era muy posible que fueran padres después de Navidad.

Y después de lo que habían pasado juntos para llegar a este punto, él esperaba que un niño llegara lo antes posible.

—¿Realmente necesitamos decir algo? ¿No podría todo el mundo enterarse cuando mi estómago se hinche lo suficiente como para no poder ocultarlo?

—Exeter no podrá mantener la boca cerrada una vez que se entere —advirtió Teddy—. Nuestro hijo será consentido incluso antes de que dé su primer respiro.

Eugenia arqueó una ceja.

—¿Él?

Teddy acarició su mejilla.

—Una forma de hablar, mi amor, aunque por el bien del duque, espero que sea un varón. Sinclair se preocupa por la sucesión incluso cuando me tiene a mí.

—Se preocupa demasiado por eso, pero al menos ahora tiene la tranquilidad de que estás haciendo todo lo posible por expandir tu familia al menos casándote con alguien.

—No con cualquiera. —Teddy la atrajo contra su cuerpo—. Te amo con todo mi corazón.

—Lo sé, y esa fue la razón por la que acepté. Estaría completamente satisfecha pasando toda mi vida escapándome contigo si tan solo pudiéramos salirse con la nuestra por tanto tiempo.

—Me alegro tanto de que hayamos elegido casarnos y poner fin a las especulaciones sobre a quién elegiría. Probablemente pasará mucho tiempo antes de que tengamos títulos. Hasta entonces, somos el Sr. y la Sra. Berringer. Un marido y una esposa con la expectativa de que riquezas y grandes responsabilidades caigan sobre nosotros en algún momento en el futuro.

—Un futuro muy distante, más vale que sea. —Miró hacia adentro a través de la cortina—. Oh, cielos, puedo ver a su excelencia. Está consultando su reloj de bolsillo otra vez. No. Ahora su pie está golpeando también, y comienza a verse molesto. Será mejor que entremos.

Eugenia comenzó a avanzar, pero Teddy capturó su mano y la mantuvo en las sombras con él un poco más. Inhaló profundamente mientras miraba su esbelto cuello.

—¿Recuerdas?

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Cómo podría olvidarlo? Así fue como me besaste por primera vez.

Él asintió.

—¿Sabes en qué he estado pensando desde entonces?

—No. ¿En qué?

—Que debería haber hecho un trabajo más exhaustivo la primera vez. —La giró para que lo mirara, alejándola del borde de unirse a la sociedad, y la presionó contra la pared.

—Oh, Thaddeus —susurró ella—. Nunca me ha decepcionado tu primer beso. Todos han valido la pena esperar.

—Querida Eugenia, todo lo que pensé que tenía esa noche era una compañera dispuesta a disfrutar de los placeres de la noche. Lo que necesitaba más que las noches eran los días también, y todas las horas intermedias.

—Los tendrás —susurró ella—. Siempre.

Teddy colocó sus labios junto a los de Eugenia, tentándola con la idea de un beso sin llegar a robárselo. Había mucho más en el amor que el simple placer. Estaba el anhelo por el próximo momento robado y los besos escandalosos, también. Las tardes pasadas leyendo juntos, bailando en los bailes, sabiendo cuánto significaban el uno para el otro, y encontrando innumerables formas de aumentar su intimidad.

Teddy robó un beso y luego otro, sabiendo que nunca querría parar. Pero el deber llamaba. Tomó la mano de Eugenia firmemente en la suya, dándole un apretón para calmar sus propios nervios más que los de ella, antes de conducir a su futura esposa al salón de baile para continuar su feliz emparejamiento en público.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

